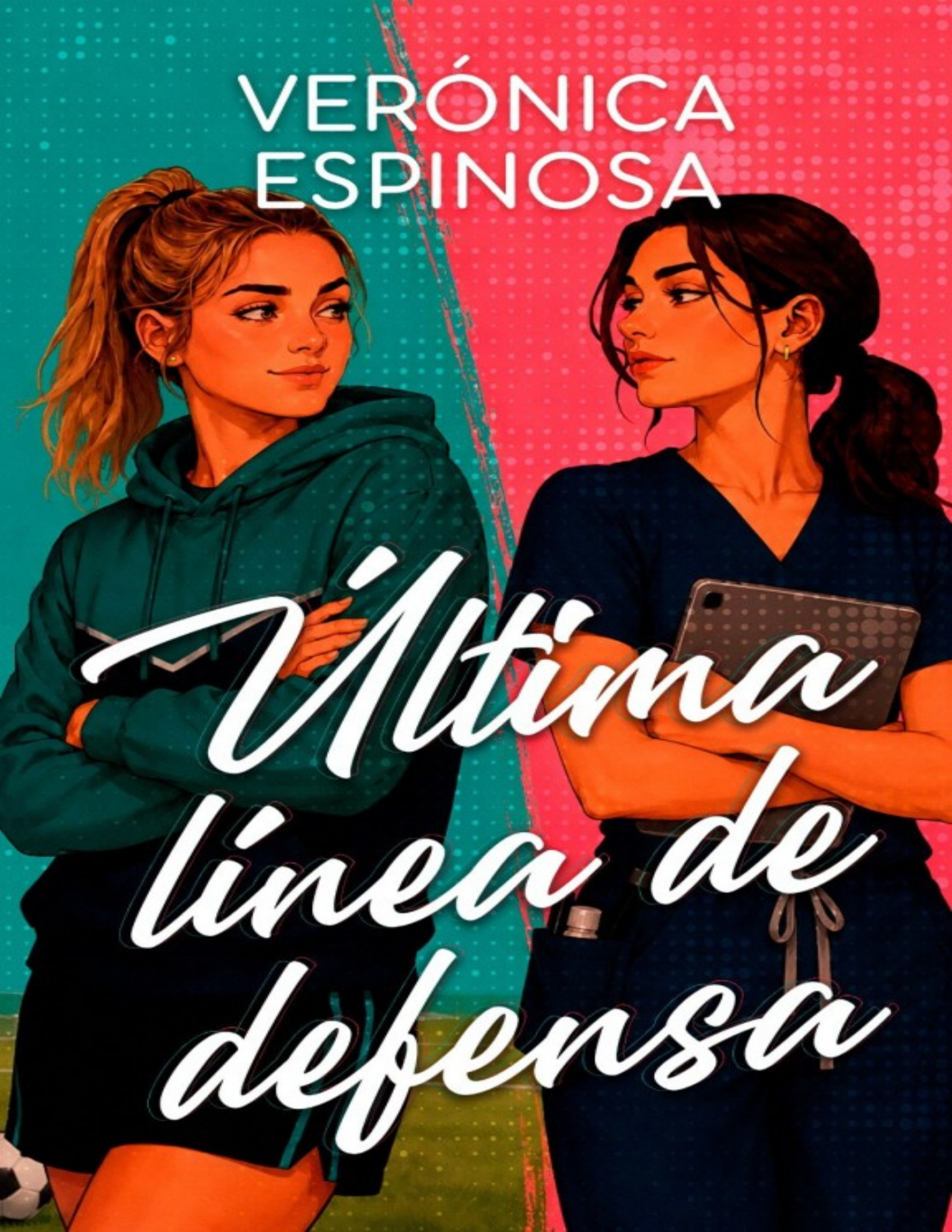
VERÓNICA
ESPINOSA
Última
línea de
defensa

Copyright © 2026 Verónica Espinosa

PERFILES SOCIALES:
instagram.com/ veronicaespinosa.autora
twitter.com/AutoraVeronica

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:
Diseño de cubierta: Verónica Espinosa
Maquetación: Verónica Espinosa
Safecreative: 2607236515681

Todos los derechos reservados. Queda prohibido, sin la autorización de los titulares del copyright y bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción de esta obra por cualquier medio o procedimiento. No obstante, sí está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

Este relato ha sido publicado de forma autónoma por el titular del copyright, sin el apoyo de una editorial y/o terceros. Por este motivo, es posible que el contenido pueda tener algunas erratas y/o errores ortográficos.

Para todas las mujeres que todavía se ven obligadas a dejar el amor en el perchero antes de cruzar la puerta de su trabajo. Para las que miden sus palabras en los pasillos, las que caminan con pies de plomo y las que defienden su espacio en silencio.

Y, muy especialmente, para aquellas valientes que deciden levantar la voz, romper las normas y luchar por el derecho de amar sin dar explicaciones.

Que vuestro coraje sea siempre el golazo que cambie las reglas del juego.



1

Distancia de seguridad

Alicia

Llego a la ciudad deportiva del Ravenhill FC en un coche negro que es, sin duda, demasiado elegante para mi estado de ánimo.

Llueve con una insistencia dramática, como si el maldito clima británico se empeñara en advertirme de lo que está a punto de suceder. Las gotas resbalan veloces por la ventanilla tintada mientras observo el complejo extenderse frente a mí: edificios modernos de cristal y acero que brillan bajo el agua, campos de un verde perfecto, banderines oscilando con el viento y una hilera de periodistas apostados a una distancia prudente. Parecen aves rapaces esperando el menor de mis movimientos para sacar el titular del día.

Estamos hablando de uno de los mejores clubes del país. El lugar con el que sueño desde que tengo diecisiete años. A pesar de eso, mientras lo miro a través del cristal, no siento la emoción que debería. Solo un cansancio asqueroso que se me ha instalado en los huesos.

Apoyo la cabeza contra el respaldo del asiento y cierro los ojos un segundo, buscando aire. Sin darme cuenta, mi mano derecha sube de forma automática hasta la rodilla izquierda y empieza a masajearla por encima del pantalón de chándal. Es un gesto inconsciente, casi un tic que detesto porque delata mi mayor debilidad.

—No pongas esa cara de funeral —me suelta Bruno desde el asiento contiguo, revisando por tercera vez su teléfono—. Parece que vamos a un entierro en lugar de a firmar el mejor contrato de tu carrera, Alicia. Alegría, por Dios.

Abro un solo ojo y lo observo con todo el hastío del que soy capaz.

—Podría ser ambas cosas. Todo depende de cómo salgan los exámenes médicos de hoy y de cuánto me toquen las narices.

Mi mánager suelta una risa breve, de esas que nacen más de la pura resignación que del humor verdadero. Bruno lleva seis años a mi lado y ha aprendido, a base de llevarme la contraria y salir escaldado, que es mejor no intentar corregirme cuando me pongo en plan diva. Es alto, va vestido con un traje oscuro impecable y posee una paciencia que roza lo sobrenatural. Es una de las pocas personas en este planeta que no me trata como si fuera una bomba de relojería a punto de estallar. Aunque, para ser completamente justa conmigo misma, a veces lo soy.

—Hoy no te pelees con nadie, te lo imploro —me pide, guardando por fin el móvil en el bolsillo interior de su abrigo y mirándome con ojos de cordero degollado—. Te lo pido como amigo y, sobre todo, como un profesional autónomo que quiere seguir cobrando su merecido porcentaje.

—No me pidas milagros, Bruno. Sabes que el autocontrol no es mi fuerte cuando me buscan.

—Alicia… —insiste con ese tono paternal y pesado que usa cuando quiere recordarme que, detrás de la fachada de estrella indomable, también existe un ser humano.

Suspiro con fuerza, me incorporo en el asiento y me estiro un poco.

—Está bien, joder. Intentaré parecer una persona normal, sociable y encantadora. Al menos durante las primeras dos horas. ¿Te hace?

—Con eso me doy con un canto en los dientes —responde él, aunque el arqueo de sus cejas demuestra que no se fía de mí ni un pelo.

Durante unos segundos permanezco quieta, contemplando mi propio reflejo en el cristal empañado. Veintiséis años. Delantera titular. Máxima goleadora de la temporada anterior. Portadas de revistas, entrevistas exclusivas, rumores constantes, sanciones absurdas, expulsiones polémicas y titulares que siempre hablan más de mi fuerte carácter y de mi movida vida personal que de mis malditos goles. *«Talentosa. Conflictiva. Difícil. Indisciplinada. La estrella indomable. La reina del caos».*

Es alucinante cómo la prensa y los aficionados pueden resumirte la vida con cuatro adjetivos de mierda y que ninguno se acerque, ni por asomo, a la verdad. Nadie habla del esfuerzo sobrehumano por superarme a mí misma cada día. Nadie habla de lo que me ha costado llegar a ser la mejor en un mundo tan jodido como el del fútbol. Y, por supuesto, nadie habla del pánico que me invade cuando mi rodilla izquierda empieza a gritar y pienso en el terrible día en que mi cuerpo decida decir basta. Mientras siga encajando goles y brillando en el terreno de juego, a nadie le importa una mierda esa parte. Y yo, desde luego, no soy de las que va a ofrecer sus debilidades en bandeja de plata.

Salgo del coche de un salto, colgándome la mochila al hombro de un solo tirón. El aire frío y húmedo de Inglaterra me golpea la cara de lleno, espabilándome. Huele a césped recién cortado, a tierra mojada y a ese aroma indefinible y eléctrico de los lugares de alta competencia donde la exigencia nunca descansa. Respiro hondo, llenando los pulmones.

«Bienvenida a tu nuevo imperio, guapa», me digo a mí misma.

Una pequeña comitiva nos recibe en la entrada principal del edificio central. Hay gente del *staff*, parte del cuerpo técnico, los responsables de comunicación paseando de un lado a otro, dos directivos con trajes caros y sonrisas perfectamente entrenadas, y varias jugadoras del primer equipo que me observan con esa mezcla exacta de curiosidad, admiración y cautela que suele acompañar a los fichajes considerados "complicados". Yo conozco de sobra esa mirada de reojo. Es la de: «a ver cuánto tarda la nueva en armar el primer escándalo».

Una mujer rubia, vestida de punta en blanco y visiblemente entusiasta, es la primera en dar un paso al frente para interceptarme.

—¡Alicia! Bienvenida al Ravenhill FC. No te imaginas las ganas que teníamos de tenerte por fin entre nosotras —exclama con voz chillona mientras me estrecha la mano con fuerza entre las suyas, como si estuviera sellando un tratado de paz internacional.

Sonrío desplegando esa hipocresía profesional que he ido perfeccionando con los años de carrera.

—Gracias. El placer es mío. Espero no decepcionaros demasiado pronto —suelto con un guiño pícaro.

Ella suelta una carcajada algo nerviosa, y noto de inmediato que no está muy segura de si lo que acabo de decir es una broma o una amenaza. Probablemente ni yo misma lo sé.

Las presentaciones se suceden una tras otra en un torbellino de caras y cargos. El director deportivo, la segunda entrenadora, el preparador físico, la jefa de prensa... Incluso dos compañeras de vestuario cuyos nombres intento memorizar en el acto sin demasiado éxito. Todo el mundo suena exactamente igual que en mis anteriores clubes: están encantados, exultantes de alegría, mi incorporación es vital para el nuevo proyecto, la ambición, el maldito futuro del equipo. Yo asiento con la cabeza, respondo lo justo para resultar educada y mantengo la sonrisa. He aprendido hace muchísimo tiempo que a esta gente no le interesa conocer a la Alicia real; solo quieren la versión útil de mí. La máquina de meter goles. La inversión millonaria. El rendimiento puro y duro.

Pero entonces, justo cuando empiezo a aburrirme soberanamente, la veo.

Está unos pasos más atrás, ligeramente apartada del grupo principal, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión en el rostro que no intenta disfrazar absolutamente nada. Tiene el pelo oscuro, casi negro, recogido en una coleta baja que deja al descubierto unas facciones serenas, angulosas y arrebatadoras. Su piel es clara y tiene unos ojos profundos, oscuros, de esos que no te miran, sino que te escanean de arriba abajo evaluando cada uno de tus malditos secretos. No sonríe. Ni un milímetro. Y quizá por eso mismo me cuesta un mundo apartar los ojos de ella.

No sé todavía cómo se llama, pero sé de forma inmediata y con un sexto sentido que tengo para estas cosas, que esa mujer va a ser un problema muy gordo en mi vida. Y no es una conclusión racional, qué va. Es una reacción física, directa, como un balonazo inesperado en pleno esternón que te deja sin aire. Es atractiva de una forma rabiosa e irritante, y eso, estando en mi situación, es sumamente peligroso.

Bruno se da cuenta de hacia dónde apunto con los ojos y se inclina apenas hacia mi oído, hablando entre dientes sin perder la sonrisa de cara a los fotógrafos.

—Cuidado —me susurra con tono de advertencia.

—¿Cuidado con qué? —pregunto yo, sin desviar la mirada de la morena ni una milésima de segundo.

—Con esa cara de loba hambrienta que pones cuando algo te interesa demasiado, Alicia. Que nos están mirando.

—No seas tan dramático, Bruno. Solo estoy analizando el panorama.

—Te conozco como si te hubiera parido —insiste él, dándome un sutil codazo.

«Demasiado», pienso para mis adentros.

En ese momento, la mujer rubia de comunicación se gira hacia la morena misteriosa y le hace una señal para que se acerque.

—Y, por supuesto, quiero presentarte a Clara Valle, nuestra fisioterapeuta principal y la jefa indiscutible del equipo médico del club. Ella y sus ayudantes se van a encargar de que sigas entera y de que no destruyas nuestras esperanzas de ganar la liga este año.

Clara se mueve sin ninguna prisa, dando unos pasos hacia adelante con una elegancia tan natural que me resulta casi insultante. Extiende la mano derecha hacia mí y sostiene mi mirada con una calma apabullante que roza la provocación más pura. Su voz, cuando habla, es grave, limpia, aterciopelada y ridículamente sexy.

—Estaba deseando conocerte en persona, Alicia.

A ver, no lo dice como un halago. Para nada. Su tono suena a advertencia pura y dura, de esas que te ponen los pelos de punta.

Le estrecho la mano, apretándola con firmeza. Su piel está fría, pero el contacto me pega un chispazo en el estómago que me descoloca.

—Vaya —le respondo, inclinando ligeramente la cabeza hacia un lado, sosteniéndole el pulso visual—. Espero no decepcionarte, Clara.

Su expresión no cambia ni un ápice. Sigue seria como un gendarme.

—Eso va a depender bastante de ti, de tu actitud y de lo que colabores.

Siento cómo una sonrisa descarada se me dibuja sola en los labios, una de esas sonrisas que en mi vida normalmente preceden a una pésima decisión. Ahí está: el dichoso juicio previo. El típico «ya sé perfectamente qué clase de niñata problemática eres». Reconozco ese jueguecito al instante. Llevo años sufriéndolo por parte de entrenadores, directivos y médicos deportivos convencidos de que pueden clasificarme en una carpeta antes siquiera de cruzar dos palabras conmigo. Y si hay algo en este mundo que disfruto más que

marcar un golazo de vaselina en el minuto noventa, es desmontar la maldita seguridad de la gente que va de sobrada. Como ella.

—No me pongas esa cara tan seria —le digo con voz suave, casi un arrullo, sin soltar todavía su mano—. Te prometo que voy a ser una chica buena y no te voy a dar ningún dolor de cabeza.

Escucho perfectamente a Bruno soltar un suspiro de pánico a mi lado. Clara, en cambio, no aparta la vista de mis ojos ni un solo milímetro. Es más, intensifica la presión de su agarre antes de soltarme.

—A mí no me preocupan los dolores de cabeza, Alicia — contesta con una serenidad pasmosa, recorriendo mi cuerpo con la mirada sin el menor disimulo—. Me preocupan las jugadoras que se creen que están por encima de las normas del club y que acaban rompiéndose por pura cabezonería y ego.

La frase cae entre nosotras con la precisión y el filo de una navaja suiza. Retiro la mano despacio, relamiéndome por dentro. Esto se pone interesante.

—Entonces puedes respirar tranquila. Yo detesto las normas mal puestas, las que no tienen lógica. Las que tienen sentido médico y deportivo, las respeto a rajatabla.

Clara arquea una ceja oscura con una sutileza exquisita.

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber quién decide qué normas tienen sentido aquí? ¿Tú?

—Normalmente, sí —admito con una media sonrisa fanfarrona, dejando caer de manera sutil todo mi peso sobre la rodilla derecha, la buena, para no dar pistas—. Pero oye, estoy completamente abierta a que me convenzas de lo contrario. Si puedes, claro.

Bruno carraspea con tanta fuerza que parece que se va a asfixiar. La directora de comunicación mira hacia el techo, visiblemente incómoda por la tensión que se respira en el ambiente, e interviene con un tono conciliador que da bastante risa.

—Clara… por favor. Estoy completamente segura de que Alicia y tú vais a formar un tándem estupendo. Su rodilla necesita los mejores cuidados posibles y tú eres, sin duda, la mejor especialista que tenemos en el país.

Clara no desvía sus ojos oscuros de los míos ni para pestañear.

—Eso espero. Porque en mi departamento no tolero que se ignoren mis indicaciones terapéuticas. Aquí, lo que mi equipo médico y yo pautamos, se acata. Sin reproches, sin malas caras y sin negociaciones de diva en el vestuario. Si sientes un pinchazo, me lo dices. Si te duele al apoyar, me lo dices también. Y si crees que puedes saltarte los tiempos de recuperación o los entrenamientos de carga porque un día te levantas «sintiéndote bien», te equivocas. Conmigo no funciona así.

Su tono es tan firme, tan profesional y tan absurdamente autoritario que me pone jodidamente cachonda. Me descubro a mí misma detallando la línea perfecta de su mandíbula y la forma en que sus pupilas no ceden ni un maldito centímetro ante mi presencia. Esta mujer tiene ovarios, me gusta.

—Entendido, jefa —respondo, aunque noto que mi propia voz se endurece un poco, marcando territorio—. Aunque te advierto desde ya que soy una mujer bastante terca. Te va a costar domarme.

—Lo sé perfectamente —dispara ella sin inmutarse—. He leído de arriba abajo tu historial médico y tus informes de los últimos tres años. Dos cirugías de menisco, tres recaídas por incorporaciones precipitadas y una tendencia bastante preocupante y estúpida a minimizar el dolor ante los entrenadores para no perder la titularidad.

Golpe bajo. Ese comentario me da justo en la línea de flotación y me escuece, pero ni muerta voy a dejar que note el impacto. Sonrío con más ganas, fingiendo demencia.

—Vaya, vaya… Veo que has hecho los deberes, doctora Valle. Me siento increíblemente halagada por tanta atención.

—Es mi trabajo. No me pagan por tener fans, sino por mantener a las jugadoras operativas.

La directora de comunicación vuelve al rescate, claramente aliviada de poder meter baza y cambiar de tema antes de que salten chispas reales.

—Bueno, creo que después de esta bienvenida tan… intensa y productiva, lo ideal sería que empezáramos con la visita guiada a las instalaciones interiores. ¿Os parece bien?

Todo el maldito grupo parece respirar al unísono, aliviado. Todos menos yo. Porque mientras empezamos a caminar hacia los pasillos que conducen a los campos de entrenamiento cubiertos, siento la imponente presencia de Clara a solo unos pasos de distancia. Y odio con todas mis fuerzas descubrir que mi cuerpo es extremadamente consciente de cada uno de sus movimientos, de su olor y de sus pasos detrás de mí.

…

Durante el recorrido por el interior, la tormenta parece amainar un poco fuera, pero dentro de mí hay un huracán. Camino al lado de Bruno, que me va dando codazos de advertencia cada dos por tres, pero mi atención se desvía de forma constante e inevitable hacia la silueta de Clara. La escucho explicar con voz profesional varios detalles técnicos sobre el nuevo centro de recuperación hidrotermal a la segunda entrenadora. En un momento dado, se adelanta y se coloca a mi lado mientras señala con el dedo unas modernas cabinas de acero inoxidable.

—Esta zona de crioterapia va a ser la clave absoluta para ti y para la longevidad de tu rodilla —me comenta en voz baja, inclinándose un poco hacia mí para que nadie más la escuche—. Si sigues mi plan de recuperación al pie de la letra, te garantizo que puedo ayudarte a alargar tu carrera al más alto nivel unos cuantos años. Si decides ir por libre… bueno, las dos sabemos perfectamente cómo terminan este tipo de historias en el fútbol femenino. Con una retirada prematura y una prótesis antes de los treinta.

Me detengo en seco en mitad del pasillo y me giro para mirarla fijamente a esos ojos que me traen loca desde hace diez minutos.

—¿Siempre eres tan sumamente directa con los nuevos fichajes o es que yo te he caído especialmente bien?

—Solo soy directa cuando considero que la jugadora en cuestión merece la pena el esfuerzo —responde ella sin titubear lo más mínimo, metiendo las manos en los bolsillos de su bata médica de forma chulesca—. Y tú vales la pena, Alicia. Aunque seas un dolor de cabeza con patas y una rebelde sin causa.

Una risa baja, de auténtica diversión, se me escapa del pecho. Me encanta esta tía.

—Vaya, vaya. Un cumplido envuelto en un insulto. Me apasiona tu estilo.

Ella sacude la cabeza de lado a lado, como si hablara con una causa perdida, pero capto perfectamente el amago de una sonrisa preciosa en la comisura de sus labios carnosos. ¡Te pillé, morena!

—No te acostumbres, Alicia. Mi único trabajo aquí consiste en mantenerte útil dentro del terreno de juego, no en alimentar tu ya de por sí inflado ego.

—Qué lástima —murmuro, dándole una mirada descarada de arriba abajo—. Porque mi ego es muy tragón y le encanta que lo alimenten mujeres tan bellas como tú.

Bruno, que camina unos metros por delante de nosotras conversando con el director deportivo, se gira de golpe al escucharme y me lanza una mirada que reza claramente: *«Cállate la puta boca ya o te mato»*. Lo ignoro olímpicamente, faltaría más.

Seguimos avanzando por los pasillos de la clínica privada del club. Clara me va explicando los exigentes protocolos de recuperación post-partido con todo lujo de detalles técnicos, pero yo soy incapaz de concentrarme en la medicina. Solo puedo fijarme en cómo se mueve, en la seguridad aplastante de sus gestos, en sus manos limpias y cuidadas, y en la forma deliciosa en que su voz se suaviza un puntito cuando

habla de su profesión. Se nota que le apasiona lo que hace. En un momento de descuido, mientras esperamos a que el encargado de seguridad nos abra la puerta de acceso al gimnasio principal, se coloca pegada a mi costado.

—¿De verdad crees que vas a poder adaptarte a la disciplina de este equipo? —me pregunta en un susurro, mirándome de reojo—. Te lo digo en serio, Alicia. Este club valora la disciplina, el orden y el perfil bajo por encima de cualquier talento individual. Y tú no eres precisamente un perfil bajo.

Me giro hacia ella, quedando a escasos centímetros de su rostro. Estamos tan cerca que el espacio personal desaparece y puedo oler a la perfección su perfume: una mezcla exquisita de cítricos, lavanda y algo puramente magnético.

—He jugado en vestuarios muchísimo peores y con entrenadores que eran auténticos sargentos de hierro, Clara. La pregunta del millón aquí no es esa. La pregunta es si vosotras, y en especial tú, vais a ser capaces de adaptaros a mí.

Clara rota sobre sus talones para encararme del todo. Sostiene mis ojos con una intensidad que me hace tragar saliva.

—No soy tu enemiga, Alicia. Grábate eso en la cabeza desde hoy. Pero que te quede muy claro que tampoco pienso ser tu cómplice ni taparte las vergüenzas cuando decidas saltarte las reglas del equipo médico. Si quieres que esto funcione y que tu rodilla aguante el ritmo de la Premier, vas a tener que confiar en mí con los ojos cerrados.

Por un maldito instante, el ruido del grupo de fondo, las voces de los directivos y el zumbido de las luces del pasillo desaparecen. Solo existimos ella y yo, frente a frente, bajo la amenaza latente de una tensión sexual que se puede cortar con un cuchillo.

—Confiar en la gente no es precisamente mi mayor fuerte —admito en voz baja, perdiendo por un segundo la chulería.

—Lo sé —dice ella, y por primera vez noto un deje de auténtica suavidad y comprensión en su tono—. Pero estando aquí dentro,

delantera, no te va a quedar otra opción más remedio que hacerlo.

Nuestras miradas se sostienen en un pulso eterno. Algo pequeño, ardiente y absolutamente eléctrico vibra en el aire entre nosotras, pero me obligo a sacudirme el pensamiento de la cabeza. No tengo tiempo para estas distracciones. No he venido a Inglaterra para esto. No quiero complicaciones sentimentales. No quiero mujeres hermosas con mirada de jueza de línea y manos frías descolocándome la existencia. Yo solo quiero jugar al fútbol. Quiero mantenerme en pie. Quiero seguir siendo la delantera imprescindible del país el tiempo suficiente como para que nadie note lo mucho que me estoy rompiendo por dentro.

Todo lo demás es puro ruido de fondo. Aunque tengo que admitir que el ruido de fondo, en este caso concreto, tiene unos ojos de gata y un culo que está para pararle el corazón a cualquiera.

La directora de comunicación sigue soltando su discurso memorizado sobre los valores del Ravenhill FC, pero yo apenas le presto atención. Miro a través de los amplios ventanales internos el césped impecable del estadio principal, las gradas vacías que pronto estarán rugiendo y la perfección casi obscena de este lugar de ensueño.

«Mi nuevo club. Mi nueva gran oportunidad. O mi nuevo y más absoluto desastre, probablemente», pienso con una sonrisa irónica.

Sonrío para mis adentros porque si algo tengo claro en esta vida, es que voy a triunfar aquí, cueste lo que cueste. Aunque tenga que pelearme con medio vestuario para imponer mi ley. Aunque mi rodilla izquierda decida traicionarme en mitad de la temporada. Y aunque la estricta doctora Clara Valle siga mirándome fijamente como si pudiera leer, a través de mis ojos, cada uno de los miedos que llevo años escondiendo bajo mi fachada de tía dura.

Especialmente por eso último. Porque si esa morena se cree que me tiene calada y que sabe perfectamente cómo tratarme... está a punto de descubrir lo jodidamente equivocada que está conmigo.



2

Diagnóstico de una provocación

Clara

Siempre tengo la firme convicción de que el trabajo puede salvarlo absolutamente todo. No lo digo de una forma romántica, cursi ni heroica, qué va; lo digo desde un punto de vista puramente práctico, ordenado y medible. Mientras otras personas pierden el tiempo buscando refugio en el amor idealizado, en la familia o en esa necesidad casi infantil y desesperada de pertenecer a un grupo, yo encuentro mi santuario en la rutina diaria. En el perfecto funcionamiento de una articulación recién recuperada. En la certeza matemática de que el cuerpo humano, por muy complicado y puñetero que parezca, siempre termina respondiendo y mostrando todo lo que el paciente intenta callar.

Control. Disciplina. Distancia emocional.

Esos son, desde hace ya demasiados años, mis tres pilares de oro. Mi territorio seguro. Mi manera de asegurarme de que no voy a volver a cometer el mismo error estúpido del pasado. Porque sí, hubo un tiempo en el que yo también fui vulnerable, un tiempo en el que

confundí la cercanía con la confianza y la profesionalidad con la invulnerabilidad. Hubo una época en la que cometí la torpeza de permitir que alguien atravesara mi línea roja y convirtiera mi trabajo —mi único lugar estable en el mundo— en una auténtica casa en ruinas.

Se llamaba Charlotte y, durante casi tres maravillosos y luego infernales años, fue la entrenadora principal del equipo de fútbol en el que yo ejercía como fisio. Era brillante, magnética, arrolladora y peligrosamente persuasiva. La clase de mujer empoderada que entra en una sala y, sin mover un solo dedo, acapara la atención y las miradas de todos los presentes. Incluida la mía, claro.

Lo nuestro fue una cocción a fuego lento. Primero llegaron las típicas conversaciones profesionales después de los entrenamientos intensos, luego los cafés a media tarde mientras debatíamos sobre el rendimiento de las jugadoras... y de repente, pim, pam, apareció esa complicidad eléctrica que nace cuando dos personas comparten la misma pasión obsesiva por la excelencia. Después vinieron los roces de manos cargados de excusas baratas, las cenas secretas que jamás deberían haber existido y, finalmente, la soberbia estupidez de creer que el amor puede convivir con las dinámicas de poder sin acabar devorándolo todo a su paso.

Alerta de *spoiler*: no pudo ser. Cuando todo saltó por los aires, no fue una ruptura normal y civilizada; fue una demolición en toda regla. Ella, muy lista, movió sus hilos para proteger su puesto en el club. Yo, en cambio, perdí el mío de la noche a la mañana, y los rumores de pasillo se encargaron de hacer el resto del trabajo sucio: favoritismos falsos, relaciones impropias, conflictos de interés inventados. A nadie le importó nunca una mierda qué era verdad y qué no. En el deporte profesional de alto nivel, la percepción de la gente suele pesar muchísimo más que los hechos reales.

Pero de los palos se aprende, y yo aprendí rápido. Desde ese preciso instante, me juré a mí misma dejar de repetir patrones autodestructivos. Nunca más he vuelto a mezclar el trabajo con el sexo, ni de broma. No cedo un solo milímetro de mi espacio personal más allá de lo estrictamente necesario. Y, sobre todo, he borrado de mi radar a

las personas que vienen con una mochila cargada de traumas y problemas a la espalda.

Por eso mismo, en cuanto abro el expediente médico de Alicia Puertas, sé perfectamente que esa mujer me va a caer como una patada en el estómago.

Han pasado tan solo unas horas desde nuestro primer e intensito encuentro en el recibimiento oficial, y ya me encuentro refugiada en el área médica de la ciudad deportiva. Es, de lejos, mi espacio favorito de todo el club y probablemente el único rincón del Ravenhill FC donde todo sigue funcionando exactamente como a mí me gusta. Me relaja el olor a limpio, el orden impecable de los armarios, el zumbido suave y casi hipnótico de los equipos de electroterapia y las camillas perfectamente alineadas y vestidas. Aquí dentro todo tiene una lógica.

Apoyo mi taza de café humeante junto al ordenador y repaso, por enésima vez, su historial. Veintiséis años. Delantera centro. Una carrera deportiva brillante, innegable, pero acompañada de una reputación mediática bastante más ruidosa y problemática: conflictos graves con sus anteriores entrenadores, discusiones subidas de tono con sus compañeras en los vestuarios, dos sanciones disciplinarias por faltas de respeto, una suspensión federativa por abandonar un entrenamiento oficial antes de tiempo y, para rematar el pastel, una lesión de rodilla sospechosamente mal detallada en los informes de transferencia de su último club. Demasiados hilos colgando. Demasiadas lagunas médicas que me huelen a chamusquina.

—Madre mía, Clara, por la cara que pones parece que estás leyendo la biografía detallada de una criminal en serie —comenta Lucía, asomando la cabeza por la puerta con una sonrisa de oreja a oreja.

Lucía forma parte de mi equipo médico desde hace dos temporadas y es una de las poquísimas personas en este complejo capaces de burlarse de mi rigidez sin sufrir las consecuencias de mi mal genio. Su tono siempre destila esa ligereza española que yo nunca me

permito disfrutar y que, en el fondo de mi alma cuadriculada, tanto le envidio.

Levanto la vista de la pantalla del ordenador y arqueo una ceja con mi mejor cara de pocos amigos.

—Depende de cuánto valoremos la puntualidad, la obediencia y el respeto a los contratos, Lucía. Para mí, esto se le parece bastante.

Ella se ríe con picardía mientras se acerca a mi mesa de despacho con una carpeta azul bajo el brazo, contoneándose con gracia.

—Ah, vale, que ya es oficial. Ya me parecía a mí que te pasaba algo raro desde primera hora. Tienes esa típica cara tuya de «esta tía va a ser un dolor de cabeza de campeonato».

—A mí me gusta la gente profesional, la que viene a hacer su trabajo y no convierte su vida en un espectáculo de telerrealidad para las redes sociales —le respondo, cerrando el expediente digital de Alicia con un golpe seco de ratón.

Lucía deja la carpeta sobre la mesa y se apoya en el borde con total familiaridad, cruzándose de brazos.

—Bueno, pero hay que admitir que es increíble en el campo, Clara. De las mejores delanteras que ha pisado esta liga en años. Tiene una puntería que asusta y marca la diferencia en el primer toque. El club ha tirado la casa por la ventana con ella.

—También dicen muchas otras cosas de ella que no tienen que ver con el fútbol —murmuro, imitando su gesto y cruzando mis propios brazos sobre la bata.

—Y también dicen las malas lenguas... que está absurdamente buena, las cosas como son —añade Lucía, soltando una risita traviesa que me saca de quicio.

Le lanzo una mirada tan sumamente fría y cortante que habría sido capaz de congelar el mismísimo estrecho de Gibraltar en pleno agosto. Ella, acostumbrada a mis números, levanta de inmediato ambas

manos en señal de rendición, aunque sus ojos siguen chispeando de pura diversión.

—¡Oye, que no lo digo yo! Lo dice medio vestuario. Anoche en el grupo de WhatsApp de las chicas no se hablaba de otra cosa. Que si «¿has visto cómo se mueve en el campo?», que si «parece que lleve el balón pegado a las botas como si fuera magia». Y luego, claro, estaban los comentarios subidos de tono sobre su físico, su espalda... bueno, ya te lo puedes imaginar. Las chicas están revolucionadas.

Suspiro con fuerza y pongo los ojos en blanco, fingiendo un desinterés que está muy lejos de ser real. Porque el verdadero problema, el que me está reconcomiendo por dentro, es precisamente ese. Que yo también lo he pensado. Ayer, en cuanto cruzamos las miradas, hubo algo en Alicia Puertas que me resultó absolutamente imposible de ignorar. No hablo solo de su indudable belleza física, porque sería de idiotas negar que la tía es un pibón de revista. Hablo de su maldito ego, de esa seguridad aplastante con la que camina, sabiéndose el centro del universo y deseada por todos, y haciendo uso de ese magnetismo salvaje para controlar cada puta cosa que gira a su alrededor. Caótica, atractiva, insolente y peligrosa. Exactamente el prototipo de mujer destructiva que llevo años evitando para mantener mi salud mental a salvo.

—Su cita para la revisión médica oficial es a las nueve en punto —digo con tono severo, desviando a propósito la conversación hacia el terreno profesional y señalando el gran reloj analógico de la pared—. Son las nueve y doce minutos. No me parece una forma muy profesional de empezar su andadura en este club, desde luego.

Lucía se asoma un momento al pasillo acristalado y niega con la cabeza, divertida con la situación.

—Pues de momento no se ve ni rastro de la estrella por el pasillo. Quizá se ha perdido entre tanto pabellón de lujo... o tal vez, solo tal vez, esté probando deliberadamente hasta dónde puede tensar la cuerda contigo el primer día.

—Qué enorme sorpresa, no me lo esperaba para nada —ironizo, aunque por dentro noto perfectamente cómo el tic de la

irritación empieza a treparme por el pecho. A mí nadie me vacila en mi propia clínica.

Justo en ese instante, la puerta de doble hoja se abre de golpe y Alicia entra en el ala médica como si fuera la dueña del lugar. Trae una bolsa deportiva de marca colgada al hombro con total descuido, unas gafas de sol oscuras balanceándose en su mano derecha y esa calma insolente y descarada de quien llega tarde a los sitios convencida de que el resto del planeta tiene la obligación de adaptarse a sus horarios.

Alba, la capitana del equipo, y Sonia, nuestra lateral izquierda, esperan a que comience la sesión de vendajes preventivos, levantan la cabeza a la vez al verla entrar. Lucía disimula una sonrisa cómplice tapándose la boca con la carpeta. Yo, en cambio, me quedo clavada en mi sitio, me cruzo de brazos y la observo con una frialdad que ríete tú de la Antártida.

Alicia clava sus ojos primero en mí. Luego desvía la mirada de forma deliberada hacia el reloj de pared. Después vuelve a fijar sus pupilas en las mías. Y se sonríe. Con esa media sonrisa ladeada, picarona y soberana que resulta increíblemente molesta y atrayente a partes iguales.

—Buenos días a todas —suelta con una naturalidad pasmosa, como si no acabara de descolocar la agenda de toda mi mañana—. Ya sabéis lo que dicen por ahí: las estrellas de verdad nos hacemos de rogar y nos permitimos siempre el lujo de llegar un poquito tarde a los sitios. El tráfico británico, chicas, una pesadilla, ya sabéis.

Alba suelta una carcajada espontánea que intenta transformar rápidamente en una tos falsa cuando le clavo la mirada, y Sonia decide de golpe que inspeccionar la pintura de la pared de la izquierda es la actividad más apasionante del mundo. Yo no me muevo. No sonrío. Ni un milímetro. Me levanto del taburete con parsimonia, me ajusto la bata médica y avanzo despacio hacia ella hasta quedar a un metro de distancia, manteniendo la barrera profesional justa.

—Siento desinflar tu ego, pero aquí dentro no hay privilegios ni pases VIP para absolutamente nadie —le respondo con una voz firme, perfectamente estable y cortante—. Te recuerdo, por si se te ha

olvidado con los aplausos, que hasta las estrellas más brillantes del firmamento pueden caerse de bruces contra el suelo si no hacen bien su trabajo diario. Y en mi departamento, la puntualidad no es un capricho, es una norma sagrada.

Alicia me sostiene el pulso de la mirada sin amedrentarse lo más mínimo, dando un paso imperceptible hacia adelante que reduce nuestra distancia. Sus ojos, que ahora descubro bajo la luz de los focos que son de un verde intenso, felino y espectacular, muestran un cansancio profundo y real que intenta ocultar desesperadamente bajo capas y capas de chulería barata.

—Vaya, vaya, doctora Valle… —murmura con una voz que es puro terciopelo, inclinando un poco la cabeza hacia un lado con aire burlón—. Entramos pisando fuerte el acelerador, ¿eh? Con esa intensidad que te gastas, casi voy a empezar a sospechar que me has echado de menos.

Escucho cómo Lucía agacha la cabeza detrás de mí para ahogar una risotada, y yo me obligo a respirar hondo por la nariz, repitiendo mentalmente mi mantra particular como si fuera un salvavidas: «Control. Disciplina. Distancia. No entres al trapo, Clara.»

—No confundas nunca la pura exigencia profesional con el interés personal, porque estás muy equivocada —le replico con total sequedad, clavándole los ojos.

Su sonrisa descarada se ensancha un poco más, volviéndose más perezosa y felina.

—Qué lástima. Con lo bonita que eres y lo bien que te sienta el uniforme. Ya empezaba a ilusionarme en el pasillo, fíjate. Pensé que al menos me darías una bienvenida al club un poco más… cálida y hospitalaria, doctora.

Madre mía del amor hermoso. He conocido a lo largo de mi carrera a jugadoras egocéntricas y agotadoras, pero lo de Alicia es de otra galaxia; parece diseñada en un laboratorio específicamente para poner a prueba mis nervios, mi paciencia y mi presión arterial. Me obligo a mí misma a mantener la cara de póker y a no reaccionar a sus

provocaciones. No pienso ponerme en evidencia delante de las chicas del equipo. Y muchísimo menos delante de ella, que está esperando verme perder los papeles.

—Vamos a empezar ya con tu evaluación médica y funcional —indico de manera tajante, cogiendo su expediente físico de la mesa y señalando con el bolígrafo la camilla articulada del fondo de la sala—. Así que, si eres tan amable, haz el favor de tumbarte y déjanos hacer nuestro trabajo. Alba, Sonia, pasaos a la sala contigua con Lucía; ella se encargará de vuestros vendajes neuromusculares ahora mismo.

Las jugadoras asienten y se retiran a toda prisa con Lucía hacia la otra zona de la clínica, aunque noto perfectamente cómo se dan codazos y se intercambian miradas cargadas de cotilleo puro. Nos quedamos solas.

Alicia deja caer su bolsa de deporte sobre una silla con un golpe sordo y camina hacia la camilla con esa zancada elegante, rítmica y felina propia de quien lleva años fingiendo ante los medios que su cuerpo es indestructible y que no le debe explicaciones a nadie. Yo la observo caminar en absoluto silencio, analizando clínicamente cada fase de su marcha: cada pisada, cada pequeña compensación inconsciente del peso que hace hacia la derecha, cada gesto automático de protección. La levísima rigidez que muestra al rotar la cadera no me pasa desapercibida para nada. No me hace falta ver una resonancia magnética de última generación para saber perfectamente que los tendones de su rodilla izquierda están sufriendo lo indecible.

Se sienta en el borde de la camilla alta y empieza a desatarse los cordones de las zapatillas deportivas con parsimonia. En un breve instante de descuido, mientras mira fijamente sus manos, veo asomar por sus ojos un destello de miedo genuino, de pura vulnerabilidad. Y durante ese maldito segundo, desprovista de las cámaras, no veo a la estrella mediática e indomable de la Premier; veo a una mujer que probablemente lleva demasiado tiempo cargando sola con el peso y el terror de una lesión que puede acabar con su vida profesional.

Abro el archivo médico confidencial que nos ha enviado su club de origen y lo dejo sobre la mesa auxiliar, justo al lado de mi tablet de

trabajo. Me coloco frente a ella.

—Quiero honestidad absoluta y brutal a partir de este momento, Alicia. Si intentas ocultarme que te duele algo, si me mientes o si minimizas los síntomas para que te dé el alta médica antes de tiempo, no te vas a ayudar a ti misma y vas a perjudicar gravemente los intereses de todo el equipo, ¿estamos de acuerdo? —le pregunto con tono serio, cruzándome de brazos—. Esto no es un juego de niños ni una rueda de prensa para quedar bien.

Ella detiene el movimiento de sus manos, levanta esos ojos verdes tan expresivos hacia mí y me clava una mirada desafiante, apoyando las palmas en el borde acolchado de la camilla.

—¿Y si decido contarte la verdad? —me pregunta con ese tono retador y chulesco con el que parece estar acostumbrada a conseguir todo lo que se propone en esta vida—. ¿Me vais a mandar directita al banquillo de forma indefinida antes de debutar con el equipo? ¿Vais a filtrar a los periódicos que soy la nueva jugadora estrella que ha venido rota y que ya nadie quiere en el mercado?

La pregunta se queda flotando en el aire de la sala con un peso denso y asfixiante. Lucía, captando la seriedad del momento, se mueve discretamente hacia la sala contigua y cierra las puertas para darnos una total intimidad.

—Si me dices la verdad —le respondo suavizando un punto la voz, sosteniéndole el pulso de la mirada con total calma—, al menos tendremos la oportunidad real de ponerle freno a lo que sea que tengas ahí dentro y de diseñar un plan específico para que sigas jugando al máximo nivel muchos años. Que te entre en la cabeza: no soy tu enemiga en este club, aunque mi insistencia te parezca lo contrario. Mi único trabajo aquí es reparar lo que está roto y proteger tu salud, no castigarte ni dejarte sin jugar por capricho.

Alicia desvía por fin la mirada, afectada por mis palabras, y se muerde el labio inferior con fuerza, un gesto que me resulta peligrosamente atrayente. Sus dedos largos empiezan a juguetear con nerviosismo con el tejido de la sábana de papel que cubre la camilla.

—Pues adelante, ya puede empezar con la magia, doctora. Aunque ya le advierto desde ya que no va a encontrar absolutamente nada defectuoso en mí —suelta de golpe, recuperando su coraza de arrogancia como un escudo—. Llevo años jugando al máximo nivel competitivo y este cuerpo de atleta no me ha dado problemas de ningún tipo. Estoy perfecta.

Me dan ganas de reír por no llorar. Alicia ha decidido, por las buenas, convertir mis diez años de experiencia y mis másteres en fisioterapia deportiva en un auténtico chiste. Está completamente convencida de que me va a resultar imposible averiguar qué zona exacta le provoca dolor cuando camina o qué articulación le impide rendir al cien por cien. Qué ingenua es.

—El club te ha contratado como el fichaje bomba de la temporada y ha pagado una millonada por ti, así que todos esperamos de corazón que sea verdad lo que dices y estés al cien por cien.

—Ellos buscaban una máquina infalible de meter goles para ganar la Champions y eso es exactamente lo que van a tener en el campo. Ni más ni menos.

—Ya, bueno... Déjame ver esa rodilla, anda —le pido, dando un paso hacia la camilla.

Alicia levanta ligeramente el mentón de forma altiva, sosteniéndome la mirada una vez más con un claro desafío brillando en sus ojos verdes. Me coloco los guantes de nitrilo con un chasquido seco y comienzo la palpación manual. Sus músculos de la pierna están increíblemente tensos, duros como piedras bajo la presión de mis dedos.

—Intenta relajarte un poco, por favor —le murmuro con voz suave, presionando con delicadeza la zona del tendón rotuliano—. Tranquila, no voy a hacerte daño. Sé lo que hago.

—Eso me dices ahora mismo para ganarte mi confianza —contesta ella con una media sonrisa descarada, intentando recuperar a toda Alicia su tono provocador de siempre—. Pero es que resulta que todavía no sé si puedo confiar en ti del todo, doctora. Eres un misterio.

—Clara —la corrijo sobre la marcha y sin pensarlo dos veces, subiendo mis manos por su cuádriceps—. Aquí dentro de la clínica soy simplemente Clara. No necesito que me trates de manera formal ni con rodeos.

—Clara… —repite mi nombre en un susurro casi imperceptible, paladeando las letras de una forma que me hace recorrer un escalofrío por la espalda—. Suena demasiado suave, dulce y tierno para una mujer que va de estricta y dura por la vida.

Lucía, desde la distancia, suelta una risita disimulada que me obliga a poner cara de sargento y que decido ignorar olímpicamente para no perder la concentración.

Continúo con el examen exhaustivo, palpando con sumo cuidado los ligamentos colaterales y pidiéndole que realice pequeños movimientos de flexo-extensión pasiva. Con cada roce directo de mis manos sobre su piel cálida y tersa, siento una tensión en el ambiente que va muchísimo más allá de una simple exploración médica. Alicia responde sumisamente a cada una de mis indicaciones físicas, pero sus ojos verdes no se apartan de mi rostro ni un solo instante, analizándome, y eso provoca inevitablemente que mi propio cuerpo empiece a reaccionar de una forma que no me gusta un pelo. Siento calor bajo la bata.

—¿Te duele justo aquí? —le pregunto, aplicando una presión un poco más profunda en la inserción de la pata de ganso.

—Un poco… vale, joder, sí, ahí pincha bastante —admite a regañadientes, arrugando el entrecejo por el dolor—. Me molesta sobre todo cuando intento hacer un giro rápido sobre el eje o cuando tengo que frenar en seco en una carrera. Ahí noto como si se me fuera a salir.

—Eso explica perfectamente los datos incompletos que venían bailando en tus informes anteriores —le digo, retirando las manos y apuntando los datos en la tablet—. Vamos a necesitar hacerte unas cuantas pruebas diagnósticas más completas, una resonancia de control y una ecografía de alta resolución esta misma tarde, pero a simple vista creo que podemos trabajar bien con esto. No está tan

sumamente destrozada como me temía al leer tu expediente. Hay esperanza.

Alicia dibuja de inmediato una sonrisa enorme, aliviada, y se recuesta un poco sobre los codos.

—¿Ves? Te lo dije, Clara. Eres una exagerada. Yo nunca miento con mi físico.

—Mi único trabajo aquí consiste en confirmar con datos científicos si lo que me dice tu boca es exactamente lo mismo que me está gritando tu cuerpo a través de los músculos —me limito a contestar con profesionalidad, señalando su rodilla izquierda con el bolígrafo—. Aunque las imágenes de esta tarde serán las que nos den los datos verdaderos y detallados de lo que te pasa ahí dentro.

—Qué meticulosa, perfeccionista y controladora eres, Clara… —susurra Alicia con un tono de voz íntimo, sin apartar esos ojazos de mí ni un segundo—. Estoy segura de que cualquiera de tus otros compañeros médicos se habría conformado con mi palabra y me habrían dado el alta para entrenar mañana mismo.

—Pues entonces es una suerte para ti que te haya tocado conmigo, porque un jugador profesional suele silenciar y aguantar sus dolencias por puro orgullo hasta que su cuerpo dice basta y se rompe del todo —le suelto mientras tecleo con rapidez en la pantalla las órdenes para el laboratorio—. Os creéis que sois superheroínas de cómic y que vuestros músculos, ligamentos o nervios no se resienten con la carga de partidos. Pero a la más mínima dolencia que ignoras, la maquinaria perfecta se descompensa y entonces es cuando aparece todo lo demás: los esguinces graves, las roturas de cruzado... lesiones críticas que te llevan directo al quirófano y a estar fuera de los terrenos de juego temporadas enteras. Y tú de eso ya sabes un rato, ¿no?

—Los mejores del mundo no nos podemos permitir el lujo de fallar en los momentos clave de la temporada, Clara. Hay mucha presión detrás —dice perdiendo la chulería por un momento.

—Tampoco os podéis permitir el lujo de hacer estupideces por puro ego. Así que necesito que colabores conmigo al cien por cien a

partir de hoy. ¿De acuerdo?

Alicia me dedica una de sus sonrisas más desarmantes, una de esas que seguro tienen loquitos a todos sus seguidores en las redes sociales.

—Haré todo lo que esté en mi mano por ser una buena paciente. Te lo prometo.

El denso silencio que se forma en la sala justo después de sus palabras me ayuda a confirmar, con un nudo en el estómago, mi peor temor de la mañana: Alicia Puertas no va a traer solamente problemas, discusiones y revolución al vestuario del Ravenhill FC. También va a traer un terremoto absoluto a mi vida personal y a mis esquemas estructurados, y lo peor de todo, lo que me da auténtico pánico, es que a una parte de mí, muy pero que muy escondida y bajo llave, no le importa en absoluto que todo salte por los aires.



3

Zonas de fricción

Alicia

Mentir se ha convertido en una forma de vida para mí. Después de hacerlo prácticamente a todas horas y frente a todo el mundo, la mentira se ha instalado en mi rutina diaria hasta el punto de parecerme algo completamente normal. Un sutil gesto de dolor contenido al bajar los escalones del autobús del equipo. Una mueca de rabia mal disimulada al levantarme del banquillo tras un descanso. O ese hábito tramposo, ya casi automático, de apoyar mucha más carga en la pierna derecha en cuanto noto que nadie me está observando. He aprendido a convivir con el dolor continuo exactamente igual que se aprende a convivir con una fea cicatriz: primero te rebelas con rabia, después lo asimilas con pura resignación y, al final, terminas aceptando que forma parte indisoluble de lo que eres.

Mi rodilla izquierda lleva meses enteros mandándome señales pirotécnicas y recordándome que el cuerpo siempre, tarde o temprano, termina cobrándose las facturas de la alta exigencia. Paso por alto los calambres nocturnos, los mordiscos agudos, los entumecimientos al enfriarme; me niego en redondo a escuchar los avisos de mi anatomía

porque sé a la perfección lo que va a ocurrir si me detengo a prestarles atención. No soy ninguna ingenua. En este circo del fútbol profesional no importa una mierda cuánto hayas dado en el pasado, ni cuántos partidos decisivos hayas salvado con un golazo a un segundo del pitido final, ni cuántas veces te hayas echado a la espalda a un equipo entero. Aquí solo importa cuánto puedes seguir produciendo en el presente. El rendimiento inmediato. La maldita utilidad. Si dejas de ser útil para el marcador, dejas de existir para el club. Así funciona este negocio. Siempre ha funcionado así. Y yo no tengo la más mínima intención de convertirme en otra de esas delanteras brillantes que ven truncada su carrera deportiva demasiado pronto. No después de todo lo que he sacrificado desde niña. No ahora que estoy en la cima.

Acaba prácticamente de empezar el día y me encuentro sola en el gimnasio de recuperación de la ciudad deportiva, terminando una exigente sesión de trabajo funcional. En teoría, todo esto debe servir para adaptarme mejor al ritmo físico del equipo inglés, aunque tanto el club como yo sabemos perfectamente que no es más que una forma elegante y sutil de vigilarme de cerca. El Ravenhill FC no invierte una millonada histórica en una delantera como yo para descubrir a las primeras de cambio que ha comprado mercancía defectuosa. El olor penetrante a caucho de los suelos, a desinfectante industrial y a sudor propio de deportistas impregna cada rincón del ambiente. Afuera, para no perder la costumbre, llueve con una insistencia casi depresiva; el repiqueteo constante de las gotas golpeando con fuerza contra los enormes ventanales acristalados acompaña el zumbido monótono de las máquinas de correr y el eco lejano del entrenamiento del primer equipo, que se desarrolla bajo el diluvio en el campo exterior.

Me dejo caer a plomo en un banco de musculación, pasándome una toalla húmeda por el cuello para quitarme el sudor. Mi rodilla izquierda late ahora mismo con un dolor sordo, profundo, insistente y cabrón. Cierro los ojos con fuerza durante unos segundos, apoyo los antebrazos sobre los muslos y respiro muy despacio por la boca, intentando controlar esa punzada ardiente que sube directa desde la articulación hasta la cadera y se me extiende por toda la pierna como una corriente eléctrica.

—Si sigues ignorándola de esa manera, te garantizo que la inflamación no va a desaparecer por arte de magia, Alicia.

Abro los ojos de golpe sin necesidad de girarme para saber de quién se trata. Clara tiene la cualidad innata e increíblemente irritante de aparecer siempre pisando fuerte y destilando una seguridad aplastante en sí misma.

—Vaya, qué decepción —murmuro con un hilo de voz, manteniendo la cabeza baja un par de segundos antes de incorporarme para mirarla—. Empezaba a hacerme ilusiones y a pensar que hoy me concedería un pequeño respiro, doctora.

Clara está apoyada con chulería en el marco de la puerta de aluminio, sosteniendo una carpeta de cuero negro entre las manos. Va impecable, como siempre: lleva unas mallas negras que le marcan unas piernas de infarto, combinados a la perfección con el polo oficial del club, el pelo oscuro recogido en su ya clásica coleta baja y esa expresión serena, analítica y misteriosa que parece diseñada en un laboratorio para desarmar a mentirosas profesionales como yo. Es absurdamente atractiva, salta a la vista, y eso es, probablemente, lo más ofensivo y desestabilizador de toda esta situación.

Esboza una sutil sonrisa ladeada, lo justo para dejarme bien claro que no se trata, ni de lejos, de una sonrisa de simpatía.

—Yo también tenía unas expectativas muchísimo más altas para nuestra sesión de esta mañana, no te vayas a creer —responde con una calma que me saca de quicio.

—Pues qué pena, de verdad. Me temo que vas a tener que aprender a convivir día a día con la frustración, Clara.

Se adentra en el gimnasio sin dignarse a contestarme, caminando con esa pausa elegante que es fruto de su control absoluto sobre las situaciones. Se detiene justo frente a mi banco, a escasos centímetros de mis rodillas, y me clava una mirada tan intensa que siento como si me estuviera haciendo una radiografía directamente debajo de la piel. No me gusta un pelo. Bueno, en realidad no es que no me guste... es que me acojona. Porque Clara no es como el resto de los

médicos que he conocido en mi carrera. Ella no se queda deslumbrada mirando a la estrella de las portadas; ella ve perfectamente mis grietas internas. Y eso me resulta terriblemente incómodo.

—Tenemos que volver a repetir la evaluación física y de movilidad ahora mismo —dice al fin, dejando caer la carpeta de golpe sobre la camilla más cercana con un chasquido seco.

Levanto una ceja con ironía, mirándola desafiante de abajo arriba mientras me coloco las manos en las caderas.

—¿Ah, sí? ¿Qué pasa? ¿Es que la gran jefa médica del Ravenhill no confía plenamente en sus conclusiones preliminares de ayer?

La frase me sale con la precisión de un directo de izquierda bien entrenado. Ataque preventivo para marcar terreno: mi gran especialidad. Veo perfectamente cómo la línea de su mandíbula se tensa apenas un milímetro. *Bien. Apúntame una pequeña victoria psicológica, morena.*

—Confío plenamente y al cien por cien en cada una de mis conclusiones clínicas —me responde ella, cruzándose de brazos sobre el pecho e intensificando su postura rígida—. La única pieza de este puzle que no me inspira la más mínima confianza eres tú, Alicia.

Me pongo de pie muy despacio, apretando los dientes para ignorar el pinchazo inmediato y rabioso que me recorre la rodilla al estirar la articulación. El movimiento físico me acerca tanto a ella que casi puedo notar el calor que despide su cuerpo.

—Oye, pues dicho así, con esa voz tan sugerente, suena hasta romántico —ironizo, dándole una mirada descarada a sus labios.

—No todo en este maldito mundo gira en torno a tu ombligo, Alicia —me replica en voz baja pero con una firmeza que me hace tragar saliva.

—No, qué va, claro que no. Solo giran en torno a mí las sesiones médicas de urgencia, los informes confidenciales hiperdetallados y tus maravillosos discursos diarios sobre la disciplina, el orden y la responsabilidad profesional.

Clara descruza los brazos de golpe y da un paso decidido hacia adelante, rompiendo cualquier distancia de seguridad. El espacio que queda entre nosotras dos se reduce de una forma peligrosamente idílica.

—Giran alrededor de que eres la inversión económica más importante que ha hecho este club en toda su historia y estás actuando de manera suicida, como si tu cuerpo fuera de titanio e indestructible. ¿Quieres saber cuántas jugadoras con tu mismo talento he visto echar a perder sus carreras profesionales por hacer exactamente la misma estupidez? Por negar lo que es evidente a los ojos de un ciego.

Suelto una risa seca, carente de gracia, aunque por dentro el corazón me empieza a latir con muchísima más fuerza y velocidad de la que estoy dispuesta a admitir en voz alta.

—Mi cuerpo es un asunto única y exclusivamente mío, doctora Valle. Yo decido hasta dónde lo exprimo.

—No cuando ese capricho compromete directamente a tu rendimiento en el campo y el trabajo de toda una plantilla que depende de tus goles —insiste ella, clavándome esos ojos oscuros sin apartar la mirada ni para pestañear—. Y muchísimo menos cuando está en mi mano evitar que termines en una mesa de quirófano antes de que empiece la temporada por pura cabezonería.

Doy un paso más hacia ella, casi rozando su pecho con el mío en un plano puramente desafiante. Que note que no me achanto.

—Te voy a decir una cosa muy clarita, Clara. Llevo muchos años escuchando a un montón de gente explicarme al milímetro lo que necesita de mí. Entrenadores ambiciosos, directivos trajeados, patrocinadores que solo ven números… todos ellos convencidos de saber perfectamente cómo debo correr, cómo debo respirar y cómo tengo que existir. Así que vas a tener que perdonarme si no me emociona lo más mínimo sumar otra voz autoritaria a mi colección de sargentos.

Ella no retrocede. Ni un solo centímetro. Sostiene el impacto de mi cercanía con una entereza que, por algún oscuro motivo que mi

cerebro prefiere no analizar, me gusta muchísimo más de lo que debería.

—Y yo llevo un montón de años recogiendo del suelo los pedazos rotos de deportistas brillantes que se creyeron inmortales y pensaron que podían ganarle la batalla al desgaste físico por puro ego —me replica, y esta vez su tono de voz suena menos frío, más humano, cargado de una insistencia casi desesperada—. Grábate esto en la cabeza: no me interesa lo más mínimo controlarte la vida, Alicia. Lo único que me interesa de verdad es que no te destruyas tú sola. Porque ya he visto lo mucho que duele tener que recoger esos pedazos cuando ya es demasiado tarde para arreglarlos.

Su tono ha cambiado. Ya no es la jefa médica inaccesible. La preocupación, cuando se muestra de una forma tan real y descarnada, resulta infinitamente más difícil de combatir y esquivar que la pura autoridad militar. La miro fijamente, en absoluto silencio. Estamos demasiado cerca. A esta distancia puedo distinguir a la perfección el perfume limpio, fresco y sutil que emana de su piel, notar el leve cansancio en el fondo de sus ojos y ver la forma exacta en que contiene la respiración en su pecho cuando se enfada conmigo. Todo en esta mujer es puro control, orden y contención. Y yo, que soy un peligro público, tengo un talento innato y una atracción fatal por querer romper precisamente eso.

—¿Y qué pasa si resulta que no quiero que nadie venga a salvarme? —le pregunto bajando el tono de mi voz, dejándola en un susurro ronco, casi íntimo.

Clara sostiene mi mirada fija sin vacilar un ápice.

—Entonces, por lo menos, ten la decencia de no obligarme a tener que ver cómo te caes con todo el equipo pudiendo evitarlo yo ahora.

La frase me impacta de lleno en un lugar de mi pecho que no me esperaba para nada. Porque eso que acaba de soltar no ha sonado profesional. No del todo. Ha sonado terriblemente personal, intenso y visceral. Y eso, viniendo de la implacable Clara Valle, me descoloca. Trago saliva con evidente dificultad, notando la garganta seca. Mi

cerebro, en un intento profundamente irresponsable y gamberro de empeorar la situación, decide concentrarse en la increíble cercanía de su boca. En cómo demonios se vería esa misma expresión tan severa si no estuviera enfadada conmigo. En lo mucho que me está encendiendo por dentro que me hable de esa manera, con esa mezcla tan brutal de firmeza indomable y cuidado genuino.

—Te preocupas demasiado por mi bienestar físico teniendo en cuenta lo rematadamente mal que te caigo —murmuro, completamente hipnotizada por sus ojos.

Las pupilas de Clara descienden durante un brevísimo instante directo hacia mi boca. Es solo un segundo, un parpadeo, pero lo capto al vuelo. Lo veo perfectamente. Y en ese preciso instante, el aire que respiramos en el gimnasio cambia de densidad. Es algo mínimo, casi imperceptible para cualquiera, pero está ahí. Una tensión eléctrica, incómoda, brillante y deliciosamente sexual. La clase de silencio espeso que no pertenece, ni de coña, a una consulta médica ordinaria.

Clara da un paso más hacia mí. Ahora ya estamos físicamente demasiado cerca como para seguir fingiendo una normalidad profesional que saltó por los aires hace rato.

—No pienso permitir bajo ningún concepto que arruines tu brillante carrera solo por un estúpido arranque de orgullo —dice muy despacio, sin desviar la vista de mis ojos—. Tu cuerpo es tu única arma en el campo, Alicia. Y si lo traicionas de esa manera, si lo llevas constantemente al extremo más absoluto, un día no muy lejano dirá basta de golpe. Y yo no quiero ser la persona que tenga que recordártelo cuando estés sentada en una silla de ruedas y ya no haya marcha atrás.

Siento el pulso latiéndome con una fuerza brutal en la base de la garganta. Sé que debería estar discutiendo con ella ahora mismo. Sé que debería estar respondiéndole con uno de mis habituales comentarios sarcásticos, poniendo distancia de por medio y activando cualquiera de mis mecanismos habituales de defensa. En lugar de hacer lo correcto, estoy demasiado ocupada disfrutando del calor abrasador de su presencia y preguntándome cosas que van totalmente en contra

del código ético del club. Porque esta mujer me provoca una serie de reacciones físicas que me hacen olvidar cómo se supone que debo funcionar como una adulta responsable. Y eso es un problema.

Inclino apenas la cabeza hacia adelante, reduciendo aún más los escasos milímetros que nos separan.

—¿Siempre le hablas con esta intensidad a todos tus pacientes o es que yo estoy recibiendo un trato especial de la casa? —le suelto con voz pícara.

Su ritmo respiratorio cambia. Lo noto perfectamente en la forma en que se eleva su polo del club.

—No confundas las cosas, te lo advierto —me avisa, aunque su voz suena en este momento muy poco convencida de sus propias palabras.

—¿Y qué pasa si resulta que me apetece muchísimo confundirlas? —insisto, estirando la cuerda y empujando los límites de su paciencia.

«*Dios mío de mi vida... ¿Por qué demonios acabo de decir eso en voz alta?*», me recrimino por dentro. Pues porque soy una provocadora nata, qué narices. Porque me encanta empujar las líneas rojas. Porque necesito saber, debajo de toda esta aparente discusión médica, ella también está sintiendo el mismo incendio forestal que me quema a mí por dentro.

Clara abre la boca para responderme, con los ojos encendidos. Sin embargo, no llega a articular ni una sola palabra.

—Vaya, vaya... Espero no estar interrumpiendo ninguna consulta médica de vital importancia para el futuro del club.

La voz ronca y potente del míster, Hugo Salvatierra, cae de golpe sobre nuestras cabezas como un auténtico cubo de agua helada. Nos separamos la una de la otra con una rapidez tan sospechosa que resulta hasta ridículo.

Hugo entra de lleno en el gimnasio sosteniendo una carpeta de plástico bajo el brazo y luciendo una expresión socarrona que me dice claramente que ha visto muchísimo más de lo que debería. Es un hombre extremadamente observador y con un colmillo muy retorcido, lo cual, en este preciso instante, me parece una auténtica desgracia divina.

—Solo estábamos realizando una revisión rutinaria de movilidad articular, míster —salta Clara demasiado rápido, ajustándose la bata con nerviosismo.

Él arquea una ceja poblada con un escepticismo que da hasta miedo.

—Por supuesto. Se os veía muy concentradas en la articulación, desde luego.

Yo decido que mirar fijamente la pared de enfrente con una intensidad digna de estudio científico es la mejor manera de intentar recuperar la compostura de estrella indomable. «Que la tierra me trague.»

Hugo abre su carpeta sin añadir más leña al fuego y empieza a revisar unos documentos impresos.

—Bien, vayamos al grano. He estado leyendo con detenimiento los informes preliminares que me enviaste anoche a última hora, Clara, y también he tenido una larga charla con el preparador físico del equipo. Te lo digo ya: el estado real de esa rodilla izquierda de Alicia no me gusta absolutamente nada. Por mucho que tú, en tu informe, intentes venderme tranquilidad y paños calientes para no alarmar a la directiva —comenta mirando fijamente a Clara.

Yo suelto una exhalación profunda y cruzo los brazos, harta del dramatismo.

—No dramatice tanto, entrenador, por favor. Que no es para tanto.

—Yo no dramatizo nunca, Alicia; yo simplemente trabajo a diario con delanteras estrella que se creen que son inmortales hasta

que se rompen —me responde él con una media sonrisa bastante cansada—. Una descripción que, por cierto, te viene como anillo al dedo teniendo en cuenta las circunstancias actuales, las cosas como son.

Me ignora con un desprecio profesional absoluto y continúa hablando, dirigiéndose de nuevo a la fisio:

—A partir de hoy mismo, Alicia se va a someter a un programa de sesiones de rehabilitación obligatoria y de carácter diario bajo tu supervisión directa, Clara. En camilla y en gimnasio.

Giro la cabeza de golpe, abriendo los ojos como platos.

—¿Perdón? ¿Cómo que obligatorio y diario?

—Has oído perfectamente, Alicia. No tengo problemas de dicción.

—¡Que estoy perfectamente para entrenar con el grupo! —insisto, subiendo el tono de voz.

Clara suelta una exhalación breve a mi lado, un sonido que denota que su paciencia divinal se está agotando por momentos con mis niñerías.

Hugo continúa hablando con Clara como si yo fuera un fantasma o un mueble del gimnasio:

—Control estricto de cargas de trabajo, seguimiento médico diario e inmediato, y una reducción parcial de la intensidad en los entrenamientos de campo hasta nuevo aviso. Y no quiero escuchar ni una sola discusión al respecto por tu parte, Alicia.

—¡Pero si eso es completamente ridículo y una exageración! —protesto enérgicamente, plantando el pie en el suelo como una niña pequeña en mitad de una pataleta monumental.

—De eso nada —interviene Clara de golpe, dándose la vuelta para mirarme de frente con una autoridad aplastante—. Lo único ridículo aquí sería cruzarnos de brazos y esperar a que esa rodilla reviente en mitad de un partido oficial para empezar a actuar. No pienso permitir que hagas esa locura, Alicia. Ni como responsable del

equipo médico de este club ni… —se detiene un milisegundo, como si hubiera estado a punto de verbalizar algo prohibido— ni como la profesional que soy.

La fulmino directamente con la mirada, intentando transmitirle todo mi rencor. Ella ni parpadea.

—No necesito que me pongas una niñera las veinticuatro horas del día.

—Excelente —irrumpe Hugo con sorna—, porque te aseguro que Clara no tiene absolutamente ninguna vocación maternal y yo todavía menos. Esto no es una sugerencia ni es negociable, Alicia. Colaboras activamente con el servicio médico o te vas a quedar sentada en el banquillo de la grada viendo los partidos de la Premier durante muchísimo más tiempo del que te va a gustar. Tú verás lo que haces.

Incluso yo misma tengo que morderme la lengua para contener una sonrisa ante el comentario tan directo del viejo.

—Está bien, joder, acepto —refunfuño finalmente, cruzándome de brazos con desgana—. Sesiones diarias obligatorias. Rehabilitación intensiva. Todo suena muy pero que muy emocionante, de verdad.

Hugo asiente con la cabeza, visiblemente satisfecho por haber ganado el asalto.

—Me alegra enormemente ver este maravilloso espíritu colaborativo en nuestro fichaje estrella. Así da gusto.

—No abuse de su desbordante fantasía, míster —murmuro entre dientes.

En cuanto el entrenador sale del gimnasio cerrando la puerta tras de sí, el silencio absoluto regresa a la sala, volviéndose muchísimo más denso, espeso y cargado que antes. Clara y yo nos quedamos solas otra vez. Demasiado solas, para ser exactas. La miro de reojo. Ella sostiene la carpeta de cuero apretada contra el pecho, adoptando una expresión bastante más seria y distante de lo habitual en ella. Hay tensión en el ambiente, una tensión palpable, sí... pero también hay algo más flotando en el aire. Algo adictivo.

Dibujo una sonrisa muy despacio en mis labios. Porque si voy a estar obligada por contrato a verle esa cara tan bonita todos los benditos días de la semana, al menos pienso encontrar formas increíblemente interesantes y divertidas de sobrevivir a la tortura.

—Vaya, vaya... Sesiones diarias y privadas contigo —le digo, agachándome para recoger mi bolsa de deporte del suelo con sumo cuidado—. Con tanta insistencia, voy a empezar a sospechar que estás un poquito obsesionada conmigo y con mi físico.

Por primera vez desde que la conozco, veo cómo una verdadera sonrisa, de esas auténticas y gamberras, amenaza con romper su férreo control profesional. Es una sonrisa pequeña, peligrosa, pícara y absolutamente hermosa.

—Y yo empiezo a sospechar muy seriamente —me responde, dando un paso lento hacia donde estoy— que conseguir rehabilitar esa rodilla tuya va a requerir de mí muchísima más paciencia de la que tengo disponible en mi contrato. Pero mira, resulta que me apasionan los retos difíciles, y estoy totalmente dispuesta a intentarlo contigo.

Me cuelgo la mochila al hombro, camino decidida hacia la puerta de salida y me giro solo una última vez para mirarla, sintiendo el corazón latiéndome desbocado en el pecho como un caballo desbocado.

—Entonces espero de corazón que estés muy bien preparada para todo lo que se te viene encima, doctora... incluso para terminar enamorándote de mí.

Salgo disparada al pasillo antes de darle tiempo a articular cualquier respuesta cortante. Pero mientras camino a zancadas por los pasillos del club, con la rodilla izquierda protestando a cada paso y el corazón comportándose como un absoluto y soberano idiota, sé perfectamente que esto acaba de dejar de ser una simple discusión médica por una lesión para convertirse en algo muchísimo más personal, divertido y peligroso.



4

Romper el bloqueo

Clara

Desde hace años sé que el silencio es mi mejor mecanismo de defensa. No me refiero al silencio incómodo de quien no sabe qué decir en una reunión, sino a ese otro mucho más sofisticado, estratégico y selectivo; el que me sirve para mantener al resto del mundo a una distancia prudente y segura. Ese muro invisible que impide que las preguntas indiscretas de los demás encuentren respuestas inconvenientes por mi parte.

Yo vivo divinamente así, instalada de lleno en una rutina milimétrica, y en esas cenas tranquilas en las que nadie espera de mí grandes confesiones emocionales y donde el buen vino se termina con la misma naturalidad con la que otras personas expresan su afecto. Mi trabajo está primero. Siempre. Es una norma vital sencilla, clara, precisa y, sobre todo, segura.

Por eso mismo me irrita que Alicia, haya encontrado la rendija exacta para instalarse dentro de mi cabeza, segurísima de que terminaré adaptándome a ella por las buenas o por las malas. Solo llevo

tres días con el seguimiento diario de sus sesiones privadas de rehabilitación y ya siento que mi paciencia ha envejecido diez años de golpe.

Es bastante tarde cuando por fin llego a mi casa. Ha estado lloviendo a mares durante toda la tarde y las aceras conservan ese brillo húmedo y oscuro tan típico de Inglaterra. Subo los escalones de mi edificio notando el cansancio físico adherido a mi espalda y sosteniendo las llaves frías entre los dedos. En cuanto abro la puerta de entrada, el aroma relajante del incienso de sándalo que siempre dejo encendido en el salón me envuelve los sentidos de inmediato. Mi casa es un espacio amplio, sobrio y luminoso, con unos grandes ventanales que enmarcan la noche británica. Un sofá de diseño gris, estanterías impecables alineadas por colores y una cocina americana abierta donde cada maldito objeto ocupa, faltaría más, el lugar exacto que le corresponde.

Orden. Necesito orden mental con urgencia. Y esta noche, después de aguantar las miradas de cierta delantera, lo necesito más que nunca en mi vida.

—Si sigues tardando tanto tiempo en volver, voy a terminar asumiendo que tienes una doble vida secreta y que en realidad trabajas como cirujana para la mafia rusa —me suelta Dani desde la cocina en cuanto escucha el clic de la cerradura.

Sonrío de inmediato, dejo la mochila del club sobre el suelo del recibidor y me quito el abrigo con lentitud, disfrutando como una enana del bendito alivio de estar por fin en mi territorio seguro.

—Siento mucho decepcionarte, pero te va a tocar asumir que mi vida real es muchísimo menos interesante y glamurosa —levanto la voz para que me oiga bien mientras me descalzo los zapatos y los coloco en su sitio exacto, alineados junto a la puerta.

—No sé yo qué decirte. Las fisioterapeutas con esa cara de mujer de hielo inaccesible soléis esconder los secretos más turbios y picantes del planeta. O al menos eso espero de corazón, porque si no, mi valiosa amistad contigo sería un auténtico desperdicio absoluto para mis cotilleos.

Me adentro en la cocina y lo encuentro sirviendo dos generosas copas de vino tinto con la absoluta familiaridad de quien no necesita pedir permiso para abrir mis armarios. Dani es una de esas poquísimas personas que sobreviven invictas a todas mis versiones, incluso a las más insoportables. Nos conocemos desde los caóticos años de la universidad, cuando ambos éramos mucho más jóvenes, insultantemente arrogantes y todavía creíamos con fe ciega que los problemas del amor podían resolverse con pura lógica, inteligencia y un buen plan estratégico. Ahora él se dedica a la arquitectura con bastante éxito, lleva unas gafas de pasta negra que sospecho que no necesita realmente para suprimir su miopía y posee el don, profundamente irritante, de leerme el pensamiento mejor que nadie en este mundo. Lo odio con todas mis fuerzas por eso. Y justo por eso mismo lo quiero tanto.

—Veo que has vuelto a invadir mi propiedad privada sin avisar, sinvergüenza.

—He cocinado un plato de pasta espectacular y te lo he traído calentito. Técnicamente, soy un benefactor social de tu salud mental. O un intruso con derecho a roce y beneficios culinarios, según se mire —añade dedicándome una sonrisa pícara y un guiño de ojo.

Yo observo la encimera de la cocina con un escepticismo monumental.

—A mí no me engañas. Ese envase me dice que esa pasta parece sospechosamente comprada en el restaurante italiano de la esquina.

—Oye, no me destruyas la fantasía de chef internacional, Clara, por favor. Déjame al menos fingir ante ti que soy un partido genial y un hombre de hogar.

Me río por primera vez en todo el santo día y me apoyo relajada contra la isla de la cocina mientras él me entrega la copa de vino tinto. El primer sorbo es un bálsamo cálido y delicioso que se extiende directo por mi pecho, aflojándome los músculos tensos.

—Gracias por estar aquí —murmuro de corazón, mirándolo.

—De nada, guapa. Ahora, haz el favor de sentarte a la mesa y contarme de una vez por qué tienes esa cara de persona estresada que acaba de estar discutiendo a puñetazos con su propia conciencia durante las últimas horas.

Con los platos de pasta listos, nos acomodamos en la mesa del salón. Vuelve a repiquetear la lluvia contra el cristal, y la ciudad parece mucho más lejana, casi etérea, desde nuestra altura. La luz cálida de la lámpara que cuelga suspendida sobre nosotros crea un ambiente que invita a la confidencia.

Normalmente, hablar de cualquier cosa con Dani me resulta facilísimo. Esta noche siento que las palabras se me atascan en la garganta y se resisten a salir. Y es que el problema principal de mi insomnio tiene nombre propio, unas piernas de infarto y una sonrisa chulesca que me resulta del todo insoportable.

Intento concentrarme con todas mis fuerzas en la cena, en el sabor de la salsa, en el retrogusto del vino. En cualquier detalle que no implique evocar la imagen mental de Alicia apoyada con descaro en la camilla de rehabilitación, mirándome fijamente como si cada maldita conversación entre nosotras fuera una provocación privada y un juego perverso del que solo ella conoce las reglas del juego.

Pero no hay manera. No me funciona el autoengaño.

—A ver, ¿se puede saber en qué planeta estás ahora mismo? —me pregunta Dani de pronto, deteniendo el tenedor y haciéndolo girar entre los dedos con lentitud—. Porque físicamente estás sentada cenando conmigo, sí, pero mentalmente pareces estar orbitando en una galaxia muy lejana.

Levanto la vista del plato, me topo con su mirada inquisitiva y suelto un suspiro tremendo.

—No me pasa nada, en serio. Solo estoy dándole vueltas a un asunto complicado del trabajo en el club.

Él le da un sorbo a su copa sin apartar sus ojos analíticos de mí ni un solo milímetro.

—¿Le estás dando vueltas a un asunto complicado del trabajo o le estás dando vueltas a *alguien* muy complicado del trabajo? A mí no me intentes colar una de tus mentiras piadosas, Clara Valle, que te tengo demasiado calada.

Suspiro todavía más profundamente esta vez, rindiéndome a la evidencia, y dejo el tenedor sobre el plato con un tintineo seco.

—No empieces con tus teorías, Dani, te lo pido por favor.

—Uy, si no me lo niegas de inmediato y con indignación, puedo tomarme eso como una confesión de culpabilidad en toda regla.

Me recuesto en el respaldo de la silla, me cruzo de brazos sobre el pecho y adopto mi mejor pose de indiferencia.

—De verdad, que no es nada del otro mundo.

Dani sonríe de oreja a oreja con esa calma exasperante del que sabe a la perfección que acaba de ganar la partida y me ha acorralado.

—Esa maldita frase de «no es nada» debería estar terminantemente prohibida por la ley del tribunal del cotilleo. Nadie la usa cuando realmente no pasa nada. Venga, suéltalo ya, pesada. ¿Qué ha pasado en esa ciudad deportiva?

Niego con la cabeza con resignación, aunque una parte de mí ya sabe de sobra que tenía esta conversación perdida desde el mismísimo momento en que metí la llave por la puerta.

—A ver... Hace unos días que llegó una nueva jugadora estrella al equipo, un fichaje millonario —empiezo a relatarle, intentando elegir cada palabra con sumo cuidado para no delatarme.

—Ah... —responde él al instante, cargando esa simple sílaba de mil intenciones ocultas.

—No hagas ese ruidito con la boca, que te conozco.

—¿Qué ruidito? —pregunta poniendo una cara de inocencia que no se cree ni él.

—Ese. Ese tono de persona insoportablemente interesada en ver cómo se desmorona mi perfecta estabilidad emocional.

—Continúa con el informe, por favor, que me dejas en ascuas. ¿Cómo es la criatura? ¿Es guapa? ¿Es de las que dan problemas en el vestuario? Dame detalles jugosos, mujer.

Lo miro con cara de auténtico agotamiento psicológico y me bebo otro buen trago de vino antes de continuar con mi confesión.

—Es la nueva delantera centro del equipo. Es buenísima, una auténtica fuera de serie en el campo, probablemente una de las mejores de toda Europa ahora mismo. Pero también te digo que es la tía más arrogante, indisciplinada y desafiante que he conocido nunca. Tiene una habilidad sobrenatural para poner a prueba mi paciencia profesional y llevarla hasta unos límites salvajes que yo ni siquiera sabía que existían en mi cuerpo.

Dani deja el tenedor sobre la mesa de golpe y se inclina emocionado hacia adelante, apoyando los antebrazos, claramente entretenido con mi drama.

—Me parece perfecto todo lo que me cuentas. Oficialmente ya estoy perdidamente enamorado de ella sin conocerla. ¿Cómo se llama el pibón?

—No bromees con esto, que es serio —le advierto, fulminándolo con la mirada.

—Yo no bromeo en absoluto, eres tú la que está intentando desviar el foco para no entrar en materia. Sigue contando.

Apreto los labios con fuerza, arrepintiéndome de haber abierto esta caja de truenos, pero el vino y la confianza ciega que le tengo a este hombre me terminan soltando la lengua.

—Tiene una lesión fastidiosa en la rodilla izquierda que oculta y minimiza constantemente frente al entrenador. Se niega en redondo a tratársela como dios manda porque se cree que admitir cualquier tipo de debilidad física equivale a desaparecer del mapa profesional. Y a mí...

bueno, el míster me ha encasquetado la papeleta de tener que trabajar con ella a solas en sesiones privadas y obligatorias todos los días.

—Y tú, como buena controladora emocional con título universitario, complejo de salvadora y años de experiencia esquivando flechazos, has decidido que vas a ser la heroína que la salve de sí misma —afirma Dani con una ceja arqueada a niveles imposibles.

—¡Yo no intento salvar a nadie! —protesto de inmediato, enderezándome en la silla y notando cómo me entran los calores.

—Claro que no, se me olvidaba —dice él destilando un sarcasmo divertidísimo—. Solo pretendes evitar por todos los medios que una futbolista cañón destruya su prometedora carrera por puro orgullo patrio. Todo muy profesional e imparcial por tu parte, sí, señora.

Dani apoya los dos codos sobre la mesa de madera y entrelaza las manos justo bajo su barbilla, observándome con una atención que me pone nerviosa.

—A ver, Clara... ¿Y la chica en cuestión está muy buena o qué?

Le clavo una mirada asesina que podría fulminar a un ejército entero, pero él se limita a sonreír ampliamente.

—Muy bien, ese silencio sepulcral tuyo también responde a mi pregunta, querida amiga.

—Dani, te estás pasando de la raya...

—Clara... —me imita él calcando a la perfección mi tono de advertencia.

Respiro hondo, haciendo girar el tallo de la copa entre mis dedos de forma nerviosa. De manera inevitable, la imagen nítida de Alicia se me aparece sola en la mente: la recuerdo con el pelo todavía húmedo tras la ducha del gimnasio, vistiendo esa camiseta de entrenamiento que se le pega a la piel marcando cada músculo y con esa forma tan absurda y magnética de invadir todo mi espacio vital; con la insolencia dibujada en sus facciones perfectas y esa mirada fija,

oscura y descarada que parece desnudarme sin necesidad de tocarme. «Maldita mujer de armas tomar», pienso para mis adentros.

—Es una tía insoportable, de verdad —sentencio finalmente en voz alta.

—Eso que me estás diciendo sigue sin responder a mi pregunta de si te atrae.

—Es tremendamente insoportable, altiva y descarada —insisto, intentando autoconvencerme a mí misma.

Dani suelta una carcajada breve, cálida y cargada de picardía que resuena en todo el salón.

—A mí no me puedes vender la moto, Clara. Lo que te frustra y te saca de tus casillas no es que la chica sea insoportable. Lo que te revienta por dentro es que tienes la obligación de mantener la bendita profesionalidad médica en lugar de arrancarle lo insoportable a base de besos bien dados y mordiscos salvajes.

Me quedo tan impactada que estoy a un milímetro de atragantarme de mala manera con el sorbo de vino. Toso de inmediato.

—¡Por favor, dime que no acabas de soltar semejante barbaridad en mi propia casa!

—Lo acabo de decir en voz alta y, además, sé perfectamente que tengo toda la razón del mundo. Se te nota en la expresión de la cara, Clara. Entre vosotras dos seguro que hay una química brutal, una tensión sexual que se corta con un cuchillo… y a ti te aterra como nada en este mundo.

Me levanto de la silla de golpe, más por la necesidad física de moverme y huir de sus verdades que por otra cosa. Noto perfectamente cómo el corazón me está latiendo a mil por hora contra las costillas.

—No tienes ni la más mínima razón —murmuro dándole la espalda y encaminándome a la cocina.

—Vaya si la tengo —afirma él levantándose también de la mesa para seguirme de cerca hasta la encimera—. Esa respuesta tuya sería

muchísimo más convincente si no estuvieras agarrando ese cuchillo y cortando el pan como si te hubiera ofendido personalmente el panadero.

Miro fijamente el cuchillo que tengo empuñado en la mano derecha, me doy cuenta de la fuerza con la que lo sujeto y lo dejo a un lado sobre la tabla con sumo cuidado, como si quemara.

—No va a pasar absolutamente nada entre esa jugadora y yo, te lo aseguro —sentencio con voz firme.

—Pero si yo no he dicho en ningún momento que tenga que pasar algo. Solo es una simple observación de un espectador externo.

—Lo estás insinuando con esa sonrisita tuya.

—No, no insinúo nada. Lo que te estoy diciendo claramente es que llevas un montón de años escondiéndote detrás de tus horarios del trabajo como si el simple hecho de sentir algo por una mujer fuera una negligencia profesional imperdonable. Y esa delantera parece haber encontrado la primera gran grieta en tu armadura de hielo.

La cocina se queda sumida en un silencio espeso durante unos instantes. Apenas se escucha el rumor constante de la lluvia azotando los ventanales de fuera y el sonido acompasado de nuestras respiraciones.

—No necesito este tipo de terapia psicológica exprés un martes por la noche, Dani.

Él suaviza su gesto burlón, da un paso hacia mí y me pone una mano cariñosa sobre el hombro.

—Lo sé, Clara. Pero también sé de sobra que desde que pasó lo tuyo con Charlotte no permites que nadie, absolutamente nadie, se te acerque de verdad. Ni siquiera un poquito. Y entiendo los motivos, de verdad que los entiendo porque estuve ahí para recoger tus pedazos. Aquella relación te dejó una marca muy fea. Pero lo que no puedes hacer es convertir una mala historia del pasado en una condena perpetua para tu corazón. No es justo para ti.

Desvío la mirada hacia el gran ventanal del salón, donde las gotas de agua van trazando caminos irregulares y caprichosos sobre el cristal.

—No se trata de miedo a que me hagan daño otra vez —admito con un hilo de voz honesto.

—Entonces, ¿de qué narices se trata?

Tardo unos segundos largos en responderle. Porque en mi cabeza hay respuestas fáciles y políticamente correctas, y luego están las respuestas desnudas e hirientes, y esas, raras veces coinciden.

—Se trata de control, Dani —confieso al final, girándome para clavar mis ojos en los suyos—. De saber exactamente en qué milímetro termina mi terreno seguro y dónde empieza el desastre absoluto.

Dani asiente despacio con la cabeza, mostrando una comprensión absoluta que me reconforta.

—Y por lo que me cuentas, esa chica es un auténtico terremoto de escala ocho.

Suelto una risa seca, carente de humor pero llena de ironía.

—Qué va... Alicia Puertas no es un terremoto; ella es un incendio forestal con una sonrisa peligrosísima. Cada vez que entra por la puerta de la sala de rehabilitación, el aire cambia de temperatura. Me mira con un descaro... como si supiera exactamente lo que estoy pensando de ella en ese instante, y yo… yo tengo que hacer el papel de mi vida y fingir que solo soy una fría fisioterapeuta haciendo su trabajo.

—¿Y se puede saber qué es lo que piensas exactamente cuando la miras fijamente a los ojos? —me pincha con una sonrisa cómplice.

En ese momento pienso inevitablemente en Alicia, en la curva tentadora de su cuello cuando inclina la cabeza con chulería, en cómo sus músculos firmes se tensan de forma deliciosa bajo mis manos cuando le hago los ejercicios de resistencia en la camilla, y en ese leve y sexy jadeo que escapa de sus labios cuando el dolor es mucho más intenso de lo que su orgullo le permite admitir en voz alta.

—Pienso que es una mujer peligrosísima —respondo con total honestidad—. Porque me obliga constantemente a salir de mi zona de confort profesional, esa en la que siempre tengo el control absoluto de la situación. Con ella me descubro a mí misma siendo dolorosamente consciente de cosas que no tienen nada que ver con la medicina, y eso... eso es peligrosísimo para mi cordura.

—Pero no vas a cometer ninguna locura estúpida de la que arrepentirte, ¿verdad?

—Eso ya lo sé yo. Mi gran problema en la vida nunca ha sido cometer locuras estúpidas, Dani. Mi verdadero problema es sentir cosas intensas por dentro y tener que fingir de cara al exterior que no existen.

Me quedo callada durante un instante, procesando mis propias palabras en voz alta y asustándome un poco de mí misma. La simple idea de saber que mañana por la mañana tengo que volver a verla en la clínica ya me altera el pulso a unos niveles ridículos. Todavía sigo escuchando en bucle su voz ronca y sensual diciéndome al oído: *«Entonces espero de corazón que estés muy bien preparada para todo lo que se te viene encima, doctora... incluso para terminar enamorándote de mí»*. Y lo peor de todo este asunto no es la provocación chulesca en sí. Lo verdaderamente preocupante es que me quedé completamente en blanco y no tuve una respuesta ingeniosa que soltarle para cerrarle la boca.

Dani levanta la mano derecha de pronto y me da un tierno golpecito con el dedo en la punta de la nariz, sacándome de mis pensamientos.

—Escúchame una cosa, Clara. Solo hazme un pequeño favor de amigo. Si de verdad vas a mandar a tomar por saco tu impecable estabilidad emocional por culpa de una delantera salvaje, sexy y problemática, al menos asegúrate de que el viaje valga la pena.

Esta vez sí que me río con ganas, soltando una carcajada limpia y sonora.

—Definitivamente eres una pésima influencia para mi vida profesional.

—Pero también soy tu influencia favorita del mundo —me replica él guiñándome un ojo con guasa.

Vaya si lo es. Sin ninguna duda.

La conversación cambia de rumbo después de eso. Pasamos el resto de la velada hablando de su último y caótico proyecto arquitectónico, de un cliente millonario e insoportable que le está quitando la vida y de cómo el clima inglés parece no querer darnos una tregua jamás. Pero incluso un buen rato después, cuando Dani se marcha a su casa y mi apartamento vuelve a quedar sumido en ese silencio sepulcral que tanto amo, Alicia sigue aquí metida. Se queda flotando en el recuerdo de los últimos días. En esa tensión eléctrica que todavía se respira en el aire del salón. En ese problema que crece con cada hora que pasamos juntas.

Me sirvo una última y generosa copa de vino tinto y me quedo de pie junto al ventanal, observando las luces difusas de la ciudad bajo la lluvia. Mañana tengo otra sesión privada con ella. Otra hora entera de proximidad física peligrosa. Otra batalla campal de orgullo, miradas descaradas y deseo contenido.

Y, dios me perdone, pero estoy deseando que llegue la hora de empezar.



5

Contacto de riesgo

Alicia

Es muy irónico descubrir que una de las personas que más consigue alterarme el pulso y ponerme de los nervios en este bendito país no es una rival agresiva en el terreno de juego, ni una entrenadora obsesionada con controlar lo que como, ni siquiera algún periodista pesado empeñado en convertir mi vida nocturna en un titular de la prensa rosa. No, señor. Es una maldita fisioterapeuta.

Una mujer de ojos oscuros e infinitos, paciencia bastante limitada conmigo y una peligrosa y excitante tendencia a mirarme de arriba abajo como si fuera un puzle complejo que pudiera desmontar pieza por pieza con solo chasquear los dedos. Sinceramente, todo esto me parece una falta de respeto gravísima por parte del destino y una burla directa a mi soltería.

Esta mañana he llegado a la ciudad deportiva del Ravenhill FC muchísimo más temprano de lo que es habitual en mí. Mi cuerpo todavía arrastra el cansancio de los ejercicios de rehabilitación del día anterior y mi rodilla izquierda protesta sin descanso a cada paso que

doy. El cielo está completamente cubierto por un manto de nubes, de un gris limpio y silencioso que amenaza con romper a llover con fuerza en cuestión de pocos minutos. La ciudad deportiva del club despierta a estas horas con esa energía tan particular de los lugares de élite donde la exigencia no duerme jamás: el personal de mantenimiento cruza los pasillos a toda prisa, se escucha el sonido lejano y amortiguado de los balones golpeando contra el césped húmedo, los gritos del cuerpo técnico organizando los horarios de los campos y esa electricidad constante en el ambiente, como si todos los presentes respirásemos al ritmo frenético de la alta competición.

Entro de lleno en el área médica del club sosteniendo una botella de agua fría en la mano derecha y con la bolsa deportiva colgada con desgana sobre el hombro.

Para mi sorpresa, el míster sale en ese preciso instante del box principal de rehabilitación y se me queda mirando fijamente, estupefacto:

—¿Pero bueno, esto qué es? ¿Estamos ante un milagro divino? —me suelta con sorna, consultando su reloj de pulsera con evidente curiosidad—. Has llegado clavada a tu hora, Alicia.

—No te vayas a acostumbrar, Hugo. He llegado antes porque me he levantado con un humor excelente —le respondo dedicándole una media sonrisa pícara mientras dejo caer la mochila al suelo con un golpe seco.

Él niega con la cabeza con resignación, aunque sé que le caigo bien porque no puede evitar esbozar una sonrisa cómplice.

—Clara está esperándote ahí dentro. Y antes de que me sueltes alguna de tus réplicas, sí, he venido en persona a revisar cómo van las cosas con tu tratamiento porque, a diferencia de ti, yo sí me preocupo de que estés disponible y al cien por cien para la primera jornada de liga.

—Vaya, qué absoluta suerte la mía. Tanto amor y tanta preocupación, pero qué mal repartidos están en este vestuario.

El entrenador me da una palmada afectuosa en el hombro, da un paso hacia mí y me habla entornando los ojos, adoptando un gesto muchísimo más serio de lo normal.

—Hazle caso en todo lo que te pida, Alicia. Te lo digo muy en serio. No la cabrees más de lo estrictamente necesario, que esa mujer cuando se enfada tiene un peligro terrible.

Miro disimuladamente por encima de su hombro hacia el interior de la sala. Ahí está Clara, revisando concentrada unos datos en la tablet táctil, de pie junto a la camilla de masajes. Incluso desde la distancia, tiene esa forma tan insoportable y elegante de imponer orden y perfección a su alrededor sin mover un dedo. Lleva puesto el uniforme negro del club que le sienta de miedo, el pelo oscuro recogido hoy en un moño desenfadado en la nuca y esa expresión seria de no estar teniendo precisamente el mejor de sus días.

—Oye, míster, eso que me dices suena a amenaza —comento cruzándome de brazos con chulería.

—Lo es, delantera, lo es —me afirma él dedicándome una última sonrisa antes de dar la vuelta y desaparecer a buen ritmo por el pasillo.

Inspiro hondo, me coloco bien la camiseta y entro en el box pisando fuerte. Clara levanta la vista de la pantalla apenas un segundo al escuchar mis pasos, aunque sus ojos oscuros se anclan directamente a los míos en una mirada que me parece de lo más deliciosa.

—Vaya, qué sorpresa. Pensé que a estas horas quizá estarías huyendo del país en un avión privado para escaquearte —me suelta con un tono de voz totalmente neutro.

Dejo la botella de agua sobre la mesa auxiliar de aluminio, me encojo de hombros con desparpajo y me acerco a ella con paso lento.

—No te voy a mentir, lo consideré seriamente durante la noche. Pero en el aeropuerto me dijeron que las órdenes de alejamiento por acoso médico tardaban demasiado tiempo en tramitarse.

La comisura de su boca se mueve apenas un milímetro hacia arriba. No llega a ser una sonrisa completa, pero ya conozco lo suficiente sus reacciones como para reconocer una grieta evidente en su estricto autocontrol.

—Siéntate de una vez —me indica apuntando con el dedo hacia la camilla alta.

—Madre mía... Siempre tan dulce, tan atenta y tan romántica conmigo.

—Y tú tan sumamente agotadora a todas horas —me replica al instante, sin perder ni un solo segundo en el intercambio de dardos.

Me subo y me siento en el borde de la camilla sin chistar lo más mínimo, y ese comportamiento tan dócil le parece de inmediato demasiado sospechoso. Clara es una lince y lo nota absolutamente todo.

—No me gusta un pelo cuando me obedeces a la primera y sin oponerte a lo que te pido —murmura entre dientes mientras desliza el dedo por la pantalla de la tableta revisando mis gráficas—. Me hace pensar que esa cabecita tuya está planeando alguna jugarreta.

—Oye, eso que dices me duele en el alma, Clara. Si yo soy un libro abierto, puramente transparente.

Ella suelta una exhalación breve por la nariz que suena demasiado parecida a una risa contenida, y ver ese amago de diversión me resulta insoportablemente atractivo. Porque me encanta sacarla de su papel. Me gusta demasiado hacerla sonreír. Y yo, que suelo ser un alma libre, no acostumbro a permitirme este tipo de tonterías con cualquiera. A mí no me van los juegos lentos de seducción, ni esa clase de intimidad incómoda que te remueve por dentro, ni las personas que te empujan a cambiar las piezas defectuosas de tu personalidad. Yo siempre resuelvo las cosas por la vía rápida, con impacto, sexo divertido y huyendo si la situación se pone demasiado seria. Pero Clara Valle no me permite aplicar ninguna de las cuatro opciones.

Se coloca físicamente justo frente a mí, entre mis piernas abiertas mientras permanezco sentada en el borde, y comienza a

revisar con cuidado la movilidad y el juego de mi rodilla izquierda con la misma precisión milimétrica de siempre. Sus manos son firmes, seguras, calientes y absolutamente profesionales sobre mi piel desnuda. Sin embargo, incluso siendo tan rematadamente profesional, cada roce suyo me parece una provocación en toda regla. Su palma sostiene con fuerza mi pierna por debajo. Sus dedos presionan con una exactitud pasmosa los puntos exactos de la articulación. La cercanía es total. Me llega directo el perfume limpio, fresco y sutil que desprende su piel. Observo la concentración absoluta dibujada en su rostro perfecto, a escasos centímetros del mío.

—Flexiona un poco más el ángulo —me ordena con suavidad, ejerciendo una ligera presión.

Obedezco al instante. Me da un pinchazo tremendo que me hace ver las estrellas, pero aprieto los dientes y disimulo el dolor lo mejor que puedo ensanchando mi sonrisa.

Ella lo percibe al vuelo, por supuesto. A mí no me la cuela.

—Hazlo otra vez. Sin fingir.

—Qué mujer más insistente, de verdad —le susurro, mirándola fijamente a los labios.

—Y tú eres una mentirosa bastante mala y predecible —me repone al vuelo, sin apartar ni un segundo la mirada de mi rodilla.

La observo con una atención descarada, recorriendo con la vista su cuello.

—Oye, pues ese insulto te ha quedado hasta cariñoso, doctora.

—No confundas jamás un diagnóstico clínico con palabras de afecto, Alicia —me responde con una rapidez mental envidiable, aunque detecto un leve matiz tembloroso y diferente en su tono de voz.

—Demasiado tarde para advertirme, ya me he hecho ilusiones —murmuro bajando la voz.

Sus ojos oscuros se alzan de golpe hacia los míos. Y ahí está otra vez. Ese bendito momento suspendido en el espacio. Esa tensión

absurda, densa y deliciosamente sexual que flota entre nosotras dos en este box, como si cada conversación que mantenemos caminara siempre por el borde afilado de un precipicio al que nos morimos por saltar.

Ella sigue trabajando en silencio durante unos segundos, intentando concentrarse en los ligamentos. Yo decido que es el momento perfecto para empeorar la situación, naturalmente. Es lo mío.

—Oye, Clara... ¿tienes pareja? —le pregunto a bocajarro.

El silencio que se apodera de la sala es inmediato y sepulcral. Clara no deja de moverme la rodilla, pero noto perfectamente cómo se instala una rigidez total en sus hombros.

—Ese detalle no es relevante para tu rehabilitación física —me contesta al fin, con una voz excesivamente controlada que no se cree ni ella.

—Bueno, eso que me acabas de decir no es un no.

—Tampoco es un sí.

—Entonces me queda claro que hay esperanzas para mí —insisto dedicándole una sonrisa pícara, juguetona y cargada de intenciones.

Ahora sí que se detiene, deja de tocarme la pierna y me mira directamente a los ojos. Lo hace con esa mezcla exacta de seria advertencia y cansancio que, dios me perdone, me parece indecentemente atractiva y provocativa.

—Alicia.

—Dime, Clara.

—No.

—¿No qué? Desarrolla la respuesta, por favor.

—Todo esto —me dice, haciendo un gesto vago con la mano para señalar el escaso espacio que queda entre nuestros cuerpos.

Hago exactamente el mismo gesto imitando su mano con guasa.

—Vas a tener que ser muchísimo más específica conmigo. Me cuesta pillar las indirectas.

Ella niega con la cabeza, cerrando los ojos un segundo como si estuviera debatiéndose internamente entre estrangularme allí mismo con una toalla o suplicarle un cargamento de paciencia al universo entero.

—Eres perfectamente consciente de que haces todo esto a propósito para desestabilizarme, ¿verdad?

—¿Lo de provocar deliberadamente a mujeres guapas, listas y peligrosas? Sí, lo reconozco, es una afición un poco cara para mi carrera, pero resulta increíblemente entretenida —admito con total ligereza, guiñándole un ojo.

Por primera vez desde que he entrado, Clara aparta la vista de mí. Es solo un segundo, un parpadeo, pero es más que suficiente. Y ver ese gesto me produce una satisfacción completamente Albadura y salvaje por dentro. Porque verla perder el control de su fachada perfecta, aunque sea apenas durante un instante, me confirma algo que ya intuía desde el primer día: que yo no soy la única que está atrapada en este juego de provocaciones.

A través de los enormes ventanales del box se ve perfectamente el entrenamiento del resto del equipo en el campo exterior bajo la niebla. Algunas de mis compañeras corren series de velocidad bajo la estricta supervisión del preparador físico. La vida en el Ravenhill FC sigue su curso con total normalidad mientras que, dentro de esta pequeña sala médica, Clara y yo parecemos empeñadas en crear un pequeño pero glorioso desastre privado.

—Tú tampoco eres precisamente un ejemplo respondiendo a mis preguntas personales —me señala ella finalmente, retomando la iniciativa mientras me sujeta el tobillo para ajustar la posición de mi pierna.

Sonrío con una lentitud deliberada, inclinándome un poco hacia adelante.

—Eso es porque yo ya sé perfectamente que te intereso.

—Eso que me acabas de soltar no es una respuesta válida.

—No, pero es una verdad incómoda que te mueres por negar —insisto, provocándola.

Se acerca aún más a mí para hacer palanca. Demasiado cerca. Su cuerpo roza ligeramente el mío al corregir el ángulo de mi muslo.

—Lo que es verdaderamente incómodo —me dice muy despacio, bajando el tono de su voz hasta dejarlo en un susurro que me eriza la piel— es intentar trabajar con una jugadora que convierte cada maldita sesión en una provocación constante.

Esa cercanía física me desordena el pulso de una manera alarmante. Su voz grave también. Pero si algo he aprendido en mis años de carrera es que cuando una situación te desestabiliza, la mejor estrategia del mundo es sonreír con chulería y atacar.

—Pero a los hechos me remito: aquí estás, un día más, soportándome a escasos centímetros —le respondo, sosteniéndole la mirada con total descaro.

Ella toma aire con lentitud, expandiendo su pecho.

—Vamos a pasar a hacer los estiramientos en el suelo —me indica cortando por lo sano y señalando la colchoneta azul que hay extendida.

—Vaya, qué forma tan elegante y sutil de rechazarme.

—Túmbate de una vez, Alicia —me ordena, usando mi apellido con esa mezcla tan sexy de autoridad militar y resignación que tanto me pone.

Obedezco al instante, esta vez sin soltar ninguna broma. Mi cuerpo también sabe perfectamente cuándo el juego se está volviendo demasiado serio y real. Me acomodo boca arriba en la colchoneta

mientras ella se coloca de rodillas a mi lado para corregir mecánicamente mi postura. La luz blanca del techo cae de lleno sobre su rostro de perfil y la hace parecer todavía más atractiva si cabe. No solo por su belleza evidente, sino por lo contenida y misteriosa que es. Hay algo profundamente adictivo en una persona que se esfuerza tanto por no sentir nada. Porque una parte de mí, la más gamberra, solo quiere descubrir exactamente en qué punto exacto tengo que pinchar para romperle esa armadura y verla suplicar.

—Relaja el hombro y la cadera —murmura, apoyando con firmeza su mano cálida sobre mi cadera para ajustar la alineación de mi espalda.

Lo intento con todas mis fuerzas, de verdad, pero el contacto directo de sus dedos me distrae de una forma brutal. Siento como si el mundo cometiera la grosería de detenerse durante un instante. Mi ritmo respiratorio cambia. La suya también delata que le afecta tener su mano ahí.

Levanto la vista y ella ya me está mirando fijamente desde arriba. Ojos. Labios. Ojos otra vez. Ese recorrido lento, silencioso, cargado de deseo y tensión que no pertenece, ni de lejos, a ninguna terapia física aprobada por el club. La distancia que queda entre nuestras bocas se vuelve ridícula. Un error absoluto. Una invitación en toda regla. Algo peligrosamente parecido a tomar una decisión definitiva.

Sonrío muy despacio, sin apartar los ojos de los suyos ni un milímetro.

—¿Se puede saber si tocas así a todas las jugadoras de la plantilla o es que yo tengo un trato especial?

Veo a la perfección la lucha exacta que se desata en sus ojos oscuros: la batalla interna y feroz, la necesidad imperiosa de no ceder ante la tentación, de no cruzar esa línea profesional y roja, de no permitirme el lujo de convertir todo esto en algo real. Y, sinceramente, os prometo que nunca en mi vida había encontrado nada más sexy y atractivo que ver a una mujer intentando con todas sus fuerzas desesperadas no besarme.

Clara retira la mano de mi cadera, como si mi ropa quemara, y da un paso atrás levantándose, recuperando el control de su cuerpo a duras penas.

—Ya hemos terminado por hoy —afirma, con una voz que suena demasiado firme e impostada como para resultar natural—. Puedes irte directa a los vestuarios a darte una ducha.

Me incorporo muy despacio en la colchoneta, apoyándome sobre los antebrazos con total tranquilidad, y disfruto al máximo de su visible incomodidad. Echo un rápido vistazo de reojo hacia los ventanales del campo exterior, calculando en silencio cuánto tiempo exacto tardarán mis compañeras del primer equipo en terminar las series y llegar en tropel a la zona de las duchas comunes.

Me pongo de pie con agilidad, clavando mis ojos en los suyos con una sonrisa de lo más canalla.

—¿Y por qué no vamos y la disfrutamos juntas? —le pregunto, refiriéndome a la ducha de una forma deliberadamente ambigua, picante y peligrosa.

El silencio absoluto se extiende entre las dos como una bofetada. Perfecto. Brillante. La frase queda suspendida en el aire del box con toda la mala intención del mundo. No es solo una provocación barata por mi parte. Es curiosidad pura. Es deseo real que me quema. Es la necesidad profundamente irresponsable de saber qué demonios haría Clara Valle si por fin dejara de esconderse como una cobarde detrás de su impecable y aburrida profesionalidad médica.

Ella no me responde absolutamente nada. Veo cómo sus dedos se cierran alrededor de la tablet con demasiada fuerza, dejando los nudillos blancos. La línea de su mandíbula se tensa apenas un poco y el vaivén acelerado de su respiración en el pecho la delata muchísimo antes de que pueda articular una sola palabra para echarme de allí.



6

Fuera de horario

Clara

La sugerencia de Alicia flota entre nosotras dentro del box como un chispazo eléctrico suspendido en el aire. Compartir las duchas no es una simple sugerencia absurda salida de su boca; es una puerta enorme que se abre de golpe a un abismo peligroso donde mi estricto profesionalismo y mi deseo más salvaje colisionan con una violencia brutal. Siento perfectamente cómo el calor me sube a oleadas por el cuello, cómo las mejillas se me encienden y cómo mi pulso se acelera de manera alarmante hasta convertirse en un tambor sordo que me retumba dentro de los oídos.

Llevo demasiados días acumulando una tensión con esta mujer que ya no es solo física. Cada maldito roce durante las sesiones de rehabilitación, cada mirada cargada que nos dedicamos o cada cruce de indirectas subidas de tono ha ido tejiendo una red invisible pero indestructible alrededor de mi fuerza de voluntad. Y ahora la tengo ahí, ofreciéndome un paraíso salvaje.

Una parte de mí, la Clara responsable, la fisioterapeuta jefe dedicada en cuerpo y alma a su trabajo en el Ravenhill FC, me grita con desesperación que dé media vuelta y salga de la sala antes de que todo mi mundo se desmorone. La otra parte, la mujer de carne y hueso que lleva demasiado tiempo sin follar como dios manda, desea con locura hundir los dedos en su piel, agarrarla del pelo y ahogar en su cuerpo toda esta frustración que me consume las entrañas. Alicia Puertas no es solo una futbolista excepcional de primer nivel; es el caos personificado. Un caos cargado de un magnetismo animal que me atrapa y me impide seguir a lo mío con normalidad.

Da un paso corto, se acerca un poco más a mí y su respiración acelerada choca directamente contra mis labios.

—¿Qué pasa, doctora? —me pregunta en un susurro ronco, sin apartar ni un milímetro la mirada de mis ojos—. ¿Es que acaso no te gustan las locuras?

Sus ojos, de un marrón intenso y precioso salpicado de motas doradas, están tan sumamente cerca de los míos que puedo distinguir el leve enrojecimiento de sus párpados por el cansancio, el brillo puro de desafío y la necesidad imperiosa que los ilumina. Mi mirada desciende sin mi permiso por la línea elegante de su garganta, donde late su corazón acelerado completamente visible a simple vista, y baja todavía más, recreándose en la curva perfecta de sus hombros marcados por el ejercicio diario.

El deseo me golpea el bajo vientre con una fuerza descomunal, contrayendo mi sexo con una desesperación que me asusta. Me la imagino perfectamente ahora mismo, con sus manos fuertes apoyadas contra los azulejos fríos, el agua caliente deslizándose a chorros por su espalda esculpida mientras yo me como su sexo con ansia, saboreándola palmo a palmo hasta llenarme la boca entera de ella durante su orgasmo. El pensamiento es tan sumamente vívido e intenso que un escalofrío de pura electricidad me recorre la columna vertebral de arriba abajo.

Cuento los minutos mentalmente a toda prisa, calculando al milímetro el riesgo real, el tiempo exacto que tenemos por delante

antes de que alguien pueda notar nuestra ausencia en las instalaciones. Mis defensas profesionales se resquebrajan por segundos. La que duda ya no es la Clara profesional; es Clara a secas, la mujer que lleva días soportando las ganas locas de comerle la boca a esta mujer y arrancarle esa sonrisa pícara y juguetona de los labios de un plumazo.

—Quince minutos —le suelto al fin, plantándole cara y sin apartarme apenas un centímetro de ella.

Alicia arquea una ceja de golpe, visiblemente sorprendida por mi respuesta, y una sonrisa lenta, canalla y descarada se extiende por sus labios perfectos.

—¿Quince minutos nada más? —repite en voz alta, saboreando la cifra con un evidente deleite en los ojos—. ¿Solo eso, doctora? Vaya, pensé que me darías muchísimo más tiempo para disfrutar de ti en condiciones...

La miro fijamente y sin pestañear, permitiéndome por primera vez en meses mostrar con total libertad el fuego puro que me consume por dentro.

—¿Más tiempo? ¿Acaso la gran estrella no se ve capaz de llegar al orgasmo en quince minutos? ¿O es que esto es un reto demasiado excesivo para una jugadora de élite mundial como tú?

El desafío directo enciende algo salvaje en sus ojos. Veo perfectamente cómo su respiración se vuelve mucho más profunda y cómo sus pupilas se dilatan en un segundo. No me responde con palabras; no le hace falta. Me sujeta de la mano con fuerza y tira de mí con decisión hacia el pasillo trasero que conduce directamente a las duchas privadas y restringidas del equipo médico. Y en cuanto estamos completamente alejadas de cualquier mirada indiscreta, me empuja de espaldas contra la pared y me come la boca sin contemplaciones.

El choque inicial y la urgencia del momento me arrancan un gemido ahogado que se pierde directamente en sus labios. Enredo mi lengua con la suya con un hambre que me asusta, succiono y la saboreo con total lucidez. Soy plenamente consciente de que esto es un error monumental, posiblemente uno del que me arrepentiré en cuestión de

horas cuando recapacite. Pero ahora mismo me da igual; solo ella tiene el poder de arrancar de raíz la tensión insoportable que llevo dentro y que me impide pensar con claridad.

El beso es un auténtico incendio forestal. Alicia me devora la boca con esa hambre caótica, impulsiva y egoísta que tanto la define; su lengua es exigente, sus dientes rozan con fuerza mi labio inferior como si quisiera dejar su marca grabada en mí para siempre. Mis manos suben por puro instinto hacia su nuca, enredándose con fuerza en su pelo húmedo y tirando de ella hacia mí con rabia. El pasillo está completamente desierto a estas horas, pero el riesgo tremendo a ser descubiertas por cualquiera late en mi pecho. Quince minutos. Solo nos quedan quince minutos para saciar todo lo que llevo días acumulando en silencio.

—Eres una auténtica irresponsable, Alicia —le susurro directamente contra sus labios carnosos cuando nos separamos apenas un milímetro para tomar una bocanada de aire.

—Y tú eres una controladora de manual que se muere de ganas por perder el control conmigo —me responde ella exhibiendo esa sonrisa torcida que consigue ponerme furiosa y completamente mojada al mismo tiempo.

La arrastro con brusquedad hacia el interior de las duchas privadas del equipo —o más bien ella se deja arrastrar con gusto—. Cierro la puerta de un golpe y paso el pestillo; el sonido metálico del cierre despierta algo animal, primario y oscuro dentro de mí. Alicia ni siquiera espera; ya se está quitando la camiseta oficial del entrenamiento con un movimiento ágil, revelando ante mis ojos esos abdominales esculpidos y marcados y esos pechos firmes que he imaginado demasiadas veces bajo mis propias manos. El aire del baño se carga de vapor denso incluso antes de que abramos el grifo del agua.

—Desnúdate del todo. Ya —le ordeno con mi mejor voz de mando.

Alicia levanta una ceja con chulería, pero me obedece sin rechistar lo más mínimo. Con una lentitud exasperante y demasiado provocativa para mi gusto, se baja los shorts negros y la ropa interior de

un solo tirón, quedando completamente desnuda y expuesta frente a mí. Su cuerpo es puro atletismo de élite: piernas largas, potentes y fibrosas, un culo redondo y alto de infarto, y esa piel dorada por el sol de los entrenamientos al aire libre que te entra por los ojos.

—¿Contenta con la vista? —me pregunta con una sorna insoportable.

No le doy el gusto de responderle con palabras. Me quito mi propia ropa con una rapidez frenética, sintiendo la intensidad de sus ojos recorriéndome la piel desnuda de arriba abajo como si fuera el trofeo de liga que acaba de ganar en el último minuto del partido. Cuando me quedo completamente desnuda frente a ella, la agarro por el brazo y la empujo con decisión bajo el chorro de agua caliente. El vapor hirviendo nos envuelve al instante como una nube.

La estampo de espaldas contra los azulejos azules de la ducha y el gemido ahogado que escapa de su boca me vuelve completamente loca. Le muerdo los labios con rabia, bajo con la boca húmeda por su cuello clavándole los dientes, le estrujo las tetas con fuerza entre las manos y, antes siquiera de dejarla respirar, mis dedos ya se deslizan con total fluidez por los pliegues ardientes de su sexo empapado.

—Diez minutos… —gime Alicia, arqueando la espalda y moviéndose con fuerza contra mi mano para aumentar la fricción—. Vas a tener que esforzarte mucho si quieres acabar conmigo.

—Cállate de una vez.

No permito que siga hablando ni una palabra más. Hundo un par de dedos de golpe en su interior y comienzo a moverlos con un ritmo firme y salvaje, dejándome llevar por su tremenda humedad natural y por el agua de la ducha que nos baña la cara. Siento sus tetas aplastadas contra las mías, sus pezones duros como rozándome la piel de forma eléctrica, y mi propio sexo palpitando de pura necesidad entre las piernas.

—Eres insoportable —le gruño directamente contra el oído, mordiendo con ganas justo en el punto donde le late el pulso en el cuello.

—Y a ti te encanta que lo sea —jadea ella, soltando una risa rota entre gemido y gemido.

De repente, sus dedos bajan directos y sin pedir permiso entre mis piernas. Con Alicia no hay preámbulos suaves que valgan; me abre de golpe con dos dedos y los hunde hasta el fondo en mi coño completamente empapado. Grito con fuerza, arqueando la columna contra la pared fría. Estoy tan sumamente mojada por su culpa que sus dedos entran sin la más mínima resistencia, curvándose con una precisión experta dentro de mí en busca de ese punto exacto que sabe que me vuelve loca.

Alicia está empapada, y no solo por el agua que cae del techo. Su sexo arde como un demonio alrededor de mis dedos, apretándome con una fuerza increíble. Muevo la mano por dentro con un ritmo firme, follándola con rabia mientras mi pulgar presiona con saña su clítoris hinchado. Ella gime sin ninguna vergüenza ni decoro, con la cabeza completamente echada hacia atrás contra la pared, el agua deslizándose a borbotones por sus pechos perfectos y por su vientre plano. Es una visión malditamente obscena, pornográfica y perfecta.

—Así te gusta, ¿verdad? —le susurro al oído con voz ronca, mordiéndole con fuerza el lóbulo—. La superestrella caótica del Ravenhill se derrite cuando alguien decide tomar el control de la situación.

Alicia responde moviendo las caderas con violencia contra mi mano, follando mis dedos con una desesperación que me enciende el alma. Su mano libre sube directa a mis tetas, pellizcándome los pezones con la fuerza suficiente como para arrancarme un gemido de dolor y placer que me recorre todo el cuerpo hasta alcanzar mi propio clítoris palpitante.

—Más fuerte, Clara… joder… no te contengas nada —me suplica entre jadeos rotos, clavándome las uñas en los hombros.

Aumento el ritmo de forma salvaje, metiendo un tercer dedo sin miramientos. Su coño se estira deliciosamente alrededor de mi mano. Con la otra mano la agarro con fuerza del pelo mojado y le tiro de la cabeza hacia atrás, exponiendo su cuello para volver a morderlo con

ganas. Chupo, lamo y marco su piel con saña mientras mis tres dedos la follan sin piedad por dentro. El sonido húmedo y obsceno de mi mano golpeando contra su sexo se mezcla con el estrépito del agua cayendo contra el suelo de la ducha.

De repente, en un movimiento rápido, Alicia me empuja con una fuerza descomunal, invirtiendo las posiciones en un parpadeo. Mi espalda golpea con fuerza los azulejos húmedos y, antes de que tenga tiempo de reaccionar o protestar, ella se arrodilla sobre sus rodillas frente a mí con una sonrisa completamente salvaje en el rostro. No me da tiempo ni de respirar. Hunde la cara directamente entre mis muslos abiertos y me saborea entera de un lenguetazo.

—Alicia… —gruño con fuerza, echando la cabeza hacia atrás. Mis manos se enredan por puro instinto en su pelo empapado y la obligo a pegarse más, aplastando su rostro contra mi sexo.

Chupa mi clítoris con una insistencia deliciosa, mete de nuevo sus dedos largos dentro de mí y empieza a moverse con un ritmo frenético que va a juego con los movimientos de su lengua. Yo intento por todos los medios mantener la compostura y el control profesional, pero mis caderas se mueven completamente solas por el placer, follándole la cara sin control.

Noto perfectamente su tercer dedo dentro de mí y cómo los curva hacia arriba buscando ese punto sagrado en mi interior. En cuanto lo encuentra y presiona con fuerza, suelto un gemido largo, agudo y vergonzoso que me veo obligada a acallar tapándome la boca con una de mis manos.

—Joder…

El orgasmo me golpea el cuerpo como un auténtico rayo. Mis piernas tiemblan sin control, flaquean, y aprieto la cara de Alicia con fuerza bruta contra mi sexo mientras me corro a chorros, contrayéndome de forma espasmódica alrededor de sus dedos. Ella no para ni un segundo; sigue lamiendo cada gota de mi placer con devoción hasta que me quedo completamente sensible, jadeando y temblando como una hoja bajo el agua.

Pero la cosa no ha terminado aquí. La levanto del suelo de un tirón seco con mis manos flojas, la beso con furia saboreándome a mí misma en su boca y la giro por la fuerza contra la pared de azulejos. Ahora es su maldito turno.

—Manos contra los azulejos, Alicia. Ya —le ordeno con voz ronca.

Alicia me obedece al instante, arqueando la espalda de manera exagerada y ofreciéndome en bandeja ese culo perfecto y firme que tiene. Me arrodillo rápidamente detrás de ella y le separo las nalgas con fuerza con ambas manos. Mi lengua va directa a su ano primero sin pensarlo, lamiendo en círculos húmedos y concéntricos mientras mis dedos vuelven a entrar a saco para follarle el coño desde atrás. Alicia suelta un grito tremendo que resuena en todo el baño, empujando sus caderas hacia atrás para buscar más.

—¡Clara… joder… sí… ahí!

La como con un hambre atrasada y voraz, alternando los lametones entre su coño y su culo, follándola sin piedad con la lengua y con los dedos al mismo tiempo. Cuando noto que está completamente al borde del abismo, me levanto de golpe, presiono todo mi pecho desnudo contra su espalda mojada y le meto la mano entera entre las piernas desde atrás, abrazándola.

—Quiero sentir perfectamente cómo te corres en mis dedos —le susurro directamente al oído, mordiéndole el hombro con fuerza.

Mis dedos se abren paso con facilidad dentro de ella mientras la follo profundo y sin ritmo compasivo. Alicia mueve las caderas como una auténtica desesperada hacia atrás, buscando desesperadamente más fricción contra mi mano. Mi otra mano libre baja directa a su clítoris y lo frotó con círculos rápidos, enérgicos y perfectos.

—Voy a correrme… ¡Clara, dios, no pares, no pares…!

—No pensaba parar ni aunque me pagaran por ello —le gruño, pegándole un último mordisco en el cuello.

El orgasmo la atraviesa el cuerpo con una violencia brutal. Alicia grita mi nombre con todas sus fuerzas, contrayéndose con una fuerza increíble alrededor de mis dedos metidos en su coño, corriéndose tan sumamente fuerte que sus rodillas flaquean y amenazan con hacerla caer al suelo. Yo la sostengo con firmeza, pegándola a mi cuerpo y siguiendo follándola con los dedos durante todo el transcurso de su orgasmo, prolongándole el placer hasta que se deshace en mis brazos bajo el agua.

Nos quedamos unos largos segundos exactamente así, abrazadas y respirando de forma agitada y ruidosa bajo el chorro de agua que empieza a enfriarse. Pero quince minutos no son suficientes para nosotras. Ni de lejos. Aunque, por desgracia, son los únicos con los que contamos en este preciso momento si no queremos buscarnos un lío monumental con la directiva del club.

La giro hacia mí con brusquedad y la beso en la boca con una furia casi desesperada, y justo después me separo de ella con un esfuerzo sobrehumano.

—Quiero más, Clara… por favor… —me suplica con la mirada perdida, rozando sus labios hinchados contra los míos.

—Eran quince minutos… y… —Llevo la mirada fija hacia mi reloj analógico de pulsera que he dejado sobre la repisa—. Nos hemos pasado exactamente dos minutos. Dúchate ya, vístete e intenta disimular de alguna manera esas marcas tan bonitas que te acabo de dejar en el cuello si no quieres que el míster te pida explicaciones.

Tengo que hacer un sobreesfuerzo mental y físico tremendo por separarme de su cuerpo, por dejarla allí sola bajo el agua de la ducha y por silenciar de una vez por todas las ganas locas que tengo de volver a tirármela contra la pared.

Escapo a toda prisa de la ducha, del calor asfixiante del vapor y de ella antes de perder la cabeza de nuevo. Recojo mi uniforme del suelo con las manos todavía temblorosas y me visto lo más rápido que soy capaz, intentando borrar de esa manera tan rápida los estragos físicos que Alicia Puertas acaba de causar en mi cuerpo y, sobre todo,

esa tormenta perfecta que se ha desatado en mi interior y que, desde luego, aún no ha amainado del todo.



7

Una tregua inesperada

Alicia

Dicen que hay errores que una comete solo una vez en la vida, esos donde aprendes la lección a base de palos y que luego evitas a toda Alicia. Y después, en una liga completamente superior, está Clara Valle. Ella no solo no entra en la categoría de error evitable, sino que además parece empeñada en convertirse en una adicción diaria con credencial médico, uniforme oscuro y una capacidad verdaderamente alarmante para desordenarme la cabeza con solo mirarme.

Han pasado apenas unos días desde aquellos brutales e inolvidables quince minutos en las duchas, y todavía siento la intensidad de sus dedos dentro de mí a la menor oportunidad, como si el agua helada de todas las duchas que me he dado desde entonces no hubiera terminado de borrar su rastro. Y no son solo las caricias salvajes que llevo grabadas a fuego en el cuerpo —aunque mentiría descaradamente si dijera que no pienso en eso más de lo que dictaría cualquier lógica—, es todo lo demás: el tono ronco de su voz justo después del sexo, su mirada y esa separación forzosa que nos

autoimpusimos, regalándome la clara sensación de haber cruzado una línea que ninguna de las dos va a saber muy bien cómo volver a dibujar.

Por supuesto, mi reacción natural y madura ante semejante caos no puede ser otra que provocar todavía más. Porque si la doctora Valle va a seguir adelante haciendo como que aquí no ha pasado absolutamente nada entre las dos, yo voy a disfrutar cada maldito segundo empujándola de cabeza hasta el límite de su cordura. Es una mala idea. Una pésima idea, de hecho. Pero siempre he tenido una debilidad incorregible por las mujeres como ella.

Esta mañana el vestuario del primer equipo está muchísimo más ruidoso de lo habitual. Acabábamos de terminar una sesión intensa y agotadora de entrenamiento sobre el césped —una sesión que, por culpa de mi maldita articulación, yo no he podido llevar a cabo de manera completa—, y el ambiente vibra preso del cansancio físico, la euforia residual de la pretemporada y algunos comentarios de lo más absurdos que surgen inevitablemente cuando un grupo de veinte futbolistas comparte demasiadas horas juntas. Hay toallas húmedas tiradas sobre los bancos de madera, botellas de isotónico vacías rodando por el suelo, reguetón a todo trapo saliendo de un altavoz inalámbrico olvidado en alguna esquina y Alba, nuestra queridísima capitana, narrando una historia tremenda sobre una discusión interna entre jugadoras de otro equipo como si estuviera relatando la mismísima Tercera Guerra Mundial en directo.

Yo estoy sentada junto a mi taquilla personal, secándome el sudor del cuello con una toalla blanca, deseando en secreto que se larguen todas a las duchas de una santa vez para quedarme sola. Pero el resto del universo ha decidido por unanimidad que su misión principal del día de hoy es no dejarme en paz ni un segundo.

—Te lo digo yo, de verdad —insiste Alba, gesticulando de manera exagerada con una camiseta de entrenamiento en la mano izquierda—, si las del Northbridge siguen con ese ambiente de mierda en el vestuario, este año terminarán implosionando antes de que llegue abril. Se les ven venir las grietas desde la otra punta de Inglaterra.

—Bueno, oye, eso mismo dijiste exactamente el año pasado —le responde Sonia sin levantar la vista ni un milímetro de la lima con la que repasa sus uñas— y acabaron segundas en la clasificación de la liga. Tu talento predictivo brilla por su ausencia, capi. Menos mal que como capitana en el campo eres mucho mejor que como visionaria, porque si no…

—Qué le vamos a hacer, algunas hemos nacido con el don de mandar y liderar, no de adivinar el futuro.

Me río por lo bajo, negando con la cabeza. Es verdaderamente extraño lo rápido que este vestuario empieza a sentirse menos ajeno para mí. No lo llamaría familia, porque no creo demasiado en ese concepto idílico aplicado al fútbol profesional de élite, pero sí un territorio bastante habitable. Un lugar donde, por primera vez en mucho tiempo, mis compañeras no me observan únicamente esperando a ver cuando voy a protagonizar el próximo desastre. Aunque, bueno, hay personas en este club que sí lo hacen.

Y una de ellas está cruzando la puerta en este preciso momento.

Clara aparece en el vestuario sosteniendo una carpeta de plástico bajo el brazo y luciendo esa calma impecable y fría que me resulta cada vez más peligrosa y excitante. No necesita hacer nada extraordinario para llamar la atención; le basta con su sola presencia física para alterar la temperatura de toda la habitación de golpe. Lleva el uniforme oficial negro del club bien entallado, el pelo oscuro recogido hoy en una coleta baja y esa expresión estrictamente profesional que, si no la conociera tan bien en la intimidad, podría haber confundido perfectamente con indiferencia. Pero yo ya sé leer a la perfección entre sus líneas. Sé exactamente dónde mirar: la ligera tensión rígida en su mandíbula, la forma tan descarada en que evita sostener mi mirada más de dos segundos delante de las demás, o ese mínimo segundo de retraso cuando pasa caminando cerca de mí. Es tensión sexual elegantemente disimulada. Y a mí, que soy masoquista por naturaleza, me vuelve loca.

—Alicia —me dice en voz alta, plantándose frente a mí —. Necesito revisar con calma cómo ha afectado a tu rodilla izquierda la

carga de trabajo físico de esta mañana. Te espero en la sala de fisioterapia a primera hora de la tarde, sin falta.

—Vaya, doctora... Qué forma tan poco romántica y sutil de invitarme a pasar un rato a solas contigo —le contesto al instante, arqueando una ceja y dedicándole mi mejor sonrisa ladeada y canalla.

Varias de mis compañeras que están cerca sueltan una carcajada inmediata al escucharme. Clara me mira fijo. Solo eso. Me clava esa mirada oscura, firme y cargada de una promesa de amenaza silenciosa que, en lugar de intimidarme lo más mínimo, consigue exactamente el efecto contrario en mi cuerpo. Me enciende.

—Bueno, ante tu silencio, lo tomaré como un sí rotundo —añado divirtiéndome de lo lindo, guiñándole un ojo sin ningún tipo de pudor.

Alba, que vive literalmente por y para los chismes del corazón en este equipo, se cruza de brazos al momento ostentando una sonrisa sospechosamente amplia y maliciosa.

—Oye, no sé qué demonios está pasando aquí, pero yo estoy empezando a sospechar que Alicia está disfrutando demasiado de sus dichosas sesiones de rehabilitación obligatorias.

Sonia levanta la vista de sus uñas por fin y arquea una ceja con malicia pura hacia la fisio.

—¿Acaso la doctora Valle te está dando un trato especial de primera clase que las demás no conocemos, Alicia?

Yo me echo a reír con ganas, echando la cabeza hacia atrás y apoyando la espalda contra el metal frío de mi taquilla.

—Por supuesto, chicas. Pasar tiempo con Clara es una experiencia idílica, llena de ternura, mimos y afecto —ironizo con guasa.

—Y de amenazas médicas de dejarte en el banquillo —añade Alba guiñándome un ojo con complicidad.

—Sobre todo amenazas médicas —corroboro encantada con el juego—. Aunque he de deciros que sus manos logran muchísimo más en mis músculos que todas sus órdenes estrictas juntas.

Las risas colectivas crecen en intensidad en el vestuario. Clara permanece de pie en mitad de la sala, con la postura completamente recta, los hombros rígidos como estacas y la carpeta apretada contra el pecho, probablemente valorando la opción de pedir asilo político o abandonar el país en este mismo instante.

—Me alegra enormemente comprobar que mi autoridad profesional y mis masajes terapéuticos generan tanta controversia y debate entre la plantilla —comenta haciendo gala de una serenidad impecable, aunque yo, que no le quito el ojo de encima, detecto un sutil y precioso rubor carmín subiéndole por las mejillas.

—Oye, que no son tus masajes lo que genera controversia aquí, Clara —le responde Alba con una inocencia totalmente fingida, mientras se sujeta el pelo con una goma—. Es la química tan brutal que tenéis vosotras dos. Si es que se nota la tensión desde el otro lado del pasillo del club, por dios.

Se hace un silencio breve pero densísimo en el vestuario. Sonia deja escapar un "¡uy, uy, uy!" en voz baja que no ayuda absolutamente nada a calmar las aguas. Yo me río todavía más fuerte, inclinándome hacia delante en el banco con esa naturalidad exagerada que una usa siempre cuando quiere ocultar un secreto a voces.

—Por favor, qué películas os montáis —digo agitando la mano en el aire como si restara importancia—. Si Clara apenas tolera mi existencia en este club. Me soporta y me toca la rodilla porque le pagan un sueldo por ello a final de mes, no os flipeis.

—Sí, ya... Eso mismo dicen todos los orgullosos justo antes de acabar casados —murmura Alba lo suficientemente alto como para que la oigan hasta las de la última fila.

—Cállate la boca de una vez o te juro que te mato aquí mismo —le advierto entre risas flojas, agarrando mi toalla usada y lanzándosela directa a la cara.

Pero la realidad es que los nervios ya se han instalado dentro de mi estómago. Y aunque intento sostener mi fachada chulesca, noto el cambio inmediato en el ambiente. Ese instante preciso e incómodo en que una broma tonta deja de ser solo una broma entre compañeras. Porque los rumores en un equipo de fútbol empiezan exactamente así: con miradas cómplices, con comentarios picantes en alto y con pequeñas observaciones que, si se repiten lo suficiente en los corrillos, terminan convirtiéndose en verdades públicas y oficiales. Clara lo sabe de sobra. Y yo también.

Cuando vuelvo a mirarla de frente, ella ya no está sonriendo lo más mínimo. Ni siquiera lo intenta para disimular ante el grupo. Hay algo muchísimo más serio, cortante y frío en su expresión: una alerta limpia, impecable, puramente profesional. Antes de que yo pueda abrir la boca para arreglarlo, simplemente asiente con la cabeza con rigidez.

—No llegues tarde —me suelta con voz de hielo. Y acto seguido, da la vuelta sobre sus talones y sale del vestuario a paso rápido sin mirar atrás ni una sola vez.

La puerta se cierra con un golpe seco detrás de ella y las risas del vestuario mueren un poco de golpe. Me quedo mirando fija ese espacio vacío durante más tiempo de la cuenta, con una sensación extraña en el pecho. «La has cagado pero bien, Alicia. Eres imbécil.»

Sonia es la primera en romper el incómodo silencio reinante.

—Madre mía... Creo que acabamos de invocar al demonio en todo su esplendor. Ha salido de aquí como si la persiguiera el mismísimo diablo con el tridente.

—Yo creo firmemente que Alba merece ser expulsada del Ravenhill FC de por vida por incitar un motín y acosar al personal médico —añado yo intentando recuperar mi tono burlón habitual.

—Y yo creo —dice Alba de repente, viniéndose a sentar justo a mi lado en el banco de madera y pasándome un brazo por encima de los hombros con confianza— que cierta delantera estrella está muchísimo más colgada de la doctora Valle de lo que quiere admitir en público.

Venga, Alicia, cuéntanos la verdad. ¿Qué demonios pasa realmente entre tú y Clara? Porque esa tensión que tenéis corta el aire...

La fulmino con la mirada fingiendo indignación, aunque no puedo evitar que se me escape una media sonrisa involuntaria al recordar las duchas.

—No dramatices tanto, Alba. Solo es... una mujer complicada de llevar, ya está.

—Ay, Alicia, cariño, que me conoces: yo vivo del drama y para el drama. Y aquí hay un dramón de los grandes con mayúsculas —insiste ella, dándome un apretón cariñoso en el hombro—. Te pones nerviosa como una quinceañera en cuanto ella asoma por la puerta. Y ella se pone rígida como un palo en cuanto tú abres la boca para soltar una de tus burradas. Es adorable y preocupante al mismo tiempo.

Suspiro con resignación y me paso una mano por el pelo castaño que todavía tengo húmedo por el esfuerzo.

—No pasa nada entre nosotras. Son imaginaciones vuestras.

—Mira, Alicia, esa frase exacta siempre significa todo lo contrario en el idioma de las mujeres —me responde Sonia desde su taquilla, mirándome con una intensidad seria—. Si necesitas desahogarte o hablar de lo que sea, aquí nos tienes. Sin juicios de valor. Bueno, con pocos, que nos conocemos.

Odio con todas mis fuerzas cuando la gente de mi entorno tiene toda la razón del mundo. Me pongo de pie de un salto para cambiar drásticamente de tema antes de que a estas dos les dé por hacerme una intervención emocional psicológica no solicitada en mitad del vestuario.

—¿Entonces qué? ¿Creéis de verdad que el Northbridge se va a pegar el batacazo este año en la liga o seguimos permitiendo que Alba fracase estrepitosamente como analista deportiva del grupo?

Y, afortunadamente, el truco funciona. En menos de un minuto volvemos a hablar de lo de siempre: de fútbol, de tácticas, de los últimos rumores del mercado de fichajes de verano, de la delantera

estrella del Easton que probablemente va a cambiar de club en las próximas semanas y de la presión tan absurda que la directiva del Ravenhill CF está poniendo sobre nuestras espaldas para esta temporada. Expectativas de ganar, títulos y resultados. El viejo, aburrido y seguro idioma del deporte profesional. Yo respondo a todo, opino con soltura y sonrío en los momentos adecuados de la conversación para que nadie sospeche nada. Pero una parte muy grande de mi mente sigue completamente fuera de aquella charla de vestuario, atrapada junto a la puerta de salida, pensando en Clara alejándose a toda prisa por el pasillo y en la forma exacta en que se le ha endurecido la expresión del rostro por mi culpa. Porque lo que pasó entre nosotras en esas duchas ha cambiado las reglas del juego de manera irreversible, y ese cambio ya no es un secreto privado y delicioso entre ella y yo. Ahora existe la posibilidad real de que alguien más meta las narices y lo note. Y esa idea no me hace ninguna gracia.

. . .

Cuando salgo del edificio de los vestuarios cambiada de ropa, el pasillo principal del club está muchísimo más tranquilo y solitario. Aún quedan un par de horas largas para el entrenamiento obligatorio de la tarde y las instalaciones viven ese breve e idílico intervalo de silencio sepulcral entre sesiones de trabajo. Camino despacio, arrastrando los pies con la bolsa deportiva colgada al hombro, dándole mil vueltas idénticas en la cabeza a cómo demonios me siento respecto a Clara.

Hasta que la veo de golpe al girar la esquina.

Clara está parada justo al final del pasillo, muy cerca de la gran salida lateral acristalada que da acceso directo al campo de entrenamiento secundario. Pero no está sola. Habla animadamente con Lara Montes. La gran Lara Montes: exjugadora mítica del club, una centrocampista brillante que tuvo que retirarse prematuramente de los terrenos de juego por culpa de una maldita lesión de rodilla y que ahora trabaja como comentarista deportiva ocasional en la televisión. Además de ser una presencia demasiado habitual y cotizada en todos los eventos oficiales del Ravenhill FC. Es una mujer hermosa, elegante,

insultantemente segura de sí misma y con esa clase de carisma arrollador que llama la atención de todo el mundo sin pretenderlo.

Y las veo reír. Reírse juntas de verdad, a carcajadas. No es esa sonrisa mínima, forzada y contenida que Clara me concede a mí en los boxes después de mucho insistir. No, señor. Lo que veo entre ellas es familiaridad pura. Confianza ciega. Historia compartida de muchos años atrás. Lara le toca el brazo con total naturalidad mientras le cuenta algo al oído, y Clara no se aparta ni un milímetro. Sigue ahí quieta, cómoda, relajada y natural, como si supiera perfectamente qué lugar ocupa en el mundo cuando está al lado de esa mujer.

Siento de golpe cómo algo sumamente desagradable, punzante y ridículo se instala con fuerza justo bajo mis costillas, impidiéndome respirar bien. ¿Celos? No, hombre, no. Ni hablar. Eso no puede ser. Yo no tengo absolutamente ningún derecho legal a sentirme así. Hemos cruzado una línea física muy gorda, sí, de acuerdo, pero eso no convierte a Clara en nada mío de manera oficial. No somos una historia de amor de película. No somos siquiera una buena decisión para nuestras respectivas carreras en el club. Y, sinceramente, si hay alguien en este planeta con nula legitimidad para sentir celos de nadie, esa soy yo, la delantera de oro que huye del compromiso como de la peste.

Así que, por supuesto y como soy imbécil, siento unos celos espantosos igualmente. Absurdos, innecesarios, dolorosos y muy reveladores.

Me quedo completamente quieta en mitad del pasillo durante demasiado tiempo, observándolas desde la distancia. Lo suficiente como para empezar a odiarme un poco a mí misma. Lo suficiente como para entender de golpe que el verdadero problema aquí no es que Clara se relacione o se ría con otra mujer. El jodido problema real es que me importa. Me importa muchísimo que lo haga. Y eso es infinitamente peor para mi salud mental.

Giro sobre mis talones a toda prisa antes de que a cualquiera de las dos les dé por mirar hacia el pasillo y pillarme espiando, y camino a zancadas directamente hacia el campo de entrenamiento exterior. Necesito correr hasta reventar.

El césped húmedo todavía conserva todo el rocío de la niebla de la mañana y el aire frío de la campiña inglesa me golpea el rostro con una honestidad brutal que agradezco en el alma. Dejo caer la mochila con desgana en el banquillo de los suplentes, me ajusto bien los cordones de las botas de tacos y empiezo a trotar a buen ritmo sobre la banda sin pararme a calentar ni un minuto, como si el esfuerzo del cuerpo pudiera resolver por arte de magia lo que mi cabeza se niega rotundamente a admitir.

Primera vuelta al campo. «Respira hondo, Alicia». Segunda vuelta. «No seas patética ni ridícula». Tercera vuelta. «No puedes estar celosa de Lara Montes, joder». Cuarta vuelta. «Estás completamente celosa, asúmelo».

Fantástico. Un plan sin fisuras.

Empiezo a correr muchísimo más rápido, esprintando sobre la línea blanca. La rodilla izquierda me da un aviso serio y protesta con un pinchazo agudo, pero decido ignorar el dolor. Siempre lo hago cuando juego. Pero esta vez no es el dolor físico de los ligamentos lo que intento silenciar con el impacto de mis pisadas contra el suelo. Es esta incomodidad totalmente nueva para mí, esta certeza molesta y aterradora de que Clara se está convirtiendo en alguien mucho más importante en mi vida diaria; en algo muchísimo más intenso, peligroso, real y cercano de lo que estoy dispuesta a admitir en voz alta. Y yo nunca en mi puta vida he sabido manejar bien los sentimientos. Porque el deseo carnal es algo sencillo y plano: se habla, se consume con ganas, se disfruta y se olvida al día siguiente sin mirar atrás. Pero esto... esto otro es una amenaza directa a mi soltería.

Me detengo en seco junto a la línea de banda, con el pecho subiendo y bajando con violencia y la respiración totalmente desordenada por el esfuerzo. El cielo británico sigue igual de gris y plomizo, el Ravenhill FC sigue funcionando a pleno rendimiento a mi alrededor y la vida de todo el mundo sigue exactamente igual que hace una hora. Solo que yo no. Yo ya no soy la misma. Porque algo dentro de mí ya ha cambiado de manera completamente irreversible en esa ducha.

Me paso una mano sudorosa por todo el rostro, intentando recuperar el aire en los pulmones y, de paso, un mínimo de dignidad propia. He sobrevivido a lo largo de mi carrera a entrenadores insoportables con egos gigantes, a directivas hostiles que querían hundirme y a lesiones graves que deberían haberme roto la carrera mucho más de lo que lo hicieron. Y ahora, aquí estoy, corriendo sola como una loca bajo la lluvia fina por culpa de una fisioterapeuta de ojos oscuros y una exjugadora de fútbol demasiado atractiva para mi gusto.

Miro de reojo hacia el edificio principal del club, hacia el gran ventanal acristalado donde probablemente Clara seguirá hablando, riendo y compartiendo confidencias con Lara como una persona perfectamente normal y madura, mientras yo estoy aquí fuera pasándolo mal y comportándome como una adolescente con las hormonas revolucionadas. Sonrío sola para mis adentros, con una verdad sumamente incómoda y dolorosa instalada justo en el centro de mi pecho. Quizá el verdadero problema de todo esto nunca ha sido que Clara Valle tenga el poder de arruinarme la vida. Quizá el verdadero y jodido problema es que empieza a importarme que decida no hacerlo conmigo. Porque por tener esas manos y esa boca de nuevo entre mis piernas, sería capaz de regalar todo lo que tengo.



8

El primer regate

Clara

Existen personas que regresan a tu vida de la manera más amable y predecible posible, y luego están aquellas que irrumpen para poner a prueba cada uno de tus límites. Lara Montes pertenece, desde el mismísimo día en que la conocí, a esa segunda categoría. No es porque sea una mujer complicada —en realidad, Lara tiene la exasperante y envidiable capacidad de hacer que hasta lo más enrevesado parezca un juego de niños—, sino porque su sola presencia arrastra consigo demasiados fantasmas y recuerdos del pasado. Esos que llevo años intentando archivar bajo llave en el rincón más oscuro de mi cerebro para no tener que volver a abrirlos jamás.

Cuando la vi entrar a la ciudad deportiva del Ravenhill FC esta tarde, luciendo el pelo rubio recogido en una coleta alta impecable y esa seguridad natural y arrolladora de quien ha pasado media vida mandando en un vestuario, tuve la firme y molesta convicción de que el universo se estaba divirtiendo a mi Alicia. Otra vez. Y no me equivocaba.

—Oye, no me pongas esa cara de pocos amigos, por favor —me suelta en cuanto se acerca a mi posición, sonriendo de oreja a oreja mientras me rodea con un abrazo cálido, lleno de esa confianza ciega que solo te otorgan los años de vestuario—. Cualquiera diría que vienes de identificar un cadáver en el depósito, Clara. Reacciona, mujer.

La abrazo de vuelta al mismo tiempo, aunque he de admitir que aplico bastante menos entusiasmo del que probablemente se merece. Su perfume de alta gama, el mismo que usaba siempre en las concentraciones, me transporta por un milisegundo a vestuarios abarrotados de jugadoras gritando, a celebraciones de títulos bañadas en champán y a noches eternas en las que mi vida era infinitamente más fácil.

—Bueno, conociendo el ritmo cardíaco que gastan algunas de nuestras delanteras esta temporada, te aseguro que esa posibilidad no me queda tan lejos —le respondo forzando una media sonrisa.

Lara se aparta lo justo para sujetarme por los hombros y observarme con detenimiento, arqueando una ceja. Sigue igual de hermosa y radiante que la última vez que nos cruzamos. Fue, sin duda alguna, una de las mejores centrocampistas que ha tenido este club; de esas futbolistas inteligentes que parecían llevar una brújula de precisión grabada dentro del cuerpo. Por desgracia, se tuvo que retirar demasiado pronto de los terrenos de juego por culpa de una triada cruel en la rodilla, y ahora orbita alrededor del fútbol femenino desde una barrera mucho más cómoda: colabora en programas de televisión, hace análisis de táctica y escribe artículos en la prensa deportiva. Tiene ese extraño y maravilloso privilegio de poder seguir perteneciendo a este mundo sin tener que sufrir el desgaste diario del césped.

Además, por si fuera poco el vínculo deportivo, está felizmente casada con Adrián. El hermano mayor de Charlotte. Y justo ahí es donde reside el verdadero meollo del problema. Lara no tiene la culpa de absolutamente nada —nunca la ha tenido, la pobre—, pero hay personas que te recuerdan una época entera de tu vida con el simple hecho de pronunciar tu nombre. Una época que dolió demasiado.

—¿Y qué se te ha perdido por aquí dentro? —le pregunto con curiosidad mientras empezamos a caminar juntas por el pasillo central, en dirección a la cafetería del staff—. No me digas que vienes de parte de la directiva para vigilar si sigo siendo una jefa médica insoportable.

—Qué va, qué desconfiada eres. Vengo a una reunión obligatoria con el departamento de comunicación por unos temas de derechos y, ya que estaba, quería comprobar de primera mano si por fin ha aparecido alguien en Inglaterra capaz de domesticarte —contesta soltando una risa ligera y cantarina.

—Mala suerte, Lara. Sigo siendo un caso clínico completamente perdido.

—Bueno, eso ya lo sabía yo desde los veinte años —afirma ella divirtiéndose, guiñándome un ojo con total picardía.

Pedimos dos cafés con leche en la barra y nos sentamos en una mesa alta junto a uno de los enormes ventanales acristalados que dan al campo de entrenamiento principal. Afuera, el cielo británico amenaza con romper a llover con ganas de un momento a otro; dentro, las instalaciones del club respiran con esa tranquilidad tan típica de cuando termina la jornada oficial de trabajo. El aroma a café recién hecho se mezcla de manera extraña con el olor a césped húmedo y cortado que se cuela por los conductos de ventilación.

Hablar con Lara siempre me resulta una experiencia extraña. Es fácil. Demasiado fácil, a decir verdad. Con ella no necesito hacer ningún tipo de esfuerzo ni ponerme la coraza profesional. Saltamos de un chisme a otro con la comodidad absoluta de quienes se conocen tan bien que ya es materialmente imposible ocultar las grietas, los desperfectos o los malos días.

Me habla de Adrián, de la preciosa casa de campo que acaban de comprar a las afueras de la ciudad, de cómo intentan encajar sus caóticas agendas profesionales para meterse de lleno en el proceso de ser padres. También me cuenta, muerta de la risa y gesticulando con la cucharilla, una entrevista desastrosa que ha tenido que hacerle la semana pasada a un entrenador de la liga masculina que se las daba de intelectual.

—Tú imagínate el panorama, Clara —dice, removiendo la espuma de su taza—, el hombre habla que te habla con tono trascendental mientras analizaba un simple saque de esquina. Te juro que casi me duermo encima del micrófono en directo. Qué tipo tan denso.

Yo le cuento lo justo y necesario sobre cómo marchan las cosas en el día a día de la ciudad deportiva: el ritmo brutal de trabajo que llevo con la plantilla, cómo se han tenido que adaptar las nuevas jugadoras a mis estrictas normas médicas y las tensiones lógicas que se van acumulando en el vestuario a medida que se acerca el inicio de la competición.

—Vamos, que todo sigue exactamente igual a como lo dejé cuando colgué las botas —concluye ella, apoyando la barbilla sobre la palma de su mano y mirándome de reojo.

—Bueno, con un poco más de hielo en los boxes y bastante menos paciencia por mi parte, sí, no te lo voy a negar —admito dándole un sorbo a mi taza.

Lara saborea su café con parsimonia y me clava esa mirada clara, limpia y directa que siempre, absolutamente siempre, precede a una pregunta incómoda de las suyas. Con ella no hay espacio para las evasivas ni para las mentiras piadosas.

—Y ahora que ya hemos cumplido con el expediente, cuéntame algo que de verdad sea interesante, venga.

Suspiro profundamente, dejando caer los hombros.

—No hay nada interesante en mi vida, Lara. Trabajo, pacientes y camilla.

—Clara, por dios... Te conozco desde hace demasiados años y esa respuesta tan perfecta esconde algo gordo. Suéltalo ya.

Desvío la mirada hacia el gran ventanal exterior para evitar sus ojos inquisidores. Y ahí es donde cometo el error táctico más grande de la tarde. Porque justo en mitad del césped principal está Alicia, dando vueltas alrededor del campo con una intensidad tan brutal y desafiante

que, incluso desde la distancia de la cafetería, parece una puta declaración de guerra. Su cuerpo atlético, a pesar de esa inflamación en los ligamentos de la rodilla que se empeña en ignorar de forma suicida, transmite una fuerza y una potencia contenida que me acelera el pulso de manera inmediata. Aunque, siendo completamente honesta conmigo misma y con mis hormonas, lo que de verdad me altera el ritmo cardíaco son las ganas locas y absurdas que tengo de volver a encerrarme con ella y enterrar mis dedos entre sus piernas.

Lara, que es más lista que el hambre, sigue la trayectoria exacta de mis ojos y despliega una sonrisa de picardía pura que no me gusta nada.

—Vaya, vaya... —dice, alargando la palabra con una lentitud que me pone de los nervios—. Ahora sí que estamos llegando al verdadero motivo de tu estrés, amiga mía.

—No empieces, Lara, te lo advierto —le corto de inmediato, poniéndome rígida en la silla.

—¿Quién es esa que corre como si quisiera arar el césped con sus botas?

—Una fuente constante y diaria de problemas para este club.

—Esa definición no es la que esperaba, pero… es interesante.

Me recuesto en el respaldo de la silla y suelto todo el aire que retengo en los pulmones, dándome por vencida.

—Se llama Alicia Puertas. Es nuestra nueva delantera estrella para esta temporada. Un talento de oro increíble en los pies, una paciencia totalmente inexistente y una relación profundamente conflictiva con cualquier persona que represente la más mínima forma de autoridad en el club.

—Mira tú por donde, ya me cae bien —comenta Lara soltando una carcajada limpia.

—A mí me quita años de vida cada mañana.

—Precisamente eso, me confirma que te interesa muchísimo más de lo que me quieres dejar ver.

La fulmino con la mirada más cortante de todo mi repertorio, pero ella ni se inmuta. Al contrario, se inclina ligeramente hacia delante sobre la mesa, apoyando los codos con interés.

—Tiene una lesión en el tendón rotuliano bastante seria —continúo hablando a toda prisa, ignorando su indirecta amorosa a propósito—. Y está haciendo todo lo humanamente posible por convencer al resto del equipo de que está al cien por cien de sus capacidades. Si sigue exigiéndose ese nivel de impacto, va a terminar destrozándose la articulación antes de que empiece la liga.

—Y eso a ti te preocupa de una manera que va más allá de la medicina —afirma ella con rotundidad.

No es una pregunta. Es una certeza absoluta.

—Es mi trabajo, Lara. Me pagan por cuidar de la salud de la plantilla —respondo intentando sonar profesional.

—Claro, mi amor, por supuesto —suelta ella. Y ese maldito «claro» destapa demasiadas verdades que yo no quiero mirar de frente.

Lara inclina un poco la cabeza, clavándome los ojos con intensidad.

—Vamos a ver, Clara. Cuando a ti se te mete una futbolista entre ceja y ceja por motivos de salud, no la dejas en paz hasta que cumple el tratamiento a rajatabla. Lo he vivido en mis propias carnes y lo hemos visto todos en este club —suelta, desvelando una verdad como un templo—. Pero sé que, con este caso, no es solo algo técnico. Te conozco demasiado bien. Y esa mirada que le estabas echando hace un segundo... no era la de una jefa médica observando como una jugadora está pasando de sus recomendaciones.

Aprieto la taza de café entre mis manos con fuerza, sintiendo cómo el calor de la cerámica se me filtra por la piel de los dedos.

—Estás exagerando las cosas.

—No lo hago. Solo te estoy analizando. Yo no tengo la culpa de que seas tan transparente cuando algo te gusta, Clara.

Guardo un silencio sepulcral, mirando el fondo de mi taza. El gran inconveniente de tener cerca a personas que te conocen de verdad es que, por más que te empeñes en estructurar una mentira perfecta, nunca se van a creer una sola de tus palabras.

Porque sí, Alicia Puertas me preocupa hasta quitarme el sueño. Sí, he cruzado una línea roja gigantesca con ella que pone en peligro mi puesto de trabajo. Y sí, lo que ocurrió el otro día en las duchas privadas del primer equipo fue un error monumental de manual. Uno de los gordos. Uno del que racionalmente debería arrepentirme a diario y con el que, al mismo tiempo, no dejo de soñar despierta cada vez que entro en esa zona del vestuario, deseando volver a repetirlo con más fuerza.

Lara deja su taza vacía sobre la mesa con una suavidad extrema y me dedica una sonrisa cargada de una ternura y una comprensión que me ablandan por dentro.

—Mira, no te voy a preguntar absolutamente nada que no me quieras contestar voluntariamente. Pero déjame decirte una cosa como amiga: las emociones que más nos empeñamos en controlar con mano de hierro suelen ser, precisamente, las que terminan rompiéndonos el equilibrio.

Sonrío con amargura, sin pizca de humor real.

—Vaya, qué discurso tan inspirador. De verdad, deberías dejar los medios de comunicación y dedicarte a vender frases motivacionales para calendarios de pared.

—Y tú deberías dejar de actuar de una puta vez como si sentir algo por alguien fuera como ocasionar una falta con tarjeta roja directa en el área —me replica ella con una dulzura inmensa—. Has construido una muralla impresionante a tu alrededor desde lo de Charlotte y por si no lo sabes, las murallas más altas terminan viniéndose abajo si se golpea en el lugar adecuado. Y por lo que estoy viendo desde esta ventana, esa delantera terca, guapa y talentosa ya ha empezado a hacerlo.

Sus palabras se me quedan grabadas a fuego en la mente incluso mucho después de que Lara se marche de las instalaciones.

Cuando la ciudad deportiva empieza a vaciarse y la tarde cae de golpe, subo a la planta superior para esperar a Alicia en uno de los boxes de electroestimulación y recuperación. Pero me doy cuenta enseguida, al mirar por el ventanal del pasillo, que no voy a recibir su visita de buena gana. Sigue abajo, dando vueltas desquiciadas alrededor del campo principal. Corre como si quisiera castigar al césped, o como si pretendiera castigarse a sí misma de paso por alguna rabieta que no alcanzo a comprender. Y, para colmo, ahora lo hace bajo una lluvia fina e incómoda que empieza a arreciar.

Me quedo completamente quieta junto al cristal, con la carpeta médica apretada en la mano. Por un segundo me quedo en blanco. Al siguiente, lo que siento es unas ganas inmensas de bajar y asesinarla con mis propias manos.

—Es insoportable, de verdad… —murmuro para la nada del pasillo.

Mi primer impulso visceral es bajar a zancadas, plantarme en mitad del campo y obligarla a detenerse. El segundo, mucho más frío y racional, es recordarme a mí misma que no puedo seguir funcionando así con ella. Que esto ya ha cruzado demasiadas fronteras. Que tener sexo salvaje con una jugadora bajo mi supervisión ha sido una decisión estúpida, impulsiva y exactamente el tipo de error garrafal que me prometí no volver a cometer jamás en la vida después del desastre de Charlotte. Aunque está más que claro que no he aprendido la lección en absoluto; sigo mezclando lo profesional con lo personal y confundiéndolo todo hasta perder el control de mi propia vida.

A pesar de todas mis advertencias mentales, me quedo ahí atrapada, mirándola correr. Es justo en ese instante cuando Alicia se detiene en seco junto a la zona de los banquillos. Se inclina ligeramente hacia delante con el rostro totalmente contraído por un gesto de dolor, y se frota la rodilla izquierda con una mano, intentando aliviar ese pinchazo que solo aparece cuando la carga de trabajo ya deja de ser físicamente soportable.

Algo en mi estómago se descompone y me dejo arrastrar por la preocupación más pura. Dejo la carpeta sobre la mesa del despacho, agarro un paraguas grande del paragüero, una de mis chaquetas de abrigo del club del perchero y bajo las escaleras a toda prisa, sin permitirme pensar ni un solo segundo en las consecuencias de lo que voy a hacer.

Cruzo el terreno de juego con el paraguas abierto, sintiendo el césped empapado hundirse bajo mis zapatillas de deporte, mientras Alicia permanece allí quieta, de espaldas a mí, respirando con una dificultad evidente por el esfuerzo físico.

No hago ruido al acercarme. Simplemente me coloco justo a su lado, la cubro con el paraguas para resguardarla de las gotas y le extiendo la chaqueta.

—Lo único que nos faltaba ya esta semana es que nuestra jugadora estrella cogiera una pulmonía por pura cabezonería.

Alicia gira la cabeza, sobresaltada por mi presencia. Conseguir pillar desprevenida a Alicia Puertas es, de por sí, un auténtico milagro de la naturaleza. Durante un segundo entero no dice nada, me mira con los ojos muy abiertos. Luego, recupera la compostura y despliega esa sonrisa cargada de ironía punzante bajo la que se esconde siempre que se siente acorralada o más vulnerable de lo que está dispuesta a admitir ante nadie.

—Vaya, doctora... Qué detalle tan tierno por tu parte. Te juro que por un momento pensé que venías a traerme una orden de arresto domiciliario —responde, aunque noto perfectamente que su voz suena ronca y cansada.

Le tiendo la chaqueta de abrigo con insistencia, dándole un toque en el brazo.

—Póntela ahora mismo. No me hagas repetirlo.

Lo hace. Despacio, deslizando los brazos por las mangas sin dejar de clavarme esos ojos oscuros ni un solo instante. La escena se vuelve de golpe ridículamente íntima, sensual y densa en mitad de la

nada. La lluvia golpea con fuerza la tela del paraguas, el campo de entrenamiento está completamente desierto a estas horas y nosotras estamos problemáticamente cerca, respirando el mismo aire.

—No deberías estar corriendo de esa manera —le recuerdo, suavizando el tono—. Tu rodilla no está para estos excesos físicos, Alicia. Cada vez que te exiges más de lo que marca el protocolo de readaptación, arriesgas de golpe todo por lo que has trabajado para llegar hasta aquí.

Alicia se ajusta bien los bordes de la chaqueta sobre los hombros. Es mía, me pertenece, lleva mi nombre impreso en la etiqueta interna, y ese sutil detalle consigue que verla vestida con mi ropa parezca una provocación estética insoportable para mis sentidos.

—Y tú no deberías sonreírle a nadie de esa manera tan especial por los pasillos —murmura de repente, desviando la mirada con fastidio hacia el edificio de las oficinas principales.

Parpadeo un par de veces, completamente descolocada por el ataque directo.

—¿Perdón? ¿De qué demonios estás hablando?

Ella respira hondo, llenando el pecho de aire frío antes de continuar con voz firme.

—Ya has visto esta mañana en el vestuario que los rumores en este club corren demasiado deprisa como para ir jugando. Y Lara Montes resulta que pasa mucho tiempo por aquí. No soy idiota, Clara. Sé reconocer perfectamente a la legua cuando dos personas comparten una historia íntima del pasado.

Tardo exactamente dos segundos de reloj en procesar el sentido de su comentario. Y cuando lo hago, siento cómo algo sumamente extraño, cálido y delicioso se remueve con fuerza dentro de mi estómago. Alicia Puertas está muerta de celos.

Esa revelación debería haberme hecho reír o soltar una pulla ingeniosa. En cambio, me deja completamente sin palabras y con la garganta seca. Porque debajo de toda su capa de ironía, debajo de su

provocación constante, existe una preocupación real y un sentimiento latente que me resulta más desestabilizador que cualquiera de sus burlas.

—Lara es una de mis mejores amigas —le explico con calma, dando un paso imperceptible hacia ella para que no se moje—. Estuvimos juntas en las categorías inferiores del club, compartimos vestuario, triunfos y derrotas muy duras de asimilar. Ahora está felizmente casada con Adrián, el hermano de... bueno, da igual, esa es otra historia. No hay absolutamente nada romántico entre nosotras, Alicia. Solo esa confianza ciega que dan los años.

Alicia asiente una sola vez con la cabeza, manteniendo el rostro serio, como si mi aclaración no cambiara absolutamente nada el dolor de su orgullo.

—Da igual, no importa. No tienes que darme explicaciones de tu vida privada.

—Sí que importa, Alicia —insisto, dando otro paso decisivo hacia delante, atrapándola bajo el refugio de mi paraguas—. Importa porque no quiero que bajo ningún concepto malinterpretes lo que ves por los pasillos del club. Y porque, aunque me cueste un mundo admitirlo... me importa mucho lo que pienses de mí.

Retrocede un paso hacia atrás al instante, saliendo apenas del radio de protección del paraguas. Las gotas de lluvia fina empiezan a mojarle de nuevo el flequillo y le resbalan veloces por las mejillas encendidas.

—No hagas eso, Clara... —me pide en un susurro, con la voz un punto rota.

—¿El qué? ¿Qué estoy haciendo?

Su sonrisa de respuesta es pequeña. Cansada. Peligrosamente real y desarmada de toda chulería.

—Mirarme con esos ojos cuando las dos sabemos perfectamente que esto debería terminar de raíz justo donde empezó. Lo que pasó el otro día en las duchas fue un error tremendo por ambas

partes, ¿no? Un simple momento de debilidad física. Tú eres la fisioterapeuta del club, yo soy la jugadora estrella a tu cargo. Hay reglas estrictas en el Ravenhill, líneas profesionales que nunca se deben cruzar bajo ningún concepto si queremos mantener nuestras carreras a flote.

Un silencio denso y pesado se instala de golpe entre las dos, solo roto por el repiqueteo constante de la lluvia sobre la tela, y me quedo sin herramientas para romperlo. Porque sé que Alicia tiene toda la maldita razón del mundo. Porque precisamente eso que acaba de verbalizar es lo más sensato y maduro que deberíamos hacer. Porque seguir avanzando por este camino prohibido solo puede terminar en un desastre absoluto para las dos.

Pero mi corazón, rebelde e incorregible, late con fuerza, pidiéndome a gritos todo lo contrario.

—Alicia... —empiezo a decir, dando un paso hacia ella con la mano libre extendida.

Ella niega firmemente con la cabeza y levanta una mano en el aire, frenando mi avance en seco.

—Déjalo así, Clara. De verdad. No necesito que me des un mitin ni que me expliques con argumentos por qué no podemos estar juntas. Lo sé de sobra. Lo sé muchísimo mejor que nadie.

Da un paso atrás en el césped. Luego otro más, alejándose de mi paraguas.

—Nos vemos mañana.

—¿¡Y qué pasa con tu revisión!? —le reclamo con desesperación.

No responde. Se da la vuelta del todo y cruza el campo a paso rápido con mi chaqueta puesta sobre sus hombros, alejándose bajo la cortina de lluvia mientras yo me quedo allí plantada en mitad del césped, completamente inmóvil, sosteniendo un paraguas abierto que ya no me sirve absolutamente de nada.

Sé perfectamente que ha sido lo correcto. Que debo zanjar este asunto aquí mismo y no volver a tentar a la suerte. Debo hacerlo por su bien, por el mío y por todo lo que mi experiencia previa me dicta. Lo de las duchas ha sido un error de calentón y no debe repetirse jamás en la vida.

Pero allí mismo, completamente sola bajo la lluvia, con el campo principal desierto y el día apagándose despacio sobre nosotras, una parte de mi interior ya sabe que el problema no se va a solucionar tan rápido. Porque, por mucho que me haya equivocado de cabo a rabo con Alicia Puertas, tengo la absoluta certeza de que, si se volviera a dar la oportunidad, volvería a cometer el mismo error una y mil veces más.



9

Anatomía del deseo

Alicia

Resulta humillante y patético descubrir que soy capaz de sortear defensas imposibles a nivel internacional, sobrevivir a ruedas de prensa hostiles llenas de buitres y torear a entrenadores con un complejo de dictador del copón… pero soy totalmente incapaz de superar una simple conversación bajo la lluvia con Clara. Pero así son las cosas.

Después del encontronazo que hemos tenido, me encuentro oficialmente derrotada, vestida con mi chándal más viejo y tirada a lo largo en el sofá de mi nuevo apartamento como una auténtica heroína aquejada de una pésima gestión emocional.

Tengo el mando de la consola firmemente encajado entre las manos mientras intento, sin el menor éxito, concentrarme en un partido absurdo de fútbol virtual en la pantalla. Llevo perdiendo por goleada desde hace más de veinte minutos. Es de risa: incluso en el terreno de los videojuegos, mi capacidad para tomar buenas decisiones brilla por su ausencia el día de hoy.

El salón permanece sumido en un silencio, roto únicamente por los efectos de sonido del televisor y el repiqueteo incesante y suave de la lluvia contra los ventanales. He dejado la chaqueta oficial de Clara —esa que huele a ella— extendida sobre el respaldo de una silla de comedor, como un trofeo o una tortura visual. También hay una taza de café a medio terminar sobre la mesa baja y, sobre todo, arrastro esa molesta y persistente sensación de estar evitando algo que sé, con total certeza, que no va a desaparecer de mi vida por mucho que me empeñe en mirar hacia otro lado.

La he dejado con la palabra en la boca en mitad del césped y me he largado corriendo. He rehusado acudir a la revisión médica a la que me había citado esta tarde e, incluso, la he ignorado deliberadamente como si no existiera o no me importara lo más mínimo. Pero después de lo que ha pasado, y tras mi brillante y patético momento de celos involuntariamente confesados en su cara, no pienso reunirme con ella a solas en un espacio cerrado por nada del mundo.

Sí, me he puesto celosa de Lara Montes y todavía me entran ganas locas de abrir la ventana y lanzarme de cabeza al vacío cada vez que mi cerebro lo recuerda. Ha sido un desastre absoluto. Y no por lo que he soltado por la boca, sino por lo que eso implica a nivel interno. Una cosa muy fácil es aAliciarte con alguien en un arrebato de pasión en las duchas y disfrutar del momento; otra muy distinta, e infinitamente más chunga, es empezar a sentir cosas reales que no eres capaz de resolver dando vueltas al césped como una desquiciada o dándote un homenaje rápido tú sola en la cama. Eso ya entra de lleno en territorio prohibido.

En la pantalla, mi delantera virtual vuelve a fallar un gol cantado a portería vacía.

—Perfecto… —murmuro con ironía, dejando caer la cabeza hacia atrás contra el cojín del sofá soltando un suspiro de frustración—. Todo bajo control. Excelente gestión de crisis, Alicia. Enhorabuena por tu madurez.

En ese preciso instante, mi teléfono móvil empieza a vibrar con saña sobre la mesa de madera. Lo miro de reojo con la esperanza

absurda y desesperada de que se trate de cualquier persona de este planeta menos de quien sé, positivamente, que está al otro lado. Spoiler: hoy no tengo absolutamente nada de suerte.

Es Bruno. Mi representante. Mi Pepito Grillo particular, mi conciencia legal con trajes carísimos y una paciencia infinita para aguantar mis espantadas. Suspiro profundamente, suelto el mando de la consola y respondo al deslizar el dedo.

—Mira, Bruno, si esta llamada es para echarme un sermón sobre mis maravillosas y acertadas decisiones vitales de hoy, te aviso ya que estoy muy ocupada arruinándome la existencia en privado.

—Vaya, buenas noches a ti también, Alicia —me responde al otro lado de la línea con esa calma imperturbable de hombre curtido en mil batallas que ya ha sobrevivido a demasiadas versiones caóticas de mí misma—. ¿Se puede saber por qué demonios me acaba de escribir el entrenador del Ravenhill diciendo que no has aparecido a la evaluación física que tenías programada para esta tarde?

—Pues porque al míster le importa muchísimo que su delantera estrella se esté metiendo de cabeza en otro lío monumental del que no sabe cómo salir —le contesto, incorporándome sobre el sofá y cruzando las piernas.

—Alicia. No me hagas eso, por favor.

—¿El qué? ¿Respirar?

—Sabes perfectamente que ese tono de adolescente rebelde e incomprendida no funciona conmigo, así que ve cambiando el chip.

Se me escapa una sonrisa involuntaria a pesar de que no quiero darle el gusto. Bruno tiene la irritante e increíble habilidad de conocerme demasiado bien. Lleva un montón de años gestionando al milímetro mi carrera deportiva, mis contratos millonarios y mis incendios públicos y privados.

—Siento no haber ido, de verdad —miento descaradamente mientras me levanto por fin del sofá y camino descalza hacia la cocina

americana en busca de algo de beber—. No me encontraba bien. Es más, se lo dije a Clara. Así que…

—Mira, escúchame con atención. No te llamo para fiscalizar tu rebeldía, pero hazme el favor de ser un poquito más sensata con las decisiones que tomas. Solo quería recordarte que mañana es la cena oficial del inicio de temporada del club.

Cierro los ojos con fuerza, dándome un golpe suave en la frente con la palma de la mano.

—No pienso ir de fiesta a ninguna parte, Bruno. No me apetece lo más mínimo aguantar corrillos.

—Es que no es una fiesta de discoteca, Alicia. Es una cena institucional y obligatoria por contrato.

—Pues eso lo hace todavía mil veces peor —replico con guasa, abriendo la puerta de la nevera para cerrarla de un portazo al instante.

—Eres el fichaje estrella del verano, Alicia, por dios. Todo el mundo en la directiva y los patrocinadores esperan que estés allí presidiendo la mesa. Van a querer que subas al escenario, que cojas el micrófono y que digas unas palabras de cara a la prensa...

—Pues mira, que las diga otra que tenga más ganas de lucirse. Yo no soy el payaso de feria de nadie para ir animando las veladas sociopolíticas del club.

Se hace un silencio sepulcral al otro lado de la línea. Ese silencio tan concreto y peligroso que significa que Bruno está contando mentalmente hasta diez para no mandarme a la mierda de forma elegante y profesional.

—Menudo humor de perros que te traes hoy, ¿no? —suelta finalmente con un suspiro pesado—. ¿Se puede saber qué demonios te pasa?

Me apoyo de espaldas contra la encimera de granito y me pellizco el puente de la nariz con los ojos cerrados, sintiendo el dolor de cabeza asomar.

—Estrés de la pretemporada, nada más.

—Mira, haz lo que quieras con tu humor, pero no te lo voy a volver a repetir más. Eres lo suficientemente madura y cobras lo suficiente como para saber qué decisión es la correcta para tu imagen pública. La cena es a las nueve y media en el restaurante Bravío. El código es informal pero elegante. Todo el mundo va a estar esperándote, incluidos los medios de comunicación.

Los medios. Fantástico. Peor todavía. Todo un escaparate.

Tengo la firme intención de negarme en redondo por segunda vez. Ya tengo la frase cortante completamente estructurada en la punta de la lengua: *«No voy, Bruno. No me interesa. Sobrevivirán perfectamente a la cena sin mi presencia»*. Pero entonces, en un destello de pura malicia, pienso en Lara Montes. Pienso en Clara. Pienso en la complicidad de la conversación que han mantenido. Y, lo que es muchísimo peor para mi orgullo, pienso en la posibilidad real de que ambas coincidan allí esta noche, riéndose a mi salud, mientras yo me pudro sola en este apartamento jugando a perder partidos como una auténtica idiota emocionalmente comprometida.

No. De ninguna de las maneras. No puedo permitir bajo ningún concepto que Clara se crea que la estoy evitando por culpa de unos celos tontos. Ni puedo permitir que yo parezca la parte afectada y débil de las dos. Ni, desde luego y por encima de mi cadáver, voy a permitir que Lara Montes se le acerque más de la cuenta.

Así que, demostrando una vez más que soy una persona sensata con un instinto de autodestrucción fascinante, tomo una decisión objetivamente terrible y maravillosa.

—Oye, ¿puedo llevar a una acompañante conmigo a la cena? —pregunto, dibujando una sonrisa lenta y canalla que Bruno afortunadamente no puede ver a través del teléfono.

Él tarda un par de segundos enteros en responder a mi pregunta. Un par de segundos que huelen a sospecha máxima y a pánico profesional.

—A ver... Mientras te presentes allí vestida y dejes bien al club, me da exactamente igual a quién te lleves para que te sujete la copa.

Mi sonrisa se ensancha todavía más, llenándome de una adrenalina deliciosa.

—Perfecto. Cuenta conmigo.

—Alicia… tiemblo cada vez que te pones tan dócil de golpe.

—Confía en mí, hombre de poca fe.

—Por favor, te lo pido por lo que más quieras: intenta no montar uno de tus espectáculos habituales con la prensa. Al menos no antes de que sirvan el postre.

Cuelgo la llamada con un toque rápido antes de que le dé tiempo a seguir sermoneándome. Me quedo unos segundos completamente quieta en mitad de la cocina, observando mi reflejo borroso y desgreñado en el cristal oscuro de la ventana. Fuera, la lluvia cae con una insistencia de lo más deprimente. Soy una persona impulsiva con unos mecanismos de defensa pésimos y peligrosos.

Respiro hondo, me froto las manos y abro la agenda de contactos de mi teléfono. Deslizo el dedo de arriba abajo por la pantalla, repasando nombres de mujeres que pertenecen a distintas versiones de mí misma. Algunas mejores, otras claramente para olvidar. Hasta que mi dedo se detiene justo en el nombre correcto.

Irina.

Es hermosa, insultantemente divertida, peligrosamente encantadora y, por encima de todo, no tiene ni idea del pequeño desastre emocional que azota mi vida en este momento. Coincidimos hace unos meses, justo antes de mi fichaje por el Ravenhill FC. Tuvimos un par de noches salvajes e intensas de hotel, cero promesas de futuro, una química en la cama espectacular y tomamos la sensata decisión de no convertir aquello en nada más complicado que un buen recuerdo con derecho a roce casual. Es, sin duda alguna, exactamente el tipo de compañía que necesito para una noche como la de mañana: nada serio,

nada de dramas afectivos y nada que me oblige a preguntarme por qué Clara me está arruinando la existencia con solo respirar cerca de mí.

Pulso el botón de llamada antes de que a mi cerebro le dé tiempo a reconsiderarlo y echarse atrás. El teléfono da tono y responde exactamente al tercero.

—Vaya, vaya —suelta su voz al otro lado de la línea, con ese tono cálido, arrastrado y con ese matiz divertido que recuerdo a la perfección—. Si esto no es una agradable e inesperada sorpresa de las tuyas, Alicia Puertas, que baje dios y lo vea.

Me apoyo de lado contra la encimera, sintiendo cómo una pequeña sonrisa traicionera e ingeniosa se dibuja en mis labios al escuchar su tono juguetón.

—Bueno, eso depende exclusivamente de cuánto me hayas echado de menos, preciosa.

—Lo suficiente como para saber a ciencia cierta que tú nunca llamas por pura nostalgia romántica, nena. ¿Qué necesitas de mí? Anda, sé directa y ve al grano, que ya nos conocemos las caras.

—Me encanta que seas una mujer tan práctica —admito riéndome por lo bajo—. A ver, tengo la cena oficial del club mañana por la noche. Ya sabes: un evento sociopolítico y futbolero de lo más aburrido, mucha gente trajeada con ínfulas de grandeza, discursos y demasiadas sonrisas falsas por metro cuadrado. Necesito urgentemente que una persona increíblemente atractiva me acompañe y me ayude a simular ante la prensa que soy alguien emocionalmente estable.

—Ah, amiga... O sea, que lo que me estás pidiendo en realidad es que haga un trabajo social de primera necesidad —responde ella soltando una risa baja y sensual—. Una labor humanitaria, prácticamente.

Escucho su risa franca a través del altavoz y recuerdo al momento por qué nos lo pasábamos tan sumamente bien juntas. Irina es de las mías: no te pide explicaciones que no quiere dar, no indaga en

tus mierdas y sabe perfectamente cuándo hay que sentarse a disfrutar del incendio sin sacar el extintor.

—¿Y se puede saber qué gano yo exactamente con todo este despliegue de caridad? —pregunta en tono sugerente.

—Mi encantadora y cotizada compañía durante toda la velada, que no es poco.

—Insuficiente para mi caché. Trabájatelo más, anda.

—Buen vino. Probablemente excelente y muy caro.

—Bueno, eso ya empieza a sonar un poquito mejor... Sigue hablando.

—Y, sobre todo, la inmensa satisfacción personal de ayudar a esta pobre delantera a no tomar una decisión terriblemente irresponsable de la que arrepentirse mañana.

—Oye, ahora sí que estamos negociando con las cartas sobre la mesa —dice ella, y casi puedo imaginármela perfectamente arqueando una ceja perfecta al otro lado del teléfono—. Déjame adivinar. Hay alguien en ese club que te ronda la cabeza.

Me quedo helada y me detengo en seco en mitad del salón. Maldita sea la gente intuitiva en este mundo, de verdad.

—No. Para nada. Te equivocas.

—Mientes muy mal, Alicia. A ti se te nota en la respiración cuando estás acorralada.

—Te juro que no hay nadie, Irina —insisto, aunque soy plenamente consciente de que mi voz ha sonado de lo menos convincente del mundo.

—A ver, reformulo la pregunta: ¿Hay alguien en ese equipo que te molesta y te saca de tus casillas?

—Es muchísimo peor que eso, de hecho —admito en un arranque de honestidad brutal.

Me dejo caer otra vez de golpe sobre el sofá, estirando las piernas sobre la mesa baja sin miramientos.

—Irina, mira…

—¿Tan sumamente complicado es el asunto?

—Demasiado —confieso al fin, mirando al techo—. Está la cosa muy enredada. Pero no me apetece hablar de ello ahora mismo.

—Perfecto, trato hecho. Te acompaño a esa cena aburrida. Además, no te lo voy a negar: tengo unas ganas locas de verle la cara en directo a la persona que es capaz de poner a la mismísima Alicia Puertas en semejante estado de nervios. Tiene que ser un espectáculo digno de ver.

Cierro los ojos con fuerza y niego con la cabeza llena de diversión, aunque la sonrisa no se me quita de la boca.

—Mira, voy a colgarte ahora mismo antes de que me arrepienta de haberte marcado.

—Venga, déjate de dramas. Paso a recogerte en coche mañana a las nueve en punto. Mándame la ubicación. Y hazme un favor, Alicia: ponte un vestido de esos tuyos de infarto, algo que haga sufrir de verdad a esa persona misteriosa en cuanto entres por la puerta. Que note perfectamente todo lo que se está perdiendo por no ser valiente.

—Hasta luego, bruja.

Cuelgo la llamada.

Me quedo mirando fijamente las molduras del techo, luego desvío los ojos hacia la consola virtual abandonada y finalmente compruebo la hora en el reloj de pared. Tengo tiempo de sobra para arrepentirme de esta locura, para llamar a Irina, cancelar la cita y acudir mañana a la cena como una persona madura y razonable. Pero sé perfectamente que no lo voy a hacer. Porque la verdad de toda esta historia es muchísimo más simple y menos elegante de lo que aparenta: quiero ver, con mis propios ojos, la cara que pondrá Clara en cuanto me vea aparecer en el restaurante colgada del brazo de un pibón como

Irina. Quiero comprobar en directo si le da exactamente igual con quién me relaciono. Quiero demostrarme a mí misma, por puro orgullo, que a mí también me da exactamente igual lo que ella haga con su vida. Aunque las dos sepamos, en el fondo de nuestra alma, que eso es una soberana mentira.

Me incorporo lentamente del sofá, estirando los músculos. Si voy a cometer un error garrafal que complique las cosas en el club, tengo que hacerlo espectacularmente bien vestida. Encamino mis pasos hacia el ropero mientras una parte de mí, la sabia, me repite en bucle que nada de lo que haga va a solucionar lo que pasó en las duchas. Y tiene razón. Pero esto no va de buscar soluciones. Va de orgullo herido. De deseo salvaje. De esa necesidad absurda y egoísta de no ser la única atrapada en mitad de la tensión sexual que crepita y se dispara cada vez que nos miramos a los ojos y el mundo se reduce.



10

Sin uniforme

Clara

A lo largo de mi carrera, he asistido a muchas cenas oficiales como para saber con total exactitud cómo funcionan. Siguen siempre el mismo patrón: las mismas conversaciones insulsas repetidas en bucle bajo los efectos del vino, los mismos discursos meticulosamente preparados por directivos trajeados que confunden el liderazgo real con soltar frases vacías y motivacionales, y las mismas sonrisas diplomáticas de cara a la galería entre jugadoras y técnicos que, en muchísimos casos, apenas se soportan un lunes por la mañana fuera del estricto protocolo del vestuario.

Para mí es un trámite puro y duro. Una obligación social pesada y contractual más dentro del engranaje deportivo, impecable y francamente agotador que rodea al fútbol profesional. Normalmente, sé moverme como pez en el agua en esta clase de eventos sin dejar el menor rastro ni levantar sospechas de ningún tipo. Sonrío lo justo y necesario ante los flashes, hablo lo imprescindible con los patrocinadores y me marcho a casa antes de empezar a sentirme

atrapada por la hipocresía general. Algo sencillo que no se escapa de mi estructura de autocontrol habitual.

Cuando llego al restaurante, el grueso del cuerpo técnico del club ya ha hecho su gran entrada. El establecimiento es, literalmente, el prototipo de local de lujo que la directiva adora usar para lucir palmito: elegante sin llegar a resultar excesivo, decorado con una iluminación cálida que suaviza las rencillas de los despachos y dotado de una terraza exterior que pretende convencer a cualquiera de que la vida no es simplemente una sucesión de decisiones personales cuestionables.

Saludo a Lucia con un leve cabeceo de complicidad. Acto seguido, soporto como una campeona una conversación innecesariamente larga y tediosa con un fisioterapeuta deportivo que ahora se dedica a trabajar en una de las revistas deportivas más famosas del país, y finalmente consigo escabullirme con disimulo hacia la barra de mármol para pedirle al camarero una copa de vino blanco bien fría. Confío ciegamente en que el alcohol suave me ayude a capear el temporal y a sobrevivir a la velada sin incidentes de los que arrepentirme al día siguiente.

Sin embargo, comprendo de golpe que todo mi autocontrol sirve de muy poco cuando Alicia decide, por su cuenta y riesgo, convertir el resto de la velada en una emboscada emocional perfectamente calculada y con premeditación.

Alicia aparece en el umbral del restaurante como si el mismísimo universo hubiera decidido coordinarse para gastarme una broma privada, pesada y especialmente cruel. Lleva un vestido negro, de corte aparentemente sencillo, pero criminalmente efectivo en la forma exacta en que se amolda a su silueta. El pelo castaño, algo dorado ante las luces, y suelto, le cae en ondas perfectas sobre los hombros. Camina pisando el suelo con esa seguridad arrolladora que tanto la caracteriza; esa expresión felina de quien sabe perfectamente el caos que provoca y las bajas emocionales que va dejando atrás.

Y no viene sola, por supuesto. Caminando a su lado, avanza una mujer. Es alta, poseedora de una belleza insultante, vestida con un diseño rojo pasión que parece confeccionado a medida para dinamitar

la estabilidad mental de cualquiera, rematada con una sonrisa juguetona y peligrosa en los labios. Las veo entrar demasiado juntas para mi gusto en el salón. Cómodas la una con la otra. Exhibiendo esa familiaridad natural y descarada que sólo surge entre dos personas que comparten en la intimidad mucho más que confidencias y tiempo libre.

Mi primer pensamiento instintivo es estrictamente profesional y frío: ¿quién demonios es esa mujer y por qué nadie me ha dicho que Alicia tenía pareja? El segundo, por desgracia, es muchísimo menos digno y profesional. «Ah. Claro. Faltaría más. Alicia convirtiendo una noche normal, en un cataclismo mundial. ¿En serio? ¿Tenías que hacer esto justo aquí y justo ahora delante de toda la plantilla? ¿De verdad tenías la necesidad imperiosa de traerte como trofeo a una mujer que parece directamente sacada de una portada de revista para adultos?». El tercero es todavía peor y me hiela la sangre: un nudo ardiente, agrio y punzante de celos puros se instala con saña en la boca de mi estómago. Intento tragar saliva y frenarlo con todas mis fuerzas, pero es imposible.

Hugo reaparece a mi lado como de la nada, sosteniendo su propia copa con los dedos y con una ceja arqueada hacia el infinito mientras sigue la dirección de mis ojos.

—No pongas esa cara de pocos amigos, Clara —me murmura al oído con un tono cargado de ironía.

Sin ser capaz de apartar la vista de la pareja de Alicia ni un solo segundo, le respondo entre dientes y en un susurro cortante:

—¿Qué cara dices que tengo?

—La de una psicópata que está considerando seriamente la posibilidad de cometer un crimen.

Lo miro de reojo, fulminándolo con la mirada sobre el borde de mi copa.

—No tengo ni la menor idea de qué estás hablando.

—Claro que no —se mofa él dándole un trago a su bebida—. Y yo no llevo dos semanas enteras observando cómo Alicia y tú convertís

cada sesión de rehabilitación diaria en una guerra psicológica.

Casi me atraganto de mala manera con el sorbo de vino. Noto como mis mejillas se encienden.

—Hugo, por favor.

—Yo solo te digo que quizá va siendo hora de que dejes de fingir ante el espejo que no pasa absolutamente nada entre vosotras dos.

—Es que entre esa delantera y yo no hay absolutamente nada —miento descaradamente, sintiendo que la garganta se me cierra, mientras por dentro mi subconsciente me grita: *«Ojalá fuera verdad, ojalá pudieras convencerte a ti misma tan jodidamente rápido como intentas convencerle a él»*.

—Bueno, algo en tu tono de sargento me dice que me estás mintiendo, pero de verdad espero que no haya nada —comenta Hugo, adoptando un tono un poco más serio y profesional—. Ya sabes cómo se las gastan los tabloides deportivos con los rumores internos. No creo que a los miembros de la junta directiva les haga ni pizca de gracia enterarse de que el fichaje estrella del verano está sembrando el caos por las instalaciones médicas del club.

Antes de que me dé tiempo a rebatir sus palabras y mandarlo a paseo, Alicia gira la cabeza hacia la barra con una sincronización perfecta y clava sus ojos en los míos. Me sonríe. Y no es, desde luego, una sonrisa amable o casual. Es esa sonrisa canalla, cargada de provocación directa que conozco demasiado bien.

Sin perder un segundo, empieza a caminar decidida hacia mi posición. Acompañada, de manera natural, por la mujer de rojo.

—Doctora Valle —suelta Alicia en cuanto llega a mi altura, plantándose frente a mí con una serenidad pasmosa que resulta del todo sospechosa—. Pero qué alegría tan inmensa me da verte fuera de los muros de tu área médica. Empezaba a sospechar seriamente que solo existías rodeada de camillas plegables, informes de lesiones y amenazas veladas.

—Y yo, por mi parte, empezaba a albergar la ingenua esperanza de que hubieses aprendido lo que significa llegar puntual a los compromisos del club. Se ve que las dos vivimos de puras ilusiones, Alicia —le respondo sobreponiéndome, manteniendo el tono ligero y mordaz, aunque por dentro siento que la sangre me hierve a cien grados centígrados.

La despampanante mujer que la acompaña suelta una risa breve, aterciopelada y cálida que rompe la tensión. Alicia, lejos de achantarse, disfruta de manera visible de nuestro tenso intercambio verbal.

—Clara, te presento a Irina —continúa la delantera con un deje de suficiencia, presentándonos con un gesto de la mano.

Irina me tiende la mano con una elegancia innata que me revuelve el estómago.

—Por fin tengo el placer de conocer en persona a la famosa Clara Valle. Alicia habla tantísimo de ti que ya sentía una curiosidad tremenda, de verdad.

Esa revelación inesperada me obliga a clavar mis ojos directamente en el rostro de la estrella del equipo.

—¿Famosa?

Alicia se encoge de hombros con una inocencia impostada que no se cree ni ella misma.

—A ver, hablo mucho de ti porque eres mi fisio, Clara. Es una simple fijación estrictamente profesional y de rendimiento deportivo, nada más.

Le aprieto la mano a Irina con toda la educación formal que soy capaz de reunir en mis dedos.

—Pues espero de corazón que solo haya compartido contigo mis mejores y más severas amenazas médicas.

—Bueno, principalmente han sido esas —me contesta Irina, mostrando una diversión genuina que me descoloca—. Aunque

también he de decir que ha mencionado por ahí un par de detalles diferentes bastante interesantes sobre tus métodos de recuperación.

Miro fijamente a Irina. Luego desvío la mirada hacia Alicia. Me muestro seca, cortante y perfectamente incómoda.

—Encantada de conocerte, Irina. Disfrutad de la velada.

Alicia pilla mi incomodidad al vuelo y lejos de frenar el juego o dar un paso atrás, decide regodearse y disfrutar de mi escena de celos silenciosa. Lo leo con claridad en el brillo insolente de sus ojos, en esa pequeña y sutil satisfacción de victoria que destila su mirada. Me está poniendo a prueba delante de todo el mundo. Y yo, para mi profunda desgracia, estoy fallando el test con una dignidad francamente mejorable.

Durante toda la cena, hago de tripas corazón e intento comportarme como la adulta funcional y madura que se supone que soy. Me obligo a concentrarme al máximo en las conversaciones de mi mesa sobre los últimos fichajes del mercado, la insoportable presión que ejerce la prensa deportiva local sobre las chicas, las estrategias tácticas para la temporada que arranca y una discusión especialmente tediosa y aburrida con el director financiero sobre los presupuestos asignados al material médico de los boxes. Intento con todas mis fuerzas no desviar los ojos hacia el otro extremo de la mesa. Intento no escuchar su risa. Intento, básicamente, no existir a nivel afectivo.

Pero fracaso de manera estrepitosa.

Alicia está sentada a apenas unos metros de distancia, coqueteando de forma descarada y sin ningún tipo de pudor con Irina. Le roza el antebrazo con los dedos al hablar de sus cosas, se inclina físicamente hacia ella derrochando complicidad a raudales y le sonríe con esa sonrisa lenta, canalla y peligrosa que por desgracia conozco al milímetro. Cada maldito gesto que hace con las manos, cada risita, parece una provocación envenenada dirigida única y exclusivamente a mí. Una declaración de guerra en toda regla.

Me repito que no tengo el menor derecho a sentir este fuego bajo las costillas. No somos nada, no hay ningún compromiso entre

nosotras. Cruzamos una línea roja en las duchas, sí, es innegable, pero eso no convierte mis celos en algo legítimo ni maduro. Solo los vuelve algo profundamente ridículo e incómodo de gestionar. Y, aun así, ahí siguen, instalados entre mis pulmones, impidiéndome respirar con normalidad.

—Clara. Oye, Clara.

Parpadeo un par de veces, saliendo a la fuerza de mi burbuja de autocompasión. A mi lado está Lorreine, una de las periodistas deportivas habituales que cubren la información del Ravenhill FC.

—Perdona, es que te he llamado tres veces seguidas y estabas en el limbo —insiste ella, dedicándome una sonrisa amable pero cargada de perspicacia periodística.

—Lo siento, de verdad. Estaba un poco distraída con unos asuntos.

Su mirada no tarda ni medio segundo en seguir la trayectoria exacta de mis ojos: Alicia e Irina compartiendo un momento íntimo sobre el mantel. Todo mi ridículo despecho queda expuesto ante los ojos de la prensa. Lorraine sonríe con una elegancia que me resulta casi ofensiva.

—Ah. Entiendo. Ya veo por dónde van los tiros.

—No sé qué estás pensando, pero seguro que no aciertas en nada —le replico con excesiva rapidez y un tono demasiado defensivo.

—¿Estás completamente segura? Trabajar con Alicia Puertas, una de las futbolistas más problemáticas del panorama, no debe ser fácil.

Empiezo a odiar con todas mis fuerzas a la gente perceptiva.

—Lo complicado es convivir con gente que cree que lo sabe todo —respondo, abandonando mi asiento para ir al aseo.

Después de ese pequeño enfrentamiento, la cena transcurre entre brindis, discursos del presidente del club y esa falsa ligereza propia de los eventos sociales donde todo el mundo se sabe observado

por una cámara. Alicia sigue jugando su particular partida de ajedrez con maestría. Yo, en cambio, sigo perdiendo terreno y los papeles con cada minuto que marca el reloj.

Hasta que, en algún momento indeterminado entre el servicio del postre y el agotamiento total de mi última reserva de paciencia, Alicia desaparece de la mesa común. Yo aprovecho la coyuntura para levantarme y salir disparada hacia la terraza exterior con la burda excusa de que necesito respirar un poco de aire fresco. Mentira podrida. Lo que necesito desesperadamente es distancia física. Silencio. Un milagro divino que me saque de aquí, tal vez.

La noche se presenta húmeda, fresca y encapotada. El murmullo lejano de la actividad del puerto se mezcla de fondo con el chapoteo suave del agua contra el muelle, y las luces de los barcos se reflejan a lo lejos sobre la superficie oscura del mar como si fueran estrellas caídas del cielo. Me apoyo en la barandilla cerrando los ojos, respirando muy despacio, intentando recomponer a contrarreloj esa versión de mí misma que cree firmemente en el autocontrol y en las fronteras éticas del trabajo.

—Huyes de una manera bastante penosa… —suelta una voz de lo más conocida e irritante a mis espaldas.

Me giro con parsimonia, dándome la vuelta. Alicia está allí de pie, sola. Sin testigos incómodos de este repentino encuentro.

—No estoy huyendo de nada ni de nadie —le respondo con mi mejor tono de indiferencia.

—Claro que no, doctora. Y yo soy una tía de lo más tranquila y nada conflictiva en el campo —me replica ella con una ironía desbordante mientras acorta las distancias conmigo.

—Tu espectacular acompañante va a terminar pensando que te has perdido por los pasillos del restaurante si tardas mucho en volver a la mesa.

—Irina sabe perfectamente cómo cuidarse, no te preocupes por ella. Es una mujer de lo más independiente y madura.

Alicia clava en mí esa intensidad que siempre, sin excepción, me pone del revés las defensas.

—Te cae mal, ¿a que sí?

—No tengo el gusto de conocerla lo suficiente como para juzgarla.

—Venga, Clara, confiesa. Te cae fatal.

—Te aseguro que no es nada personal, Alicia —miento con descaro, apretando los puños dentro de los bolsillos.

—Ah, entonces es un asunto puramente profesional. Oye, pues eso me tranquiliza muchísimo, dónde va a parar —suelta ella dibujando una media sonrisa en los labios.

La miro fijamente a los ojos, perdiendo los estribos por primera vez en la noche.

—¿Se puede saber qué demonios estás intentando hacer hoy?

Su sonrisa burlona se desvanece poco a poco de sus labios. Ese cambio radical en su lenguaje corporal me alarma más que cualquiera de sus provocaciones previas. Porque detrás de su habitual fachada de tía dura y sobrada, asoma de golpe algo infinitamente más serio, crudo y honesto.

—La verdad es que lo único que me interesa saber, es por qué te molesta tanto verme con otra persona, cuando tú misma me has dejado claro que lo que pasó entre nosotras fue un error —me confiesa en un susurro bajo y directo, buscando mi mirada.

—Es que no me molesta lo que hagas con tu vida privada.

—Clara, por favor… —pronuncia mi nombre de una manera tan suave y arrastrada que se siente como una caricia íntima y una amenaza de muerte a la vez.

—Alicia, no hagas esto aquí.

—¿Esto qué? ¿Tener las santas narices de preguntarte si te importo?

—Es que tú no tienes ningún derecho a exigirme explicaciones de nada —le respondo, aunque la voz me tiembla ligeramente traicionando mi fingida fortaleza.

—¿Ah, no? ¿Y tú sí tienes todo el derecho del mundo a decidir unilateralmente por las dos que lo que pasó no significó absolutamente nada para nadie?

Un silencio sepulcral y denso cae de golpe entre las dos, apagando el ruido que nos rodea. El aire de la terraza se vuelve irrespirable. La distancia física que nos separa se hace milimétrica. La verdad de las cosas resulta imposible de ignorar bajo la luz de la luna.

—Yo nunca dije que no significara nada…

—No te hizo falta, Clara. Tu silencio de estos días lo dijo todo por ti.

Su tono de voz ha bajado tres octavas de golpe. Ya no hay rastro de la jugadora guasona que animaba la mesa; ya no está jugando conmigo.

—Te escondes constantemente detrás de las normas de la directiva, detrás de la ética del trabajo, detrás de esa necesidad absurda y enfermiza que tienes de controlarlo todo a tu alrededor. Pero luego vas, me miras y siento que el mundo entero arde.

Respiro hondo, sintiendo el pulso desbocado en las sienes.

—Alicia…

—No, Clara. Esta vez no te vas a escapar de mí fácilmente.

Da otro paso al frente, acorralándome contra la barandilla. Ahora mismo está jodidamente cerca de mí. Puedo oler a la perfección su perfume, sentir el calor directo de su respiración sobre mis labios y notar el fuego que nos quema por dentro.

—Me trajiste tu propia chaqueta bajo la lluvia en mitad del campo —continúa Alicia en un murmullo roto, dándome un toque suave con el dedo en el pecho—. Me miraste como si de verdad te importara que me lesionara. Así que no vengas ahora a decirme que

esto que nos pasa no existe solo porque tienes un miedo espantoso a admitirlo en voz alta.

Apenas soy capaz de defenderme y es por esa misma falta de recursos que reacciono de la peor manera posible. Porque algunas verdades, cuando te las lanzan a la cara, duelen igual que una herida abierta en carne viva.

—¿¡Se puede saber qué es lo que quieres oír de mí!? —le espeto, levantando la voz mucho más de lo que pretendo en un inicio, perdiendo los papeles—. ¿¡Qué es lo que buscas!? ¿¡Que admita abiertamente que me importas!? ¿Que confiese de una puta vez que esto que tenemos es una locura, pero que soy incapaz de dejar de pensar en ti ni un solo segundo del día? ¿Que cada vez que apareces conviertes mi vida en un caos perfecto y evitable, y que, aun así, no consigo sacarte de mi cabeza por mucho que lo intente? ¿Quieres que te diga que sueño contigo por las noches y que luego me despierto de un humor de perros por no ser capaz de controlar mis propios impulsos afectivos? ¿¡Eso es lo que quieres!?

Sus ojos no se apartan de los míos ni una milésima de segundo, brillando con una intensidad que me quema las pestañas.

—Sí, Clara. Eso es exactamente lo que quiero escuchar.

La honestidad brutal tiene a veces una crueldad preciosa y adictiva.

Nos quedamos allí plantadas, estáticas, respirando la una de la boca de la otra, demasiado cerca. Con toda la frustración acumulada estos días. Con todo el deseo salvaje contenido. Con toda nuestra resistencia mental desmoronándose como un castillo de naipes. Hasta que, simplemente, deja de haber espacio físico y aire para seguir fingiendo una cordura que no tenemos.

La beso yo en un arrebato, o me besa ella estrellando sus labios contra los míos; sinceramente, a estas alturas no sabría decirlo con certeza. Solo sé que ocurre. De golpe. Brusco. Desesperado. Necesario. Como si las dos lleváramos semanas enteras conteniendo la respiración a la espera exacta de este bendito momento.

Su espalda choca con un impacto sordo contra la pared de ladrillo de la terraza y mis manos encuentran su cintura con una desesperación que sé que me va a avergonzar muchísimo mañana por la mañana, pero que ahora mismo me importa un bledo. En este preciso instante en el universo solo existe su boca, su sabor cálido, familiar y embriagador, nuestra rabia contenida y la forma tan salvaje en que me devuelve cada embestida de mis besos, como si ella también estuviera exhausta de resistirse a lo evidente.

Es pura frustración acumulada. Es hambre física. Es todo lo que no sabemos cómo controlar bajo los parámetros de la lógica.

Alicia me sostiene el rostro entre sus manos, hundiéndome más en ella, y yo siento esa caída libre y vertiginosa de quien comprende, demasiado tarde, que ha perdido las riendas del juego. Me separo de sus labios en primer lugar por puro y duro instinto de supervivencia, jadeando por la falta de aire.

—Esto sigue siendo una idea terriblemente mala para las dos… —consigo articular, aunque mi voz no suena convincente ni para mis propios oídos.

Ella apoya su frente sudorosa contra la mía, manteniendo los ojos cerrados mientras intenta normalizar sus pulsaciones.

—Sí, lo sé. Es un desastre.

—Deberíamos parar aquí mismo y volver con los demás antes de que sospechen.

—Deberíamos...

Pero ninguna hace el amago de moverse un centímetro del sitio.

La miro de verdad, sin excusas, sin defensas y comprendo que ya no quiero provocarla para ganarle a su orgullo, ni pretendo controlarla, ni quiero seguir resistiéndome a lo inevitable. Lo que quiero, con cada célula de mi cuerpo, es perderme de lleno ahí. En esa boca. En este desastre con piernas. En ella.

Alicia me roza la palma de la mano con las yemas de sus dedos, un gesto sumamente suave, electrizante y cargado de una clara intención de futuro inmediato.

—Si de verdad quieres parar… entonces vete, Clara. Date la vuelta y regresa a la cena.

Y yo, actuando como cualquier persona sensata y racional que se encuentra al borde del un precipicio emocional inminente, me doy la vuelta y me voy de la terraza. Pero me voy con ella hacia las sombras del interior del restaurante. Hacia el pasillo oscuro del fondo. Hacia el baño. Hacia todas y cada una de las decisiones que mi cerebro sabe perfectamente que no debe tomar bajo ningún concepto y que, aun así, mi corazón ya ha tomado por las dos hace muchísimo tiempo.



11

Líneas cruzadas

Alicia

Sigo los pasos de Clara por el pasillo interior del restaurante con el corazón golpeándome en la garganta y el pulso retumbando como un tambor en mis oídos. El bullicio ensordecedor de las conversaciones, las risas exageradas y el tintineo constante de los cubiertos se van apagando poco a poco a nuestra espalda a medida que nos alejamos hacia la zona más apartada de los servicios. Ninguna de las dos dice una sola palabra en el trayecto. La tensión que cargamos sobre los hombros es tan densa, salvaje y eléctrica, que casi se puede palpar con los dedos. Es una mezcla explosiva de rabia contenida, celos, deseo acumulado y una frustración que se nos sale por los poros.

Empujo con el hombro la puerta del baño adaptado —el más amplio, discreto y alejado— y, nada más entrar las dos, paso el pestillo con un chasquido seco que suena a gloria. Clara se gira de golpe hacia mí, con la respiración completamente agitada, las mejillas encendidas y los ojos brillando con una intensidad animal. Antes de que a su cerebro

le dé tiempo a pensar, doy un paso al frente y la acorralo sin miramientos contra la pared.

—Alicia… —empieza a decir entornando los ojos, pero no la dejo ni terminar la frase.

La beso con un hambre atrasada y feroz, descargando en sus labios toda la frustración que vengo acumulando durante la cena. Mi boca devora la suya, lengua contra lengua, en un beso profundo, húmedo, caliente y deliciosamente sucio. Sabe a vino, a una ira que quema y a ese deseo reprimido que casi nos vuelve locas. Mis manos bajan con impaciencia por sus costados, arrugando y apretando con fuerza la fina tela del vestido que lleva puesto, buscando desesperadamente notar el calor abrasador de su piel. Clara suelta un gemido ahogado contra mis labios y ese bendito sonido es la chispa definitiva que hace arder todo.

—Te odio con todas mis fuerzas por hacerme esto… —le susurro con voz ronca contra su boca entre beso y beso, mientras enredo los dedos de una mano en su pelo bien peinado y tiro suavemente de él hacia atrás para exponer la línea de su cuello—. Te odio por mirarme como si quisieras devorarme entera y luego fingir que no sientes absolutamente nada por mí.

—Yo no finjo nada… —me responde ella con la voz rota, jadeando por la falta de aire, mientras sus manos suben con urgencia por mi espalda y me clava las uñas sin miramientos a través de la fina tela de mi vestido —. Es que simplemente…

La callo de inmediato con otro beso aún más intenso, profundo y posesivo, demostrándole quién manda. Mis caderas se presionan de lleno contra las suyas, buscando una fricción directa, rozándome contra ella con un descaro que me enciende la sangre. Siento el calor febril que irradia su cuerpo, el mismo que me ha estado torturando y desquiciando mientras coqueteaba descaradamente con Irina en la mesa solo para ver cómo se le tensaba la mandíbula de puros celos.

Bajo la cremallera de su vestido con impaciencia torpe que casi rasga la tela. La prenda se desliza por sus curvas y cae en un montón olvidado sobre las baldosas del suelo, dejándola completamente

expuesta ante mis ojos en un conjunto de ropa interior negra de encaje que es una auténtica provocación. Mis manos recorren sus pechos con una avidez salvaje, delineando sus curvas y pellizcando los pezones, que ya están completamente endurecidos por encima del encaje del sujetador, hasta que Clara arquea la espalda hacia delante y suelta un gemido largo y agudo que reverbera de forma escandalosa en las paredes del baño.

—Shhh… —le advierto dibujando una sonrisa oscura contra su cuello, mordiéndole suavemente la piel de la clavícula—. Como sigas gritando así, nos van a oír desde el comedor principal.

—¡Pues que nos oigan si quieren! —gruñe ella entre dientes, sorprendiéndome por ese arranque de descaro que no me esperaba para nada de la doctora Valle. Sus manos bajan con fuerza hasta mis nalgas y me aprietan contra su pubis con una energía brutal—. Que se enteren todos de la locura que desatas cada vez que me miras y de lo jodidamente loca que me vuelves.

Esas palabras me encienden todavía más, llevándome al límite. La impulso hacia arriba con un movimiento lento y firme de mis muslos de atleta, obligándola a sentarse sobre el amplio lavabo de mármol del servicio. Sus piernas se abren automáticamente para hacerme sitio. Me coloco de inmediato entre ellas, devorando y mordiendo su clavícula, bajando en línea recta por el valle tentador de sus pechos. Le desabrocho el cierre del sujetador usando una sola mano y lo lanzo a cualquier rincón del baño. Mi boca se cierra de golpe alrededor de uno de sus pezones erectos, succionando con fuerza mientras mi lengua lo atormenta y lo moldea sin piedad. Clara enreda los dedos en mi pelo de mala manera y tira con urgencia de él, jadeando mi nombre como si le fuera la vida en ello.

—Alicia… por lo que más quieras… por favor…

—¿Por favor qué, Clara? —le pregunto levantando la mirada hacia ella con los ojos encendidos, mientras le muerdo con suavidad el otro pezón—. Dímelo. Quiero oírte suplicar.

—Quiero que me folles de una vez, Alicia. Ahora mismo. Fuerte.

La crudeza tan directa de su petición se traduce en un ardor húmedo y eléctrico justo entre mis piernas. Sonrío con malicia contra su piel y bajo mi boca aún más por su anatomía, besando su vientre plano y acariciando el borde de sus bragas. Se las quito con una lentitud exasperante y calculada, deslizándolas por sus piernas. Clara está completamente húmeda, resbaladiza y brillante. Hinchada. Absolutamente lista para mí.

Me arrodillo en el suelo frente al lavabo, separándole aún más los muslos con las manos para tener un acceso total. Su olor corporal e íntimo me vuelve completamente loca. Me inclino hacia delante y paso la punta de la lengua muy despacio, de abajo arriba, por toda su hendidura, saboreándola con una parsimonia y unas ganas que me hacen temblar. Clara se estremece de forma violenta al notar el contacto y suelta un gemido largo, bajo y gutural que me eriza la piel del cuerpo.

—Joder, Alicia…

La devoró a partir de ese momento sin contemplaciones. Mi lengua entra en ella con decisión, lamiendo a conciencia, succionando su clítoris hinchado y alternando ritmos rápidos y lentos para terminar de desquiciarla. Introduzco dos dedos en su interior, curvándolos hacia arriba en busca de ese punto exacto que sé perfectamente que la vuelve loca. Clara se tapa la boca con la palma de la mano para intentar ahogar sus propios gritos de placer, pero sus caderas no dejan de moverse y empujar contra mi rostro con una desesperación salvaje, buscando más profundidad, más velocidad y más presión por mi parte.

—Llevo toda la maldita noche queriendo hacerte esto —le murmuro sin despegar la boca de su sexo, dejando aposta que las vibraciones graves de mi voz la atraviesen por dentro—. Viéndote sufrir en la mesa mientras fingías que la presencia de Irina no te importaba una mierda.

—Qué mala eres… —jadea ella con la respiración entrecortada y la voz cargada de un puro placer que me fascina.

Aumento el ritmo sin dudarlo, follándola con los dedos cada vez más rápido y profundo, succionando su clítoris con una fuerza implacable. Sus muslos tiemblan sin control alrededor de mi cabeza,

perdiendo toda la firmeza. Siento a la perfección cómo se va tensando por momentos, cómo sus paredes internas se contraen con fuerza espasmódica alrededor de mis dedos, succionándolos hacia dentro en una invitación clara.

—Alicia… joder, me voy a correr ya… no pares, por favor, sigue…

—Córrete en mi boca, Clara —le ordeno con mi voz más ronca y autoritaria, aplicando una succión todavía más intensa en su punto más sensible.

Clara se corre por fin soltando un grito ahogado contra su propia mano, con todo el cuerpo convulsionando violentamente en una serie de espasmos deliciosos. Yo no me detengo en absoluto. Sigo lamiendo la zona con suavidad, saboreando sus jugos y prolongando su orgasmo al máximo hasta que ella se retuerce entera, completamente sensible y temblorosa, tirándome del pelo para que pare de una vez.

Me levanto del suelo despacio, limpiándome la comisura de la boca con el dorso de la mano y la beso con fuerza, obligándola a saborearse a sí misma en mi propia lengua. Clara me devuelve el beso con una ferocidad renovada, mordiéndome el labio inferior. Sus manos ansiosas no tardan en buscar la cremallera de mi vestido y me lo quita de encima con una impaciencia febril y unos movimientos torpes, hasta dejarme en ropa interior, solo en tanga y sujetador frente a ella.

—Ahora te toca sufrir a ti —me susurra al oído con la respiración caliente, bajando la mano derecha a base de caricias hasta meterla sin rodeos por dentro de mi ropa interior—. Madre mía, pero si estás completamente empapada, Alicia.

—Llevo así desde ayer…, fíjate si soy masoquista —le confieso en un arranque de honestidad, mordiéndole el cuello con la fuerza justa como para dejarle una marca bien visible para los próximos días.

Sus dedos me encuentran al instante completamente hinchada, resbaladiza y palpitante de deseo. Me mete dos dedos de golpe y yo suelto un gemido largo, teniendo que apoyarme de espaldas contra el borde del lavabo para no perder el equilibrio. Clara me folla con esa fuerza física y esa precisión anatómica que tanto la caracterizan en su

trabajo y, al mismo tiempo, con una desesperación casi romántica que me vuela la cabeza: va profundo, rápido, curvando los dedos con maestría en el rincón donde más lo necesito. Su dedo pulgar frota mi clítoris en unos círculos perfectos, implacables y rítmicos que me hacen perder el sentido.

—Más fuerte, Clara… dale más fuerte —le suplico perdiendo toda la soberbia, moviendo las caderas de forma frenética contra su mano, persiguiendo el orgasmo que ya veo llegar.

Añade un tercer dedo de golpe en mi interior y yo suelto un gemido gutural, largo y desgarrador. La busco de inmediato para besarla y silenciarme a mí misma, tragándome mis propios sonidos pecaminosos mientras ella me folla sin la menor piedad contra el mármol. El eco húmedo y obsceno de sus dedos entrando y saliendo a toda velocidad llena las cuatro paredes del baño.

—Quiero que te corras mirándome fijamente a los ojos, Alicia —me exige Clara con un tono de sargento de lo más sexy, con la mirada clavada en la mía, oscura, posesiva y brillante—. Quiero ver con mis propios ojos cómo te deshaces por mí.

No aguanto mucho más el envite, las cosas como son. El orgasmo me golpea de lleno y sin avisar como una ola violenta y gigante, de una manera tan intensa y brutal que resulta casi dolorosa de lo profundo que nace el espasmo. Me corro a base de sacudidas alrededor de sus dedos, temblando como una hoja, teniendo que morder su hombro con fuerza para no gritar su nombre a los cuatro vientos. Clara sigue moviendo la mano lentamente en mi interior, prolongando mi caída libre al absoluto vacío del placer.

Pero las cosas como son: allí no acaba todo ni muchísimo menos. La frustración y la adrenalina todavía arden con fuerza en las dos.

La bajo del lavabo de un tirón, la giro de espaldas a mí y la inclino hacia delante sobre el mármol frío. Su culo perfecto y respingón queda totalmente expuesto y a mi merced. Me arrodillo de nuevo en el suelo detrás de ella y le separo las piernas al máximo, lamiéndola desde atrás, trazando una línea húmeda desde su clítoris hasta su entrada,

subiendo incluso más arriba con descaro. Clara se tensa en cuanto nota la punta de mi lengua rozar la zona de su ano.

—Alicia… por dios… —jadea agarrándose con fuerza a los grifos, entre la sorpresa más absoluta y una excitación desbocada.

La como, alternando sin prisa entre su coño empapado y su retaguardia, mientras los dedos de mi mano libre juegan sin descanso dándole caña a su clítoris. Clara empieza a gemir sin ningún tipo de control ni pudor, empujando las caderas hacia atrás contra mi cara con desesperación, buscando más profundidad en las lamidas. Cuando la tengo completamente al borde del precipicio, me levanto del suelo, presiono mi pecho desnudo contra su espalda y meto la mano entre sus piernas desde atrás. La penetro con tres dedos de golpe, follándola con fuerza, profundo, rítmico, mientras mi otra mano libre le pellizca con ganas un pezón.

—Más… joder, dame más, Alicia… —me suplica con la voz rota por el placer.

Saco los dedos de su interior por un segundo y cojo su propia mano derecha, guiándola directamente hacia su sexo húmedo.

—Tócate tú misma mientras yo te follo desde atrás —le ordeno al oído con un tono autoritario.

Clara obedece al instante sin rechistar, frotándose a toda velocidad con movimientos rápidos y expertos mientras yo la penetro de nuevo sin el menor descanso. El baño se inunda con sus gemidos rotos, del sonido húmedo y obsceno de nuestras manos. Cambio de posición en el último momento, poniéndome de rodillas otra vez en las baldosas para comerla de nuevo desde atrás mientras ella se masturba a pleno rendimiento. Su segundo orgasmo de la noche es, si cabe, todavía mil veces más intenso que el primero. Grita mi nombre de forma ahogada, con las piernas temblándole de tal manera que tengo que sujetarla con fuerza para que no se me caiga redonda al suelo del baño.

Me levanto por fin, la giro de cara a mí con suavidad y la beso con una ternura inédita esta vez, de manera más pausada y lenta,

saboreando el momento de paz. Nuestros cuerpos empapados en sudor se pegan de arriba abajo. Clara me mira fijamente a los ojos, todavía jadeando por el esfuerzo físico.

—Esto… esto que acabamos de hacer no resuelve absolutamente nada de nuestros problemas… ¿lo sabes? —me murmura ella después de un largo y espeso silencio, con la voz cansada pero sumamente suave.

—Lo sé perfectamente, doctora —le respondo, depositando un beso con total ternura en su frente empapada—. Pero mira, por esta noche… déjame fingir que sí lo resuelve todo.

Clara, por primera vez en toda la bendita noche, dibuja una sonrisa de verdad en su rostro. Una sonrisa pequeña, limpia, vulnerable y dedicada única y exclusivamente para mí.

—Eres un desastre…

—Ya, pero soy el desastre que te vuelve loca —le contesto guiñándole un ojo, y la beso suavemente en los labios, saboreando la maravillosa calma después de la tormenta.

Nos quedamos allí abrazadas un rato largo más, recuperando el aliento poco a poco, sabiendo perfectamente que tarde o temprano tendremos que vestirnos, arreglarnos el pelo y volver al mundo real. Pero en el interior de este baño, durante esos minutos mágicos que le hemos robado al reloj, solo existimos nosotras dos y nadie más. La frustración acumulada y la rabia de los celos se ha transformado en un placer crudo completamente saciado. Al menos por lo que queda de noche.



12

El precio de la discreción

Alicia

Después del huracán que desatamos en el baño del restaurante, fingir normalidad en las instalaciones del Ravenhill FC se convierte en el ejercicio más insoportable de toda mi carrera deportiva. Y eso que, las cosas como son, sé un par de cosas sobre fingir a lo largo de los años. He fingido con una sonrisa que mi rodilla derecha está perfecta cuando, en realidad, el dolor es capaz de entumecerme la pierna entera en mitad de un partido. He fingido en las ruedas de prensa que no me importan un bledo los rumores malintencionados que circulan por los vestuarios y por las redes sociales sobre mi vida privada o mi carácter. He fingido que soy una loba solitaria que no necesita a nadie a su lado, que me basta y me sobra con mi instinto goleador y mi cabezonería para seguir en la élite.

Pero con Clara… es radicalmente distinto. Porque aquí no se trata de camuflar una sobrecarga muscular ni de sostener mi reputación de delantera estrella ante nadie; se trata de cruzar la puerta de la ciudad deportiva cada puñetera mañana, verla aparecer al fondo

del pasillo y actuar como si mi cerebro no recordara con nitidez a qué sabe exactamente su piel, como si no siguiera sintiendo el rastro ardiente de su lengua grabada a fuego y como si no me despertara a mitad de la noche empapada en sudor, gimiendo su nombre entre las sábanas.

Solo han pasado dos días desde la cena oficial del club y desde aquella decisión desastrosamente perfecta de arrancarnos la frustración y los celos contra el mármol del lavabo. Dos días enteros de miradas cruzadas en los pasillos que duran demasiado y que vienen cargadas de alto voltaje, de roces eléctricos al pasar por su lado, de silencios espesos que guardan bajo llave todo lo que desearíamos hacernos ahí mismo si no tuviéramos a todo el mundo mirándonos. Es una tensión completamente nueva que ya no nace únicamente del pique profesional o del morbo sexual; es algo muchísimo más enrevesado. Algo que, para qué nos vamos a engañar, me da un miedo que te mueres.

Porque el deseo es facilísimo de identificar y de saciar. Lo verdaderamente jodido es todo lo demás: la incertidumbre de qué somos, la vulnerabilidad de exponerte y el riesgo real de perder el control de una vida y una carrera que he blindado con tanto esfuerzo.

A estas horas de la mañana me encuentro en el santuario de Clara, el área de rehabilitación de la ciudad deportiva, tumbada boca arriba sobre una colchoneta azul que empiezo a aborrecer con todas mis fuerzas. Estoy completando una tanda eterna de ejercicios de estabilidad para fortalecer el cuádriceps mientras ella revisa mis métricas desde su mesa de trabajo. Lleva el pelo recogido en una coleta alta que deja al descubierto la línea limpia de su nuca, viste esa ropa deportiva negra del club que se ajusta a cada una de sus curvas. Mantiene esa expresión de sargento severo que, por alguna razón que se me escapa, hoy me resulta mil veces más atractiva que intimidante.

Sostiene la tablet del equipo médico entre las manos mientras mantiene el ceño ligeramente fruncido. Yo, estirada en el suelo y elevando la pierna derecha a duras penas con la resistencia de una maldita banda elástica, decido que contemplar sus labios es una actividad infinitamente más productiva y divertida que rehabilitarme.

—Si vas a seguir devorándome con la mirada de esa forma tan descarada, Alicia, voy a tener que asumir que tu único objetivo de hoy es distraerme a propósito —comenta Clara, sin molestarse en levantar la vista de la pantalla, aunque noto perfectamente cómo se le tensa la postura.

Dibujo una sonrisa lenta y cargada de picardía, aflojando un segundo la tensión de la banda.

—¿Y si te digo que es exactamente lo que pretendo? ¿Qué vas a hacer al respecto?

Entonces sí que levanta la mirada de golpe y me clava los ojos con esa calma fría y ultra controlada que solo ella domina a la perfección y que utiliza como si fuera su mejor arma de juego. Noto cómo se le escapa un suspiro contenido por la nariz.

—Si es cierto lo que dices, asumiré que te sobra muchísima energía y que estás deseando repetir toda la serie de ejercicios desde el principio —responde con una serenidad profesional que me desquicia.

—Mira que puedes llegar a ser cruel cuando te lo propones… —murmuro, quejándome de boquilla mientras vuelvo a estirar la pierna.

—Para nada. No soy cruel, simplemente soy una excelente profesional que se toma muy en serio tu salud —replica ella, dejando la tablet a un lado y cruzándose de brazos con suficiencia.

—Venga ya, eso no te lo crees ni tú —le suelto guiñándole un ojo.

Por un instante, la comisura de su boca hace el amago de curvarse en una pequeña sonrisa cómplice. Y eso, para mi estabilidad emocional, es una catástrofe de dimensiones bíblicas. Porque ver a Clara sonreír de esa manera tan íntima, aunque sea solo un milímetro, representa la forma más peligrosa de sabotaje a mi concentración.

Estoy a punto de soltarle otra de mis réplicas ingeniosas cuando la puerta del gimnasio de recuperación se abre de par en par y aparece Hugo, el míster, derrochando esa energía incombustible que

siempre arrastra consigo y que contagia a todo el staff técnico del Ravenhill.

—A ver, chicas, ¿cómo van las cosas por el departamento de milagros? —pregunta el entrenador con su habitual tono directo y campechano, avanzando hacia nosotras con paso firme.

Me incorporo de inmediato sobre los codos, tensando el abdomen y tratando de aparentar que estoy muchísimo más entera y recuperada de lo que realmente me siento en estos momentos.

—Sobreviviendo como buenamente puedo al concepto de tortura medieval que Clara llama "rehabilitación", míster —le digo con tono guasón, buscando rebajar la tensión.

Hugo suelta una carcajada enérgica y se planta frente a la colchoneta con las manos apoyadas en las caderas.

—Bueno, Alicia, viniendo de ti, esa queja suele ser la prueba irrefutable de que Clara está haciendo un trabajo impecable con tu físico.

Clara da un paso hacia adelante y apoya la tablet sobre la mesa con un golpe seco, recuperando su postura de jefa médica en un parpadeo.

—Yo siempre hago bien mi trabajo, míster —afirma con una convicción que no admite réplica.

—Vaya, y encima modesta, si es que lo tiene todo —añado por lo bajo, con una sonrisa canalla, disfrutando del juego.

Clara me fulmina con una mirada fija que me grita un clarísimo «como abras la boca para meter la pata, te hundo». Por supuesto, verla alterada de esa forma solo me da más alas para seguir tentando a la suerte.

Hugo, ajeno a la corriente eléctrica que circula entre nosotras, observa con atención milimétrica mi rodilla derecha, deteniéndose en el vendaje funcional y en los gráficos de progresión que Clara tiene apuntados en la pizarra de la pared.

—A ver, Alicia. Mírame a los ojos y sé sincera. ¿Te sientes con la confianza y la fuerza suficiente como para probarte esta misma tarde en un entrenamiento completo con el resto de tus compañeras?

Siento la oleada de tensión que emana del cuerpo de Clara antes incluso de girarme para mirarla. Lo noto en el corte limpio de su respiración, en la forma en que se queda estática al lado de la mesa y en la rigidez instantánea que adopta la línea de sus hombros. No me hace falta ser adivina para saber al milímetro lo que opina al respecto. Su diagnóstico interno es inamovible.

Y precisamente por eso, por puro orgullo de delantera y por la necesidad enfermiza de salir de este aislamiento, respondo disparando la respuesta antes de que a ella le dé tiempo a intervenir.

—Estoy al cien por cien y deseándolo con locura, míster. Necesito volver a la dinámica del grupo ya mismo. Me subo por las paredes en este gimnasio y me muero de ganas por tocar balón en el césped.

Hugo da una palmada al aire, visiblemente satisfecho y aliviado por recuperar a su estrella.

—¡Esa es la actitud que quería escuchar! Excelente, Alicia. Pues te quiero ver vestida de corto en el campo tres a las cuatro en punto. Y ni se te ocurra llegar tarde.

—Allí estaré la primera, entrenador, dalo por hecho —confirmo con firmeza.

En cuanto la puerta se cierra tras los pasos de Hugo, el silencio que se instala en la sala de rehabilitación se vuelve tan denso, pesado y cargado de reproches que casi me cuesta respirar. Yo me quedo sentada en la colchoneta, fingiendo una calma total mientras me ajusto la venda elástica con una lentitud exasperante, tratando de ignorar que los ojos de Clara me están perforando la nuca.

Es ella la primera en romper el hielo, y lo hace con un tono que destila una mezcla letal de preocupación y frustración.

—No deberías haber dicho que sí. Sabes perfectamente que no tienes el alta médica para competir al máximo nivel —murmura, dando un paso hacia mí con los puños cerrados a los Aliciados.

—Pues mira por dónde, es exactamente lo que he hecho y el míster ya cuenta conmigo —le respondo, sosteniéndole la réplica con una calma ensayada.

—Alicia… te lo digo completamente en serio. No conviertas tu salud en otro de tus estúpidos juegos de provocación. No es el momento de medir las fuerzas conmigo —me recrimina, y noto cómo la voz le tiembla ligeramente de la rabia.

Me pongo en pie de un salto, ignorando el leve pinchazo de advertencia en la rodilla, y me planto a escasos centímetros de ella, mirándola directamente a los ojos.

—Esto no tiene nada que ver contigo, Clara. Necesito estar con mi equipo en el terreno de juego. No puedo seguir encerrada en estas cuatro paredes ni un solo día más, sintiéndome como un bulto inútil.

Clara se cruza de brazos con fuerza sobre el pecho, parapetándose tras su postura rígida, mientras su expresión facial se endurece.

—Lo que tú llamas sentirte inútil, yo lo llamo proceso biológico de curación. Necesitas recuperarte a nivel de ligamentos y no forzar esa maldita rodilla derecha solo por el estúpido ego de querer demostrarle al mundo que eres de hierro.

—¡Es que necesito jugar, Clara! —insisto, elevando la voz, sintiendo cómo la desesperación me quema por dentro—. Si no estoy en el campo metiendo goles, ¿qué sentido tiene mi presencia en este club? ¿Qué sentido tiene todo lo demás?

—Si fuerzas esa articulación en un giro brusco esta tarde, podrías agravar la lesión de forma irreversible —me advierte ella, dando un paso definitivo que invade mi espacio vital hasta que casi puedo oler su perfume—. Y entonces todo tu dichoso esfuerzo por ser la mejor no habrá servido absolutamente de nada.

—Si no juego, solo soy un bulto muy caro que genera gastos médicos al equipo —replico, y las palabras me salen de la boca con una crudeza tan amarga que deja al descubierto, sin filtros, uno de mis miedos más profundos—. Una delantera centro que está incapacitada no le sirve para nada a nadie en esta industria.

El silencio que sucede a mi confesión es cortante. Clara se me queda mirando fijamente durante varios segundos, y noto cómo la dureza de sus ojos negros se va agrietando poco a poco, dejando ver una compasión que me desarma.

—Eso que estás diciendo no es verdad, Alicia —dice al fin, y su voz baja tanto de revoluciones que suena casi como una brisa en mitad de la tormenta.

Suelto una risa seca, desprovista de cualquier pizca de gracia.

—Claro que lo es. Llevo los suficientes años en el fútbol como para haberlo visto en compañeras que se rompieron el cruzado. Y estoy completamente segura de que tú, en tu carrera médica, has visto lo mismo que yo.

No me responde y ese silencio suyo, tan analítico y cargado de verdades mudas, me deja sin defensas. Por eso, precisamente por no saber gestionar esa verdad, salgo al césped del campo esa misma tarde. Por puro orgullo herido. Por pánico al fracaso. Por esa necesidad casi enfermiza y autodestructiva de demostrarle al club, a Hugo y a mí misma que sigo siendo la misma de siempre.

El entrenamiento de la tarde empieza rodado. O, al menos, eso es lo que me obligo a repetirme mentalmente durante los primeros veinte minutos de posesión. El césped está rápido y húmedo por la tormenta que cayó anoche, el aire frío de Inglaterra me despeja la cabeza de fantasmas y el simple hecho de moverme en carrera corta con el resto del grupo tiene un componente casi adictivo. El balón pegado a las botas, la sensación de velocidad recuperada en carrera, mi cuerpo respondiendo por pura memoria muscular… Por unos instantes idílicos, vuelvo a sentir que todo es jodidamente sencillo y posible.

Hasta que mi suerte se agota de golpe.

Ocurre en una jugada ensayada cualquiera, durante un cambio de dirección brusco, seco e instintivo para zafarme de la marca de la central. Apoyo el pie derecho con demasiada fuerza, la bota se clava en el barro, giro el tronco antes de tiempo y un dolor brutal y afilado me atraviesa la rodilla como si fuera una descarga eléctrica limpia y salvaje. Tengo que frenar en seco de forma fulminante. Todo el aire de los pulmones se me queda atrapado en la garganta. No protagonizo ninguna caída dramática sobre el césped ni suelto ningún grito de dolor digno de portada de periódico. Es solo ese segundo terrible, mudo y eterno en el que mi cabeza asimila la gravedad de lo que acaba de pasar.

Apoyo las palmas de las manos en las rodillas, inclinando el cuerpo hacia delante y respirando con una dificultad espantosa mientras el miedo más puro y viscoso me escala por el pecho. A mi alrededor empiezo a escuchar un murmullo de voces lejanas. Pasos que corren apresurados hacia mi posición. El míster gritando mi nombre. Un par de compañeras que se acercan preocupadas. Pero es Clara la que rompe filas y llega a mi lado antes que nadie, con el maletín de asistencia en la mano, como si hubiera estado anticipando este desastre desde que entramos al gimnasio por la mañana.

—Siéntate ahora mismo en el suelo, Alicia —me ordena con una firmeza implacable que no admite réplicas. Su rostro está cargado de tensión.

—Que estoy bien, joder… solo ha sido un mal apoyo —miento entre dientes, con la mandíbula tan apretada que me duelen las muelas.

—Alicia, por lo que más quieras, haz el favor de no empeorarlo —pide con un deje de súplica que me descoloca.

—He dicho que puedo seguir entrenando…

—¡Que te sientes he dicho! ¡Ahora!

Y termino sentándome porque, incluso estando rota y muerta de miedo, sigo teniendo esa absurda e inexplicable necesidad de obedecerla a ella por encima de cualquier cosa. Me examina la articulación allí mismo, sobre el terreno de juego, con esa concentración gélida y analítica que emplea únicamente cuando está

profundamente enfadada y muerta de preocupación al mismo tiempo. La peor combinación posible para mis nervios.

No abre la boca para decir gran cosa. Con una frialdad profesional impecable, pide una bolsa de hielo de urgencia, la sujeta con fuerza con un vendaje de compresión a mi rodilla inflamada y cruza cuatro palabras escuetas con Hugo antes de agarrarme del brazo para llevarme directamente de vuelta al área médica de la ciudad deportiva.

La pesada puerta de la sala de rehabilitación se cierra con un golpe seco a nuestras espaldas e, inmediatamente, cae el telón de la compostura y arranca su discurso de sargento.

—¡Tendrías que haber tenido dos dedos de frente y haberle dicho que no a Hugo en cuanto te lo propuso! —exclama Clara de golpe, dándose la vuelta, con la cara encendida de furia y todo el cuerpo en una tensión insoportable.

Me dejo caer a plomo sobre la camilla de exploración y aprieto los puños, intentando camuflar el temblor de mi pierna.

—No necesito tu bendito permiso para decidir cuándo estoy lista para jugar, Clara. Soy una jugadora profesional, no una niña.

—No, lo que necesitas urgentemente es una dosis masiva de sentido común, madurez y prudencia —insiste, plantándose a un palmo de la camilla con los ojos echando chispas.

—Venga, va, no exageres tanto las cosas, que tampoco ha sido para tanto —le respondo, aunque soy plenamente consciente de que estoy pisando un terreno peligrosamente resbaladizo.

Se gira hacia mí con rapidez, acortando la distancia física que nos separa.

—¿¡Que no exagere!? ¿¡De verdad tienes la desfachatez de decirme que estoy exagerando!? —Su tono de voz se eleva varios octavos, llenando la sala—. No sé cuánto tiempo llevas así, mintiéndole descaradamente a todos los médicos que te han tratado. Lo que tienes es grave, y como sigas así… es posible que dejes de jugar.

El silencio que se instala a continuación entre las dos se vuelve afilado e hiriente como la hoja de un bisturí. Noto cómo se me acelera el pulso.

Me incorporo despacio sobre la camilla, clavándole la mirada con el orgullo herido.

—Tú no tienes ni la más remota idea de todo lo que he tenido que pasar y aguantar para llegar hasta donde estoy hoy —murmuro con un hilo de voz bronca.

Ella da un paso definitivo hacia adelante, invadiendo mi espacio personal hasta el punto de que puedo sentir el calor que desprende su cuerpo en tensión.

—Sé muchísimo más de lo que te imaginas. Sé perfectamente cómo modificas la zancada cuando entras por el túnel de vestuarios para disimular la cojera frente a todos. Sé cómo repartes el peso sobre la pierna izquierda en cuanto crees que nadie te está observando. Sé de sobra que esa rodilla tuya no está bien desde mucho antes de que firmaras el contrato para llegar aquí, y sé que estás tan aterrada por dejar de ser la estrella imprescindible del equipo que prefieres romperte en mil pedazos antes que tener los ovarios de admitir que eres humana y necesitas parar.

Cada una de sus palabras impacta con precisión justo donde más me duele. Tiene toda la razón del mundo y odio con todas mis fuerzas que sea precisamente ella quien me conozca tan bien.

—No tienes ni la más puñetera idea de lo que estás diciendo… —le contesto, pero la soberbia se me desmonta por el camino y mi voz ya no suena enfadada; suena rota y profundamente cansada.

Clara suelta un largo suspiro, relaja los hombros y la dureza de su expresión facial se suaviza de golpe, dejando ver una ternura que me desarma.

—Entonces, si estoy tan equivocada, cuéntamelo tú. Háblame con sinceridad por una sola vez en tu vida.

Tengo la oportunidad de soltar una de mis mentiras, ponerme la máscara de la estrella intocable del fútbol femenino y mantener la fachada de tipa dura que nada puede tumbar. Pero la realidad es que estoy agotada y cansada de fingir a todas horas.

Así que agacho la cabeza y clavo la mirada fijamente en las baldosas del suelo del box.

—A nadie le importa una mierda si yo, como persona, estoy bien o me duele el alma —confieso con la voz baja, pastosa y al borde de quebrarse —. A todo el mundo en el Ravenhill FC solo le intereso porque saben perfectamente lo que puedo llegar a darles cuando estoy inspirada en el terreno de juego… Pero si no puedo saltar al césped a jugar, si dejo de ser una máquina productiva de meter balones a la red… Dudo muchísimo que me quieran tener cerca. Serían perfectamente capaces de rescindir mi contrato por lesión sin pensárselo dos veces.

Me quedo quieta, esperando la típica respuesta barata, el consuelo fácil o la mentira reconfortante que me soltaría Bruno. Pero no llega nada de eso. Clara no intenta salvar los papeles con palabras vacías. No me suelta el típico «venga, no digas esas tonterías» ni me promete milagros imposibles. Simplemente se queda ahí plantada, inmóvil a mi lado, escuchando cada una de mis palabras con una atención absoluta. Como si el simple hecho de compartir ese peso conmigo fuera más que suficiente.

Se acerca con una parsimonia infinita hasta quedar pegada a mis piernas suspendidas en la camilla y hace algo muchísimo más potente y devastador que cualquier discurso de aliento que me hayan dado jamás: levanta la mano despacio y me acaricia la mejilla derecha con una ternura infinita. Su mano, cálida, firme y asombrosamente suave al tacto, se desliza por mi piel regalándome un contacto mínimo, pero absolutamente demoledor para mis barreras.

Levanto la vista del suelo poco a poco. Sus ojos me sostienen la mirada, cargados de una sinceridad tan transparente que asusta.

—Si no haces a un lado ese orgullo tuyo y te limitas a seguir mis indicaciones, te garantizo que vas a perderte la temporada entera —me susurra con un tono sumamente dulce pero firme—. Y te juro que lo

que menos deseo en este maldito mundo es ver cómo dejas de hacer algo para lo que has nacido por culpa de una imprudencia absurda.

Mi respiración se vuelve torpe, atropellada e irregular en un segundo. Porque mi cerebro acaba de procesar el trasfondo real de lo que me está diciendo. Ya no me está hablando únicamente como la jefa del equipo médico del Ravenhill FC. Es ella preocupándose de verdad por mí, no por la deportista, sino por mi de verdad.

Sin poder evitarlo, acorto la distancia, me inclino hacia delante y apoyo mi frente contra su pecho.

—Esto que me está pasando me tiene aterrada… —admito en un hilo de voz apenas audible.

Su mano acaricia mi espalda con una delicadeza infinita, calmándome las pulsaciones.

—Lo sé perfectamente, Alicia… —murmura ella sin romper nuestro contacto—. Pero métete esto en la cabeza: no estás sola en este bache. Ya no más.

En este preciso instante, sentada sobre la camilla, con la rodilla derecha ardiendo bajo el hielo y todo mi futuro profesional tambaleándose como un castillo de naipes delante de mis ojos, entiendo que perderme la temporada me aterra. Que perder mi estatus en la plantilla, mi carrera deportiva de éxito, mi imagen… Todo eso tiene un peso enorme en mi vida. Pero perder lo que está empezando a nacer entre Clara y yo… Eso sí que me aterra mil veces más que colgar las botas para siempre.



13

Alta frecuencia

Clara

Podría clasificar el miedo en muchas categorías, pero el que siento cada vez que tengo a Alicia a menos de un palmo es ese pánico silencioso que te araña el estómago, te hace recordar al milímetro lo mal que lo pasaste en el pasado y te espabila para que no repitas jamás el mismo error. Ese miedo se sienta conmigo en la consulta, espera su momento con paciencia, me observa actuar mientras le coloco un vendaje y, cuando por fin me confío y bajo la guardia, ataca sin piedad.

Lo nuestro ha dejado de ser una simple atracción física o un calentón monumental. Ojalá fuera solo eso. El deseo es fácil de gestionar: es salvaje, incómodo, inoportuno a más no poder, pero simple de saciar. Se puede justificar ante una misma como una debilidad puntual de las hormonas, como una mala decisión o como una línea roja que cruzaste en un momento de flaqueza. El miedo, en cambio, aparece siempre para abrirte los ojos de golpe y a mí me ha hecho consciente de lo difícil que es controlar la forma en que Alicia se me ha metido en la cabeza, y lo complejo que es dar forma a esa

preocupación, constante y agotadora que me nace en el pecho cada vez que la veo forzarse en el césped, ignorando el dolor como si fuera inmortal.

Alicia empieza a importarme demasiado y ahí es donde radica el verdadero peligro de esta comedia. El riesgo real no es haberla besado con ansia o habérmela follado contra el lavabo. El verdadero peligro es que todo ese tsunami viene acompañado de algo que me había prohibido taxativamente volver a sentir por un miembro del equipo para el que trabajo. Algo mucho más serio. Mucho más estúpido. Mucho más irreversible. Cariño. Necesidad. Amor.

Yo sé bien cómo terminan esas malditas historias de amor. Básicamente porque ya me tocó vivir una hace años.

Alicia sigue sentada en la camilla frente a mí, completamente callada. Después de su entrenamiento fallido, del pinchazo brutal que le cruzó la articulación y de esa confesión sobre sus miedos, el ambiente en la sala de rehabilitación ha cambiado. Noto que el aire pesa. Me obligué a mí misma a regresar a mi terreno seguro: el trabajo puramente técnico, la anatomía, el diagnóstico frío y el control de la situación. Me acerco arrastrando una banqueta con ruedas, me coloco justo frente a sus piernas y aparto con sumo cuidado la venda funcional con el hielo seco que le había colocado de urgencia para examinar el alcance de la inflamación. La piel de su rodilla está congelada y enrojecida por el frío, y la articulación presenta un edema ligero. Alicia observa cada uno de mis movimientos con una quietud extrañísima en ella, esa que solo le sale cuando está verdaderamente cansada. Pero no cansada de correr, sino agotada por dentro, mentalmente. Estoy completamente segura de que soportar ese nivel de dolor a diario no es sano, y mucho menos cómodo.

—Te duele justo aquí al presionar, ¿a que sí? —murmuro, hundiendo la yema de mis pulgares con suavidad en la cara interna de la articulación, buscando el tendón.

Ella suelta una exhalación breve, contenida, y aprieta los dientes por el estímulo.

—¿Eso que acabas de soltar era una pregunta médica, doctora, o una tortura?

—No, era una afirmación empírica —le respondo dibujando una media sonrisa de lado, sin apartar la vista de su pierna—. Voy a darte un masaje de descarga muy suave en la zona del cuádriceps y el tendón rotuliano. Te vendrá de bien para aliviar la tensión y ayudará a rebajar el líquido de la inflamación. Así que haz el favor de portarte bien.

—Mira, no te puedo prometer absolutamente nada. Excitarme como una colegiala cada vez que me pones las manos encima forma parte indisoluble de mi encantadora personalidad —replica ella al instante, con ese tono burlón y canalla que siempre consigue descolocarme y hacerme bajar la guardia.

No puedo evitar soltar una risita tonta mientras alargo el brazo hacia la mesa auxiliar para coger el bote de aceite de masaje. Me vierto un chorro en las palmas, las froto para templarlo y me coloco de nuevo entre sus piernas.

—Tu encanto natural empieza a ser un pelín agotador para mis nervios.

—Ya, pero te encanta que sea así —responde ella, bajando el tono de voz hasta dejarlo en un susurro grave—, y las dos lo sabemos perfectamente.

Esa clase de verdades que suelta sin despeinarse son las que me hacen perder el equilibrio profesional. Porque sé que detrás de su provocación de siempre se esconde ese sentimiento dulce, profundo y peligroso que compartimos las dos.

Comienzo a masajear el músculo con movimientos lentos, firmes y circulares, notando cómo la rigidez de las fibras va cediendo poco a poco bajo la presión de mis manos. Tocarla de esta manera se está convirtiendo en una tortura. Hasta el silencio que reina en el box o el repiqueteo monótono de la lluvia que ha empezado a golpear contra los cristales de la ventana me parecen una provocación. El resto de la plantilla y los técnicos ya han abandonado la ciudad deportiva hace

rato, y todo el Ravenhill FC parece suspendido en una burbuja de calma íntima que me obliga a sentir mil cosas a la vez.

Alicia apoya las palmas de las manos a ambos lados del tapizado de la camilla, echa el cuello hacia atrás durante un segundo y deja escapar un suspiro largo, liberando toda la presión del día. Cuando vuelve a mirarme, noto algo radicalmente distinto en el fondo de sus ojos.

—Es curioso... —comenta en voz muy baja, rompiendo el ritmo del masaje—. Es curioso que tú lo sepas absolutamente todo de mí y yo apenas tenga un par de datos tuyos. Conoces mis límites físicos, mis dolores crónicos, mis rabietas... y yo, en cambio, sigo chocando de bruces contra un muro de hormigón cada vez que intento conocerte un poco más a fondo.

Mis manos continúan con el masaje, pero noto que mi respiración se congela durante medio segundo por la encerrona.

—Eso que dices no es verdad. No hay ningún muro.

—Claro que lo hay, no me jodas —insiste con una suavidad que me cala los huesos—. Sabes perfectamente cuándo te estoy mintiendo, cuándo me duele la rodilla de verdad, cuándo estoy de un humor de perros o cuándo estoy cometiendo una estupidez como la de esta tarde.

—Bueno, es que esto último tuyo es ridículamente fácil de detectar, tampoco tiene tanto mérito —bromeo, buscando desesperadamente aligerar el peso que empieza a acumularse en mi propio pecho.

Ella sonríe apenas, una mueca diminuta, pero sus ojos siguen clavados en mis labios, implacables.

—Yo apenas sé quién eres en realidad cuando cruzas la valla de salida de la ciudad deportiva. Quién eres cuando te quitas el uniforme, dejas la coraza de fisioterapeuta implacable en la taquilla y te encierras en tu piso. Venga, háblame de ti. De tu familia, de tu pasado... qué sé yo. De cualquier cosa que no tenga que ver con ligamentos cruzados, meniscos y tablas de rehabilitación.

No respondo de inmediato. Hay preguntas en esta vida que no son fáciles de contestar por su complejidad, sino por todo el fango emocional que arrastran detrás. Durante años me he encargado de convertir ciertas parcelas de mi vida en habitaciones cerradas bajo llave y ahora tengo a Alicia plantada con el hacha frente a la puerta principal.

—A ver... tengo una familia bastante normalita y corriente, la verdad. Viven en España —digo al fin, cediendo un poco, mientras mis pulgares trazan círculos lentos y constantes sobre su muslo—. Mi madre adorable; vive con la firme convicción de que trabajo demasiadas horas al día y me llama religiosamente todas las semanas para recordarme que tengo que alimentarme mejor. Mi padre que opina exactamente lo mismo que ella, pero lo expresa con ese tono gruñón e institucional que uno se reserva para dar malas noticias. Y tengo un mejor amigo que aprendió a base de palos hace años que discutir conmigo cuando se me mete algo en la cabeza es una pérdida de tiempo y esfuerzo.

Ella me observa con atención, sin interrumpir mi relato, esperando con una paciencia inaudita en ella. Sabe de sobra que esa respuesta idílica no es realmente lo que me está rascando por dentro.

Suelto un suspiro hondo, me limpio las manos con una toalla y continúo vaciándome:

—Y... bueno, también tuve una relación amorosa en el pasado que terminó convirtiéndose en una de las peores y más destructivas decisiones que he tomado en toda mi bendita vida.

Alicia no altera lo más mínimo su expresión al escucharme. No hay gestos de sorpresa exagerada, ni se lanza a avasallarme a preguntas morbosas. Se limita a escucharme. Y precisamente esa madurez suya hace que continuar hablando me resulte todavía más difícil, pero a la vez muchísimo más necesario.

—Trabajábamos juntas en el mismo equipo. No aquí, en Inglaterra, sino en otro club francés hace unos años. Se llamaba Charlotte. Era brillante en lo suyo, inteligentísima y sumamente complicada de llevar. Supongo que, en el fondo, las dos éramos un par de balas perdidas. Durante los primeros meses la cosa funcionó a las

mil maravillas. O, al menos, eso fue lo que yo me decía para autoengañarme.

Mis dedos se mueven por inercia sobre su rodilla, pero ahora es puro automatismo. Los recuerdos de mi historia con Charlotte todavía pesan un quintal en mi espalda.

—Hasta que todo saltó por los aires, como era de esperar. Cuando la relación empezó a romperse a nivel de pareja en casa, no solo se fue a la mierda lo sentimental. Se contaminó de forma absoluta todo lo demás: el ambiente diario de trabajo, la confianza con el cuerpo técnico y la forma en que yo me movía dentro de los vestuarios. Cada decisión médica que yo tomaba con la plantilla parecía tener una segunda lectura malintencionada por su parte. Cada mirada en el campo. Cada silencio. Me volví una paranoica, Alicia, y ella se volvió un témpano de hielo. Aquello afectó de tal manera a mi rendimiento profesional que la directiva terminó despidiéndome de malas formas.

La miro por fin a los ojos, directa, sin escudarme en mi rol de doctora.

—Lo que viví en aquella época me enseñó una lección que me juré cumplir pasara lo que pasara: nunca, bajo ninguna circunstancia, se debe mezclar el amor con el puesto de trabajo.

El silencio que se instala en la sala de rehabilitación tras mi confesión es largo, espeso, pero no resulta incómodo. Es un silencio honesto, de los que curan. Alicia respira despacio, asimilando mis palabras, y me sostiene la mirada con una madurez que me sorprende.

—Ahora comprendo por qué te negabas en redondo a dejarte llevar con lo nuestro —murmura con una voz sumamente dulce, desprovista del más mínimo reproche—. Y entiendo por qué me daba la sensación constante de que estabas huyendo de mí a todas horas.

—Bueno... dudo mucho que haya dejado de huir del todo, las cosas como son. El miedo es libre.

Ella suelta una pequeña carcajada, una risa cálida y sincera que llena las cuatro paredes del box y me templa el ánimo.

—Sí, la verdad es que eso ya lo había notado, doctora Valle. Eres terca y cabezota como pocas mujeres que me he cruzado en la vida. Pero mira, también te digo que empiezo a vislumbrar lo que escondes debajo de esa coraza de sargento de hierro.

La tensión flotante se afloja notablemente entre nosotras. No es que desaparezca por arte de magia, pero sí cambia de forma: se vuelve algo mucho más íntimo, más compenetrado... y, por ende, mil veces más peligroso para mi cordura. Termino de recoger lo que he usado para su masaje y me incorporo de la banqueta despacio, dispuesta a poner distancia física. Pero antes de que me dé tiempo a dar un solo paso hacia atrás, Alicia me atrapa la muñeca y tira de mí para que me incline de forma magnética hacia sus labios.

Este beso es radicalmente distinto a los arrebatos salvajes del restaurante. Es mil veces más lento. Más consciente. Más pausado. No hay un choque de trenes ni una batalla por ver quién domina a quién. Solo una calma extraña, preciosa, como si las dos hubiéramos decidido de mutuo acuerdo dejar de luchar contra lo inevitable al mismo tiempo. Siento su boca increíblemente suave presionando la mía. Siento la mía aprendiendo, por fin, a no salir corriendo a la primera de cambio. Mis manos encuentran de forma instintiva el contorno de su rostro, acariciándole las mejillas, mientras las suyas se anclan con firmeza en mi cintura. Es un beso tranquilo, infinitamente dulce y amoroso. El más íntimo y verdadero que nos hemos dado hasta el momento.

Cuando nos separamos, apenas queda aire entre nosotras. Alicia me roza el labio inferior con la yema de su dedo pulgar y me dedica una de esas sonrisas pequeñas, de medio lado, que son una auténtica declaración de intenciones.

—Te pido disculpas de antemano por ser la mujer que ha venido a este club a romperte todas y cada una de tus sagradas normas, doctora.

Lo susurra ahí mismo, pegada a mi boca, compartiendo el aliento, y a mí me entran unas ganas locas de mandarlo todo a la mierda y quedarme pegada a ella lo que me resta de vida. Pero el miedo del pasado no se borra de un plumazo por muy bien que bese; sigue ahí

agazapado en un rincón de mi cerebro, esperando su oportunidad para recordarte todo lo que puedo perder si la directiva se entera.

Me aparto de golpe, rompiendo el hechizo. Doy un paso atrás con brusquedad. Luego otro más, pegándome a la mesa de informes. Como si poner metros de por medio pudiera solucionar el caos que tengo en la cabeza. Alicia capta mi repentina reticencia al instante y la expresión de su rostro cambia en un segundo: toda la calidez y la ternura desaparecen de su mirada, dejando paso a la frustración.

—Vaya... —suelta simplemente, dejando caer los brazos con desgana—. Ya estamos otra vez igual.

—Alicia, no empieces... No es lo que crees.

—No, mira, déjalo, está perfectamente —responde ella a la defensiva, sacando a relucir ese orgullo tan suyo. Se baja de la camilla con cuidado, apoyando el pie sano Cada uno de sus gestos acelerados anuncia a gritos que está a punto de salir corriendo por la puerta para no volver—. No hace falta que me des ninguna de tus explicaciones, Clara. Lo entiendo a la perfección.

—¡Que no, coño, que no entiendes absolutamente nada! —insisto, elevando el tono y dando un paso decidido hacia su posición para cortarle el paso.

—Creo que lo he entendido bastante bien. Para ti esto que nos pasa sigue siendo un error. Un desliz que controlas y calibras en tu agenda cuando te apetece.

—¡Eso no es verdad y lo sabes!

—¿Ah, no? Entonces explícamelo, porque desde donde yo estoy parada la situación parece meridianamente clara. Dime de una maldita vez qué es esto para ti, porque yo ya no sé cómo interpretar tus señales sin volverme loca.

La frustración me quema la garganta por momentos. Porque tengo una necesidad imperiosa de gritarle todo lo que me pasa por dentro cuando la veo, pero al mismo tiempo no tengo ni la menor idea de cómo hacerlo sin sentir que me estoy arrancando la piel a tiras.

—No se trata de que esto que tenemos no sea real, Alicia —confieso por fin de golpe, soltando un suspiro tembloroso que me vacía los pulmones—. Es que es precisamente todo lo contrario: es demasiado real. Conocerte en este club, besarte cómo te beso... follarte como nos follamos es algo que volvería a hacer una y mil veces seguidas por mucho miedo que tenga. Pero el pánico a que lo de Charlotte se repita... sigue ahí dentro, machacándome.

Alicia se detiene en seco a medio camino de la puerta y se da la vuelta para mirarme con una intensidad que me derrite las entrañas.

—¿Y qué es lo que propones entonces? ¿Que sigamos fingiendo que solo tenemos tensión profesional? ¿Que cada vez que nos crucemos miremos hacia el suelo y hagamos como si no pasara nada entre nosotras?

—No —respondo con total rapidez, dando el paso definitivo y sujetándola con firmeza del antebrazo para impedir que cruce esa puerta y escape—. No te estoy proponiendo fingir, Alicia. Lo que te estoy proponiendo es que lo que sea que esté naciendo entre nosotras no se quede encerrado únicamente entre las paredes de esta maldita sala de rehabilitación. No quiero que lo tenemos se reduzca únicamente a este mundo de cuatro paredes.

El silencio que genera mis palabras se vuelve absoluto, sepulcral. No aparto los ojos de encima ni un solo segundo. Ella tampoco.

Respiro hondo, llenándome de valor. Siento en el estómago el vértigo exacto de quien está saltando al vacío desde un helicóptero sin tener la más remota idea de si el paracaídas va a abrirse o dónde va a caer.

—Hagamos una cosa. Quédate a dormir en mi casa esta noche.

Alicia me contempla fijamente durante unos segundos eternos que a mí me parecen una vida entera y entonces, despacio, dibuja esa sonrisa canalla suya tan característica, esa que siempre parece capaz de desordenarme los esquemas y ponerme la vida del revés en un segundo.

—Ay, doctora Valle, doctora Valle... —murmura dando un paso al frente, acortando la distancia hasta que nuestras chaquetas se rozan y buscando mi mano libre con sus dedos—. Llevas semanas enteras intentando controlar todo lo que sientes por mí y ahora, de buenas a primeras, me vienes con esta propuesta indecente...

Suelto una risa breve, completamente derrotada por sus encantos, y entrelazo mis dedos con los suyos con fuerza.

—Lo sé. Soy un auténtico desastre de mujer.

Ella se acerca un milímetro más, rompiendo cualquier barrera física. Me roza la mejilla con los nudillos y, en ese gesto tan pequeño, absurdo e infinitamente íntimo, termino de entender que ya no me queda ninguna escapatoria posible. Ya no puedo seguir huyendo. No de ella. No de esto tan bonito que tenemos.



14

La hora del debut

Alicia

Después de la proposición que me acaba de hacer Clara, algo dentro de mi pecho se rompe en mil pedazos y se vuelve a recomponer a toda mecha. Sus palabras se quedan flotando en el aire de la sala de rehabilitación del Ravenhill FC, densas, cargadas de una ternura tan inusual en ella que me destrozan por dentro. Es imposible decirle que no cuando me mira con esa intensidad de gata herida.

No le digo que sí; no me hace falta. Me limito a sujetarla de la mano y asentir con la cabeza, sosteniéndole la mirada. En ese preciso instante, soy plenamente consciente de que estamos cruzando una línea roja de un tamaño colosal, esa que separa el terreno puramente profesional de lo personal.

Tardo apenas unos minutos en recoger mis cosas y unirme a ella en el pasillo. Salimos de la ciudad deportiva por la puerta trasera, como dos adolescentes cometiendo una gamberrada, en silencio pero con una tensión sexual anclada en las costillas que casi nos impide respirar.

El trayecto en su coche por las calles de la ciudad es ridículamente corto, aunque cada maldita frenada en los semáforos se me hace eterna. Me paso el viaje pegada a la ventanilla, viendo llover, notando el peso de su mirada de reojo clavada en mi perfil, mientras el corazón me va a mil por hora en una mezcla de nervios, ganas y un deseo salvaje que ya no me cabe en el pecho.

El edificio donde se encuentra el apartamento de Clara es discreto, elegante y de fachada clásica; de esos bloques de pisos que valen un ojo de la cara y que pasan desapercibidos para la prensa. Subimos las escaleras casi sin hablarnos, pero ella no deja de rozarme el dorso de la mano con una intencionalidad que me enciende. Cuando por fin mete la llave y abre la puerta, me da la sensación de estar profanando un santuario privado. Su fortaleza flotante. Un lugar que hasta hoy ha mantenido celosamente oculto del resto del mundo y, sobre todo, de las garras de cualquier mujer. El piso es enorme, diáfano y con unos ventanales de suelo a techo que dejan pasar la luz grisácea de la tarde de Inglaterra. Y huele que alimenta: un toque cítrico muy sutil que me envuelve e impregna las fosas nasales.

Lo primero que me salta a la vista y me hace frenar en seco es la pared del fondo del salón. Hay un mueble gigantesco de madera oscura con vitrinas de cristal que es una auténtica locura. Exhibe una colección impecable de trofeos de fútbol: copas relucientes de los distintos clubes por los que ha pasado como jefa médica, medallas que brillan bajo los focos y placas de agradecimiento que hablan de victorias históricas. Justo al lado, varias fotografías enmarcadas muestran a una Clara más joven celebrando títulos oficiales rodeada de jugadoras empapadas en champán, o dando ponencias en congresos de fisioterapia deportiva. También hay estanterías hasta los topes de libros densos de medicina deportiva, tomos gigantescos de anatomía humana y, para mi sorpresa, una balda entera dedicada a novelas románticas y de misterio. El contraste es brutal, e incluso divertido: el rigor científico de la doctora Valle convive con la pasión por el fútbol y esos pequeños vicios literarios que revelan a una Clara mucho más humana, de carne y hueso. Este es su verdadero mundo, muy lejos de los pasillos impersonales y fríos del Ravenhill FC.

—Bienvenida a mi caos —murmura ella a mi espalda, cerrando la puerta de entrada con el cerrojo. Su tono de voz ha cambiado un abismo en cinco minutos. Ya no es la jefa médica seria, distante y controladora que nos echa broncas por no estirar; ahora es una mujer que por fin se da permiso para soltar el aire y mostrarse tal cual es.

Deja las llaves del coche sobre una mesa baja y, sin darme tiempo a reaccionar ni a asimilar el tamaño de su salón, se me acerca por detrás como una exhalación. Sus dedos me rozan el hombro con una delicadeza que contrasta una barbaridad con la firmeza con la que me quita la mochila del hombro; nada que ver con los masajes que me mete en la rodilla. El peso de la mochila desaparece, pero el nudo de anticipación en mi estómago se me queda bien sujeto por debajo del esternón. Después va a por mi chaqueta del club; sus manos deslizan la cremallera hacia abajo con una lentitud exasperante, deliberada, como si estuviera deshojando una flor. Siento su aliento caliente y rápido golpeándome la nuca en cuanto la prenda cede.

Me acerco un palmo más al mueble de los trofeos, fingiendo que me interesan muchísimo sus medallas para ganar algo de tiempo y aplacar el torbellino de hormonas que me tiene tiritando. Pero ella no me da tregua y me persigue, pegando su pecho a mi espalda.

—Vaya, vaya... —comento con la voz un poco tomada, casi en un susurro—. Así que al final va a resultar que es verdad lo que dice la prensa de que eres la mejor fisio del país...

—¿Es que acaso tenías alguna duda de mi valía?

Sus labios se posan de golpe en la curva de mi cuello, haciéndome dar un respingo. Primero me regala un beso suave, de esos que te templan, pero de inmediato sus dientes me rozan la piel sensible justo debajo de la oreja, regalándome un mordisco posesivo de los suyos. De esos que, desde la escena de las duchas de la ciudad deportiva o desde lo vivido en el aseo del restaurante, necesito tanto como el puto aire para respirar. Un escalofrío de arriba abajo me recorre la columna. Cierro los ojos con fuerza y dejo escapar un suspiro entrecortado. Las manos de Clara se anclan en mis caderas, tirando de mí hacia atrás con una determinación absoluta para pegarme del todo a sus curvas. Puedo

sentir el calor brutal de su cuerpo, el latido desbocado de su corazón sincronizándose con el mío a ritmo de tambor de guerra.

—Clara... —susurro, viendo nuestro reflejo borroso en el cristal de la vitrina de trofeos—. ¿Podemos dejar de hablar?

Me gira del revés entre sus brazos con un movimiento rápido, buscando mi boca con una urgencia que ya ni puedo ni quiero frenar. El beso es profundo desde el segundo uno, cargado con todos los vatios de tensión que llevamos acumulando desde que empezó todo esto. Nuestras lenguas se encuentran con un hambre atroz, devorándose con una intensidad que hace que el Ravenhill FC, la liga inglesa y el mundo entero desaparezcan. Mis manos se enredan en su pelo, tirando con ganas para pegarla aún más a mí, si es que eso es físicamente posible. Clara suelta un gemido sordo contra mis labios, un sonido ronco, de pura necesidad, que me enciende un fuego líquido entre las piernas.

—¿Estás completamente segura de esto? —me pregunta con la respiración entrecortada, pegada a mis labios, aunque mi cuerpo ya ha tomado la maldita decisión por las dos.

A ver, no es que sea la primera vez que nos aAliciamos, las cosas como son. Pero follarte a la jefa médica en las duchas de vestuarios o contra la pared del baño es una película muy diferente a hacerlo en el sofá de su propia casa. Esto se siente mil veces más íntimo, más personal y más peligroso.

—No he estado más segura de nada en toda mi puta vida —le respondo, con los ojos completamente oscuros y brillando de puro deseo. Y no miento.

Caminamos a trompicones como dos borrachas hacia el sofá que domina el salón. Tropezamos de mala manera con el fleco de la alfombra y caemos de golpe sobre los cojines en un enredo de piernas, brazos y respiraciones aceleradas. Clara reacciona rápido, se me coloca encima a horcajadas y me mira con una intensidad que me desnuda hasta el alma. Sus dedos enganchan el dobladillo de la camiseta y la deslizan hacia arriba hasta sacármela por la cabeza.

—A ver, delantera estrella... ¿qué es lo que deseas de mí esta noche? —me pregunta mientras sus labios descienden hasta morder mi clavícula—. Y ojo, ni se te ocurra pedirme que le mienta a Hugo y le diga que tu rodilla está para jugar los noventa minutos, porque por ahí no paso.

Suelto una carcajada limpia. El aire acondicionado del piso contrasta de golpe con el calor sofocante de su piel cuando se inclina del todo para besarme los pechos. Cada roce de sus labios, cada pequeño mordisco con rabia deja escrito su nombre en mi piel de forma posesiva. Le quito la camiseta con un ansia que casi la rompe, revelando unos hombros y unos músculos definidos. Mis palmas le recorren la espalda a ras de piel, memorizando cada vértebra.

—Quiero sentirte a ti, sin más —confieso con la voz rota por el esfuerzo, mientras mis dedos bajan directos a sus pantalones—. Sin barreras, Clara. Y sin el puto miedo de siempre.

Nos deshacemos de la ropa restante a base de tirones y urgencia, ansiosas por sentir el cuerpo de la otra. Le beso el cuello con desesperación y me muevo bajo su peso hasta llevarme a la boca uno de sus pechos, saboreando el gusto ligeramente salado de su piel y escuchando cómo su respiración se vuelve un caos absoluto.

—Dios, Alicia... joder —jadea ella, arqueando la columna hacia arriba en cuanto mis labios se cierran con fuerza alrededor de uno de sus pezones, jugueteando con la lengua.

En mitad del sofá, nuestros cuerpos se entrelazan con una pasión que roza lo salvaje. Clara me separa las piernas con una de sus rodillas con total autoridad y presiona su muslo con fuerza justo contra mi centro húmedo. Ese roce brutal me arranca un gemido largo y profundo que retumba en todo el salón. Sus dedos empiezan a explorar mi intimidad con la misma pericia que las veces anteriores, localizando a la primera el punto exacto que provoca que me deshaga contra ella.

—Dime cómo lo quieres... —me susurra al oído, mordisqueándome el lóbulo—. ¿Quieres que vaya lento...? —me pregunta, marcando una presión suave con la yema—. ¿O lo prefieres duro y rápido?

En ese mismo instante me mete dos dedos de golpe, haciéndome ver las estrellas, y los vuelve a sacar despacio, dejándome flotando.

—Así... justo así, joder —consigo balbucear entre gemidos ahogados, clavándole las uñas sin miramientos en los hombros—. Fuerte, Clara. No te contengas conmigo.

—No tenía la más mínima intención de hacerlo, Alicia… —me asegura con una voz ronca que me pone los pelos de punta, sin apartar sus ojos de los míos, como si quisiera grabar en su mente cada mueca de placer que me cruza la cara.

Me incorporo e invierto las posiciones para quedar yo arriba. Mis labios recorren el abdomen, bajando con lentitud hasta el vértice de sus muslos. El aroma a deseo que desprende me emborracha el cerebro. La pruebo primero con la punta de la lengua, saboreando cada una de sus reacciones: la forma en que las caderas se le elevan solas buscando más, los gemidos rotos que le escapan de la garganta y que intenta tapar con la mano.

—Alicia, por favor... no me hagas sufrir —me suplica, enredando sus dedos en mi pelo con desespero.

Le introduzco dos dedos mientras mi lengua danza sin freno sobre su clítoris, notando cómo sus paredes se contraen con fuerza alrededor de mi mano. Clara me guía los movimientos con urgencia, moviendo las caderas al ritmo salvaje que yo le impongo desde abajo.

—Así, joder... Justo ahí… —gime, perdiendo los papeles—. Sigue, no se te ocurra parar ahora.

El salón de su casa se llena de nuestros gemidos sin censura, del sonido húmedo de nuestros cuerpos chocando, de respiraciones agónicas y palabras guarras susurradas con pura necesidad. "Más", "así", "dame más". La timidez se ha quedado en el vestuario del club. Nos entregamos sin límites, explorando cada curva y cada punto sensible con las manos y la boca. En un arranque, Clara me besa con desesperación, saboreando su propio gusto en mis labios. Nuestras

manos se mueven al unísono, tocándonos la una a la otra con una sincronía tan perfecta que parece mentira.

El placer sube como una ola gigante. Siento cómo todos los músculos del cuerpo se me tensan de golpe, cómo el calor se me reconcentra en el bajo vientre. Clara acelera el ritmo de sus dedos, susurrándome al oído guarradas que solo consiguen que enloquezca mucho más.

—Córrete para mí, Alicia... —murmura con el aliento a mil.

Y exploto. Suelto un grito ahogado contra su hombro, contrayéndome con violencia alrededor de su mano mientras unas oleadas de éxtasis brutales me recorren el cuerpo una y otra vez. Pero ella no me da tregua; me sigue estimulando para prolongar el orgasmo, dejándome temblorosa, sudada y completamente vulnerable entre sus brazos.

Justo después llega su turno. La observo cara a cara, fascinada, mientras alcanza su propio clímax con los ojos entrecerrados y los labios partidos dejando escapar mi nombre en un hilo de voz. Se corre con una fuerza tremenda, apretándome la muñeca con ganas mientras mantiene mis dedos bien encajados dentro de ella, arqueando la espalda contra el sofá y temblando de arriba abajo con la intensidad de la liberación.

Nos quedamos tiradas en el sofá, empapadas en sudor y hechas un nudo de piernas, con las respiraciones tratando de volver a la normalidad. Clara me acaricia la espalda con unos movimientos perezosos, posesivos, de los suyos. Yo me dedico a trazar círculos invisibles sobre su abdomen, disfrutando de la paz profunda que sigue a la tormenta de pasión que acabamos de desatar. El apartamento, con todas sus vitrinas, sus trofeos y sus recuerdos, ya no me parece un espacio ajeno. Ahora es testigo de algo completamente nuevo: de nosotras, de lo nuestro.

—Oye... ¿hacía cuánto tiempo que no traías a una mujer a tu casa? —le pregunto de golpe, apoyando la cabeza en su pecho y escuchando los latidos de su corazón, que poco a poco van recuperando el ritmo normal de descanso.

—Demasiado... —responde tras un silencio largo, suspirando.

—Eso quiere decir que esto es importante para ti... ¿no? —añado, buscando sus ojos desde mi posición para asegurarme.

—Siempre lo ha sido, Alicia —me responde, plantándome un beso en la frente con una ternura que choca de frente con la fiera de hace un rato y con esa seriedad de sargento que carga consigo en el club—. Y no quiero que sea de otra manera. Soy tu fisioterapeuta, sí, pero hace ya mucho tiempo que no solo me preocupa el estado de tu rodilla...

La mano de Clara me sigue dando pasadas por la espalda y me permito, por primera vez en meses, imaginar despierta qué sería de mi vida si la lesión de ligamentos ganara el control de mi cuerpo. Yo, mejor que ella incluso, conozco mis limitaciones físicas, sé perfectamente cómo me duele por las noches y lo mucho que me priva de ser feliz en el césped. Si no me cuido de verdad, si sigo haciendo el cafre y no hago caso a las tablas de recuperación de Clara, no solo me voy a quedar sin jugar en el Ravenhill FC, sino que voy a tener que abandonar lo que más amo en el mundo. Y mi orgullo no puede permitirse semejante fracaso.

Sin embargo, en el fondo de mi cabeza, el fantasma del rechazo, el miedo a ser señalada, a que se rescinda el contrato o a que me aparten del once titular vuelve a la carga una y otra vez. Me pregunto qué pasará si los ejercicios de Clara no surten efecto. Qué pasará si la rodilla no mejora y no llego a jugar el primer partido de la temporada. Por hoy, decido mandar a paseo los fantasmas. No quiero pensar en el fútbol. Solo quiero quedarme aquí metida, muy lejos de ese mundo exterior que me empuja a ser siempre la puta ama y a exigirme cada día más de lo que mi cuerpo puede dar.



15

Conflicto de intereses

Clara

Tres días. Solo han pasado tres malditos días desde aquella noche de alto voltaje en mi apartamento y, de alguna manera extraña y acojonante, todo ha cambiado radicalmente dentro de mí y a mi alrededor. Empiezo a acostumbrarme a la presencia constante de Alicia en mi vida y, por muy peligroso e insensato que le parezca a mi parte racional, me encanta.

Me fascina la forma en que mi cuerpo se activa por inercia esperando encontrarla a la vuelta de cada pasillo de la ciudad deportiva. O la absurda facilidad con la que una jornada laboral de perros se me vuelve soportable en cuanto ella aparece apoyada en el marco de la puerta de la sala médica, dedicándome esa sonrisa insolente que siempre parece esconder una amenaza picante y una promesa al mismo tiempo.

Juntas nos hemos fabricado una especie de burbuja de normalidad a prueba de bombas. Una burbuja idílica en la que me siento cómoda, segura y sin el pánico atroz a fracasar que arrastro

desde lo sucedido en el pasado. De cara al resto del mundo, seguimos trabajando a destajo y fingiendo que aquí no pasa nada. Interpretamos el papel de la fisioterapeuta principal del club, seria y estricta, y de la delantera estrella con una rodilla demasiado orgullosa para dejarse curar. Pero entre nosotras existe una corriente eléctrica brutal, y solo nosotras dos conocemos el voltaje exacto.

Nuestro día a día se ha llenado de pequeños roces cuando nadie nos mira; dedos que se buscan tontamente, como por descuido, mientras Alicia hace las extensiones de cuádriceps en la camilla. Miradas que se alargan un par de segundos de más en mitad del gimnasio, desafiando el peligro. O esos besos robados a traición en los pasillos vacíos de la planta baja, de esos que te dejan con la respiración cortada y con esa frustración deliciosa de quien sabe perfectamente que no va a poder apagar el fuego interno hasta que volvamos a vernos en un lugar más seguro.

Es una auténtica locura. Y precisamente por ser tan prohibido, se está volviendo jodidamente adictivo.

Esta mañana he llegado a las instalaciones del Ravenhill FC bastante antes de lo habitual. Necesitaba revisar a fondo unos informes médicos de la última ecografía antes de la sesión de rehabilitación de Alicia y, sobre todo, ordenar el caos mental que llevo encima. La noche anterior apenas pegué ojo. Cenamos algo juntas en mi casa, una escena ridículamente doméstica para dos mujeres que semanas atrás eran capaces de matarse a gritos o comerse a besos en cualquier parte.

Tenerla paseándose con naturalidad por mi casa, como si siempre hubiera pertenecido a ese espacio, o disfrutar de una conversación mientras yo fregaba los platos y ella los secaba. Fue demasiado fácil e íntimo. Y a mí, las cosas fáciles en el amor, siempre terminan asustándome el doble porque presiento la caída antes de que suceda.

Entro en el área médica apretando el termo de café todavía hirviendo entre las manos y me encuentro a Lucía, organizando los expedientes de la plantilla.

—Buenos días, jefa —me saluda, levantando una ceja con una malicia que se huele a kilómetros—. Hoy traes una cara de haber dormido exactamente cero horas.

—Tu capacidad de diagnóstico empieza a preocuparme —le respondo dibujando una sonrisa de lado mientras dejo el bolso sobre mi mesa y le doy un sorbo largo y desesperado al café.

—Qué quieres que te diga, trabajo contigo codo con codo, algo de tu ojo clínico se me tenía que pegar.

—¿Ha llegado Alicia a las instalaciones? —pregunto intentando sonar casual, aunque el pulso me traiciona.

—Todavía no ha pasado por aquí. Pero Hugo, sí que está. Y ojo, que el director deportivo también se ha presentado a primera hora.

El dato me hace alzar la vista del informe de golpe, clavando los ojos en ella.

—¿Julián Mercer? ¿Qué narices hace aquí tan temprano?

—No tengo la menor idea, pero ha llegado hace media hora y trae una cara que…

Suelto una exhalación breve y pesada por la boca. <<Fantástico. Justo lo que me faltaba. ¿Y si alguien nos ha visto y se ha ido de la lengua? No, es imposible, hemos sido milimétricamente discretas... aunque en este mundillo, lo imposible es siempre lo más probable>>.

No tardo demasiado en averiguar la razón real de su visita sorpresa. A media mañana, mientras reviso unas tablas de potenciación en mi despacho, Julián, se planta en el umbral de la puerta con el traje impecable y un gesto de sargento que no augura nada bueno.

—Clara, necesito que hablemos un momento en privado, haz el favor.

No le pregunto el motivo. En el fondo, ya lo sé.

Terminamos encerrados en una de las salas de reuniones pequeñas del edificio principal, de esas con paredes acristaladas que

parecen salas de interrogatorio. Julián impone respeto solo con pisar el suelo y todo el mundo en el Ravenhill FC, por absurdo que parezca, le teme cuando saca el látigo. Es el típico tiburón de los despachos que lleva toda la vida metido en el fútbol profesional y que vive mil veces más pendiente del balance de cuentas, el dinero de los patrocinadores y las clasificaciones de la liga, que de la salud real de las jugadoras en sí. Todo en su lenguaje corporal está fríamente calculado: la postura, el tono de voz, incluso la manera tan fría en que te clava la mirada antes de soltar la bomba. Me indica que me siente con un gesto de la mano cortés pero autoritario.

—Clara. Agradezco que me dediques un poco de tu tiempo.

—Faltaría más, Julián —le respondo, acomodándome en la silla de cuero justo frente a él y cruzando las manos para disimular el temblor.

La conversación arranca con la típica palabrería amable de cortesía. Que si el rendimiento del equipo médico es impecable, que si los tiempos de recuperación van sobre ruedas, que si el estado general de la plantilla de cara al inicio de temporada es magnífico... Una pantomima impecable que me mantiene con los cinco sentidos en alerta máxima. Hasta que, como era de esperar, una cosa deriva en la otra y mete el dedo directo en la llaga.

—Verás, quería hablar contigo de un asunto bastante delicado —dice, entrelazando los dedos de las manos sobre el tablero de madera.

Cruzo una de mis piernas sobre la otra despacio y me recoloco en el asiento, haciendo un esfuerzo sobrehumano por mantener la serenidad.

—Te escucho, Julian.

—Quiero que hablemos muy seriamente sobre los límites estrictos que deben existir siempre entre el personal del cuerpo médico y las jugadoras de la primera plantilla —menciona sin apartar sus ojos grises de los míos ni un milímetro—. A ver, no estoy acusando a nadie en particular, que quede claro. Pero en un entorno tan cerrado, tan

competitivo y tan propenso al cotilleo como es un club de fútbol, los rumores malintencionados crecen mil veces más rápido que los buenos resultados deportivos en el césped. Y cuando esos comentarios de pasillo afectan directamente a cierto tipo de jugadoras, la situación deja de ser un asunto privado y, por lo tanto, se vuelve totalmente insostenible para la directiva.

No pestañeo. No reacciono lo más mínimo. Al menos, no por fuera, porque por dentro se me está revolviendo el desayuno.

—Entiendo perfectamente por dónde vas, Julian.

El nombre propio de la discordia no tarda en salir a la palestra. Faltaría más.

—Alicia Puertas es una jugadora, digamos... conflictiva por naturaleza. Ha tenido problemas en absolutamente todos los clubes por los que ha fichado en su carrera. Y según ciertos rumores, que han llegado directos a mi mesa desde su etapa anterior en España, en su último club tuvo un problema de faldas bastante grave con su entrenador de entonces. Ese fue, de hecho, la verdadera razón por la que hubo tanto baile de contratos y rescisiones a su alrededor antes de que la trajéramos a Inglaterra.

Siento un escalofrío helado recorriéndome la columna de arriba abajo. Y no es por los trapos sucios o los rumores de Alicia, porque de su pasado ya me conozco todas las versiones que circulan por la prensa deportiva; me quedo helada por la brutal claridad del mensaje que me está soltando. El entrenador y un par de jugadoras del vestuario han debido de notar las chispas que saltan entre nosotras en los entrenamientos, y los jefes tampoco están ciegos.

—Y tú sabes de primera mano cómo funciona el negocio del fútbol, Clara —añade el director deportivo, inclinándose un poco hacia adelante—. Cuando una futbolista arrastra cierta reputación de devora-entrenadores o de conflictiva, cualquier muestra de cercanía excesiva por parte del staff se interpreta en el entorno mil veces peor de lo que realmente es en la realidad. Y en este club nos hemos gastado una millonada esta temporada y no queremos escándalos que sacudan o dividan al resto de la plantilla en el vestuario. Queremos que Ravenhill

sea el centro de atención de los periódicos por sus títulos y sus resultados, no por los chismes de sus estrellas.

—Ya, pero las cosas que se publican en la prensa rara vez cuentan la historia completa ni la verdad de las personas, Julian.

Mi voz sale con un tono muchísimo más frío y cortante de lo que yo misma espero, y Julian me sostiene la mirada con una firmeza que asusta, sin inmutarse por mi réplica.

—Precisamente por esa misma razón estoy teniendo esta charla madura contigo, y no te he citado directamente en el despacho de Recursos Humanos con un expediente sancionador sobre la mesa.

Se instala un silencio denso, pesado, medido al milímetro entre los dos. Un silencio de esos que amenazan tormenta.

—Eres una profesional excelente en lo tuyo, de las mejores fisioterapeutas que ha tenido este club en una década. Y te aseguro que no me gustaría nada en absoluto que una distracción totalmente innecesaria pusiera en serio riesgo tu puesto de trabajo y tu impecable carrera aquí.

Bum. Ahí está la amenaza, la advertencia de despido camuflada de palmadita en la espalda y consideración profesional. Asiento despacio, tragando saliva a duras penas.

—Lo entiendo a la perfección, Julián. Descuida.

—Me alegra oír eso. —Se levanta de la silla de golpe, abotonándose la chaqueta del traje y dando por zanjada la reunión—. A veces, Clara, saber exactamente cuándo hay que frenar algo a tiempo también forma parte de la inteligencia y de la estrategia profesional de una mujer. Y yo sé de sobra que tú eres una persona madura que sabe perfectamente cuál es su lugar, qué uniforme viste y la labor tan crucial que realizas para esta entidad.

—Sin duda alguna.

—Bueno, pues todo está dicho. Espero que tengas un buen día.

—Yo también.

Salgo de esa maldita sala de reuniones con un nudo en el estómago provocado por el pánico puro. Porque el pasado tiene una forma retorcida e insoportable de repetirse en mi vida cuando menos me lo espero y porque, por primera vez desde que Alicia entró como un torbellino en mi vida, dudo. Pero no dudo de lo que siento hacia ella cuando la tengo cerca, que eso lo tengo más claro que el agua; dudo seriamente de si quererla con esta intensidad es compatible con mantener mi puesto de trabajo o si nos va a terminar destruyendo la vida y la carrera a las dos.

Camino a zancadas por los pasillos del club intentando recomponer mis facciones. Me detengo un segundo junto a un ventanal del pasillo, apoyando la frente contra el cristal y observando el césped impecable del campo principal bañado por la luz del mediodía. Me viene a la mente su risa limpia de la noche anterior en mi cocina, el modo tan dulce en que las yemas de sus dedos trazaban líneas invisibles en mi espalda en el sofá mientras hablábamos de tonterías sin importancia. ¿Cómo narices algo tan jodidamente real y bonito puede volverse tan frágil y romperse en pedazos en cuestión de un par de horas por culpa de una norma?

Me encuentro cara a cara con Alicia una hora después, justo en la sala de rehabilitación.

Está sentada en la camilla de siempre, con la pierna lesionada flexionada y tecleando en el móvil con esa expresión suya de absoluta indiferencia. En cuanto me oye entrar y girar el pomo, levanta la vista del teléfono y caza al vuelo el desastre emocional y la cara de funeral que arrastro por dentro.

—Vaya... —suelta despacio, dejando el móvil sobre la mesa auxiliar con una lentitud deliberada—. Ese gesto que traes no avecina nada bueno. ¿Qué pasa?

Cierro la puerta a mis espaldas con un cuidado exquisito, paso el cerrojo para que nadie nos interrumpa y me acerco a ella con los brazos cruzados.

—No he tenido precisamente el mejor comienzo de jornada, si te digo la verdad —le respondo en un hilo de voz, colocándome frente a

la camilla—. Acabo de salir ahora mismo de una reunión bastante tensa con el director deportivo del club.

Ella frunce el ceño de inmediato, pierde la postura relajada y se incorpora un poco más en el tapizado, clavándome los ojos.

—¿Con Mercer? ¿Qué coño ha pasado?

Me acerco un paso más, envuelta en un silencio incómodo. No tengo ni la más remota idea de cómo empezar a hablar del tema, y eso en mí ya es una señal inequívoca de que la cosa está muy fea.

—Hay rumores corriendo por el club, Alicia.

Ella suelta una risita breve, seca y bastante amarga que me corta el cuerpo.

—Menuda novedad, por favor. Siempre hay chismes y rumores de mierda girando en torno a mi persona en todos los equipos, Clara. ¿Cuál de todas las mentiras circula esta vez por los pasillos del Ravenhill? Porque te aseguro que tengo una colección bastante amplia en mi historial —su tono cambia en un segundo. Ya no queda ni rastro de su ironía habitual; ahora solo noto un cansancio profundo, el de alguien que está harta de pelear contra fantasmas.

Respiro hondo, llenándome los pulmones de aire frío, y me siento justo en el borde de la camilla, muy cerca de sus piernas, pero haciendo el esfuerzo consciente de no tocarla.

—Han sacado a relucir lo de tu anterior entrenador en España, Alicia.

La expresión de su rostro se endurece al instante, transformándose en una máscara de piedra.

—Claro, cómo no, ese tema. No sé ni para qué coño pregunto —murmura con rabia. Se baja de la camilla apoyando el pie sano de un salto y se cruza de brazos con brusquedad, levantando un muro de hormigón armado entre las dos en un segundo—. ¿Y qué van diciendo ahora? ¿Qué me lo follé en los despachos para conseguir un trato de

favor, para que me lavara la imagen ante la prensa y me pusiera de titular en todos los partidos de liga?

—A mí no me han dado detalles morbosos del asunto, Alicia, solo me han dicho que...

—¡Déjame adivinarlo, que me lo sé de memoria! —me corta ella, visiblemente alterada y con los ojos inyectados en rabia—. Que la conflictiva y caprichosa Alicia Puertas volvió a usar sus malas artes para seducir a un pobre profesional inocente del cuerpo técnico, incapaz de resistirse a sus encantos. ¿A que ha sido eso?

Doy un paso decidido hacia ella, rompiendo mi propia norma, intentando acortar esa distancia física y emocional que de repente se siente como un abismo insalvable entre las dos.

—Alicia, para un poco, haz el favor. Lo único que quiero entender de verdad es por qué...

—¡Dilo de una puta vez, Clara! —insiste con un grito ahogado, acusándome con la mirada—. ¿A que te han dicho que tienes que mantenerte lo más alejada posible de mí si no quieres acabar en la calle? ¿Verdad que sí?

Yo me quedo completamente muda, petrificada. No me sale ni una sola palabra de la garganta porque dar la respuesta es hacer real la amenaza.

—Perfecto. —Me sostiene la mirada con esa expresión desafiante que le sale cuando se siente herida de gravedad—. Mira, Clara, no tuve ninguna relación consentida con mi anterior entrenador, si es eso lo que tanto te preocupa —me suelta con una seriedad y una fijeza que jamás, en todo el tiempo que llevamos juntas, le he visto en la cara—. Lo que pasó en realidad fue que ese señor decidió por su cuenta y riesgo que tenía derecho a propasarse sexualmente conmigo en su despacho. Y cuando yo me planté, le paré los pies y le puse unos límites muy claros, la película cambió. Porque en el fútbol siempre cambia la historia en contra de nosotras. Porque a la directiva le resultó mil veces más sencillo y barato decir que yo era arrogante, problemática y

conflictiva, que aceptar que su entrenador estrella había cruzado una línea delictiva que no debió rozar jamás.

Siento una oleada de rabia pura y un asco tremendo quemándome las entrañas al escucharla. Lamentablemente, no es la primera vez que veo cómo en el fútbol profesional de élite la imagen institucional de un hombre con poder pesa mil veces más en la balanza que las palabras y la dignidad de una futbolista. Siempre es el camino fácil: señalar a la jugadora con el dedo, colgarle el cartel de oveja negra y convertirla en la culpable absoluta de las babosadas de ellos.

—Y claro... —continúa Alicia, con la voz empezando a temblarle por el subidón de adrenalina y la impotencia—, como yo ya arrastraba esa fama de terca y de mujer difícil de domar, toda su versión encajó como un guante para los periodistas. Caso cerrado y Alicia al mercado de fichajes.

Baja la vista un segundo al suelo, apretando los puños con fuerza, y cuando vuelve a alzar la cabeza para mirarme fijamente, veo el dolor y la vulnerabilidad más absolutos sangrando en el fondo de sus ojos.

—Así que no, Clara. Yo no voy por la vida sembrando el caos ni metiéndome en las camas de los técnicos allí por donde ficho. Son todos los demás los que deciden colgarme el muerto y usarme como la excusa perfecta para justificar sus malas ideas o sus actuaciones de mierda.

No sé qué coño decirle. Básicamente porque no existe en ningún manual una frase correcta para consolar una injusticia de ese calibre. Por eso, me dejo llevar por el instinto, me muevo rápido y me acerco a ella para sujetarle los brazos con firmeza, obligándola a sentirme.

—Te creo, Alicia. De verdad que te creo.

—Sí, me crees... pero en el fondo estás dudando de mí y de lo que esto te va a acarrear —dice arrastrando las palabras muy despacio, con una decepción latente. Yo niego con la cabeza con desespero—. Además, si tanto me crees, ¿por qué narices estamos teniendo esta conversación ahora mismo?

Ahí está. La parte del guión que mi cobardía no quería tocar.

—Estoy hablando de la realidad, Alicia. De que, si esto salta por los aires, puede destruirnos la vida y las carreras a las dos.

Alicia parpadea un par de veces seguidas, asimilando el golpe de mis palabras, y acto seguido suelta una carcajada seca, carente de la más mínima gracia.

—Ah. O sea, que ese es el verdadero problema de fondo. Que no estás dispuesta a perder "tu maravillosa vida" y tu estatus profesional por culpa de estar con una mujer como yo.

—¡No lo simplifiques todo de esa manera tan rastrera, por favor! —le suplico, sintiéndome acorralada.

—No, Clara, qué va, si lo estoy entendiendo todo a las mil maravillas —dice mientras me clava una mirada donde veo cómo se le rompe la ilusión en mil pedazos—. Te preocupa tu reputación. Te aterra que toda tu impecable trayectoria se vaya por el sumidero por el simple hecho de tener una relación sentimental conmigo, con Alicia Puertas, la oveja negra y la jugadora más conflictiva de toda Europa.

—Eso que estás diciendo no es justo conmigo. Sabes que no es así.

—¿Ah, no? ¿No es justo?

Se adelanta un paso de golpe y se planta tan sumamente cerca de mí que noto su aliento caliente golpeándome directo en los labios, desafiándome a dar la cara.

—Porque desde este lado el mensaje que me acabas de soltar me ha llegado nítido y en alta definición: Alicia Puertas es un riesgo laboral muy alto y debo calcular en mi agenda si me vale la pena poner en juego mi plaza fija por ella.

—No me hagas esto, te lo pido por favor... —susurro sintiendo que me falta el aire.

—¿El qué? ¿Decirte las verdades a la cara y sin rodeos?

El corazón me bombea con una fuerza desbocada en el pecho, amenazando con salirse. Porque sí. Porque tengo un pánico atroz. Porque una parte muy herida de mi pasado sigue gritándome con fuerza que enamorarse de alguien dentro del puesto de trabajo es una modalidad muy sofisticada y dolorosa de autodestrucción masiva. Y porque admitir esa cobardía frente a ella, me hace sentir como la persona más miserable del planeta.

La miro fija a los ojos, tomando la decisión más difícil de mi vida.

—Quizá... quizá lo más sensato y lo mejor para las dos sea parar esto antes de que termine destruyendo todo a nuestro alrededor.

Alicia no reacciona al instante, se queda completamente congelada y, sinceramente, esa falta de impulso es lo que peor me sienta de todo. Porque cuando por fin reacciona, no hay gritos, ni reproches a voz en grito; solo un dolor callado que le cruza los ojos y me desgarra.

—Claro... —suelta con un hilo de voz—. Al final era exactamente esto lo que estabas buscando. Una excusa para huir.

—Alicia, escúchame... —intento alargar la mano para acariciarle el brazo.

—No. Ni se te ocurra tocarme.

Niega con la cabeza con una frialdad pasmosa y da un paso gigante hacia atrás, rompiendo cualquier contacto físico. Se da la vuelta, busca sus cosas y se vuelve de nuevo hacia mí.

—Supongo que, hasta debería darte las gracias. Siempre viene bien descubrir lo antes posible quién está dispuesto a quedarse a tu lado cuando las cosas están revueltas y quién prefiere bajarse del barco a la primera curva.

—¡Que no se trata de elegir entre tú o mi trabajo! —intento explicarme con la voz completamente quebrada por el llanto contenido.

—Pues mira, se le parece una barbaridad. Dime una cosa, Clara... ¿qué parte exacta de tu frase "esto puede destruirnos la vida" no

implica una puta elección consciente por tu parte?

Se encamina a zancadas hacia la puerta y es justo en ese momento cuando entiendo por fin que el miedo, por mucho que se disfrace de prudencia o sensatez, sigue siendo el mismo miedo cobarde de siempre. Y que, ironías de la vida, acabo de cometer lo que más miedo me causaba: repetir mi propia historia del pasado, pero esta vez interpretando yo el papel del verdugo que se larga primero por cobardía.

Alicia gira el pomo y abre la puerta de la consulta de par en par. Se da la vuelta una última vez sobre sus talones y me dedica una sonrisa finísima, helada, de esas que te congelan la sangre:

—Descuida y respira tranquila. Voy a ponértelo ridículamente fácil. No voy a manchar tu impecable expediente profesional.

La puerta de la sala de rehabilitación se cierra a sus espaldas con una suavidad brutal y yo me quedo allí plantada. Completamente sola. Rodeada de un silencio que me zumba en los oídos y con la dolorosa certeza de haberlo perdido absolutamente todo en apenas unos minutos.



16

Bajo cero

Alicia

La peor parte de que alguien te destroce el corazón en mil pedazos no es el dolor punzante. Es el ridículo. Es esa humillación invisible que te transforma en un payaso cuando te das cuenta de que has bajado todas tus defensas por alguien que todavía anda calculando riesgos, midiendo consecuencias y trazando límites. Mientras que tú ya estás metida hasta las cejas, demasiado implicada como para fingir que esto es solo un juego sin importancia.

Odio sentirme así. Lo detesto con una intensidad casi física, como si un puño gigante aplastase mis costillas sin piedad, dejándome sin aire. Durante años he construido un búnker blindado alrededor de una idea ridículamente simple: no necesitar a nadie. Cero ataduras, cero dramas. Pero entonces apareció la doctora Clara Valle y yo, que siempre fui de huir antes de que las cosas se complicasen, hice todo lo contrario: me enamoré como una adolescente.

«Quizá lo mejor sería parar antes de que esto destruya todo».

La dichosa frase sigue resonando en mi cabeza desde ayer por la mañana. Todo. Qué palabra tan curiosa, tan elástica y tan rematadamente cruel. Para Clara, ese «todo» significa su puesto de trabajo, su reputación y el equilibrio perfecto que lleva años construyendo para no volver a perder las riendas de su vida. Pero para mí... para mí ese «todo» había empezado a ser ella. Y eso es exactamente lo que me retuerce las entrañas.

No consigo pegar ojo en toda la noche. Ni lo intento, la verdad. Me paso las horas muertas tirada en el sofá de mi apartamento, con la televisión encendida de fondo sin volumen, una lata de cerveza que se ha calentado sobre la mesa y la rodilla izquierda latiéndome a un ritmo satánico. Es como si mi propia articulación quisiera recordarme a cada segundo que mi cuerpo estuviera cansado de luchar contra mí misma. El dolor físico es fácil de soportar; ese lo reconozco. El otro, el que se me ha instalado en mitad del pecho y me roba el oxígeno, ese es muchísimo más jodido de manejar.

Porque Clara ha dudado de lo nuestro, y lo peor es que la entiendo. Yo también saldría corriendo a la velocidad del rayo de alguien con mi historial.

Suelto una risa amarga y me incorporo del sofá de golpe, pasándome las manos por la cara con fuerza como si pudiese borrar los pensamientos a manotazos. No, no lo puedo permitir. Si Clara quiere distancia, va a tener que aprender algo sobre mí; en mi vocabulario nunca ha existido la palabra <<retirada>>. Y muchísimo menos cuando todavía tengo el cuerpo impregnado de su olor y el recuerdo de sus dedos me quema la piel en lugares que nadie más ha sabido tocar de esa manera.

. . .

A la mañana siguiente me planto en la ciudad deportiva del Ravenhill FC bastante antes de que aparezcan la mayoría de mis compañeras. El aire matutino huele a césped recién cortado y el cielo gris anuncia que es posible que llueva en cualquier momento. Cruzo el aparcamiento a zancadas, con la capucha de la sudadera del club calzada hasta las cejas

y una tensión eléctrica recorriéndome cada músculo. Llevo una mezcla explosiva de rabia, orgullo herido y dolor bombeando en la sangre; una corriente que me empuja hacia el campo como si fuese a jugar la final de la Champions.

En cuanto entro al vestuario, el par de compañeras que ya están allí levantan la vista de sus teléfonos con los ojos como platos, alucinando en colores.

—Vaya, vaya, pero si es la mismísima Alicia Puertas madrugando. Esto sí que es un hito histórico para el club —bromea Marta desde su banco, ajustándose las espinilleras con una sonrisa que intenta rebajar la tensión del ambiente.

—Apunta la fecha en el calendario, anda —le respondo mientras tiro la mochila oficial dentro de mi taquilla con un golpe seco que resuena en todo el vestuario, bastante más fuerte de lo necesario—. Igual mañana cae un meteorito y nos extingue a todas.

Se escuchan un par de risas suaves entre las taquillas. Yo también fuerzo una sonrisa de lado, aunque el gesto me sale tan automático, falso y acartonado que da pena verlo. Por dentro lo que tengo es una herida abierta que me supura frustración con cada latido del corazón.

Empiezo a cambiarme con lentitud, ignorando olímpicamente el pinchazo agudo que me mete la rodilla cada vez que la flexiono para pasar la pierna por el pantalón corto. La inflamación se ha puesto peor durante la noche. Pero me importa tres pimientos. O al menos eso me repito mientras me subo las medias hasta los muslos y me ajusto los cordones de las botas de tacos con rabia. Está claro que me importa, lo que pasa es que estoy demasiado cabreada con el mundo como para frenar. Y jugar con fuego estando enfadada es una combinación letal.

Cuando salgo al terreno de juego, el míster ya está recolocando los conos chinos para el rondo de calentamiento junto al resto del cuerpo técnico. Me ve avanzar por la banda y arquea las cejas al instante, deteniéndose en seco con el silbato entre los dedos.

—Alicia —me frena con ese tono paternal de advertencia que me conozco al dedillo.

Sigo caminando recta hacia él, clavando los tacos en la hierba húmeda sin bajar el ritmo ni un milímetro.

—Míster.

Me repasa de arriba abajo con la mirada, evaluando mi postura y mi lenguaje corporal con demasiada atención para mi gusto.

—¿Se puede saber qué haces vestida de corto? Que yo sepa, no tienes el alta médica ni la autorización para incorporarte hoy al trabajo con el grupo.

—Pues mira qué suerte tienes hoy. Deberías aprovechar la oferta —le contesto con chulería, sosteniéndole la mirada sin pestañear.

Hugo suelta un suspiro largo y cansado, de esos que te soplan el flequillo, y se pasa una mano por la barba de varios días como si estuviera haciendo un esfuerzo sobrehumano por no mandarme a paseo.

—A ver, Alicia, no estoy para aguantar tus numeritos esta mañana, de verdad. Haz el favor de darte la vuelta, vete a casa y descansa. Tu rodilla te lo va a agradecer infinitamente.

—Ya, bueno, resulta que yo tampoco estoy de humor para aguantar sermones. Pero sí que estoy de un humor excelente para reventar el balón contra la red, y de este campo no me saca hoy nadie.

Hugo clava toda su atención en mí, entornando los ojos como si intentara descifrar en mis facciones qué demonios está pasando en realidad. Y sospecho que, en el fondo, una parte de él ya se lo huele. Los entrenadores viejos como él saben a kilómetros cuándo una jugadora está dispuesta a hacerse pedazos a sí misma en el césped por culpa de un drama personal que no tiene absolutamente nada que ver con el balón.

—Clara todavía no ha bajado al campo —suelta de repente, rebajando el tono de voz para que no lo escuchen las demás—. Y dudo

muchísimo que vaya a dar el visto bueno a esta locura.

Suelto una sonrisa lenta, cargada de una frialdad que me hiela hasta a mí.

—No te preocupes por eso, míster. Si me rompo del todo, ella es una profesional fantástica y obrará su magia médica en cuanto llegue con su maletín, como hace siempre.

A Hugo se le endurece la cara.

—Esto no tiene ni puta gracia, Alicia. No juegues con tu salud.

—¿Quién se está riendo? No es un chiste —le respondo con una seriedad que corta el rollo—. Solo quiero entrenar. Necesito quemar adrenalina y mover las piernas antes de que me estalle la cabeza.

El silencio se instala entre los dos durante unos segundos eternos que pesan como un muerto. Detrás de nosotros, el resto de la plantilla sigue con los ejercicios de activación mientras el viento racheado agita las redes de las porterías del Ravenhill FC. Hugo da un paso para pegarse a mí y su voz baja a un susurro casi inaudible.

—¿Qué coño ha pasado entre vosotras dos? Llevo semanas aguantando ver cómo os devoráis con la mirada en cada entrenamiento y hoy apareces tú con cara de querer declararle la Tercera Guerra Mundial al primer ser vivo que se te cruce.

Se me tensa la mandíbula de tal manera que me crujen las muelas.

—Eso es un asunto privado que no le incumbe en absoluto a nadie. Quédate con que las cosas están mucho mejor así y que la directiva entera del club va a dormir agradecida por ello.

—Me incumbe mucho. Sobre todo, si mi delantera estrella se quiere destrozar los ligamentos de la rodilla adrede solo porque necesita desahogar un bache sentimental.

Aparto la mirada hacia las gradas vacías porque, si sigo escuchándolo hablar con ese tono comprensivo, voy a terminar

viniéndome abajo y rompiéndome a llorar en mitad del campo. Y antes muerta que mostrarme débil delante del staff.

—Voy a entrenar —insisto, colocándome en jarras.

—Alicia...

—Que. Voy. A. Entrenar —repito mascando cada sílaba con una firmeza que no admite réplica.

No me quedo a esperar su respuesta ni de coña. Me doy la vuelta y me largo corriendo a trote cochinero hacia el grupo antes de que le dé tiempo a agarrarme del brazo para sacarme del entreno. Al final, escucho cómo suelta una maldición y cede.

El entreno arranca suave: carrera continua por el perímetro, ejercicios de movilidad articular y un rondo de pases al primer toque. Los primeros quince minutos la cosa es bastante llevadera. La rodilla protesta y me manda señales de alarma con cada apoyo, sí, pero el cuerpo de una deportista de élite tiene una capacidad acojonante para autoengañarse y bloquear el dolor cuando estás muerta de rabia. Y yo llevo perfeccionando ese talento autodestructivo desde que tengo uso de razón.

Corro. Giro sobre el eje. Acelero. Con cada zancada, mi cuerpo parece gritarme en bucle: *para, para, frena ya, insensata.* Pero yo sigo dándole caña porque el dolor físico, al menos, es real, es concreto y tiene sentido. No como el otro. No como la patada en el estómago que supone descubrir que la mujer de tu vida prefiere soltarte de la mano en cuanto los de arriba le enseñan los colmillos.

Aprieto los dientes hasta que me duelen y meto una marcha más en un ejercicio de presión alta en tres cuartos de campo. Y ahí es cuando el pinchazo me entra como una puñalada trapera. La pierna izquierda se me bloquea al apoyar el pie después de un cambio de dirección brusco para tapar la salida de balón. Escucho a Marta gritar mi nombre con preocupación al percibir mi gemido de dolor, pero paso olímpicamente de ella. Otra carrera. Otro sprint al hueco. Otra punzada brutal que me hace ver las estrellas en pleno día. El sudor frío me corre

por la espalda y el aire me quema los pulmones como si tragara cristales.

«Para, Alicia. No pienso permitir que arruines tu carrera futbolística solo por un ataque de orgullo estúpido».

La voz de Clara resuena dentro de mi cabeza con una nitidez que me resulta insoportable. Llega bastante tarde porque ahora mismo el orgullo herido es lo único que me mantiene con los ojos abiertos y las botas clavadas en el césped.

Durante un partidillo en espacio reducido, recibo un balón en largo de Marta, controlo con el pecho y salgo disparada en velocidad hacia la portería. En condiciones normales habría disfrutado como una enana de una jugada así: notar la velocidad, el instinto asesino del gol, la sensación de tener el control absoluto del juego. Pero esta mañana mi cuerpo va por libre y mi cabeza está metida en un agujero negro. Y la rodilla, claro, termina reventando en mitad de la carrera.

El dolor me atraviesa la articulación de una forma tan salvaje y desgarradora que tengo que morderme el labio inferior hasta hacerme sangre para no soltar un alarido, pero es inútil; el grito de dolor me sale del alma de todos modos. Escucho el silbato del míster pitar con una urgencia ensordecedora.

—¡Alicia! ¡Basta ya! ¡Al suelo!

Me freno en seco cerca de la frontal del área y apoyo las dos manos sobre las rodillas, encorvada, mientras intento por todos los medios recuperar el aliento que he perdido. El dolor sube como fuego líquido desde la rótula hasta el cuádriceps, haciéndome temblar las piernas. Y aun así, lo peor de la escena es notar cómo las lágrimas de pura impotencia se me agolpan detrás de los ojos por culpa del cansancio acumulado, de la rabia contenida y de ver cómo todo se me escapa de las manos sin poder hacer nada para evitarlo.

Cierro los ojos con fuerza un segundo y escucho unos pasos de botas de fútbol corriendo a toda pastilla hacia mi posición.

«Respira, Alicia. Respira hondo y haz el favor de no derrumbarte aquí delante de todas».

—Se acabó —sentencia Hugo con firmeza, agarrándome firmemente del brazo para obligarme a erguirme—. Esto no es negociable.

—No... déjame, que puedo seguir —protesto, intentando zafarme de su agarre con un amago de empujón.

—Alicia, mírame a los ojos.

No quiero mirarlo porque sé que, si lo hago, va a ver en mi cara lo jodidamente rota que estoy por dentro.

—Que estoy bien, joder... —miento como una bellaca, pero la voz me sale tan temblorosa, quebrada y patética que no se lo tragaría ni un niño de cinco años.

El míster suelta una maldición tremenda por lo bajo.

—¡Es que eres una irracional! Me cago en la leche.

Intento soltar una de mis réplicas, pero no me sale la voz. El dolor sigue latiendo con una violencia salvaje dentro de la articulación y me veo obligada a inclinar todo el peso de mi cuerpo sobre la pierna sana para no caerme de morros. Varias compañeras nos observan desde la distancia con cara de circunstancias.

Me paso la manga de la camiseta por la cara con un gesto brusco para quitarme el sudor mezclado con las lágrimas y fuerzo una sonrisa desafiante.

—No necesito que nadie me lleve en volandas, sé caminar solita.

—Claro que necesitas ayuda, no seas ridícula —responde una voz a mi espalda que no es la del míster.

Mi cuerpo entero reacciona antes que mi cerebro y se tensa como la cuerda de un arco. Reconocería ese tono de voz de Clara aunque estuviera metida en mitad de un estadio de Wembley

abarrotado de gente chillando, incluso entre el ruido de los balonazos y los gritos lejanos del entrenamiento.

Me giro con una lentitud dolorosa y allí la tengo frente a mí. De pie a un par de metros, con el pelo alborotado por el viento, la chaqueta del chándal oficial medio abierta y esa maldita expresión suya tan habitual que parece debatirse entre las ganas locas de estrujarme contra su pecho o las de estrangularme directamente con sus propias manos. Solo que esta vez, en el fondo de sus ojos, distingo algo diferente: pánico. Miedo real. Preocupación pura y dura.

Nuestras miradas se cruzan en el aire y el impacto emocional es instantáneo, como un choque de trenes. Todo el cabreo monumental de la noche anterior, toda la decepción, toda la necesidad absurda y enfermiza que tengo de sus abrazos... Sigue ahí. Intacto. Dolorosamente vivo en mitad del césped.

Hugo la mira aliviado, como el alumno que le entrega el examen más difícil del curso al profesor para que se apañe él.

—Toda tuya, Clara. A ver si tú eres capaz de obrar el milagro y hacer que entre en razón de una puta vez.

Clara ni se molesta en contestarle; ni le mira. Solo mantiene los ojos clavados en los míos mientras camina con paso firme hasta plantarse a escasos centímetros de mí.

—¿Se puede saber qué demonios has hecho?

—Entrenar —le contesto con una sequedad que raspa, desviando la mirada hacia el suelo porque soy incapaz de sostenerle los ojos sin romperme—. Algo que, por si se te ha olvidado, forma parte de mi puto trabajo en este club.

Ella niega con la cabeza, visiblemente afectada por mi tono, y se agacha doblando las rodillas para examinar la articulación visualmente, sin llegar a tocarme las piernas todavía. El roce de su respiración apurada tan cerca de mi muslo me provoca un escalofrío brutal que no tiene absolutamente nada que ver con el viento helado de la mañana.

—No me vengas con tonterías, porque eso no era entrenar —susurra, levantando la cabeza para obligarme a mirarla—. Te estabas castigando a conciencia en el campo, y lo estás haciendo porque yo ayer...

—Porque tú ayer dudaste de nosotras y de lo importante que es esto que nos está pasando, Clara —le corto en un susurro, con la voz muy baja pero cargada de toda la mierda y el dolor que he estado acumulando sola durante la noche—. Porque para ti esto sigue siendo un simple capricho, algo que se puede frenar con un botón de stop antes de que salpique y destruya tu precioso y perfecto equilibrio profesional. Y no, Clara, te equivocas: esto no hay Dios que lo pare ya, porque yo te tengo metida muy dentro de la piel.

Clara se incorpora muy despacio, centímetro a centímetro, y las yemas de sus dedos rozan la piel de mi brazo con una delicadeza tan sumamente tierna que contrasta de golpe con la tensión que vibra entre nosotras.

—Es que no es tan fácil como tú lo ves, Alicia. Tengo miedo de lo que este escándalo pueda hacernos a las dos si llega a los despachos. Especialmente a ti. Eres la jugadora estrella de este equipo. Si toda tu carrera se va al traste por mi culpa...

—¿Por tu culpa? —la interrumpo, soltando una carcajada seca y sin pizca de gracia—. ¿Pero de qué vas? ¿De verdad te crees que soy de cristal y que me voy a romper por unos comentarios de pasillo?

Lucía, que ha visto el percal desde la banda, se acerca un par de pasos con cara de preocupación, pero frena en seco al notar el magnetismo y la intensidad dramática de la escena que estamos montando.

—Chicas... igual sería bastante más inteligente que habléis de vuestras cosas dentro y no aquí —sugiere con voz suave, intentando hacer de escudo.

—Estoy perfectamente, Lucía, gracias —le respondo sin apartar ni un milímetro los ojos de Clara—. Solo necesito que esta mujer sea

valiente por una vez y me diga la verdad a la cara. ¿Quieres que lo dejemos? ¿De verdad es eso lo que quieres?

Clara traga saliva con dificultad y, por un instante fugaz, veo perfectamente cómo toda su fachada de profesional seria y su autocontrol de hierro se resquebrajan.

—Lo único que quiero en esta vida es no ser la causa de que te hagan daño, Alicia —admite en un hilo de voz, con los ojos empañados —. Lo que me pide el cuerpo es despertarme cada mañana a tu lado y no tener que andar escondiéndome como una delincuente por sentir lo que siento por ti. Pero el mundo del fútbol es muy jodido y nada comprensivo. Y yo... yo ya me rompí en pedazos una vez en el pasado, Alicia. Y te juro que no sé si tendré fuerzas para reconstruirme si me vuelvo a romper otra vez.

Sus palabras me dan un golpe directo al mentón, mucho más fuerte y doloroso que cualquier entrada a destiempo de una defensa rival. En un ataque de orgullo, decido dar un paso atrás, apartarme de su lado y hacer el amago de volver al entrenamiento a pesar de que la pierna me tiembla como un flan. Pero Clara reacciona rápido: extiende la mano y me sujeta la muñeca con una suavidad firme que me detiene en el acto.

—Nos vamos para dentro ahora mismo. Y esta vez no pienso aceptar un no por respuesta.

—Ni yo tampoco.

Mientras camino cojeando hacia los vestuarios, apoyando casi todo mi peso sobre sus hombros y dejándome guiar, noto cómo ese peso horrible que me asfixiaba el pecho empieza a aligerarse un poco. El ridículo, la humillación, el pánico a perderla... toda esa mierda sigue ahí, flotando en el ambiente. Pero también está ella sujetándome, y con eso parece que tengo suficiente para seguir peleando por lo que me importa más allá del fútbol.



17

El efecto de la tormenta

Clara

Se dan instantes en la vida en los que una es incapaz de distinguir dónde termina el miedo y dónde empieza el amor. Y eso, sin duda alguna, es lo más peligroso de este juego. Porque mientras el miedo intenta protegerte de aquello que se escapa a tu control, el amor... el amor te vuelve imprudente. Te empuja a correr con los ojos cerrados hacia aquello que sabes de sobra que podría destruirte. Y yo, que siempre he sido la reina de la prudencia, me encuentro metida hasta el cuello en esa última situación por culpa de Alicia.

Lo entiendo en el instante exacto en que la veo doblarse por la mitad sobre el césped del campo de entrenamiento, apretando los dientes y haciendo un esfuerzo sobrehumano por permanecer firme sobre los tacos, incluso cuando el dolor agudo ya le está atravesando la pierna como un rayo. Lo entiendo cuando noto que el aire deja de entrarme en los pulmones, cuando el bullicio del entrenamiento se desvanece a mi alrededor y mi propio cuerpo reacciona antes que mi cabeza, mandando la ética profesional a tomar viento.

Sé que se acabó lo de ser una profesional fría con ella; he cruzado todos los límites éticos. Verla hacerse pedazos en el campo me duele a mí en el alma, y no soporto la idea de que esté cargando contra su propio cuerpo toda la rabia y la frustración que yo misma provoqué ayer con mis dudas.

Hace un par de minutos que hemos llegado al vestuario. Alicia se mantiene erguida por puro orgullo, aunque la rigidez de sus movimientos y la forma en que arrastra el pie izquierdo resultan evidentes incluso para cualquiera que no tenga ni pajolera idea de lesiones deportivas. Yo conozco al dedillo cada efecto secundario y cada consecuencia desastrosa de forzar una articulación inflamada como la suya, y precisamente por eso, es que me devora el pánico por dentro.

—Haz el favor de sentarte —le pido con una señal de mi mano.

Ella se deja caer sobre el banco de madera, apoya la espalda contra las taquillas y suelta una risa seca, cortante y casi burlona que no me hace ni pizca de gracia.

—Cuando romanticismo, doctora Valle, me voy a derretir aquí mismo de la emoción.

—Alicia —repito su nombre, y mi tono de voz sale muchísimo más duro y tajante de lo habitual, resonando en las cuatro paredes.

Ella lo nota al vuelo. Sus ojos oscuros y desafiantes se clavan en los míos durante un segundo eterno y, a través de su mirada, puedo leer en alta definición todo lo que se rompió en mil pedazos durante nuestra última conversación: el cabreo monumental, la decepción, el deseo acumulado, el amor que nos quema y esa necesidad absurda de tocarnos.

—Estoy perfectamente —murmura desviando la vista hacia sus pies—. No hace falta que montes este numerito ni que te preocupes tanto por mí.

«No me toques las narices». Eso es lo primero que quiero gritar, aunque hago de tripas corazón, me muerdo la lengua y me limito a agacharme frente a ella, hincando una rodilla en el suelo del vestuario.

Le sujeto la pierna izquierda con una suavidad extrema por debajo de la corva para revisar el alcance del estropicio. El calor brutal de la inflamación atraviesa el tejido de su media y me quema las yemas de los dedos. Está mal, jodidamente mal. Respiro hondo por la nariz para mantener la compostura médica y evitar que me tiemble el pulso delante de ella.

—Se ha terminado —sentencio mirándole la rótula—. Se acabó lo de seguir entrenando hoy, mañana y el resto de las semanas que quedan hasta que empiece la temporada.

—Eso no lo decides tú, Clara —responde ella con los dientes apretados y la mandíbula tan tensa que le tiembla el músculo de la mejilla.

Alzo la vista lentamente, centímetro a centímetro, hasta que le clavo los ojos con firmeza.

—Vaya si lo decido yo. Para eso soy la fisioterapeuta jefe de este club. Y sobre todo lo decido yo porque tú eres totalmente incapaz de tomar una sola decisión inteligente por ti misma. ¿O es que vas a seguir fingiendo delante del míster que puedes correr y rematar a portería sobre esa rodilla que parece un balón de playa?

Veo cómo se le contrae el rostro. La furia y la chulería siempre han sido sus mecanismos de defensa favoritos para esconder cualquier cosa que le duela de verdad en el alma.

—¿Ah, sí? ¿Ahora resulta que vuelves a preocuparte por mi salud y mi carrera? —pregunta con un tono de voz rebosante de reproche que me corta el cuerpo—. Qué oportuna eres, de verdad. Qué bien te viene el papel de médica salvadora.

La frase se me hinca directo en el corazón como un puñal. Después de haberle dicho ayer que era mejor que lo dejásemos estar, verla romperse y sufrir de esta manera está desmontando, una por una, todas las malditas barreras que había intentado levantar a mi alrededor para protegerme del escándalo.

—No me lo hagas más difícil de lo que ya es, por favor... —susurro, perdiendo el tono profesional y dejando ver mi vulnerabilidad.

Ella suelta otra risa amarga que me encoge el estómago y me revuelve las entrañas.

—Llegas un pelín tarde para pedir eso, Clara. Llevamos días haciéndolo todo jodidamente difícil.

Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano y contener el impulso salvaje de abalanzarme sobre sus labios allí mismo, de estrecharla entre mis brazos, comerle la boca y confesarle que he sido una auténtica idiota. Pero la cordura me frena: estamos en mitad del vestuario y en cualquier maldito momento podría entrar Hugo, Lucía o cualquiera de las chicas por la misma puerta por la que hemos entrado nosotras. Así que hago lo único que mi mente todavía sabe hacer bien: controlarme y ponerme la máscara de hielo.

Afuera, en el césped, el entrenamiento del Ravenhill FC continúa a pleno rendimiento; el sonido amortiguado de los balones impactando contra las botas y los silbatos del cuerpo técnico nos llega filtrado a través de los tabiques metálicos. Dentro del vestuario solo existimos nosotras dos, el olor a *reflex* y toda la rabia acumulada que amenaza con hacer saltar los plomos.

—Estoy verdaderamente cansada de tener que repetirte siempre lo mismo, Alicia.

—¡Y yo estoy hasta los mismísimos de que me hables y me mires como si fuera una puta bomba de relojería a punto de estallar en tus manos! —replica ella, girándose bruscamente hacia mí y clavándome una mirada que echa chispas.

—¡Es que lo eres, coño! —le respondo perdiendo los papeles y sin poder contenerme más—. Te estás destruyendo tú solita en el campo por puro orgullo y pretendes que los demás nos limitemos a observar el espectáculo en silencio desde la banda. Pues conmigo vas lista.

—No necesito que vengas a salvarme la vida, Clara. Sé cuidarme solita.

—¡Pues empieza a actuar de una puñetera vez como alguien que quiere seguir teniendo una carrera futbolística dentro de un año! —le suelto elevando la voz más de la cuenta y gesticulando con las manos en el aire, completamente desquiciada—. ¿¡O es que prefieres terminar viendo los partidos fuera del banquillo antes de cumplir los treinta por cabezota!?

La tensión en la habitación se vuelve tan densa que casi se podría cortar con un bisturí. Alicia se pone en pie de un salto, ignorando el dolor de la pierna, y se planta a escasos centímetros de mí, invadiendo mi espacio vital de una forma descarada.

—¿Y desde cuándo te importa a ti mi carrera y mi futuro profesional? —pregunta mirándome fija a los ojos. La pregunta tiene demasiadas segundas lecturas, demasiados significados ocultos, y ambas lo sabemos de sobra.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que noto la tensión en las sienes.

—Desde el mismísimo momento en que empezaste a importarme tú mucho más de lo que dicta la lógica.

El silencio cae de golpe, brutal y aplastante, entre las dos. Su respiración cambia de ritmo al instante, volviéndose más apurada, más densa. La mía la imita por inercia. Pero el enfado y el orgullo siguen ahí, ardiendo en mitad del vestuario como una pira.

—Pues vaya una manera más rara de demostrarlo que tienes —murmura ella con los labios entreabiertos—. Primero te cagas de miedo y me dices que quizá deberíamos parar lo nuestro por el club, y cinco minutos después apareces en el campo con cara de querer asesinar a cualquiera que me roce un pelo. ¿Se puede saber qué coño quieres de mí, Clara?

—No soporto ver cómo te haces daño por mi culpa, Alicia —confieso por fin, y la voz me sale con un tono ronco, espeso, cargado de

emoción—. Te juro que no lo soporto.

—¿Y tú crees que yo sí soporto que me apartes de tu vida de la noche a la mañana como si lo nuestro hubiera sido un maldito error? —Su voz, siempre tan firme y chula, se quiebra sutilmente al pronunciar la última palabra, dejándome ver el daño que le he hecho.

Ese «lo nuestro» me atraviesa el pecho de lado a lado. Intento articular una respuesta coherente, pero me quedo muda porque la verdad desnuda es insoportable: nuestra relación no tiene absolutamente nada de error y, precisamente por ser lo más real que he sentido en años, me aterra tanto perder el control.

Alicia suelta una exhalación pesada por la boca y niega con la cabeza, con un deje de lástima.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto, Clara? Que sigues con la absurda ilusión de creer que puedes controlar lo que pasa aquí con tus protocolos médicos. —Se acerca un paso más, eliminando la poca distancia que nos queda. Ahora apenas hay un par de milímetros de aire entre su pecho y el mío—. Pero despierta: ya no puedes controlar una mierda.

El olor tan característico de su piel mezclado con el sudor del entrenamiento me golpea los sentidos de lleno, nublándome el juicio. Ella tiene razón. No puedo fingir indiferencia cuando la veo sufrir en el césped. No puedo actuar como si besarla en mi salón no hubiera cambiado algo irreversible y definitivo dentro de mí. No puedo seguir escondiéndome como una cobarde detrás del miedo mientras mi propio cuerpo reacciona a su cercanía incluso en mitad de una bronca monumental.

Alicia baja la mirada directamente a mi boca, deteniéndose en mis labios con un hambre voraz. Después vuelve a clavar sus ojos en los míos y ese pequeño gesto, esa provocación, es más que suficiente para hacerme perder el maldito equilibrio y mandar la cordura a paseo.

—Eres absolutamente imposible, Alicia Puertas —susurro pegada a su rostro.

Ella dibuja una media sonrisa diminuta, triste y rabiosa a la vez.

—Y tú una cobarde, doctora Valle.

La frase me escuece, pero en este preciso instante me importa tres pimientos. La sujeto firmemente de la cintura antes siquiera de que mi cerebro pueda procesar la orden y, de un empujón cargado de deseo y rabia contenida, la acorralo contra la fila de taquillas metálicas del vestuario. El golpe de sus caderas contra el metal resuena con un eco seco en todo el espacio vacío. Alicia abre los ojos de par en par, pillada totalmente por sorpresa por mi arrebato.

—Clara...

Pero ya es tarde. Tardísimo para frenar este tren. Demasiado tarde para controlarme, para fingir que sigo siendo solo la encargada de poner a punto su rodilla y que ella es solo una delantera con los ligamentos fastidiados.

La beso. La beso con toda la frustración salvaje y el pánico acumulado estas últimas veinticuatro horas. Con rabia pura. Con miedo a perderla. Con esa necesidad imperiosa y animal de hacerla callar de una vez, porque escucharla soltar esas verdades es muchísimo más peligroso para mi estabilidad que cualquier rumor. Alicia reacciona al instante, sin pensárselo dos veces, como si ella también llevara horas al borde de un precipicio emocional y encontrara en mis labios la única salvación posible antes de la caída.

Sus manos se clavan con fuerza en la tela de mi polo, arrugándolo entre sus dedos. Todo se impregna de intensidad pura, hormonas y necesidad. Respiraciones entrecortadas, jadeos ahogados y besos desesperados que saben a enfado, a reproche y a unas ganas locas de devorarnos. No hay delicadeza, ni sutileza, ni romanticismo: solo somos dos mujeres adultas agotadas de luchar contra sí mismas y contra una corriente que las arrastra. Mis manos bajan con urgencia por su espalda, apretándola contra mi cuerpo para no dejar ni un milímetro de separación, mientras ella enreda los dedos en mi pelo y tira suavemente hacia atrás, arrancándome un gemido ahogado que rebota en las taquillas.

Alicia me aparta apenas unos centímetros, lo justo para poder mirarme a la cara sin romper el contacto. Tiene los labios ligeramente hinchados por la mordida y las pupilas tan dilatadas que sus ojos parecen dos pozos oscuros completamente encendidos.

—Te odio con toda mi alma cuando te da por hacer esto —susurra con la respiración entrecortada contra mi boca.

Mis manos siguen aferradas con fuerza a sus caderas, manteniéndola pegada a mí.

—Créeme si te digo que yo me odio bastante más.

Ella suelta una risa breve, rota por la emoción, y vuelve a estampar sus labios contra los míos con una fuerza renovada. El mundo exterior, el Ravenhill FC, Julian Mercer y las amenazas de despido dejan de existir durante unos minutos. No hay lógica que valga, ni prudencia. Solo dos cuerpos que se conocen de memoria, que se buscan por inercia y esa sensación devastadora de necesitarse mutuamente incluso cuando todas las señales indican que esto va a terminar en un choque frontal.

Cuando finalmente nos separamos por falta de oxígeno, ambas respiramos a bocanadas, con el pulso a mil revoluciones. Me quedo con la frente apoyada contra la suya, cerrando los ojos para saborear el momento. Los dedos de Alicia siguen arrugando con fuerza la tela de mi camiseta, como si tuviera miedo de que si me suelta, me esfume.

—Y ahora... ¿ahora qué coño hacemos? —pregunta en un susurro bajísimo, casi temiendo la respuesta que pueda salir de mi boca.

Abro los ojos despacio y le acaricio la mejilla.

—Esto va a complicar y a empeorar bastante las cosas... No nos va a hacer la vida más fácil.

Alicia suelta una pequeña risa irónica, desprovista de humor.

—Sí. Bastante. Pero que te quede claro que no pienso pedirte que pares.

Ninguna de las dos hace el más mínimo amago de apartarse; ninguna parece físicamente capaz de romper el contacto. Hasta que, de repente, unos golpes secos e institucionales retumban en la puerta de madera del vestuario y nos separamos en el acto, como si nos hubiera dado una descarga eléctrica. El corazón me golpea el pecho con tanta violencia que me da la sensación de que se puede escuchar desde el pasillo.

—¿Clara? ¿Estás ahí dentro? —la voz potente de Hugo atraviesa la madera—. Reunión del staff técnico en diez minutos en la sala de juntas. No faltes.

—¡Voy enseguida, Hugo! ¡Dame cinco minutos y subo! —respondo sobre la marcha, aclarándome la garganta e intentando por todos los medios recuperar mi tono de voz normal.

Alicia se pasa una mano por el pelo alborotado para colocárselo un poco y suelta todo el aire acumulado en los pulmones en un suspiro lento. Baja la vista un instante hacia su rodilla izquierda y noto perfectamente cómo toda esa capa de dureza, soberbia y chulería desaparece de su expresión para dar paso a una preocupación sincera.

—Clara... ¿tan mal está? —pregunta ya sin una pizca de sarcasmo, con los ojos llenos de un miedo limpio y transparente.

Me acerco a ella despacio, con ternura, y le aparto un mechón de pelo húmedo por el sudor que le cae sobre la frente.

—Está bastante peor de lo que debería estar a estas alturas de la pretemporada. Vas a necesitar reposo absoluto, sesiones de fisioterapia intensiva conmigo mañana y tarde y, sobre todo... dejar de ser tan sumamente cabezota y hacer caso a tu médica.

Ella cierra los ojos un segundo, agotada físicamente por la paliza que le ha dado al cuerpo. Mi mano permanece acunando su mejilla un instante más, disfrutando de la calidez de su piel mientras la miro detenidamente, convenciéndome a mí misma de dar el paso.

—Voy a cuidarte, Alicia —murmuro en voz baja antes de que mi parte racional pueda frenar las palabras—. Te prometo que voy a

ponerte a punto para que puedas salir al césped a dar el máximo y reventar la portería.

Ella abre los ojos lentamente y, por primera vez en todo el día, me dedica una sonrisa limpia, cargada de una confianza absoluta que me desarma.

—No me dejes caer, Clara —susurra buscando mi mano.

—No lo haré —le prometo mirándola fija, aunque soy plenamente consciente de que las promesas románticas entre nosotras dos son cada vez más peligrosas e inflamables—. Pero tú debes hacer lo mismo.

. . .

La dichosa reunión se celebra media hora más tarde en una de las salas principales del edificio de la ciudad deportiva. Hago un esfuerzo sobrehumano por concentrar toda mi atención en la agenda organizada de la pantalla y en cualquier cosa que no sea Alicia, que se encuentra sentada justo al otro lado de la mesa ovalada, jugando con el tapón de una botella de agua mineral mientras evita mirarme a la cara para no delatarnos.

Pero resulta una tarea del todo imposible. La tensión sexual y el recuerdo de los besos del vestuario siguen pegados a mi piel, y cada vez que levanto la vista, presiento que sus ojos oscuros me repasan el cuerpo, provocando que entre en estado de ebullición interna en cero coma.

El míster termina de revisar un par de puntos del calendario y de los horarios de entrenamiento antes de soltar la bomba informativa del día.

—A ver, escuchadme todos un momento. La directiva del club ha organizado una concentración intensiva de una semana completa fuera de la ciudad antes de encarar el inicio oficial de la temporada de liga —anuncia Hugo tras repasar el dossier de cuero que nos han entregado justo al entrar por la puerta.

Al escuchar el anuncio, algunas de las jugadoras del fondo reaccionan con entusiasmo; otras lo hacen con un suspiro de resignación por tener que armar las maletas. Yo, por mi parte, noto cómo algo se me tensa a lo bestia en el estómago.

—Saldremos en el autobús oficial este mismo viernes por la tarde —continúa Hugo, clavando sus ojos en mí durante un par de segundos que se me hacen eternos—. Todo el staff, incluido el cuerpo médico se viene con nosotros Necesitamos convivencia, máxima concentración y cero distracciones externas.

La ironía de la frase de Hugo está a punto de provocarme una carcajada nerviosa allí mismo. Entonces el míster remata la faena:

—Vamos a compartir las mismas instalaciones hoteleras y deportivas durante todo el fin de semana y los días posteriores, así que os voy a pedir a todos una profesionalidad absoluta y rigurosa dentro y fuera del hotel.

No sé muy bien por qué, pero en cuanto termina de pronunciar la palabra *profesionalidad*, mi mente traicionera vuela libre y me imagino a Alicia colándose a oscuras y a altas horas de la noche en mi habitación; nos imagino compartiendo cada minuto del día juntas en un entorno cerrado. Va a ser una auténtica misión imposible que mantengamos la distancia, que evitemos por todos los medios que alguien nos pille y que controlemos estas ganas locas que tenemos de vernos, besarnos o tocarnos en cuanto nos quedamos a solas.

Pero lo peor de toda la reunión, lo que me confirma que estoy metida en un lío monumental de tres pares de narices, es levantar la vista del dossier y encontrarme de frente con sus ojos clavados en mí desde el otro lado de la mesa. Me mira con una intensidad desafiante, peligrosa y descarada. Porque esa mirada suya no solo significa que le encanta la idea de compartir hotel conmigo las veinticuatro horas del día, sino que le importa tres pimientos el riesgo de tener que hacerlo bajo la atenta mirada de todo el equipo. Y eso, señoras y señores, va a ser un asunto mil veces más complejo y explosivo de lo que ninguna de las dos sospecha todavía.



18

Sin derecho a réplica

Alicia

La famosa concentración de pretemporada del Ravenhill FC es, básicamente, una especie de tortura china diseñada exclusivamente para poner a prueba cada una de mis defensas, de mis nervios y de mis hormonas.

Desde fuera, si le preguntas a cualquiera de los de arriba, todo parece idílico, sencillo y de lo más profesional: un hotel de cuatro estrellas apartado a las afueras de la ciudad, sesiones dobles de entrenamiento intensivo, charlas tácticas, cenas grupales y una agenda plagada de actividades estricta para mantenernos enfocadas antes de que se pite el inicio de la liga. El míster está emocionado. Dice que el equipo ha encontrado por fin su estabilidad y que la prensa deportiva de la ciudad ha pasado de hablar de crisis interna a publicar portadas sobre una posible remontada histórica. Nos ponen como las grandes favoritas para el título de este año y, para qué nos vamos a engañar, gran parte de ese futuro mérito está colgando en mis manos. Pero la verdad es que yo apenas puedo prestar atención a las portadas o a los

halagos de los periodistas. Bastante tengo ya con sobrevivir a las veinticuatro horas de convivencia forzada con Clara y con hacer malabarismos mentales para controlar el impulso salvaje de comérmela a besos en cada esquina.

La jornada arranca temprano, con una sesión de gimnasio a las siete y media de la mañana que me sienta como una patada en el estómago. El olor a caucho quemado, desinfectante y sudor rancio inunda la sala mientras la mitad de mis compañeras arrastran los pies y bostezan como leonas entre las máquinas de poleas. Yo estoy subida a una de las bicicletas estáticas, con la rodilla izquierda oculta bajo un vendaje de compresión, fingiendo una cara de normalidad y concentración que no me creo ni yo.

El dolor, por supuesto, sigue ahí, constante, persistente y dándome la tabarra, recordándome que la he pifiado a lo grande. Cada vez que flexiono la pierna para dar una pedalada un poco más rápida, un pinchazo agudo y eléctrico me atraviesa la maldita articulación y me sube por el muslo como un chispazo. Pero bueno, al fin y al cabo, una ya se acostumbra a convivir con el dolor físico de la misma manera que el resto de los mortales convive con el insomnio, las facturas o la ansiedad: ignorándolo hasta que resulta físicamente imposible seguir haciéndose la loca.

Levanto la vista del manillar justo cuando la puerta de cristal se desliza y Clara entra en el gimnasio. Y, para variar, algo provoc un cortocircuito en mis pantalones. Mi cuerpo entero reacciona antes de que a mi cerebro le dé tiempo a poner un maldito freno de mano. Lleva el uniforme oficial del club, pero a ella le queda de escándalo: una sudadera gris bastante ceñida que le marca unos hombros de infarto y el pelo oscuro recogido en una coleta alta y tirante que deja totalmente al descubierto la línea de su cuello. Camina sin levantar los ojos de una tablet, repasando datos mientras le comenta algo en voz baja a uno de los preparadores físicos, con un tono bastante profesional, concentrado e inalcanzable. Al menos, eso es lo que intenta aparentar.

Pero entonces, como si tuviera un radar para mis ojos, levanta la mirada y me caza al vuelo observándola. Son solo dos segundos. Dos miserables segundos de reloj, pero son más que suficientes para que se

me tense hasta el último músculo del cuerpo. Clara me sostiene el pulso antes de desviar los ojos. Sigue caminando con el mentón alto como si no hubiera pasado absolutamente nada, pero yo ya me conozco de memoria sus puntos débiles y sé detectar las pequeñas grietas que se le abren en ese autocontrol de hierro que se gasta.

—Alicia —me suelta al pasar por mi lado, clavando los ojos en la pantalla de mi máquina, pero sin mirarme a la cara—. No se te ocurra aumentar la resistencia de la bicicleta, que te conozco. Tu rodilla sigue inflamada y no quiero que fuerces el tendón.

Sonrío de medio lado sin reducir el ritmo del pedaleo, notando cómo el corazón me da un vuelco y empieza a latir a mil revoluciones por minuto.

—Buenos días para ti también, Clara. Qué alegría verte tan simpática por la mañana.

Ella ni se inmuta, ni se gira, ni me regala una mirada.

—Buenos días.

Esas son las únicas palabras que se digna a dirigirme en toda la mañana, pero a mí me entra un impulso absurdo, arrollador y peligrosísimo de bajarme de la bicicleta de un salto, sujetarla firmemente de la cintura por detrás y estamparle un beso de película allí mismo, delante de las máquinas y de toda la plantilla. Aparto esa locura de la cabeza soltando una maldición entre dientes y sigo dándole a los pedales con rabia, aunque mis pensamientos ya se han largado muy lejos del gimnasio.

La sesión avanza entre ejercicios de movilidad articular, estiramientos y un trabajo de fuerza que me deja los brazos temblando. Intento por todos los medios concentrarme en lo que tengo delante, en las bromas absurdas de Alba y en los comentarios corrosivos de Irene sobre el café imbebible del desayuno del hotel, pero me resulta imposible no notar que Clara está constantemente pululando por el espacio. Observándome de reojo. Controlando cada uno de mis apoyos. Cuidándome a distancia. Y lo verdaderamente jodido es que empieza a

gustarme demasiado, casi de una forma adictiva, esa atención tan exclusiva que me procesa.

Durante una pausa para hidratarnos, Irene se me acerca a la carrera con una botella de agua en la mano y una sonrisa pícara de las suyas que tiembla de cotilleo.

—Oye, Alicia, ¿has visto cómo te mira la doctora Valle? Parece que esté esperando que explotes en mitad del gimnasio —murmura dándome un toque con el codo.

Le lanzo una mirada rápida de advertencia y le pego un trago largo mi botella para ganar tiempo.

—Es su puto trabajo, Irene. Soy la delantera estrella y tengo la rodilla hecha un poema, tiene que vigilarme.

—Sí, ya, claro. Y yo juego de extremo en este club por amor puro al cardio y al sufrimiento matutino —responda ella con un sarcasmo que tira de espaldas—. Venga ya, Alicia, no me jodas. Esa mujer te mira con una intensidad y un hambre que harían que a cualquiera se le olvidara cómo se camina en línea recta.

Suelto una risa breve, casi un bufido, y niego con la cabeza intentando por todos los medios aparentar indiferencia.

—No empieces a montarte tus películas de Netflix. Bastante lío tengo ya en la cabeza.

—Yo no empiezo nada. Solo digo lo que veo con estos ojos que Dios me ha dado. Si esa mujer me mirara a mí con esa cara de posesión, yo ya habría perdido la capacidad de articular palabra y probablemente la de razonar. ¿Te has fijado en cómo frunce los labios cada vez que apoyas mal el pie izquierdo? Parece que la punzada le da a ella directamente en el cuerpo, no a ti.

Sus palabras se me clavan directas en el pecho porque sé, con total certeza, que tiene toda la razón. Clara no me quita el ojo de encima. Y yo, que soy masoquista, vivo pendiente de cada uno de sus movimientos, de cada gesto y de cada nota de preocupación que se le escapa a través de esa fachada de profesional estricta.

Después del gimnasio nos toca el entrenamiento táctico sobre el césped del campo exterior del complejo deportivo del hotel. El cielo está cubierto por unas nubes grises y densas, y el viento racheado huele a tormenta y a hierba recién cortada. Al contrario que mis compañeras, que corren de un lado a otro siguiendo las indicaciones del míster sobre la presión en bloque, yo lo hago caminando, notando en todo momento la mirada de Clara desde la línea de banda. Esta vez ni se molesta en disimular lo más mínimo. Cada vez que aligero un poco el ritmo o doy un pequeño salto, ella tensa la mandíbula de una forma brutal. Cada vez que hago un trote y me desequilibro, frunce el ceño. Y cada vez que se me ocurre golpear un balón con un mínimo de riesgo, se pone a aporrear la pantalla de la tablet con una rabia que parece que la vaya a perforar con el dedo.

Al terminar la sesión, Hugo nos reúne en el centro del campo para dar la charla de cierre y Clara se une al corrillo del staff para hablarnos a todas. Sus ojos se detienen en mi rostro un segundo más de lo reglamentario.

—Buen trabajo esta mañana, chicas —dice con esa voz suya tan clara, firme y melodiosa que me vuelve loca—. Recordad todas la importancia vital de los tiempos de recuperación y de pasar por la sala de fisio. Es excelente dar el cien por cien en el campo, pero cruzar el extremo del agotamiento solo trae disgustos y lesiones tontas.

Sus palabras van dirigidas a toda la plantilla en general, claro, pero la mirada fulminante que me lanza al pronunciar la última frase es de uso exclusivo para mí. Noto un calor traicionero y ardiente subirme por todo el cuello.

Más tarde, durante la comida en el buffet del hotel, Irene vuelve a la carga, se sienta a mi lado con la bandeja y baja la voz para que no la oigan las de la mesa de al lado.

—A ver, Alicia, fuera bromas. ¿Tu rodilla está mejorando? Te he visto cojear de una forma un poco fea esta mañana.

—Sí, pesada, las tablas de ejercicios de Clara me están ayudando bastante —miento descaradamente, aunque las dos sabemos de sobra que la rodilla me está pidiendo clemencia a gritos.

Clara pasa por detrás de nuestra mesa con su bandeja y se detiene en seco un segundo, mirándome desde arriba con superioridad médica.

—Alicia, en cuanto termines de comer quiero revisar esa articulación. Y ya te voy avisando de que hoy no pienso aceptarte ni una sola de tus excusas, ¿queda claro?

—Sí, doctora —le respondo con una sonrisa de lado de lo más descarada.

Ella levanta una ceja con escepticismo, aguanta el tipo sin decir nada más para no levantar sospechas y continúa su camino hacia la mesa del staff. Irene me mete un codazo limpio en las costillas que casi me hace escupir la pasta.

—Tía, en serio, entre vosotras dos hay una tensión sexual que se podría cortar con un cuchillo de sierra. Yo no sé cómo coño eres capaz de vivir y respirar con eso encima.

—Pues viviendo, Irene, como hacemos todas en esta vida.

. . .

La tarde cae sobre el hotel envuelta en un manto de agotamiento físico absoluto. Después de cenar con todo el grupo, varias de las chicas insisten pesadamente en bajar al bar del hotel, donde el complejo ha improvisado una pequeña fiesta privada con música para el equipo. Yo, sinceramente, no tengo el cuerpo para ruidos ni fiestas. La rodilla me late y me duele bastante más de la cuenta, y tengo la cabeza hecha un auténtico caos. Pero al final termino bajando y dejándome arrastrar por la corriente, porque quedarme metida entre las cuatro paredes de mi habitación significa pasarme las horas muertas pensando en Clara, y eso solo me va a traer más problemas y más ganas de volverme loca con ella.

El bar está hasta arriba, envuelto en una música comercial suave, luces cálidas de neón y un barullo de conversaciones cruzadas y risas altas. El ambiente es bastante distendido. Varias de las jugadoras se ponen a bailar cerca de la barra de los combinados mientras Hugo,

que está en una esquina, finge mirar para otro lado para no ver cómo Irene se atiborra a mojitos. Yo me limito a apalancarme en uno de los sofás de cuero más apartados de la entrada, con un botellín de agua mineral en la mano, e intento con todas mis fuerzas no buscar la figura de Clara con la mirada. Un fracaso absoluto por mi parte.

La localizo casi de inmediato en la otra punta de la sala, charlando animadamente con el resto del cuerpo técnico. Se está riendo a carcajadas por algo que acaba de soltar Lucía y esa puta imagen me resulta extrañamente irritante. Clara rara vez se relaja de esa manera tan libre delante de la gente, y descubrir de golpe estas facetas suyas tan divertidas y terrenales me hace desear con más fuerza conocer todas y cada una de sus versiones.

Irene aparece de la nada y se deja caer a mi lado en el sofá, sosteniendo dos copas de cóctel de un color sospechoso.

—Anda, toma esto, que aunque sea un combinado sin alcohol te va a venir de perlas. Pareces necesitarlo con urgencia.

—Gracias —murmuro sujetando la copa y pegándole un trago largo a lo que resulta ser un sirope de cereza empalagoso que tiene más azúcar que una pastelería industrial—. ¿Se puede saber qué haces aquí sentada? ¿No deberías estar en la pista dándolo todo?

—Qué va, prefiero quedarme en primera línea para verte devorar con la mirada a la doctora Valle.

—Cállate la boca, anda —le susurro dándole un empujón con el hombro, aunque soy totalmente incapaz de contener una sonrisa tonta.

Cerca de la medianoche decido que ya he tenido suficiente y regreso a mi habitación completamente agotada. El pasillo de la tercera planta del hotel está sumido en un silencio sepulcral y el sonido amortiguado de mis pasos sobre la moqueta me permite escuchar el latido cansado de mi propia respiración. Paso la tarjeta por la cerradura, abro la puerta y me quedo de piedra en el umbral. Sobre la colcha blanca de la cama hay una pequeña bolsa de papel blanca que no estaba ahí cuando me fui. Frunzo el ceño intrigada, me acerco despacio cerrando la puerta detrás de mí y miro en su interior. Dentro encuentro

un blíster de antiinflamatorios potentes, una venda elástica nueva para la rodilla y una nota de papel doblada. Reconozco esa caligrafía firme, limpia y elegante de Clara antes incluso de ponerme a leer la primera línea:

"Irte de fiesta hasta las tantas tampoco es que le haga un favor a tu rodilla. Haz el favor de tomarte esto ahora mismo y descansa de una puta vez. Nos vemos mañana".

Me siento despacio en el borde del colchón, sosteniendo el trozo de papel entre los dedos y se me escapa una sonrisa enorme que no puedo evitar. Es una gilipollez y resulta de lo más absurdo, pero el simple y mero hecho de saber que ha estado pensando en mí y cuidándome mientras yo estaba abajo intentando buscar una forma humana de quitármela de la cabeza... me vuelve completamente loca. Porque Clara, a pesar de sus miedos y de sus barreras, sigue pendiente de cada uno de mis pasos y sigue cuidándome en la sombra, aunque tenga que mantenerse alejada de mí. Y el verdadero drama aquí es que yo ya no sé distinguir qué es lo que más deseo de ella, si su cuerpo desnudo sobre el mío, todo lo demás o ambas cosas.

Suelto una exhalación lenta por la boca y me paso las dos manos por el rostro con fuerza. No puedo seguir en este plan ni una sola noche más. No puedo pasarme las horas en vela mirando al techo imaginando cómo sería besarla en cualquier rincón de este hotel, ni recreando en mi mente sus labios paseándose despacio por la línea de mi cuello, ni deseando con locura cruzar el pasillo, plantarme en su dormitorio y perder la cabeza y el sentido entre sus piernas.

Me levanto de golpe del colchón, poseída por un arranque de adrenalina, y diez minutos exactos después estoy bajando en el ascensor hacia la zona de la piscina cubierta del hotel, con una sudadera gigante del Ravenhill FC echada encima del pantalón corto del pijama. El recinto está prácticamente desierto a estas horas. Solo se escucha el eco suave y rítmico del agua moviéndose bajo la iluminación tenue y azulada de los focos del techo. El ambiente cerrado huele

intensamente a cloro y a limpio, y el contraste térmico con el frío del exterior empaña ligeramente los enormes ventanales de cristal.

Me acerco al borde del agua y es justo en ese instante cuando me percato de que no soy la única persona despierta en el hotel. Clara se encuentra sentada al otro lado de la piscina, descalza, con las piernas colgando y las yemas de los dedos rozando la superficie del agua. Lleva puesta exactamente la misma ropa que lucía esta noche y me pregunto, en un pensamiento bastante tonto, si por un casual me habrá leído el pensamiento a distancia. Levanta la cabeza de golpe al escuchar el eco de mis pasos y su expresión facial cambia en un segundo. Veo pasar por sus ojos la sorpresa inicial, la tensión y, finalmente, ese destello inconfundible de deseo puro que no puede ocultar.

—Vaya, no tenía ni idea de que hubiera más insomnes dando vueltas por este hotel a estas horas —murmuro recortando la distancia entre las dos a pasos lentos.

Clara saca despacio los pies del agua, dejando que goteen sobre el borde, y se abraza las rodillas con los brazos por un momento, mirándome avanzar.

—Podría decir exactamente lo mismo —me lanza con ese tono suyo tan característico—. ¿Se puede saber qué haces despierta? ¿Es que la rodilla no te deja pegar ojo o es que hay otra cosa que te quita el sueño?

Me dejo caer a su lado sobre el suelo de gres de la piscina, reduciendo el espacio vital entre nosotras a apenas un par de centímetros de distancia.

—Pues mira, para serte sincera, es un poco de las dos cosas —admito bajando el tono de voz para que el eco no resuene demasiado—. Aunque la dichosa notita que has dejado sobre mi cama tampoco es que haya ayudado mucho a conciliar el sueño, doctora.

Ella suelta una exhalación profunda por la nariz que casi parece el amago de una risa contenida.

—Solo son unos remedios básicos —se defiende mirando al frente—. Me preocupaba que pasaras la noche en vela por culpa del dolor, nada más.

Me giro hacia ella, apoyando el peso en una mano, y clavo toda mi atención en el brillo de sus ojos.

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber si es un gesto habitual en ti el ir dejando notas personalizadas en las habitaciones de las jugadoras del Ravenhill FC?

Clara niega suavemente con la cabeza, pero sus ojos se detienen fijos en los míos durante lo que a mí me parece una auténtica eternidad.

—No, no suelo hacerlo nunca con nadie, la verdad —admite en un susurro—. Pero es que tú eres imposible, Alicia, y siempre te tengo que recordar las cosas.

Me río por lo bajo, con un sonido grave, y desvío un momento la mirada hacia los reflejos del agua.

—O sea, que al final resulta que yo soy la única culpable de que vivas pegada a esa tablet y tan rematadamente pendiente de cada uno de mis movimientos —le pregunto, notando cómo una oleada de calor de lo más agradable se abre paso a marchas forzadas en mitad de mi pecho.

—Eres la culpable absoluta, sí —responde ella con un hilo de voz mucho más apagado y denso—. Básicamente porque tanto tú como yo sabemos de sobra que eres una insensata que jamás le hace el menor caso a ningún consejo médico.

—Eso no es verdad —rechisto arrugando la nariz como una niña caprichosa, solo que completamente embelesada siguiendo el movimiento de sus labios al hablar—. Si no lo hago es únicamente porque me fascina llamar tu atención a todas horas, ¿o es que todavía no te has dado cuenta?

—¿De lo sumamente insoportable y egocéntrica que puedes llegar a ser? Sí, de eso me di cuenta el primer día.

—No, de eso no, lista —le corrijo acercando mi rostro un milímetro más al suyo—. De que me vuelve loca saber que sigues cuidándome y vigilándome como si fuera la única paciente de tu agenda cuando tienes a todo un equipo de veintidós tías que necesitan tu atención médica.

—Eso es porque eres la que más me preocupa del club con diferencia —confiesa de golpe en un susurro íntimo, casi sin atreverse a mirarme a la cara—. Y porque... porque aunque intente por todos los medios mantener las distancias y ser una profesional, contigo soy incapaz de evitarlo, Alicia. Cada vez que te veo forzar esa rodilla... te juro que me duele directamente aquí —añade, llevándose de manera inconsciente una mano al centro del pecho, justo sobre el corazón.

Un silencio sepulcral, espeso e íntimo se instala entre las dos en mitad del recinto. Solo se escucha el rumor rítmico del agua de la piscina, nuestras propias respiraciones y el zumbido suave del sistema de ventilación del hotel. Es esa misma tensión insoportable y magnética que parece crecer de forma exponencial cada vez que nos quedamos completamente a solas.

—La rodilla te ha tenido que doler una barbaridad, ¿verdad? —dice finalmente Clara en voz baja, mirándome de reojo. No lo dice como una pregunta médica, sino con una empatía que me desarma.

La observo detenidamente de perfil, admirando la curva perfecta de su mandíbula y la suavidad de su piel bajo los focos.

—¿Qué pasa, que ahora también tienes superpoderes para diagnosticarme el dolor a distancia sin tocarme?

—Puedo hacerlo perfectamente contigo —responde girándose despacio hacia mí, y esa frase suena con una carga íntima y un doble sentido que me eriza la piel de los brazos—. He aprendido a leer cómo te mueves y cómo sufres. Deberías haberme avisado esta mañana antes de ponerte a entrenar.

—Debería haber hecho muchísimas cosas esta mañana —murmuro clavando los ojos en sus labios—, como por ejemplo no haber bajado al bar del hotel, como no mirarte de esa manera tan descarada

delante del staff... o como no haber bajado a esta piscina sabiendo perfectamente que corría el riesgo de que alguien me viera.

Clara gira del todo la cabeza hacia mí y sus ojos oscuros brillan con una intensidad felina bajo la luz tenue que nos rodea.

—¿Y se puede saber por qué has venido entonces?

—Porque era incapaz de dejar de pensar en ti ni un solo segundo, Clara —admito de golpe, sintiendo el pulso bombeándome con fuerza en los oídos—. Porque ahora que todo el mundo nos exige mantener la distancia profesional, yo lo único que quiero es acercarme más a ti. Y porque pensaba, ingenuamente, que el agua fría de la piscina me ayudaría de alguna forma a arrancar de mi cabeza la mala idea de meterme a hurtadillas en tu dormitorio y esperarte completamente desnuda entre tus sábanas.

Ella respira hondo por la boca, entreabriendo los labios, y sus dedos largos rozan sutilmente los míos sobre el borde húmedo de la piscina.

—Pues que sepas que me hubiese encantado entrar por la puerta y ver eso... —susurra con una voz ronca que me vuelve loca—. Hubiera sido, desde luego, un fin de jornada de trabajo de lo más interesante...

El pulso se me acelera a niveles peligrosos dentro del pecho, desbocado.

—Clara... —empiezo a decir con la voz rota, pero ella me calla levantando una mano con lentitud y posándola suavemente sobre mi rodilla vendada, para luego deslizar los dedos con una delicadeza exasperante por mi piel, subiendo descaradamente hacia la zona alta de mi muslo.

Llegadas a este punto de ebullición, ya no sé quién de las dos es la que da el maldito paso definitivo, ni quién se lanza primero a por la boca de la otra con más hambre. Solo sé que cierro los ojos con fuerza, rezo mentalmente para que no baje ningún conserje nocturno a

interrumpirnos y me pego a ella con todo, dispuesta a ahogar de una vez por todas esta frustración insoportable bajo el agua. Y con ella.



19

La ley del silencio

Clara

No sé quién de las dos se mueve primero, si soy yo la que da el paso definitivo o si es ella la que rompe la distancia de un plumazo, pero de repente su boca está sobre la mía y todo mi maldito autocontrol se hace añicos.

El beso nace desesperado, hambriento, casi violento, como si estallara una presa que lleva meses conteniendo demasiada agua. Sus labios me saben intensamente al cóctel de frutas que se ha tomado en el bar y al deseo salvaje, acumulado y asfixiante que ambas llevamos arrastrando desde que pusimos un pie en el complejo. Pierdo los papeles. Meto los dedos entre su pelo oscuro y húmedo, tirando de él con fuerza hacia atrás para inclinarle la cabeza y profundizar el beso. Alicia suelta un gruñido ronco y animal contra mi boca, un sonido tan sumamente vibrante y cargado de necesidad que me enciende el cuerpo entero y me hace olvidar las normativas del club, la pretemporada y mi propia cordura. Su lengua se enreda con la mía, exigente, caliente y juguetona, como si tuviera la firme intención de devorarme entera

después de tantos días de miradas esquivas y silencios cargados de tensión.

—Joder, Clara… —jadea pegada a mis labios cuando nos distanciamos apenas unos milímetros para recuperar el aire que nos falta—. Llevo toda la maldita mañana deseando esto…

No la dejo ni terminar la frase. La sujeto con firmeza por los muslos y la levanto en vilo como si no pesara absolutamente nada, y me meto con ella en el agua caliente de la piscina. El contraste del aire fresco del recinto con el calor casi termal del agua me hace soltar un gemido ahogado de puro placer. Alicia reacciona con una urgencia que me vuelve loca; se quita la sudadera y la camiseta de un solo tirón y las lanza lejos, haciéndolas aterrizar en algún punto indeterminado del suelo de gres. Sus pechos quedan completamente expuestos ante mis ojos bajo la luz azulada de los focos, preciosos, firmes, con los pezones oscuros y duros por la excitación. No me lo pienso dos veces. Los aprisiono con ambas manos, disfrutando de su peso y de la suavidad de su piel, mientras bajo la boca dispuesta a devorarla sin piedad. Succiono uno de ellos con fuerza, lamiendo la aureola con la punta de la lengua antes de regalarle un pequeño mordisco juguetón que la hace estremecerse.

Alicia arquea la espalda de una forma brutal, sacando el pecho hacia fuera, y suelta un gemido largo y sonoro que reverbera con un eco delicioso en las paredes de azulejos de la sala.

—Dios mío… —exige con la voz rota, enredando los dedos en mi pelo mojado para presionarme con más fuerza contra su cuerpo—. Me vuelve completamente loca todo lo que haces con esa boca…

Muerdo con un pelín más de intensidad y noto cómo le entra un temblor eléctrico por las piernas. Mientras yo me dedico a lamer y a chupar sus tetas como si me fuera la vida en ello y como si el mundo se fuera a acabar mañana, la mano de Alicia baja decidida por mi vientre. Se mete bajo mis shorts y mis bragas de un solo movimiento, directo y sin rodeos. Sus dedos expertos separan mis labios empapados y encuentran mi clítoris, que ya está hinchado, palpitante y pidiéndole clemencia a gritos.

—Me encanta encontrarte así —gruñe peligrosamente cerca de mi oído, con una respiración apurada que me eriza el vello—. Joder, doctora… estás completamente empapada por mí. ¿Cuánto tiempo llevabas esperándome así? ¿Te has pasado todo el día fingiendo indiferencia en el entrenamiento mientras yo me moría por follarte?

Y, sin previo aviso, me mete dos dedos de golpe.

Suelto un gemido altísimo, incapaz de contener el impacto del placer, y aprieto los muslos alrededor de su mano de forma instintiva. Alicia se ríe con esa chulería tan suya y empieza a follarme con un ritmo constante, curvando los dedos lo justo para rozar mi punto más sensible, mientras el pulgar dibuja círculos rápidos, firmes y despiadados sobre mi clítoris.

—Alicia… —suplico, moviendo las caderas contra su mano en un vaivén desesperado—. Por favor…

—¿Por favor qué, Clara? —me pregunta, atacándome el cuello con un mordisco lo suficientemente fuerte como para dejarme una marca —. Dímelo clarito. Quiero oírte suplicar un poco después de todos los días que te has pasado ignorándome y dándome órdenes.

—Quiero correrme en tus manos, Alicia.

Saca los dedos de repente, dejándome a medias y con una tremenda sensación de vacío. Protesto con un bufido de frustración, pero ella ya me está bajando los shorts y las bragas con una urgencia que me resulta sumamente sexy, dejándolos caer en el bordillo de la piscina. Me levanta en vilo y me sienta en el borde, abriéndome las piernas de par en par. Se coloca justo entre mis muslos, me clava una mirada salvaje a los ojos durante un segundo y, acto seguido, hunde la cara entera entre mis piernas.

Su lengua es pura lava. Me lame con unas ansias que me nublan la razón, saboreándome con un hambre atroz y gimiendo contra mi carne húmeda como si mi sabor fuera el mejor manjar que ha probado en toda su vida. Luego se concentra de lleno en mi clítoris, succionándolo con fuerza y rodeándolo con la punta de la lengua

mientras vuelve a meterme dos dedos dentro que se curvan sin descanso en mi interior.

—Así… justo ahí, no pares —suplico perdiendo los papeles, clavándole las uñas en el cuero cabelludo para empujarla con más fuerza contra mi sexo—. Llevo noches enteras soñando con tener tu boca aquí, Alicia… joder, no te atrevas a parar ahora.

Ella suelta un gruñido sordo contra mí y la vibración me hace temblar desde los dedos de los pies hasta las pestañas. Sus dedos entran y salen cada vez más rápido, follándome con una fuerza espectacular mientras sigue chupando mi clítoris sin un ápice de piedad. El orgasmo me golpea con la violencia de un tren de mercancías. Me corro soltando un grito ahogado que retumba en toda la instalación, temblando de forma violenta y apretando su cabeza firmemente entre mis muslos mientras las olas de placer me recorren el cuerpo entero. Alicia, lejos de apartarse, sigue lamiendo con suavidad, prolongando el clímax y saboreando mis espasmos hasta que tengo que empujarla ligeramente por los hombros porque no puedo soportar tanta sensibilidad.

Cuando saca la cara de ahí abajo y me busca, me besa con urgencia, mezclando mi propio sabor en su lengua. Es una sensación sucia, íntima, prohibida y absolutamente adictiva.

—Ven aquí… —digo con la voz completamente rota y el corazón desbocado.

La obligo a sentarse en el bordillo de la piscina y le arranco la ropa interior de un tirón limpio. Su sexo está hinchado y brillando de excitación bajo la iluminación azul. El aroma denso y dulce de su deseo me termina de volver loca. Separo sus labios con los dedos y paso la lengua muy despacio, saboreándola de arriba a abajo, tomándome mi tiempo. Alicia suelta un gemido largo, profundo y vibrante en cuanto le succiono el clítoris con fuerza y le meto dos dedos bien adentro.

—Joder, Clara… —jadea, arqueando la espalda y moviendo las caderas con desesperación contra mi rostro—. Necesito más…

Añado un tercer dedo sin pensármelo dos veces y empiezo a penetrarla con un ritmo mucho más rápido y fluido, curvándolos hacia arriba, buscando ese punto anatómico exacto que la hace temblar y perder el control de su cuerpo. Mis labios y mi lengua no dejan de trabajar ni un segundo sobre su clítoris, devorándola. Sus caderas se mueven con una marcha totalmente desbocada, follándome la cara sin ningún tipo de vergüenza ni timidez, buscando el contacto completo. Cuando finalmente llega al clímax, Alicia suelta un gemido gutural, larguísimo y roto, apretando mis dedos con una fuerza descomunal mientras su humedad me empapa la barbilla, los labios y la boca.

Sigo lamiéndola con suavidad hasta que noto que se estremece por la hipersensibilidad. Me aparto despacio, relamiéndome, y la giro con firmeza contra la pared de la piscina, dejándola de espaldas a mí. Le separo las piernas con una de mis rodillas y pego mi cuerpo completamente desnudo y mojado al suyo. Mis pezones rígidos rozan su espalda de forma pecaminosa mientras mi mano vuelve a bajar con decisión hacia su sexo. La masturbo despacio al principio, regodeándome en su tortura, rozando apenas la punta de su clítoris hinchado.

—Quiero follarte hasta que te cueste caminar… —le susurro directamente al oído, mordiéndole el lóbulo con ganas—. Para que mañana, durante cada maldito ejercicio, te acuerdes perfectamente de cómo se sienten mis dedos dentro de ti.

Y le meto tres dedos de golpe, hasta el fondo.

Alicia suelta un gemido agudo y empuja las caderas hacia atrás contra mi mano, buscando más presión. La follo con fuerza, con ganas, escuchando cómo el agua de la piscina chapotea de una forma obscena alrededor de nuestros cuerpos, mientras con la otra mano le pellizco los pezones con firmeza y le muerdo la línea del cuello. Se corre por segunda vez en mis manos, temblando como una hoja, gritando mi nombre entre jadeos ruidosos que cortan el aire.

Consciente de que la piscina es demasiado incómoda para nada más, la llevo conmigo hasta las hamacas que hay junto al borde. La tumbo de espaldas y me coloco encima de ella sin perder un segundo,

adoptando una posición del 69 perfecta. Acomodo mi sexo empapado directamente sobre su boca mientras yo hundo la cara sin contemplaciones entre sus piernas. Nos devorábamos con un hambre insaciable, casi con desesperación. Chupo su clítoris con ansia mientras ella hace exactamente lo mismo conmigo, metiéndome dos dedos en el interior que me hacen ver estrellas. Nuestros gemidos se ahogan mutuamente en la carne húmeda y caliente de la otra. El placer sube tan rápido que nos corremos casi al mismo tiempo, contorsionándonos, temblando y gimiendo de puro éxtasis en mitad de la noche.

Pero no es suficiente, y las dos lo sabemos de sobra. La necesidad que hemos acumulado durante semanas nos tiene poseídas. Alicia me mira desde abajo con los ojos vidriosos y oscuros, con el pecho subiendo y bajando a un ritmo frenético por el esfuerzo, y con la piel brillando de una forma espectacular por el sudor y el agua de la piscina. Su pelo castaño se le pega al cuello y a los hombros, y esa imagen de ella, la gran estrella del Ravenhill FC, completamente deshecha y dominada por el placer, me enciende todavía.

—Ven aquí, no te alejes —gruñe con voz de mando, tirando de mis brazos hasta que nuestros cuerpos vuelven a quedar pegados de arriba a abajo. Siento sus pezones duros rozando los míos y un escalofrío idéntico nos recorre la espina dorsal a las dos a la vez.

Nos besamos de nuevo, con un ritmo un poco más lento esta vez, pero con la misma profundidad. Nuestras lenguas se exploran despacio, saboreando con morbo los restos del orgasmo anterior de la otra. Mis manos bajan por su espalda baja, apretando su culo firme, redondo y entrenado, y separando sus nalgas para rozar con las yemas de mis dedos la humedad que sigue escapando de ella sin freno. Alicia jadea contra mi boca y mueve las caderas de forma instintiva, buscando la fricción directa.

—Quiero más… —susurra entre besos, mordiéndome el labio inferior con una sonrisa traviesa.

El aire de la sala está pesadísimo, cargado de cloro, sudor y el aroma denso, embriagador y característico de nuestro sexo. La tumbo del todo de espaldas sobre la lona y me coloco a horcajadas encima de

ella, abriéndole las piernas con mis rodillas. Nuestros sexos se rozan directamente, sin intermediarios, calientes, mojados e hinchados a más no poder. Empiezo a moverme despacio, frotando mi clítoris contra el suyo en unos círculos lentos, firmes y cargados de presión. El contacto es puramente eléctrico. Cada maldito roce envía chispas directas a mi columna vertebral.

—Joder, Clara… así, sí… —gime Alicia, arqueando la pelvis hacia arriba para aumentar la fuerza del roce. Sus manos me agarran las caderas con fuerza, clavándome las uñas en la piel y guiando mis movimientos hacia un ritmo mucho más rápido.

Acelero el ritmo del frote, moviéndonos con una desesperación casi agónica. El sonido húmedo, nítido y obsceno de nuestros sexos deslizándose el uno contra el otro llena el silencio del recinto. Mis pechos cuelgan justo sobre su cara y ella levanta la cabeza lo justo para capturar uno de mis pezones con la boca, succionándolo con una fuerza que me hace arquear la espalda mientras yo sigo frotándome contra ella. El placer se acumula a una velocidad de vértigo, esa tensión deliciosa en el bajo vientre que amenaza con hacernos estallar por los aires en cualquier momento.

—Estoy muy cerca… —le advierto con los ojos cerrados, moviéndome con más fuerza y presionando mi clítoris hinchado contra el suyo.

Alicia suelta mi pezón con un sonido húmedo y me clava una mirada completamente salvaje, sin rastro de la futbolista profesional, solo la mujer que me vuelve loca.

—Córrete conmigo, Clara. Quiero ver la cara que pones y sentir cómo te deshaces encima de mí.

El orgasmo nos golpea prácticamente al unísono, como una explosión. Grito su nombre con todas mis fuerzas, temblando de forma violenta mientras oleadas y oleadas de placer puro me recorren los músculos. Alicia se arquea debajo de mí con fuerza, clavando los talones en la estructura de la hamaca y soltando un gemido largo, sordo y gutural que vibra directo contra mi pecho. Nuestros jugos se mezclan, mojando nuestros muslos. Me derrumbo sin fuerzas sobre ella, con

nuestros corazones latiendo desbocados como tambores y la piel pegajosa, caliente y unida por el sudor.

—Podría quedarme a vivir en este instante para siempre… —murmura Alicia contra mi pelo, con la voz pastosa.

Quiero responderle algo ingenioso, pero soy físicamente incapaz de articular una palabra coherente. Sus dedos largos trazan patrones perezosos y lentos en mi vientre mientras se dedica a besar con ternura la piel de mis hombros.

—Mañana en el entrenamiento… —consigo decir finalmente con una sonrisa pícara, recuperando un hilo de voz— me va a resultar imposible no mirarte el culo.

—Créeme… a mí también me va a costar la vida misma concentrarme en los ejercicios y no recordar lo bien que te mueves…

Nos besamos una vez más, un beso lento, profundo y cargado de una promesa silenciosa, sabiendo de sobra que esta noche apenas es el principio de todo lo que se nos viene encima. Porque yo soy perfectamente consciente de que nada de esto va a ser fácil, de que somos la estrella del equipo y la fisioterapeuta del club, y de que por más que intentemos ocultarlo entre estas paredes, todo el mundo se termina enterando de todo. Pero ahora mismo, con su cuerpo caliente debajo del mío, me importa un bledo.



20

El eco de los tabloides

Alicia

Despertarme en esta habitación es, literalmente, como regresar de golpe a un lugar que no sé que llevo años buscando.

Durante unos segundos permanezco inmóvil bajo las sábanas, conteniendo la respiración mientras escucho el sonido rítmico y tenue de la respiración de Clara durmiendo a mi lado y el murmullo lejano de la lluvia golpeando con fuerza contra los cristales del ventanal. El dormitorio todavía huele a nosotras, a ese perfume frutal que ella lleva impregnado en la piel y que, desde hace semanas, se ha convertido en mi mayor obsesión. Inspiro despacio, dejando que ese aroma me llene los pulmones, y noto cómo mi cuerpo se relaja contra el colchón a pesar de la rigidez tan molesta que arrastro en la rodilla izquierda.

Giro la cabeza un milímetro sobre la almohada. Clara duerme de lado, dándome la espalda. Me quedo embobada observando la curva suave de su hombro desnudo, la línea elegantísima de su columna bajo la sábana y un calor familiar, espeso y arrollador empieza a extenderse por todo mi pecho. Me acuerdo perfectamente de cada una de las

locuras que hemos hecho abajo en la piscina, y las que hemos repetido con más ganas en la cama de su habitación en cuanto hemos subido.

La doctora Clara Valle ha perdido los papeles y el estricto autocontrol conmigo, y la sola idea me arranca una sonrisa de lo más estúpida. Una sonrisa real, de esas que te salen solas, que te ensanchan la cara y que te hacen sentir ridícula porque eres incapaz de frenarla por mucho que lo intentes. Cierro los ojos un instante, saboreando el recuerdo de la piscina, el agua reflejando los focos azules del techo y esa tensión sexual tan insoportable que terminó explotando entre las dos después de tantos días fingiendo. Sus labios buscando los míos con desesperación, el eco de nuestras respiraciones aceleradas mezclándose en el aire, la forma tan salvaje de arrancarnos unos gemidos de lo más exagerados... Lo nuestro ha dejado de ser un juego de miradas y las dos lo sabemos de sobra.

Lo peor —o lo mejor, según se mire— es que, a pesar del tremendo riesgo que corremos, no me arrepiento de absolutamente nada. Hemos disfrutado de una sesión de sexo tan brutal, intenso y divertido que me ha dejado flotando en una calma extrañísima, una sensación de felicidad tan tonta que me hace sentir en la mismísima luna.

Me incorporo con un cuidado para no despertarla y busco mi ropa interior y la sudadera del club. La rodilla me protesta con un pinchazo agudo en cuanto apoyo el pie izquierdo en el parqué, recordándome que mi cuerpo sigue siendo un problema incluso cuando mi cabeza decide olvidarlo. Me visto en silencio, lanzando miradas furtivas hacia la cama cada dos segundos. Antes de abrir la puerta para escabullirme a mi propio cuarto, me giro para mirarla una última vez. Tengo que hacer un esfuerzo mental sobrehumano para no mandar todo a la porra, volver a meterme bajo las sábanas, rodearla con los brazos por la cintura y perderme en su calor una vez más.

Horas más tarde, el centro deportivo del hotel está muchísimo más animado que los días anteriores. La plantilla entera parece haberse despertado con un subidón de energía tremendo tras los días más duros de concentración, y el barullo de las conversaciones cruzadas, mezclado con la música pop que sale de los altavoces, llena el gimnasio

desde primera hora de la mañana. Yo intento por todos los medios aparentar una normalidad absoluta. Intento, digo, porque mi cara ha decidido traicionarme a mano armada y sin piedad.

—Vale, Alicia, confiesa ya. ¿Se puede saber qué demonios te pasa hoy? —me suelta Irene en cuanto me dejo caer en una colchoneta para empezar los estiramientos de isquiotibiales. Me observa con los brazos cruzados y esa mezcla tan suya de curiosidad y diversión maliciosa.

Suelto una risa breve, casi un bufido, mientras me inclino hacia delante para tocarme la punta de las botas de fútbol con las manos.

—No me pasa nada, pesada. Solo me he levantado con muy buena energía, igual que el resto del equipo.

—Precisamente por eso es de lo más sospechoso —interviene Alba desde la bicicleta estática de al lado, pedaleando sin el menor esfuerzo y mirándome de reojo—. Normalmente a estas horas de la mañana pareces estar a punto de mandar a todo el cuerpo técnico a la mierda.

—A ver, sigo teniendo ganas de mandarlos a la mierda —respondo guiñando un ojo, aunque el tono me sale muchísimo más ligero, suave y cantarín de lo habitual.

—Sí, claro, pero no con esa sonrisa de gilipollas que llevas encasquetada —insiste Irene, señalándome acusadoramente con el dedo índice.

Alzo la cabeza de golpe, intentando poner cara de póquer.

—¿Qué sonrisa? No llevo ninguna sonrisa.

Las dos se echan a reír a carcajadas con una complicidad que me saca de quicio, y noto cómo un calor traicionero y ardiente me sube por todo el cuello.

—¡Dios mío! —drama Irene llevándose una mano al pecho—. ¡Paren las rotativas! ¡Nuestra delantera estrella está enamorada!

—No digas gilipolleces, de verdad —protesto estirando la otra pierna, aunque lo digo sin ninguna convicción y con la boca pequeña.

—¡Ojo, que no lo niega con la agresividad habitual! Confirmadísimo, chicas, a Alicia le han dado un buen meneo —añade Alba muerta de risa, bajando el ritmo de los pedales para no perderse el espectáculo.

Niego con la cabeza e intento concentrarme en el suelo para seguir estirando mientras ellas continúan picándome entre risotadas. Pero, para mi desgracia, tienen toda la razón del mundo: soy incapaz de ocultar que estoy colgadísima de Clara. Y el verdadero problema de este asunto es que Clara tampoco lo sabe disimular.

Intento autoconvencerme de que los comentarios de las chicas son solo estupideces, que ellas solo lo dicen por esa tensión que Clara y yo compartimos desde el primer día, que solo son paranoias mías, pero en cuanto Alba se deja caer a mi lado en la colchoneta, me doy cuenta de que mi intuición nunca falla. Alba es la capitana del equipo, una defensa central de treinta años con una veteranía brutal y una capacidad aterradora para leer los pensamientos de las personas con solo mirarlas. Lleva bastantes semanas observándome más de la cuenta, y en este vestuario eso nunca es una buena señal.

—¿Cómo va la rodilla? —me pregunta con tono casual mientras comienza a estirar los cuádriceps hacia atrás.

—Funcionando, que teniendo en cuenta los ejercicios de ayer, ya es bastante —le contesto regalándole una media sonrisa de compromiso.

—Me alegro mucho. —Alba guarda un pequeño silencio cargado de una intención que me pone los pelos de punta. Después, entorna los ojos y sonríe apenas—. Aunque yo diría que anoche encontraste una forma bastante más interesante y efectiva de relajar los músculos del cuerpo.

Se me corta la respiración. Todo mi cuerpo se tensa como una cuerda de guitarra a punto de romperse. La miro muy despacio, girando

el cuello, buscando en su expresión facial algún indicio de cachondeo, de burla.

—No sé a qué te refieres exactamente.

Alba me sostiene la mirada fijamente, sin perder esa media sonrisa tranquila y madura que se gasta.

—La zona de la piscina cubierta es un lugar que hace muchísimo eco por las noches, Alicia. Y las voces de la gente… bueno, por llamarlo de alguna forma elegante, se escuchan con una nitidez asombrosa a esas horas.

Siento un golpe seco, frío y directo justo en mitad del pecho. Como si me hubiera entrado una racha de viento helado. Porque de pronto entiendo a la perfección y sin intermediarios lo que me está queriendo decir. Nos ha escuchado. O nos ha visto. Bueno, quizá no ha estado allí físicamente mirando, pero sabe lo suficiente como para hundirnos.

Hago un esfuerzo titánico por mantener la expresión neutral y sigo tocándome las zapatillas.

—Sigo sin tener ni la más remota idea de qué me estás hablando.

—Claro que lo sabes —repone ella con una suavidad pasmosa, volviendo a poner toda su atención en sus propios ejercicios—. Pero tranquila, respira. A mí me importa un bledo con quién te metas en la cama, siempre y cuando eso no afecte lo más mínimo al rendimiento del equipo.

Apretó la mandíbula con tanta fuerza que me duelen los dientes.

—Pues si tanto te da igual, creo que no deberías ir sacando el tema a pasear en mitad del gimnasio.

Alba suelta un suspiro suave y deja de estirarse para apoyarse sobre las palmas de las manos, mirando al techo del gimnasio durante un instante antes de volver a clavar sus ojos en mí.

—Llevo muchos años metida en este vestuario, Alicia. Sé reconocer cierto tipo de miradas entre dos personas cuando las tengo delante. Y también sé de sobra lo rápido que corren los chismes y los rumores aquí dentro en cuanto alguien abre la boca. —Se incorpora un poco hacia mi colchoneta y baja la voz hasta dejarla en un susurro—. Solo te lo digo por tu bien: tened muchísimo cuidado. Las paredes son de papel y las envidias en el fútbol son muchísimo peores que una rotura de ligamentos.

Bajo la vista al suelo de goma, incapaz de sostenerle la mirada. Para ser sincera, saber que las bromas y los tonteos de mis compañeras ya no son inocentes, que la capitana del equipo sabe que Clara y yo estamos juntas a expensas de las prohibiciones de la directiva, me pone los pelos de punta.

Siento un nudo incómodo, gordo y asfixiante instalándoseme en el estómago. Y no por mí, que al fin y al cabo a mí me da exactamente igual lo que digan de mi vida privada. Es por Clara. Ella es el eslabón débil en esta situación porque tengo muy claro que a mí todo esto no me afectaría, pero a ella sí. Al final yo llevo toda mi vida conviviendo con rumores sobre mi persona, pero Clara tiene una carrera impecable.

—Tened cuidado —murmura Alba de nuevo, dándome una palmada amistosa en el hombro antes de levantarse—. Porque cuando algo empieza a notarse tanto de cara al exterior, deja de perteneceros únicamente a vosotras dos.

No tengo tiempo de responderle. Las puertas de cristal del gimnasio se deslizan y la figura de Clara aparece en mi campo de visión. Mi respiración se detiene de forma automática, como si me hubieran desenchufado el oxígeno.

Lleva puesto el chándal oficial del club y el pelo oscuro todavía visiblemente húmedo de la ducha, recogido en una coleta baja y tirante que le queda de miedo. Camina con firmeza mientras revisa unos informes médicos en su tablet junto a uno de los preparadores físicos, con un aire completamente profesional, serio y sereno. Pero entonces, como si tuviera un imán para buscarme, levanta la vista y me encuentra

en el suelo mirándola fijamente. Siento el vuelco inmediato, violento y familiar dentro del pecho.

Clara debe de notar algo raro o desencajado en mi expresión facial porque frunce apenas el ceño, le dice algo rápido al preparador para despedirse y se encamina directa hacia mi posición.

—¿Todo bien por aquí? —pregunta con una naturalidad impecable de cara al resto de las chicas, aunque sus ojos delatan una preocupación contenida que soy capaz de leer al vuelo.

Yo trago saliva con dificultad, notando la garganta seca.

—Sí, todo perfecto.

Alba se sacude las manos y se levanta despacio de la colchoneta de al lado.

—Bueno, os voy a dejar trabajar y hablar tranquilas sobre esa rodilla —dice lanzándome una última mirada cargada de advertencia antes de darse la vuelta y marcharse con el resto del grupo.

Clara la sigue con la mirada durante unos segundos, analizando la situación con esa mente analítica suya, y después vuelve a clavar toda su atención en mí, dando un paso al frente.

—¿Qué ha pasado, Alicia? —insiste, bajando la voz hasta dejarla en un hilo apenas audible.

Niego con la cabeza demasiado rápido, intentando disimular.

—Nada, de verdad. Cosas del entreno.

Ella me observa en absoluto silencio, con esa intensidad que siempre logra arrancar de mí todo lo que intento guardarme dentro.

—Alicia… no me mientas. Te conozco.

Su voz baja apenas un tono, volviéndose extrañamente íntima, y me entra un impulso absurdo, arrollador y peligrosísimo de sujetar su mano, levantarme de la colchoneta y arrastrarla a cualquier rincón oscuro del centro deportivo para hablar a solas. Pero el gimnasio está

hasta arriba de gente: compañeras cotilleando, miembros del staff pululando, fisios... Ojos. Demasiados ojos fijos en mí.

—Alba sabe lo que pasó anoche —le murmuro finalmente, mirando hacia mis zapatillas para que nadie note que me tiemblan los labios al hablar.

El cambio físico en Clara es inmediato y radical. La tensión endurece sus hombros en un segundo, se le marca la línea de la mandíbula por apretar los dientes y cruza los brazos pegando la tablet con fuerza contra el pecho, utilizándola como si fuera un escudo real contra el mundo.

—¿Qué sabe exactamente? —pregunta, haciendo un esfuerzo visible por mantener la voz calmada y la compostura médica.

—No lo sé —le confieso. Sí que lo sé, en realidad, pero admitirlo en voz alta delante de ella hace que toda la situación parezca todavía más real y peligrosa—. Lo suficiente como para ponernos en un aprieto, supongo. Ha mencionado lo de la piscina y el maldito eco que hacen las voces por la noche.

Clara baja la mirada apenas un instante, clavándola en el suelo de goma, antes de exhalar el aire de forma lenta y pesada por la boca.

—Mierda. Joder.

Esa reacción suya me preocupa muchísimo más que las palabras de Alba. Sé que tiene miedo, miedo por lo nuestro, las consecuencias, por su posición en el club, por mi reputación y por todo lo que puede desmoronarse en su vida si esto sale a la luz.

—Oye, que no ha dicho nada grave ni con mala intención —añado a la carrera, intentando por todos los medios suavizar el ambiente y quitarle hierro al asunto—. Solo han sido un par de insinuaciones. Me ha advertido que tengamos mucho cuidado, nada más. No va a ir con el cuento a nadie.

Clara se pasa una mano por la nuca, revolviéndose los mechones que se le han escapado de la coleta. Ese es un gesto nervioso,

íntimo y vulnerable que casi nunca permite que nadie del club vea en público.

—Las insinuaciones en este vestuario son más que suficientes, Alicia. Una sola palabra mal colocada o un rumor infundado y todo se descontrola. —Sus ojos buscan los míos con una urgencia que me encoge el corazón—. ¿Tú estás bien? Dime la verdad, por favor.

Asiento con la cabeza, aunque el nudo de la garganta sigue ahí metido, apretando.

—Yo estoy perfectamente, Clara. Pero… lo que de verdad me preocupa es que todo esto te afecte a ti. Eres la fisioterapeuta principal del equipo, la figura del cuerpo médico. Si esto sale a la luz y la directiva se pone tonta con el reglamento de convivencia…

Ella da un paso más, reduciendo nuestro espacio vital al mínimo, desafiando el peligro de las miradas.

—Mírame, Alicia —susurra con un tono de mando que me hace reaccionar al instante.

Levanto los ojos y odio con todas mis fuerzas lo muchísimo que me afecta tenerla tan sumamente cerca a pesar de estar rodeadas por media plantilla.

—Si alguien vuelve a mencionarte la más mínima cosa, haces como que no tienes ni la menor idea de qué te están hablando, ¿entendido? Mantén la cabeza fría —me dice, mirándome fijamente a los ojos, recuperando esa fachada de profesional estricta que tanto le cuesta mantener conmigo—. Lo que pasó anoche en la piscina fue una auténtica locura por parte de las dos y vamos a evitar por todos los medios volver a repetirlo mientras estemos aquí.

Suelto una risa amarga, casi un bufido de frustración.

—Vaya, qué novedad. Volvemos al plan de hacernos las desconocidas.

Durante unos segundos que se me hacen eternos, ninguna de las dos dice nada. Solo nos sostenemos la mirada en mitad del

gimnasio, desafiándonos con los ojos. Comprendo en este preciso instante que el verdadero problema de toda esta historia no es que Alba sospeche de nosotras. Ni siquiera que el resto de las chicas puedan terminar descubriéndonos. El verdadero y jodido problema es que yo ya no tengo ni la más remota idea de cómo volver atrás, cómo rebobinar la película y cómo fingir que toda esta situación no me afecta.

—¿Se puede saber qué coño vamos a hacer ahora? —le pregunto en un susurro bajísimo, casi para mí misma, mientras observo el movimiento contenido de sus hombros.

—Ser muchísimo más cuidadosas a partir de ya —me responde ella, aunque el deje de duda en su voz me demuestra que está tan muerta de miedo y de ganas como yo—. Y seguir adelante con el trabajo diario. Porque parar esto ahora mismo… no creo que seamos capaces de hacerlo ninguna de las dos.

El míster aparece en ese preciso instante por la puerta del gimnasio, dando palmadas ruidosas y llamando a todo el equipo a gritos para empezar la sesión táctica en el campo exterior, rompiendo nuestro momento antes de que a cualquiera de las dos nos dé tiempo a decir una sola palabra más. Clara retrocede de inmediato, recuperando la distancia. Pero justo antes de darse la vuelta para unirse al staff, las yemas de sus dedos rozan apenas la piel de mi muñeca izquierda durante una milésima de segundo, provocando un incendio absoluto, ardiente y descontrolado que me recorre el cuerpo entero de arriba a abajo.

—Ten muchísimo cuidado con los apoyos en el césped —me lanza en voz alta, recuperando su tono profesional.

Asiento sin apartar los ojos de su figura ni un solo instante. Y mientras la veo alejarse entre el resto de los preparadores físicos, comprendo lo que dijo Alba hace apenas unos minutos. Esto que tenemos ha dejado de pertenecernos únicamente a nosotras dos, y lo verdaderamente peligroso del asunto es que, aun sabiendo que estamos jugando con fuego y que caminamos por el borde del abismo, ninguna de las dos parece tener la más mínima intención de retroceder.



21

Fuego cruzado

Clara

La cafetería del complejo deportivo del Ravenhill FC está prácticamente vacía a estas horas de la tarde. Afuera, el cielo empieza a teñirse de un gris plomizo y espeso que amenaza con una tormenta inminente. Adentro, los enormes ventanales del salón devuelven el reflejo de las luces fluorescentes, creándose así una atmósfera extrañamente íntima y silenciosa, algo casi milagroso en un lugar diseñado exclusivamente para el bullicio constante de una plantilla entera de fútbol.

Yo estoy apoltronada en una de las mesas del fondo, refugiada con una taza de café humeante entre las manos y un dossier abierto de par en par delante de mí. Llevo diez minutos fingiendo que reviso las fichas de rendimiento. En realidad, no leo ni una sola línea. Mis ojos recorren los mismos párrafos y datos anatómicos una y otra vez sin llegar a procesar absolutamente nada, porque toda mi atención —y mi cordura— se encuentra muy lejos de estos papeles. Estoy pensando en Alicia. Otra vez. Para variar.

Durante años me acostumbré a vivir bajo una estructura bastante ordenada y controlada. Pero todo eso se fue al traste el mismo día que Alicia llegó a la ciudad deportiva y me estrechó la mano. Desde entonces no ha habido ni un solo día que no me haya negado a mí misma lo que siento, que no haya luchado contra las necesidades de mi cuerpo. Por suerte, ya lo he aceptado. Aunque eso no borra el rastro del miedo, la frustración o esa sensación vertiginosa que te remueve por dentro cuando cruzamos una mirada.

Levanto la taza y doy un pequeño sorbo al café, que para mí desgracia ya se ha quedado tibio. Observo distraídamente el exterior a través del cristal. El recuerdo de lo que pasó anoche sigue pegado a mi piel de una manera irritante, descarada y terriblemente dulce al mismo tiempo. La piscina, el vapor del agua caliente, sus manos recorriéndome con esa urgencia y esa necesidad salvaje que solo ella consigue transmitir con tocarme. Su respiración entrecortada contra mi cuello, acelerándose más y más conforme subía la intensidad de nuestros orgasmos…

Lo peor es que no recuerdo en qué momento se me ocurrió la idea de invitarla a dormir conmigo. Pero eso fue, sin duda alguna, lo que me abrió los ojos. Despertarme enredada con ella entre las sábanas, notar el peso de su brazo rodeándome la cintura con posesión y escuchar su respiración lenta, profunda y acompasada contra mi hombro… me hizo ver que he vuelto a caer en algo que me juré no volver a pisar, algo que… me hace irremediablemente feliz. A pesar de lo complicado que es todo, claro.

—Vaya cara de circunstancias que tienes hoy, doctora —suelta una voz de lo más conocida, arrancándome de golpe y sin anestesia de mis pensamientos.

Levanto la mirada con el corazón dándome un vuelco y me encuentro a Alba acercándose a mi mesa con una bandeja en la mano. La capitana del equipo lleva el pelo recogido en una coleta alta que todavía gotea agua de una ducha reciente, y el chándal de entrenamiento parcialmente abierto en el cuello deja entrever la piel bronceada de su clavícula. Su expresión, totalmente relajada, contrasta de golpe con la tensión que se me instala en la boca del estómago.

Sé de sobra que Alba ya ha estado hablando con Alicia esta mañana y soy perfectamente consciente de que ahora me toca a mí.

—Estoy trabajando, Alba —le respondo con toda la neutralidad que soy capaz de reunir, mientras cierro el dossier con un gesto pausado, intentando que no me tiemblen los dedos.

Ella suelta una pequeña risa nasal y se sienta justo frente a mí, haciendo gala de esa confianza arrolladora que tienen las capitanas. Apoya los antebrazos sobre la mesa y sujeta su taza de café con una tranquilidad pasmosa, observándome con los ojos entrecerrados por encima del borde.

—Ya, claro. Tiene que ser un trabajo de lo más interesante y profundo —comenta con una ironía suave y una sonrisita de lado—. Sobre todo, porque llevas media hora mirando exactamente la misma página.

Le mantengo la mirada apenas un segundo antes de apartarla hacia el ventanal. Me repatea la sensación de sentirme observada, evaluada y casi diseccionada en mi propio entorno laboral. Alba es inteligente. Demasiado. Y las personas así siempre terminan captando detalles que el resto pasaría por alto.

—¿Qué necesitas exactamente? —le pregunto al fin, apoyando los codos en la mesa e intentando reconducir la conversación hacia el terreno estrictamente deportivo.

Ella inclina apenas la cabeza, dando un sorbo corto, como si estuviera calibrando la potencia de sus próximas palabras.

—Nada en realidad, Clara. Solo me apetecía hablar contigo un rato a solas. Llevabas unos días bastante ocupada y tampoco quería interrumpir tu trabajo.

El tono de misterio que usa no me gusta ni un pelo, y mis dedos se cierran con un pelín más de fuerza alrededor de mi taza mientras hago un esfuerzo supremo por mantener el gesto sereno en el rostro.

—Te escucho.

Ella exhala el aire despacio y deja la taza sobre la mesa con un ruidito seco.

—Alicia parece que está muchísimo mejor. Físicamente, quiero decir. Los últimos tests de carga han sido bastante positivos. A la vista está que tus atenciones le están yendo bien.

—Para eso me pagan y para eso hago mi trabajo —señalo con una calma fría—. No he aplicado tantas horas de terapia y refuerzo en esa articulación para no obtener resultados óptimos.

—Lo sé, lo sé, la dejarás como nueva —admite ella levantando las manos—. Aunque, siendo sincera, no me termina de gustar que se esfuerce tanto en las sesiones. Siempre quiere ponerse al mismo nivel físico que las demás y es obvio que el cuerpo no le da. Al menos no todavía.

—Eso no es ningún secreto para mí, Alba. Soy su fisio. Lleva haciendo lo que le da la gana desde que llegó al club.

Alba asiente lentamente con la cabeza, tamborileando con los dedos en la mesa, como si estuviera organizando sus pensamientos con sumo cuidado antes de soltar la bomba.

—Supongo que trabajar codo con codo con alguien como ella no debe de ser nada sencillo. Esa chica lleva una tormenta entera metida aquí dentro —dice señalándose la cabeza.

La maldita frase tiene un doble filo afilado, y las dos lo sabemos perfectamente. Siento cómo una tensión lenta, fría y molesta me recorre toda la espina dorsal.

—Es mi trabajo —le respondo con una firmeza impecable, cruzándome de brazos—. Tengo la obligación de trabajar con todas vosotras y recuperar vuestros cuerpos aunque no me entusiasme vuestra personalidad o vuestra forma de ser.

—Claro, por supuesto —repite ella con una suavidad que me saca de quicio, inclinándose un poco hacia delante sobre la mesa—. Pero una cosa es trabajar profesionalmente con alguien… y otra muy distinta implicarse demasiado a nivel personal.

Y ahí está el hachazo. Directo a la yugular.

Mis músculos se tensan, poniéndose en alerta roja, aunque me obligo a base de orgullo a mantener la compostura y la expresión de "aquí no pasa nada".

—No tengo ni la menor idea de qué estás intentando insinuar, Alba.

Alba me sostiene el pulso de la mirada con una calma que me resulta verdaderamente desconcertante.

—No estoy insinuando nada que no se vea a simple vista si pasas más de cinco minutos cerca de vosotras, Clara. Solo te digo, como capitana, que los rumores vuelan y cuando esos rumores involucran directamente a alguien del staff y con una jugadora con el perfil mediático de Alicia… la cosa se complica para todo el club.

El ruido lejano de la cocina llena brevemente el silencio que se queda flotando entre nosotras. Yo siento que el corazón me golpea con una fuerza descomunal contra las costillas, como si quisiera salirse de mi pecho y sé que mi situación no es fácil, que puedo perder mi puesto de trabajo, pero lo que me preocupa es la carrera de Alicia y la cantidad de mierda que pueden llegar a decir de ella en la prensa. Si esto explota y llega a oídos de la directiva, el juicio público y el castigo no caerán sobre mí. Caerá de lleno sobre ella. Sobre la jugadora conflictiva. Sobre la estrella problemática con antecedentes. Sobre la mujer de la que los medios ya han inventado demasiadas historias de terror. A mí pueden despedirme como a otro miembro más de este club, pero ella… en ella están puestos todos los focos.

—No sé qué clase de tonterías habrás escuchado por ahí —digo al fin, carraspeando para que mi voz suene muchísimo más fría, distante y cortante—, pero te aseguro que mi relación con Alicia es estricta y rigurosamente profesional.

Alba arquea apenas una ceja, mostrando un escepticismo que desarma a cualquiera.

—¿Profesional hasta el punto de miraros como si el resto del mundo no existiera? —me pregunta con suavidad—. Mira, Clara, no soy idiota. He visto perfectamente cómo la miras y cómo te mira ella a ti cada vez que entras por la puerta. Además, lo de anoche en la piscina...

Siento que un calor traicionero me sube a toda velocidad por el cuello, poniéndome roja como un tomate.

—Alba, basta.

—A mí me importa un bledo con quién te metas en la cama —me interrumpe levantando una mano para frenar mi protesta—. De verdad, como si os casáis mañana. Pero sí me preocupa, y mucho, la estabilidad del vestuario. El equipo necesita concentración y tranquilidad absoluta, Clara. Y Alicia… bueno, todas sabemos que Alicia no tiene precisamente el mejor historial de conducta del mundo. Ha ido creando fuegos en todos los clubes por los que ha pasado antes de llegar a Inglaterra. Si esto sale mal y se convierte en un drama, la que pagará el precio más alto y acabará en el banquillo será ella. Y yo me niego a que seamos el centro de atención de la prensa por un escándalo de faldas en lugar de por nuestros goles.

La forma tan cruda e injusta en que pronuncia sus palabras hace que algo dentro de mí salte con rabia. Me estoy cansando pero mucho de escuchar siempre el mismo discurso condescendiente sobre Alicia, como si fuese una especie de bomba de relojería defectuosa a punto de estallar en cualquier esquina. Como si nadie en este maldito deporte se molestara en preguntarse cuánto dolor, cuánta soledad y cuántas puñaladas hay detrás de toda esa coraza de tía dura que ella ha construido para sobrevivir.

—No conoces realmente a Alicia, Alba —le suelto antes de que mi filtro profesional pueda evitar que abra la boca—. No tienes ni idea de lo que ha tenido que pasar en su anterior club, ni de por qué actúa de esa manera tan defensiva a veces. Solo ves la superficie, la versión distorsionada que los medios de comunicación y los rumores de pasillo han creado de ella.

—Quizá ese es precisamente tu gran problema —me responde con una suavidad demoledora—. Que tú sí crees conocerla de verdad. Y

que toda esa empatía te está cegando el juicio.

Dicho esto, se levanta lentamente de la silla, sujeta su café y se marcha. Me deja allí plantada, completamente inmóvil, con el café enfriándose del todo entre las manos y una presión insoportable, gorda y asfixiante oprimiéndome el pecho. Porque si hay algo claro, es que los rumores ya han dejado de ser simples cotilleos y yo estoy empezando a perder la capacidad de protegernos a las dos.

. . .

La noche cae finalmente sobre el complejo con una calma que me resulta del todo engañosa. Las habitaciones reservadas para el staff ocupan una zona bastante apartada del edificio residencial principal, lo que las hace mucho más silenciosas, oscuras y privadas. Sin embargo, toda esa tranquilidad del exterior no tiene absolutamente nada que ver con el caos mental y el torbellino de dudas que llevo dentro desde mi encontronazo con Alba.

He intentado por todos los medios concentrarme en los informes médicos, en las estadísticas gráficas de recuperación y en los planes de rehabilitación para la próxima semana. Cualquier cosa con tal de mantener la cabeza ocupada y no volverme loca. Pero es inútil; todos los caminos, todos los gráficos y todas las líneas terminan devolviéndome de manera inevitable al mismo lugar: Alicia. Su sonrisa ladeada y canalla cuando consigue hacerme soltar una carcajada a pesar de lo mucho que intento ponerme seria. Su magnética mirada que parece atravesarme el alma cada vez que me mira. La forma tan limpia en que me busca, como si yo fuera la única persona en todo este maldito país capaz de entenderla de verdad.

De un momento a otro, mi teléfono vibra con saña sobre la mesilla de noche. Alzo la vista y miro la pantalla. Es Dani. No puedo evitar soltar todo el aire lentamente por la boca antes de deslizar el dedo para responder.

—Hola, Dani.

—Menuda voz de funeral me traes —me suelta él nada más escuchar mi saludo al otro lado de la línea—. ¿Se puede saber qué demonios está pasando por ahí?

Cierro los ojos un instante y me dejo caer pesadamente contra el cabecero de madera de la cama. Con Dani nunca ha servido de nada intentar fingir que todo va sobre ruedas. Es una de esas poquísimas personas en el mundo capaces de leerme el pensamiento incluso cuando yo misma me niego a hacerlo.

—Estoy agotada, de verdad. Físicamente y mentalmente.

—Mentira. A mí no me la das, Clara.

Escucho el sonido nítido de una puerta cerrándose al otro lado del teléfono y, acto seguido, su voz regresa con un tono muchísimo más cercano, serio y preocupado.

—¿Qué ocurre, Clara? Y ni se te ocurra decirme que no pasa nada, que nos conocemos desde hace bastante tiempo.

Guardo silencio durante unos segundos, apretando el móvil contra la oreja. Siento que toda esa contención que he construido se agrieta de golpe y sin remedio.

—Creo que me estoy enamorando de alguien, Dani.

Decirlo por fin en voz alta, romper el secreto, hace que algo muy profundo dentro de mí tiemble con una fuerza incontrolable. Hasta este preciso momento había evitado con pánico ponerle ese nombre. El deseo carnal es fácil de gestionar. La atracción física también se puede camuflar. Pero el amor… el amor es algo completamente distinto. Y yo ya he sufrido un calvario parecido en el pasado con Charlotte como para no tener pánico.

Escucho a Dani exhalar aire lentamente por los dientes, asimilando el bombazo.

—¿De quién, si se puede saber? —pregunta con un deje genuino de sorpresa flotando en su voz.

En este instante caigo en la cuenta de que ni siquiera se lo he mencionado a él en nuestras llamadas semanales, y de que toda esta historia con Alicia se ha convertido en algo tan clandestino, oculto y prohibido que hasta me resulta extraño e irreal pronunciarlo en voz alta.

—De una jugadora del equipo. De la delantera estrella.

—¿Y se puede saber desde cuándo exactamente? Porque bien guardadito que lo tenías. Aunque bueno, conociéndote y teniendo en cuenta lo que pasó con Charlotte, ya me puedo imaginar por qué no habías soltado prenda hasta ahora.

Suelto una pequeña risa amarga que me sale del pecho y que suena más bien como un sollozo contenido por la presión.

—La verdad es que no tengo ni la más remota idea de cómo he llegado hasta este punto, Dani. Se me ha ido de las manos.

—¿Tan malo es el asunto?

Miro de reojo hacia la ventana, donde las gotas de lluvia repiquetean y empiezan a deslizarse perezosas por el cristal.

—No, no es que sea malo. Al contrario. Alicia es absolutamente increíble. Aunque es capaz de sacarme de quicio en dos minutos, quince minutos después consigue hacerme sentir más viva que nadie en este planeta. No sé ni cómo explicarlo, en serio, solo siento cosas que no sentía desde hacía muchísimos años. Sentimientos que creía haber enterrado bajo tres metros de tierra.

—El amor es así de jodido, Clara. Aparece cuando menos te lo esperas.

La palabra "amor" vuelve a golpearme la cara con la fuerza de un balonazo a bocajarro.

—Ya sabes todo lo que hay en juego...

—¿Qué es exactamente lo que hay en juego? ¿Tu puesto de trabajo? ¿El qué dirán cuatro carcamales cuando se enteren? ¿O simplemente tu corazón? —replica él con vehemencia al otro lado del

teléfono—. Clara, joder, todos en esta puta vida merecemos un poquito de felicidad. Déjate llevar por una vez.

—Ojalá pudiera hacerlo sin más, Dani. En el club, las normas son las normas y si la prensa se entera, van a ir de nuevo a por ella. Es la estrella mediática de la liga, pero también lleva demasiada mierda intentada a sus espaldas. Y la verdad, me niego en redondo a ser una piedra más en ese montón de problemas que ya arrastra la pobre.

Dani permanece callado durante unos segundos eternos, sopesando mis palabras con madurez.

—¿Y qué quieres hacer? ¿Alejarte de ella? —pregunta repetidamente—. ¿De verdad crees que haciéndolo vas a protegerla de algo? —me suelta con calma—. ¿Piensas en serio que ignorar lo que sientes os va a salvar del peligro?

No le respondo. Básicamente porque no tengo una respuesta real ni lógica que darle.

—Escúchame bien, Clara —continúa él con ese tono pausado que usa para darme consejos—. Puedes seguir escondiéndote, pero la realidad es que ya estás demasiado implicada y cuanto más tiempo sigas fingiendo, más daño te vas a hacer y, sobre todo, a ella. Habla con Alicia. Sé sincera por una vez en tu vida. Y lo que tengáis que decidir, decididlo juntas.

Siento un nudo molesto, gordo y apretado creciendo lentamente en mitad de mi garganta, impidiéndome tragar saliva.

—Es que no sé exactamente qué decisión tomar, Dani. Me da pánico meter la pata.

—No digas tonterías. Sí que lo sabes —insiste él con total rotundidad—. Te aterra admitirlo que no es lo mismo, pero en el fondo de tu alma lo sabes perfectamente.

—¿Y cuál es la solución según tú?

Dani no duda ni media milésima de segundo en responder.

—Apostarlo todo por ella, Clara. Arriesgarte de una puta vez. Vivir, joder, vivir. Llevas demasiados años limitándote a sobrevivir, construyendo murallas alrededor de tu corazón para que nadie se acercara. Alicia ha llegado a tu vida para derrumbarlas todas y eso es lo que necesitabas para volver a respirar.

Cierro los ojos y dejo que sus palabras me calen hasta los huesos. Al final, Dani tiene toda la razón del mundo. He construido una vida profesional impecable. Segura. Perfectamente controlada. Pero Alicia Puertas llegó para demostrarme, a base de besos y borderías, que debajo de toda esa rigidez sigue existiendo una mujer de carne y hueso capaz de enamorarse hasta perder el aliento.



22

Clausura moral

Alicia

El hotel donde el club nos tiene metidas está construido a las afueras de la ciudad, justo en una variante flanqueada por pinos oscuros y campos perennemente húmedos por la lluvia de los últimos días. Es un complejo idílico, elegante y, sobre todo, demasiado tranquilo para albergar a un equipo entero de fútbol femenino acostumbrado al cachondeo constante, las novatadas y las discusiones tácticas que surgen incluso a la hora de la comida.

Aun así, esta mañana, el ambiente me parece de lo más extraño y enrarecido. Tal vez sea porque Clara apenas ha cruzado una mirada conmigo en lo que llevamos de día. O bueno, igual sí que me ha mirado, pero de una forma totalmente distinta a las veces anteriores. Muchísimo más fría. Más lejana. Más comedida y corporativa. Y eso, para qué nos vamos a engañar, me está volviendo loca.

Me encuentro metida en el gimnasio del complejo haciendo una serie de ejercicios de movilidad articular y propiocepción, mientras el

resto de mis compañeras entrena los cambios de ritmo bajo la llovizna en el campo exterior. El olor a goma de las mancuernas, sudor y metal me llena los pulmones en cada inspiración. Justo frente a mí, un espejo enorme que cubre toda la pared me devuelve el reflejo de mi cuerpo fibrado, sudoroso y visiblemente cansado. Sin embargo, yo no me estoy mirando a mí misma. Qué va. Mis ojos la buscan a ella por el reflejo.

Clara cruza el gimnasio de punta a punta acompañada por uno de los preparadores físicos del club. Van los dos hablando en voz baja mientras revisan algo en su tablet. Lleva el pelo recogido en una coleta impecable, alta y tirante, y el polo negro oficial que se le ajusta al cuerpo de una forma que, sinceramente, debería estar prohibida por la UEFA. Sus hombros rectos, la curva deliciosa de su cintura, la forma tan sexy en que mueve las piernas con esa seguridad innata... todo en esa mujer me resulta absolutamente irresistible, incluso ahora que ha decidido plantarme esta distancia de hielo que me está consumiendo viva.

Ni siquiera levanta la vista del aparato para mirarme. Ni un mísero segundo. Esa indiferencia tan fríamente calculada y bien construida me atraviesa el pecho como si fuera una flecha.

Apretó la mandíbula con rabia y continúo con las flexiones de rodilla, aunque mi concentración se ha mudado a las islas Malvinas.

«Perfecto», pienso con una amargura que me reconcome las entrañas. «Así que vamos a volver a jugar al escondite. Me encanta tu distancia de seguridad, doctora».

Ya conozco esa clase de distancia, ese método evasivo que usa cuando algo se le va de las manos o se arrepiente demasiado de cómo se están sucediendo los acontecimientos. Antes no me importaba, la verdad es que ya estaba curtida, pero ahora es infinitamente distinto, más personal y más emocional. Porque después de todo lo que hemos vivido y compartido, después de haberme dado cuenta de que estoy locamente enamorada de ella… no me imagino un puñetero día sin su presencia en mi vida.

La rodilla izquierda me pega un viaje de repente al hacer un mal apoyo en un ejercicio de carga, y el dolor se transforma en una

punzada seca, ardiente y profunda que me obliga a cerrar los ojos y soltar un bufido de dolor. Respiro hondo por la nariz y aprieto los dientes para no caerme en la colchoneta. Yo siempre tengo por costumbre ignorar las señales de mi cuerpo. El problema de ahora es que Clara ya no lo hace.

. . .

El resto de la jornada se convierte en un ejercicio insufrible de autocontrol. Durante la comida, Clara decide sentarse justo al otro extremo de la mesa. Se pasa todo el rato hablando animadamente con el segundo entrenador sobre la estrategia de presión alta para el primer amistoso, y su voz me llega como un eco lejano y molesto entre el ruido de las conversaciones. Intento por todos los medios pasar de ella y mirar mi plato, pero fracaso estrepitosamente. Cada vez que levanto la vista de manera inconsciente, me topo con su perfil concentrado, completamente ajeno a la tormenta de categoría cinco que se está desatando en mi interior.

En la sesión de vídeo táctico de la tarde evita por todos los medios quedarse a solas conmigo en la sala. Cuando nuestras miradas se cruzan por puro accidente espacial, aparta los ojos a la velocidad de la luz. Y para rematar la jugada, durante la sesión obligatoria de fisioterapia me habla de mi rodilla con un tono tan estrictamente profesional y aséptico que me hiela la sangre en las venas.

—A ver, Alicia, ¿cómo notas la carga de trabajo hoy en el tendón? —me pregunta sin levantar los ojos de la articulación mientras me explora los movimientos.

—Bien —le respondo con una sequedad que asusta, aunque por dentro me muero de ganas de agarrarla por las solapas del chándal y gritarle que no está bien absolutamente nada.

—Necesitamos que estés al cien por cien para el inicio de la liga, así que haz el favor de no forzar más de lo estrictamente necesario —añade, retirando las manos de mi pierna y dándose la vuelta para lavarse las manos en el lavabo sin mirarme a los ojos ni una sola vez.

Ni una miradita larga. Ni una sonrisa de esas de medio lado que me vuelven loca. Ni uno solo de esos roces accidentales con los que antes nos buscábamos. Es más que evidente que está poniendo barreras entre nosotras y alejándose de mí a marchas forzadas. Y cuanto más obvio se vuelve el asunto, más mala leche siento crecer en mi pecho. Porque si tiene intenciones de terminar con esto antes de empezar, tiene dos manos y una boca para decírmelo de frente. Yo soy capaz de soportar muchas cosas en esta vida, pero las medias tintas siempre me ha parecido de cobardes.

La noche cae finalmente sobre el complejo cargada de una humedad densa que empaña los cristales de los ventanales del hotel. Algunas de las jugadoras siguen apoltronadas en los sofás de la sala común viendo un partido repetido de la Champions, partiéndose de risa y comentando las jugadas a gritos, mientras que otras ya han subido a sus cuartos. Yo llevo cerca de veinte minutos caminando sola por los pasillos alfombrados, como un alma en pena, intentando rebajar la ansiedad que me atenaza el cuerpo sin el menor éxito.

Cada vez que parpadeo, la maldita imagen de Clara se me proyecta en el cerebro. Su voz susurrándome obscenidades al oído, sus manos deslizándose firmes por toda mi espalda, su respiración caliente quemándome la piel del cuello... Y justo después, esta puta distancia que ha levantado entre las dos de la noche a la mañana, tratándome como si fuera el peor error de su vida.

Justo en ese momento la veo entrar en el ascensor acristalado al fondo del pasillo y mi cuerpo reacciona antes de que mi cerebro pueda procesar la orden. Acelero el paso a todo lo que dan mis piernas. Las puertas automáticas están a punto de cerrarse del todo cuando meto la mano derecha a la desesperada entre los paneles y el sensor reacciona abriéndose para mí.

Clara levanta la cabeza de golpe con los ojos como platos al verme entrar, y un silencio espeso, tenso y peligrosísimo cae entre las dos. Las puertas vuelven a cerrarse con un leve siseo a nuestra espalda mientras noto el tirón del ascensor al empezar a descender. Ella lleva una carpeta de informes médicos apretada con fuerza contra el pecho, como si fuera un escudo. Veo perfectamente cómo hace un esfuerzo

titánico por mantener su postura, aunque la rigidez de sus hombros y el brillo de sus ojos delatan que está de los nervios. Me apoyo de espaldas contra la pared, cruzándome de brazos, sin apartar mis ojos de los suyos ni una milésima de segundo.

—¿Vas a seguir haciéndome el vacío mucho tiempo más? —le suelto a bocajarro, y la voz me sale muchísimo más ronca, profunda y dolida de lo que pretendía en un principio.

Su expresión facial apenas varía un milímetro, manteniendo la fachada.

—No te estoy haciendo ningún vacío.

Suelto una risa seca, irónica y cargada de amargura.

—Sí, claro. Y yo soy la portera oficial de la selección. No te jode.

Ella suelta un suspiro largo por la boca, desinflando los hombros, y se pasa una mano por la frente con un gesto de puro agobio.

—Alicia… por favor te lo pido, no empieces ahora.

—No. No me vengas con esas y no me hagas el numerito —la interrumpo con una frialdad que me escuece hasta a mí—. No soy una de tus pacientes a las que tienes que torear y manejar con cuidado.

Frunce el ceño con fuerza, clavándome sus ojos oscuros llenos de frustración.

—Entérate de una vez: estoy intentando por todos los medios protegernos a las dos. Estamos metidas en una situación sumamente delicada y lo sabes —dice bajando la voz, mirando de reojo la pantalla de los pisos.

—No me jodas. Claro que sé, no soy gilipollas. Pero hace exactamente dos noches en tu cama no parecías tener tantas dudas ni tantos reparos a la hora de estar conmigo y ahora… ¿me vienes con esto? ¿Es que ahora ni siquiera eres capaz de mirarme a la cara cuando te hablo?

Veo cómo tensa la línea de la mandíbula hasta que se le marcan los músculos y un brillo de puro pánico empaña su mirada. Ver ese miedo en sus ojos me mete un viaje directo al corazón, me hace muchísimo más daño del que jamás habría esperado.

—Mira, si lo que quieres es terminar con lo nuestro y mandarme a paseo —continúo con la voz temblando por la rabia contenida—, al menos ten la decencia y los ovarios de decírmelo claramente a la cara. Pero no me dejes en esta puta incertidumbre de mierda que me está devorando por dentro todo el día.

La frase se queda flotando en el aire del habitáculo, pesada como el plomo. El ascensor sigue bajando plantas y yo siento que el corazón me va a mil por hora, golpeándome las costillas con una violencia salvaje.

Clara se queda estática un segundo, da un paso lento hacia delante, reduciendo la distancia entre nosotras, y clava sus ojos negros directamente en los míos con una intensidad que me hace flaquear las piernas.

—Es que no tienes ni idea.

—¡Pues explícamelo de una maldita vez! —le exijo dando un golpe con el talón en el suelo—. Porque llevo todo el santo día volviéndome loca de remate, pensando que te arrepientes de estar conmigo. Dime qué coño ha cambiado. Dime por qué de repente he vuelto a ser solo una jugadora más de la plantilla para ti.

Antes de que me dé tiempo a reaccionar, sus dedos largos se cierran alrededor de mis muñecas con una firmeza brutal. Deja caer la carpeta de informes al suelo con un golpe seco y me arrincona con decisión contra la pared metálica del ascensor. El impacto me roba el aire de los pulmones de golpe. Y no por la fuerza del movimiento, sino por la cercanía de su cuerpo. Está tan pegada a mí que puedo sentir el calor abrasador de su piel atravesando la sudadera del club, su perfume inundándome el olfato y el ritmo desbocado de su respiración alterada contra mi boca.

—Escúchame muy bien —me susurra peligrosamente cerca, mirándome con una fijeza demoledora—. No quiero que nos sigamos escondiendo como si esto fuera algo de lo que avergonzarnos. Tú no te mereces tener que ocultarte ante nadie, tampoco mereces que vayan creando rumores que no son ciertos. Yo tampoco me lo merezco.

El aire desaparece de mi cuerpo. Siento que la rabia, la frustración y el pánico que llevaba acumulados se desordenan dentro de mi pecho, chocando entre sí. Me he pasado las últimas doce horas convenciéndome a mí misma de que Clara me estaba dando la patada por miedo a complicarse la vida, y ahora, teniéndola así de cerca, entiendo que no se estaba alejando. Estaba muerta de miedo. Exactamente igual de aterrada que yo.

La miro fijamente y noto cómo sus ojos bajan durante una milésima de segundo hacia mis labios con un hambre atroz.

—Clara…

—Tengo pánico por lo que pueda pasar en cuanto esos rumores vayan a más y terminen enterándose los de arriba —me confiesa con la voz rota, mientras sube una mano lentamente para acariciarme la mejilla con una ternura—. Estoy cansada de que todo el mundo se tome el derecho de juzgarte sin tener ni puta idea de quién eres. Y me aterra pensar en lo que te puedan llegar a hacer si se enteran de esto. Eres la jugadora estrella del equipo, sí, pero los miembros de la directiva se acogerán a esa maldita lista de antecedentes y problemas de conducta que arrastras para hundirte, y yo…

No dice ni una sola palabra más. Deja de luchar contra sus propios demonios y me besa con una furia desatada.

El mundo entero, el club y la pretemporada se evaporan en el mismísimo instante en que su boca encuentra la mía. No es, ni de lejos, un beso suave, de reconciliación o contenido. Es un beso desesperado, salvaje, intenso, cargado hasta arriba de todas esas emociones que nos llevan encogiendo el estómago desde que nos conocemos. Mis manos suben de forma automática, casi por instinto de supervivencia, hasta su cintura para pegarla más a mí, mientras ella profundiza el beso metiendo la lengua con una necesidad que me hace temblar las rodillas.

Sus dedos se enredan con fuerza en mi pelo, tirando suavemente hacia atrás para inclinarme la cabeza, y un gemido ronco e involuntario escapa de mi garganta directo a su boca.

El ascensor sigue bajando plantas de manera mecánica, pero yo ya no soy capaz de sentir absolutamente nada que no sea a Clara. Su cuerpo pegado firmemente al mío, su respiración totalmente apurada, la forma tan urgente y deliciosa en que sus labios devoran los míos... En mitad de todo este caos metálico, entiendo de golpe que mi corazón le pertenece solo a ella. No hay vuelta atrás posible en esta historia, no después de sentir que absolutamente nada en este maldito planeta me importa tanto como ella.

—Te necesito como el comer —le susurro directamente contra los labios entre beso y beso, mordiéndole el labio inferior con ganas—. No me dejes fuera de tu vida por miedo, Clara. Te lo ruego...

—Y yo a ti, Alicia —me responde ella con la voz completamente entrecortada y los ojos empañados—. Muchísimo más de lo que soy capaz de admitir. Me aterra de una forma brutal lo rápido que me has cambiado los esquemas, tía, y me jode no ser capaz de controlarlo.

El ruidito mecánico del ascensor nos pone en alerta. Clara se aparta apenas unos centímetros de mi boca, aunque sin soltarme del todo. Las dos respiramos como si acabáramos de correr una prórroga entera en mitad de agosto. Las puertas acristaladas se abren y entonces, se detiene el tiempo. El míster está plantado justo enfrente de nosotras y de pie a su lado, con cara de pocos amigos, el mismísimo director deportivo del club. Los dos están inmóviles, mirándonos fijamente.

El silencio que se instala en el vestíbulo es absoluto y devastador. Yo sigo acorralada contra la pared metálica del fondo. Clara está demasiado cerca de mi cuerpo, casi encima, con las manos aun tocándome. Nuestras respiraciones siguen siendo un poema de lo alteradas que están. Y aunque ninguna de las dos hemos abierto la boca para decir una sola palabra… la escena que tienen delante de sus ojos es clara y explícita. No hace falta ser un lince para saber lo que estábamos haciendo.

Siento cómo la sangre se me retira de las mejillas, dejándome fría.

Hugo abre los ojos de par en par, completamente ojiplático y sorprendido. El director deportivo, por su parte, reacciona muchísimo más rápido que el míster y, por la expresión de desprecio y severidad que se le dibuja en la cara, me queda claro que acabamos de cruzar un límite imposible de deshacer.



23

La entrevista bomba

Clara

La sala de juntas del complejo deportivo es claustrofóbica, gris y, en estos momentos, demasiado pequeña para contener toda la tensión que se acumula entre sus cuatro paredes.

Permanezco sentada en una de las sillas de piel frente a la mesa ovalada de caoba. Tengo las manos firmemente entrelazadas sobre el regazo, haciendo una fuerza descomunal para controlar el temblor que insiste en recorrerme los dedos. Alicia está pegada a mí, a escasos centímetros. Puedo sentir la vibración de su presencia sin necesidad de girar la cabeza: la energía contenida en sus músculos, la rabia pura que le bulle justo bajo la piel, la humillación que aún le enciende las mejillas y ese miedo atroz que ella, fiel a su estilo, disfraza con una mirada de desafío absoluto. Porque Alicia Puertas sabe perfectamente cómo pelear contra el mundo, pero odia con todas sus fuerzas sentirse expuesta. Y lo que acaba de pasar en ese ascensor ha sido exactamente eso: una exposición brutal, explícita y definitiva de nuestra intimidad.

Justo delante de nosotras se encuentran Hugo, el míster, y Julián, el director deportivo del club. Sus caras son un poema, aunque mantienen expresiones radicalmente opuestas. Hugo carraspea, cambia de postura en la silla y mira de reojo un punto impreciso de la pared; está incómodo, visiblemente atrapado en un marrón monumental que no tiene la más mínima gana de gestionar. Julián, por el contrario, luce el gesto gélido, impasible y severo del ejecutivo que ya ha tomado una decisión muchísimo antes de sentarse a la mesa.

Sobre la mesa descansan varias carpetas abiertas de par en par que huelen a problemas: recortes de la prensa, informes de rendimiento deportivo y las cláusulas de rescisión de nuestros respectivos contratos. Esto no tiene la más mínima pinta de ser una conversación informal para aclarar las cosas. Esto es un juicio en toda regla. Y lo peor de todo, lo que me revuelve el estómago, es que entiendo con claridad cómo demonios hemos llegado hasta este punto.

El silencio se prolonga unos segundos que se me hacen eternos, puntuados únicamente por el repiqueteo de la lluvia contra los cristales. Al final, Julián se aclara la garganta con un sonido seco, cortante.

—A ver, creo que todos los que estamos sentados en esta sala somos adultos —arranca de golpe, con una voz grave, corporativa y monótona—. Así que voy a ahorrarme los rodeos.

Noto perfectamente cómo Alicia se pone rígida y tensa la línea de la mandíbula a mi lado. Yo me obligo a sostenerle la mirada a Julián, sin pestañear, manteniendo la compostura.

—Lo que Hugo y yo acabamos de presenciar abajo en el ascensor deja meridianamente clara la naturaleza real de vuestra relación —suelta el director deportivo.

La palabra “relación” cae sobre la mesa con el peso plomo de un yunque. Ninguna de las dos abrimos la boca para replicar, básicamente porque no hay absolutamente nada que negar a estas alturas.

Julián apoya lentamente las palmas de las manos sobre la carpeta abierta que tiene delante y continúa con su discurso:

—Quiero que me entendáis bien para evitar malentendidos. El Ravenhill FC no contempla en sus estatutos ninguna normativa interna que prohíba de forma expresa las relaciones afectivas entre los miembros del staff técnico y las jugadoras de la plantilla. Sin embargo, dadas las circunstancias, estamos hablando de una situación que resulta especialmente delicada y comprometedora para la imagen del club.

Alicia suelta una risa seca, irónica y sumamente amarga a mi lado, cruzándose de brazos con un movimiento brusco.

—¿No sería más fácil decir que es delicada porque yo formo parte de la situación? —le espeta sin un ápice de filtro.

Julián la mira fijamente, entornando los ojos con paciencia.

—No simplifiques las cosas de esa manera tan absurda, Alicia. Esto es más complejo.

—Ah, espera. ¿No va por ahí la cosa? Porque si no es así, vas a tener que explicarte muchísimo mejor, Julián —le replica ella, plantándole cara con la voz completamente endurecida por la rabia.

Ese tonito suyo me pone en alerta; conozco al dedillo ese punto exacto en el que Alicia deja de defenderse para pasar a la ofensiva, atacando antes de que nadie tenga la oportunidad de meterle el dedo en la llaga.

—Alicia… —le susurro, intentando intervenir con suavidad mientras le pongo una mano en el brazo para que baje las revoluciones.

Ella ni siquiera se gira a mirarme. Tiene la mirada fija en el director deportivo, clavada como un puñal.

—No, Clara. Déjala. Quiero escuchar todo lo que tiene que decirnos.

Julián suelta un suspiro largo, como si le pesara la vida tener que lidiar con nosotras a estas horas.

—Tu historial mediático fuera de los terrenos de juego no ayuda precisamente a que el vestuario mantenga la estabilidad y la

concentración que el míster necesita —sentencia él, dando un golpe con el dedo índice sobre los recortes de prensa que hablan de sus antiguos escándalos y sus salidas de tono.

La rabia cruza el rostro de Alicia a la velocidad de un relámpago, poniéndole los ojos oscuros casi negros.

—Es que me parece fascinante que me vengas con esas ahora —responde con una frialdad que me da escalofríos—. Porque cuando tus emisarios vinieron a buscarme con el talonario por delante para que firmara el contrato con el Ravenhill, todos esos supuestos problemas ya existían. Las portadas de la prensa rosa, los rumores, los conflictos con mi anterior entrenador, las mentiras de los periodistas… Todo eso estaba bien clarito sobre la mesa de negociación. Y aun así decidisteis traerme a Inglaterra porque estabais desesperados por meter goles y vender camisetas. Así que ahora no tengáis la tremenda desfachatez de usar mi vida privada en nuestra contra solo porque os incomoda ver un par de besos en un ascensor.

Sus palabras me pegan un viaje directo en mitad del pecho. Primero, porque tiene toda la razón del mundo; y segundo, porque detrás de toda esa fachada de tía macarra y agresiva noto algo que me parte el alma: un agotamiento emocional profundo, sordo y desgarrador. Alicia está hasta los mismos ovarios de ser catalogada siempre como "el problema" o "la oveja negra" antes incluso de que alguien se moleste un mísero segundo en intentar conocer a la mujer que hay detrás del dorsal.

Julián entrecierra los ojos, visiblemente molesto por el repaso que le acaba de dar.

—Te aseguro que esto no tiene absolutamente nada que ver con nuestra incomodidad personal, Alicia.

—¡Claro que tiene que ver con eso, no me jodas! —replica ella con una vehemencia que hace que se incline hacia delante sobre la mesa—. Lo que pasa es que en cuanto una futbolista tiene un par de ovarios bien puestos y carácter, deja de ser una jugadora apasionada para convertirse directamente en una tía conflictiva. Y si encima comete

el tremendo delito de enamorarse de alguien que trabaja dentro del club, entonces ya montáis el escándalo del siglo.

—Alicia, por favor —interviene Hugo por primera vez, levantando las manos con un tono calmado, intentando ejercer de apagafuegos antes de que la sangre llegue al río—. Nadie en esta mesa está utilizando esos términos contigo ni juzgando tus sentimientos.

Ella gira la cabeza hacia el míster con una rapidez felina, fulminándolo con la mirada.

—No os hace falta verbalizarlo. Las futbolistas como yo llevamos años escuchando exactamente el mismo discursito entre líneas, Hugo. Cada vez que una jugadora se sale un milímetro de la maldita línea recta que dibujáis los de arriba, se la convierte de inmediato en la mala de la película. Y yo ya tengo ese papel asignado por decreto desde que aterricé en este país.

Siento cómo algo se me rompe dolorosamente dentro del pecho al verla así, desprotegida, sacando las garras y defendiéndose completamente sola. Siempre sola contra el mundo. Mi Alicia, tan jodidamente fuerte por fuera y tan sumamente vulnerable por dentro.

El director deportivo desvía entonces sus ojos grises de Alicia y me clava la mirada a mí, recolocándose la corbata.

—Clara, tú ocupas una posición de máxima responsabilidad dentro del organigrama del cuerpo médico. Como profesional de la salud, entenderás perfectamente que este tipo de situaciones coloca al club en una tesitura reputacional muy complicada.

Y es justo en ese preciso instante, al ver la frialdad de sus ojos, cuando comprendo la jugada maestra de Julián. No tienen la más mínima intención de destruirme a mí o de despedirme de malas maneras; soy una fisio excelente y barata de sustituir. Van a ir a por ella, a degüello. Si esto trasciende, los titulares de la prensa deportiva inglesa no hablarán de una historia de amor real entre dos mujeres adultas e independientes que se han enamorado en el trabajo. Qué va. El morbo vende más. Hablarán en portada de Alicia Puertas, la futbolista conflictiva de siempre, la estrella problemática que

desestabiliza al equipo técnico, la jugadora incapaz de separar sus líos de faldas del rendimiento profesional. Otra vez la misma cantinela. Siempre ella pagando los platos rotos.

De repente, noto que mi respiración se vuelve lenta, pausada y extrañamente tranquila. Es una sensación rarísima. Es como si todo el pánico que llevaba acumulado en las últimas horas se hubiera disipado de golpe.

Me incorporo con firmeza en la silla, apoyo los antebrazos en la mesa y miro fijamente a Julián.

—Todo lo que han visto abajo ha sido responsabilidad única y exclusivamente mía, Julián —suelto con voz rotunda.

Alicia gira la cabeza hacia mí a la velocidad de la luz, abriendo los ojos de par en par, ojiplática.

—Clara… ¿pero qué coño dices? —me susurra con un hilo de voz alterada.

Le niego suavemente con la cabeza, manteniéndome firme en mi postura sin mirarla.

—No, Alicia. Déjame hablar a mí ahora, por favor.

Noto el peso de su mirada clavada de perfil en mi mejilla mientras yo concentro toda mi atención en el director deportivo. Siento el corazón latiéndome a mil revoluciones dentro de las costillas, como si fuera a salírseme del pecho, pero me obligo a que mi voz suene segura, profesional y completamente aséptica.

—Alicia Puertas jamás ha utilizado nuestra cercanía o mi posición dentro del staff médico para obtener ningún tipo de ventaja personal, trato de favor o alterar los informes de rendimiento. Nunca ha condicionado lo más mínimo mi criterio profesional y jamás, bajo ningún concepto, ha puesto en peligro la dinámica de grupo o la disciplina deportiva del club. La responsabilidad absoluta de haber cruzado esa línea deontológica es mía. Fui yo quien tomó la decisión consciente de dejarse llevar por los sentimientos, y fui yo quien no supo

poner los límites éticos necesarios en cuanto empecé a sentir algo muchísimo más profundo por ella.

—¡Eso es mentira y lo sabes perfectamente! —interviene Alicia de inmediato, dándole un puñetazo a la mesa que hace temblar los bolígrafos, con la voz rota y cargada de una emoción desbordante—. No vas a colgarte este muerto tú sola, Clara, no te lo voy a permitir. No fue cosa tuya. Las dos estamos metidas en esto hasta el cuello. Las dos lo sentimos desde el primer día y las dos lo queremos con ganas.

Me giro a mirarla por primera vez desde que entramos en este búnker de reuniones. Alicia me está mirando con rabia, pánico y una vulnerabilidad que me hace temblar por dentro. Dios santo. La quiero tanto que me duele físicamente el pecho.

—Sí que fue cosa mía —le respondo con una dulzura infinita, sosteniéndole la mirada—. Como miembro del cuerpo técnico y profesional de la salud, era yo quien tenía la obligación contractual y moral de mantener la distancia y la profesionalidad en todo momento. No tú.

Ella niega con la cabeza repetidamente, con los ojos empañados por las lágrimas de rabia.

—Me importa un bledo tu contrato, Clara. No pienso permitir bajo ningún concepto que cargues tú sola con las consecuencias de esto. No me voy a quedar aquí sentada con los brazos cruzados viendo cómo intentas sacrificarte como una mártir por salvarme el culo. Olvídate.

Una pequeña sonrisa, un tanto triste y nostálgica, se me dibuja en los labios. Es increíble. Incluso en mitad de esta escabechina, enfadada como un demonio y con el agua al cuello, sigue intentando por todos los medios protegerme a mí del golpe.

Vuelvo a clavar mis ojos en el director deportivo, apoyando las manos en la mesa.

—En el fútbol femenino, y en realidad en cualquier puesto de trabajo donde destaquemos, las mujeres seguimos viviendo bajo un escrutinio público y un juicio moral constante —digo despacio,

midiendo y saboreando cada palabra para que les cale bien hondo—. Podemos ser impecables durante años, excelentes en nuestras funciones, pero basta que cometamos un solo desliz en nuestra vida privada para que todo lo demás deje de importar una mierda. Alicia Puertas es la mejor delantera que ha pisado este club en muchísimos años. Lo sabéis perfectamente, lo sabe de sobra la prensa y lo sabe toda la liga inglesa. Y espero sinceramente que el hecho de que me ame no sea la excusa para que le neguéis la oportunidad de demostrarlo en el campo.

La palabra "amor" se queda flotando en el aire de la sala, pesada, rotunda e imponente. Alicia abre la boca apenas un milímetro, completamente shockeada por mi confesión. Yo me giro a mirarla y, durante un segundo maravilloso, juro que desaparece todo lo demás: la sala de juntas, la cara de póker de Julián, la tensión del ambiente y el miedo al futuro. Solo existimos ella y yo. Sus ojos fijos en los míos, su respiración contenida y esa emoción pura que empieza a resquebrajarle, pieza a pieza, toda esa armadura que lleva siempre a cuestas.

Le regalo una sonrisa de lo más tierna, intentando transmitirle paz con la mirada. Esto que voy a hacer no es un sacrificio desesperado. Es una elección libre, consciente y meditada. Mi elección.

—Así que, para evitarle mayores problemas a la institución —continuo finalmente, volviendo a mirar al director deportivo—, presento mi dimisión con carácter urgente y efecto inmediato.

El silencio que se instala en la sala tras es absoluto y brutal. Hugo levanta la cabeza de golpe, ojiplático y con la boca abierta. Julián frunce el ceño con fuerza, visiblemente sorprendido de que me haya adelantado a sus planes y Alicia… Alicia se queda completamente paralizada en la silla, pálida como la cera.

—No… —suelta de inmediato con un hilo de voz rota, quebrada por el pánico—. No hagas esa locura, Clara. Por favor, te lo suplico, no lo hagas.

El pecho se me contrae con una fuerza dolorosa al escuchar ese tono de desespero en su voz. Pero la decisión ya está tomada y no

pienso dar un solo paso atrás; estoy completamente segura de que es lo correcto para las dos.

—Es lo mejor para todos, Alicia —murmuro con suavidad, intentando calmar el ambiente.

—¿Lo mejor para quién, si se puede saber? —me espeta ella, incorporándose de golpe en la silla y plantándose casi encima de la mesa—. Porque desde luego te aseguro que para mí no lo es. ¿Cómo coño pretendes que me quede de brazos cruzados sabiendo que has renunciado a tu puesto por mi culpa? ¿De verdad te crees que voy a ser capaz de meter un solo gol sabiendo el precio que has pagado?

—Alicia, haz el favor de calmarte un segundo… —intento frenarla.

—¡No me da la gana de calmarme! No tienes ningún derecho a decidir todo esto sin contar conmigo —insiste con vehemencia, cerrando los puños con tanta fuerza sobre la madera de la mesa que se le ponen los nudillos blancos—. No pienso quedarme en este club mientras tú renuncias a tu carrera por mi puto historial conflictivo. No soy una niña pequeña a la que tengas que salvar de los monstruos, Clara. Soy tu pareja, joder.

La miro fijamente a los ojos, sintiendo que el corazón se me pone en un puño por toda la verdad que destilan sus palabras.

—No lo hago por tu culpa, mi amor. Te equivocas.

—¡Claro que sí! —replica ella con los ojos brillando por las lágrimas contenidas.

—Que no —le respondo con una firmeza, insuflándole seguridad—. Lo hago porque te quiero con locura y porque sé perfectamente, mejor que tú, cómo funciona la maquinaria de este mundo del fútbol. Si alguien tiene que dar un paso al lado para que tú puedas seguir teniendo una carrera limpia y meter al Ravenhill en la Champions, esa voy a ser yo. Me niego en redondo a permitir que te vuelvan a señalar con el dedo en las tertulias deportivas por mi culpa.

Los ojos de Alicia centellan en un segundo. Es una tormenta perfecta: rabia, dolor, orgullo herido y un amor tan puro que asusta. Todo mezclado en su mirada.

—Es que yo no necesito que me salves la vida… —susurra con la voz temblándole, perdiendo toda la fuerza de golpe.

—Lo sé de sobra. Siempre has sido una guerrera —le contesto con una ternura infinita—. Pero me apetece hacerlo porque te quiero.

Inspiró profundamente por la nariz, llenándome los pulmones de aire antes de rematar los flecos profesionales con los jefes:

—Dejaré todas las anotaciones médicas y los historiales clínicos perfectamente al día para que el nuevo fisio pueda continuar con tu tratamiento de rehabilitación sin contratiempos. También las pautas de carga del resto de las jugadoras y los informes que tenía pendientes con la directiva. No voy a dejar tirado al equipo en eso, soy una profesional. Yo voy a seguir siendo tu fisioterapeuta personal, Alicia, aunque sea fuera de los muros de esta ciudad deportiva. Y te juro por lo que más quieras que esa rodilla va a dejar de darte la lata de una santa vez. Vamos a conseguir juntas que vuelvas a ser la pichichi y la estrella indiscutible que eres. Tú y yo. Juntas.

Ella suelta una pequeña risa incrédula, entrecortada y cargada de una emoción brutal, mientras una lágrima rebelde se le escapa finalmente por la mejilla.

—De verdad, Clara… es que eres imposible cuando te pones cabezota —murmura limpiándose la cara con el dorso de la mano.

Toda la tristeza del momento me atraviesa el cuerpo, pero me obligo a mantener el tipo.

—Bueno, es lo que tiene pasar tanto tiempo contigo, que todo se pega —le respondo con una sonrisa de lo más dulce.

Durante unos segundos que parecen eternos, nadie en la sala de juntas se atreve a abrir la boca. Ni Hugo, ni Julián. Siguen estáticos. Porque hasta esos dos hombres de fútbol, parecen haber comprendido que lo que acaban de presenciar ya no va sobre el cumplimiento de las

normas internas del club, los rumores de vestuario o la reputación mediática. Esto va de algo muchísimo más grande: de dos personas enamoradas que están intentando por todos los medios no destruirse mutuamente en el proceso.

Hugo se aclara la garganta finalmente, rompiendo el hechizo, visiblemente afectado por la escena. Se recoloca en la silla y me mira con cara de circunstancias.

—Clara, por favor, creo que esto que estás planteando es del todo precipitado. Eres una pieza clave en el staff. Quizá si lo pensamos con calma podamos encontrar una solución intermedia que nos encaje a todos sin necesidad de que te marches del club.

—No existe ninguna solución intermedia, míster —le contesto con una serenidad pasmosa—. No la hay si queremos evitar que salpiquen a Alicia con cotilleos. Y yo no estoy dispuesta a consentir que la dañen bajo ningún concepto. Mi dimisión es firme.

Julián permanece en silencio absoluto unos instantes más, observándonos a las dos por encima de sus gafas de lectura, sopesando la situación. Finalmente, adopta un tono muchísimo más conciliador, protocolario y humano:

—Entiendo perfectamente la pasión y la honestidad que hay detrás de cada una de vuestras palabras, de verdad. Pero como directivo debo pediros que consideremos las consecuencias reales que todo esto puede acarrear para el rendimiento de la plantilla.

—Las consecuencias de vivir con miedo y escondidas ya las hemos sufrido nosotras dos de sobra estas semanas —interviene Alicia de golpe, muchísimo más calmada pero con una firmeza que me llena de orgullo—. Lo que siento por Clara no es un capricho de verano que pueda apagarse dándole a un interruptor, y no tengo la más mínima intención de seguir fingiendo ante mis compañeras que esta mujer no existe para mí. Así de claro te lo digo.

Hugo suspira, apoyando los codos en la mesa.

—Esto va a generar un ruido mediático tremendo en cuanto la prensa se entere de tu dimisión, Clara.

—Pues que generen todo el ruido que les dé la gana —responde Alicia, encogiéndose de hombros con una chulería descarada que me arranca una sonrisa—. Total, ya estoy más que acostumbrada a que inventen portadas sobre mi vida. La gran diferencia es que esta vez no voy a estar sola para parar los golpes.

Sus palabras me inundan el cuerpo de un calor reconfortante. Extiendo la mano por debajo de la mesa de caoba y le rozó los dedos con disimulo. Alicia, en un acto reflejo, entrelaza sus dedos con los míos al instante, apretándome la mano con una fuerza brutal, transmitiéndome toda la energía del mundo.

Después de tantos meses de esfuerzos inútiles por contener la atracción, de escondernos por los rincones y de intentar alejarnos la una de la otra, el amor ha terminado explotando delante de todos. Y yo no voy a permitir, bajo ningún concepto, que esta maravillosa locura se hunda en el fango como me pasó en el pasado con Charlotte. Esta vez no. Esta vez vamos a por todas, juegue quien juegue en contra.



24

Sin red de seguridad

Alicia

El despacho de Bruno siempre desprende esa atmósfera cargada, como si el aire estuviera impregnado de las cláusulas y los ceros de los contratos que se negocian aquí dentro. Es el lugar donde se decide si eres una estrella o si estás acabada, un sitio donde se habla de cifras que parecen sacadas de una película de ciencia ficción. Pero esta mañana, toda esa parafernalia me resbala; los contratos, los patrocinadores y las comisiones absurdas me importan un pimiento. Mi cabeza, mi corazón y hasta el último aliento de mi cuerpo están centrados en una sola persona: Clara. Ella ha dejado el club por mí. Ha tirado por la borda su carrera para salvar la mía, para evitar que esos buitres me vuelvan a colgar el cartelito de «la problemática».

Desde que regresamos a la rutina normal, no he dejado de pensar en eso. No importa lo mucho que intente distraerme; el pensamiento sigue ahí, anclado bajo mis costillas, provocándome una mezcla insufrible de rabia ciega y culpa.

Apoyo la cabeza contra el respaldo del sofá de piel mientras observo a Bruno, que camina de un lado a otro del despacho como un león enjaulado, con el teléfono pegado a la oreja. Lleva diez minutos discutiendo con alguien de marketing y apenas le sigo la conversación. Mis dedos juguetean con una botella de agua helada, girándola una y otra vez sobre, mientras la rodilla me late con una punzada rítmica, un recordatorio constante de todo lo que estoy a punto de perder si no espabilo. Aunque, por primera vez en mi vida, el fútbol no es el eje central de mi existencia, y eso es lo que más me acojona.

—Sí, joder, ya sé que quieren exclusividad absoluta —gruñe Bruno con voz cansada antes de colgar el teléfono de mala gana—. Pero Alicia no va a grabar ningún puto anuncio esta semana. Ni la siguiente. Punto final.

Cuelga, lanza el teléfono sobre la mesa y me clava los ojos.

—¿Qué querían esta vez? —pregunto con curiosidad. Estos últimos días, son varias las marcas deportivas que están contactando con él para que sea la imagen principal. He perdido hasta la cuenta—. Porque, para que los mandes tú a la mierda, tiene que ser una basura.

—Eran la competencia de la marca de crema solar a la que patrocinas.

—Ahora lo entiendo todo… —murmuro, cierro los ojos y suelto un suspiro profundo que no es capaz de relajarme los músculos. Llevo sin dormir días, todo mi cuerpo está en tensión y dudo mucho que la cosa cambie—. ¿Para qué me has citado?

Se deja caer en el sillón frente a mí y se afloja la corbata. Bruno siempre parece al borde del colapso: ojeras profundas, barba de dos días y esa manía de frotarse la frente cuando intuye una catástrofe. Y conmigo, la catástrofe es su estado natural.

—¿Quieres contarme qué demonios ha pasado? —pregunta con un tono mucho más suave, apoyándose en el escritorio con ambos brazos—. La jefa de prensa del club me ha llamado para decirme que Clara ha abandonado por tu culpa. Es más, esa cara de muerta que traes…

Alba, la capitana, tenía razón al decir que los rumores vuelan con la rapidez de un suspiro. Bajo la mirada hacia la botella y sopeso la posibilidad de soltar una mentira. Podría buscar alguna excusa barata, pero estoy harta de ocultar cómo me siento, cansada de tragarme cada golpe mientras el mundo decide qué clase de persona soy.

—Sí, Clara ha dimitido… —confieso al final, con un hilo de voz.

—Esperaba de corazón que solo fuera un rumor incierto.

La palabra «rumor» me revuelve las tripas. Rumores sobre mi carácter fuerte, sobre mis lesiones, sobre supuestas peleas en el vestuario o relaciones inventadas. Rumores sobre entrenadores que se han vuelto contra mí porque soy conflictiva, cuando la realidad es mucho más sucia, más dolorosa y, sobre todo, mucho más humana. Mi carrera entera está construida sobre esa montaña de mierda que dicen que son rumores.

—Y sí, lo ha hecho por mí —murmuro, sintiendo cómo se me quiebra la voz—. Pero antes de que me trates como una niña, te diré que lo decidió por sí misma y para protegerme.

—Alicia, por favor…

El silencio se instala en el despacho. Afuera, a través de los ventanales, la ciudad sigue con su ritmo frenético. Todavía puedo visualizar la expresión de Clara al anunciar su dimisión, el temblor de sus manos, esa forma en que me miraba como si yo fuera lo único importante en este mundo.

Me paso una mano por la nuca, intentando liberar la tensión.

—Estoy harta de toda esta mierda, Bruno. Harta de verdad.

Él se queda en silencio, esperando, dándome el espacio necesario para soltar todo lo que llevo dentro.

—Estoy harta de tener que callarme mientras inventan basura sobre mí. En este deporte, cada vez que una mujer muestra carácter, la convierten automáticamente en un peligro, en una amenaza. ¿Y sabes lo peor? Lo peor no es eso, lo peor es que al final te lo acabas creyendo y

aceptando esa imagen porque es más fácil que te etiqueten de conflictiva antes que tener que explicar tu versión.

Bruno apoya los antebrazos sobre las rodillas, concentrado al cien por cien.

—Sé que no tiene que ver con el tema, pero… ¿qué te pasó con tu anterior entrenador?

La pregunta se me clava como una aguja en la piel. Miro hacia la estantería, hacia los trofeos y las fotos de mis goles. Durante años he evitado hablar de ello porque cada vez que lo hago, me siento pequeña, sucia y culpable. Solo se lo conté a Clara en su momento.

—Se propasó sexualmente conmigo —suelto al fin, con la voz bajita—. Me hizo creer que, si no accedía a sus juegos, mi carrera se terminaba allí mismo. Al principio cedí por miedo, por pánico a perderlo todo, pero llegó un punto en el que exploté. Cuando le rechacé… todo se fue a la mierda. Acusaciones falsas, rumores de inestabilidad, sanciones encubiertas. Fue un infierno. O bueno, le inicio de mi infierno personal.

Bruno palidece, y la preocupación se marca más en su rostro.

—Alicia… joder. No tenía ni idea de que fuera tan grave.

Niego con la cabeza.

—No quiero compasión.

—No es compasión —insiste él con suavidad—. Es que ahora entiendo por qué montabas esos números cada vez que alguien te quería controlar. Has tenido que levantar muros de piedra a tu alrededor para sobrevivir.

Suelto una risa sin gracia, una que me raspa la garganta.

—Clara es la única que lo ha entendido. Desde el minuto uno.

Noto un nudo de hierro creciendo en mi garganta al pensar en ella. Nunca me ha juzgado. Ha aceptado mi caos, lo ha comprendido y, sobre todo, me ha protegido. La quiero. La quiero de una forma que ya

no puedo —ni quiero— esconder. Estoy harta de que el amor parezca un delito.

—Quiero ofrecer una entrevista, Bruno. Necesito hablar.

Él arruga el entrecejo, sorprendido.

—¿Hablar? ¿Con quién?

—Quiero contarlo todo. Mi carrera, los rumores que me han perseguido, la realidad de lo que ocurre cuando una futbolista deja de ser «conveniente» para un club. Y sí, quiero hablar de Clara. Se lo merece después de lo que ha hecho por mí.

Bruno se queda paralizado, procesando la bomba que acabo de soltar.

—Alicia, escúchame. Esto es un misil. La temporada empieza la semana que viene. La prensa te va a destrozar.

—Que lo intenten —respondo con una determinación que me recorre el cuerpo como fuego—. Esta vez, la historia la cuento yo. Estoy harta de que nos utilicen para vender una imagen moderna del fútbol y luego nos pidan que nos escondamos para no incomodar. Estoy hasta el moño de que el amor entre dos mujeres tenga que vivirse en silencio, como si fuera algo sucio.

Mi pecho sube y baja a toda velocidad. Siento rabia, sí, pero también una libertad que no conocía.

—¿Eres consciente de lo que esto puede provocar? —pregunta él, inclinándose más hacia mí—. No solo para ti. Para Clara. Para el club.

—Soy perfectamente consciente. Y por eso tengo que hacerlo. Clara ha sacrificado su carrer profesional por mí. No pienso quedarme de brazos cruzados.

Bruno se frota la cara lentamente, pensativo.

—Si hacemos esto, no hay vuelta atrás. Vas a estar en todas las portadas, te van a acribillar a preguntas personales. Habrá gente que te apoye, claro, pero los otros intentarán hundirte más que nunca.

—Llevo toda la vida esquivando golpes —contesto—. La diferencia es que ahora no me voy a esconder. Quiero que todo el mundo sepa la verdad. Que, al parecer, el amor, nos hace menos profesionales.

Bruno suelta una carcajada pequeña, una mezcla de agotamiento y admiración.

—Estás completamente loca.

—Eso dicen —respondo con una media sonrisa, la primera sincera que se me escapa en días.

—Y, por desgracia, la mitad de las veces tienen razón —añade él con un tono cariñoso—. Pero si vamos a meternos en este jardín, lo haremos bien. Nada de programas basura. Buscaré un medio serio, una periodista que respete tu historia. Pero prométeme que esta noche te lo pensarás una última vez.

Asiento, aunque mi mente ya ha zarpado. Me levanto, Bruno se pone en pie y me pone una mano en el hombro con un gesto protector.

—Voy a mover los hilos —promete—. Pero, Alicia… ¿la quieres tanto como para arriesgarlo todo?

No hay ironía en su pregunta. Está preocupado y mi corazón se me encoge.

—Muchísimo. Me hace sentir viva. Sus manos, su voz, su seguridad… la forma en que me mira. No puedo seguir escondiendo algo tan grande y tampoco puedo permitir que sigan señalándome y hundiendo mi carrera por unos rumores pasados que nada tienen que ver con la realidad.

Salgo del despacho con el corazón latiéndome a mil por hora. Afuera hace frío y el viento me despeina mientras camino sin rumbo fijo por la calle. Pienso en Clara. En lo que diría si supiera lo que estoy a punto de hacer. Probablemente se enfadaría, tendría miedo por mí, intentaría frenarme con mil argumentos lógicos. Pero es demasiado tarde. El problema nunca ha sido enamorarnos; el problema siempre ha

sido el miedo. Y he pasado muchos años dejando que sea el miedo el que lleve el volante de mi vida. Ya toca cambiar de conductor.



25

En el punto de mira

Clara

La lluvia golpea los ventanales de la cafetería con una constancia rítmica e hipnótica, de esa que te hunde el ánimo si te descuidas. Afuera, la ciudad parece envuelta en una neblina gris, densa y húmeda que difumina los faros de los coches y el vaivén apresurado de los peatones que se refugian bajo sus paraguas. Dentro, por suerte, el calor del local me abraza, mezclándose con el aroma a café recién hecho, pasteles y un toque de canela. Es uno de esos rincones pequeños y un poco escondidos donde las conversaciones parecen volverse más íntimas y el tiempo da la impresión de avanzar a cámara lenta.

Llevo casi diez minutos clavada en la silla, dándole vueltas con la cucharilla a un capuchino que ya ha perdido todo el glamur y la temperatura. La espuma del dibujo se ha disuelto en un remolino triste, amorfo y grisáceo. Dani me observa desde el otro lado de la mesa con esa paciencia infinita, casi de santo, propia de quien me conoce desde hace años. Ha sido mi confidente durante tantos años que es totalmente capaz de detectar el instante exacto en el que finjo tener la vida bajo

control cuando, en realidad, me encuentro a un segundo del colapso mental. Y esta mañana, para qué nos vamos a engañar, estoy en pleno código rojo.

—¿Piensas beberte ese brebaje de una santa vez o vas a seguir torturando a la pobre cucharilla hasta que confiese algún crimen de guerra? —pregunta al fin, usando un tono ligero y guasón que no consigue ocultar la tremenda preocupación que le asoma a los ojos.

Suelto una breve exhalación por la nariz, esbozando una sonrisa a medias, y dejo el cubierto sobre el plato.

—Oye, no sabía yo que habías conseguido un contrato de cómico —le respondo, aunque mi propia voz suena más cansada y desinflada que verdaderamente mordaz.

—Y yo no sabía que hemos quedado para organizar tu funeral —réplica él, inclinándose hacia delante y apoyando los brazos en la madera para recortar distancias.

Le lanzo una mirada de absoluto agotamiento. Dani niega despacio con la cabeza, entrelaza los dedos y suspira.

—Venga, déjate de rodeos. ¿Me vas a contar cómo estás o voy a tener que arrancarte la verdad con pinzas?

Llevo tres días respondiendo en modo automático a todo el que me pregunta. Soltando mentiras piadosas, pequeñas y perfectamente ordenadas que me sirven de escudo para seguir levantándome de la cama. Pero Dani no es el director deportivo del Ravenhill FC, ni el míster, ni ninguna jugadora de la plantilla. Y, desde luego, no es Alicia. Con él las caretas no funcionan, son una pérdida de tiempo.

Bajo la mirada hacia los restos de la espuma de mi taza y respiro hondo, armándome de valor antes de soltar la bomba.

—He dimitido.

Dani parpadea una sola vez, asimilando el golpe. Fue él el que me aconsejó que lo apostase todo por Alicia, pero estoy segura que esa idea no estaba presente en su consejo.

—¿Pero tú estás loca? ¡Con lo que te ha costado llegar hasta ahí!

Me encojo de hombros, mientras observo de reojo cómo los goterones de lluvia resbalan por el cristal exterior, formando riachuelos que mueren en el alféizar.

—Era lo correcto, no me quedaba otra —digo en voz baja, casi para mí misma.

—¿Lo correcto para quién? —me cuestiona él, clavándome una mirada intensa—. Porque te has pasado años desviviéndote por ese equipo.

No le respondo. Me froto las palmas de las manos para buscar algo de calor y continúo con mi argumento:

—No podía permitir que mi relación con ella acabara con su carrera. Alicia ha pasado por muchos calvarios en su carrera profesional, y estoy segurísima de que el club estaba barajando la idea de rescindir su contrato. Así que bueno… prefería quitarme del medio y pedir que le den una oportunidad de brillar.

Dani me sostiene la mirada durante unos segundos eternos, evaluando la jugada y sopesando mi nivel de locura.

—No, Clara, no te equivoques. Lo que has hecho no ha sido quitarte de en medio; lo que has hecho ha sido inmolarte tú solita.

—No seas tan dramático, por favor —susurro, aunque por dentro sé perfectamente que ha dado en el clavo.

Se ríe sin pizca de humor, un sonido corto, seco y bastante amargo.

—¿Que no sea dramático? Clara, acabas de presentar la renuncia al trabajo de tu vida. Creo que, como tu mejor amigo, me he ganado el derecho a un poquito de dramatismo matutino. ¿Te has parado a pensar un solo segundo en lo que vas a hacer a partir de ahora? ¿En cómo va a afectar esto a tu currículum y a tu futuro en el fútbol profesional?

Trago saliva con una dificultad espantosa, sintiendo un nudo en la garganta. Después de la tormenta que viví con Charlotte, me costó sangre, sudor y lágrimas que un equipo de primera división volviera a confiar en mí para liderar su servicio de fisioterapia. Cuando el Ravenhill FC me contrató, decidí sobrevivir a base de unas normas estrictas mientras que, más allá de esa coraza, seguían muy presentes las grietas y los traumas.

—He pensado en eso cada maldita noche —admito, mirándole a los ojos—. Pero es que ya no podía seguir fingiendo, Dani. Tarde o temprano nos iban a pillar y lo usarían como arma para destrozarnos. Y prefiero mil veces perder mi contrato antes que arriesgarme a perderla a ella.

Dani se recuesta en el respaldo de la silla y me clava una mirada cargada de una ternura infinita.

—La quieres de verdad, ¿eh?

Vaya si la quiero. La quiero con una intensidad tan brutal, salvaje y desconocida que a veces me asusta a mí misma. La quiero cuando me planta cara, cuando discutimos por cualquier tontería táctica, cuando su maldita arrogancia me saca de mis casillas y, sobre todo, cuando me vuelve loca con una sola de sus sonrisas. La quiero incluso en esos momentos en los que todo lo que despierta en mi interior me provoca un pánico atroz.

—La quiero como no he querido a nadie en toda mi vida.

—Entonces deja de poner cara de muerto —me señala con un dedo—. Te mereces ser feliz. Y si ella lo hace, es maravilloso.

Me paso una mano por el pelo, que todavía tengo un poco húmedo por culpa del trayecto bajo la lluvia.

—Ya, pero es que no es tan idílico ni tan sencillo.

—Nada es sencillo en esta vida —conviene él, encogiéndose de hombros—. Pero a veces hay que echarle un par de ovarios, ser valiente y apostar por el amor, aunque sientas que te vas a quemar en el intento.

Hago el amago de responderle, pero en ese preciso instante, Charlotte cruza el umbral, sacudiendo las gotas de su paraguas antes de cerrarlo. Lleva un abrigo oscuro y luce el pelo bastante más corto de cómo lo recordaba. Elegante, sofisticada, impecable. Como siempre. Mi cuerpo se pone rígido y cada uno de mis músculos se coloca en posición de alerta.

Dani sigue la dirección de mis ojos y murmura un «mierda» casi inaudible por lo bajo. Llevaba meses sin cruzarme con ella. Pero ha bastado una milésima de segundo para que el peso del pasado me caiga encima. Charlotte se gira, me ve y se queda completamente congelada unos instantes, procesando la estampa. Acto seguido, recompone el gesto y avanza hacia nuestra mesa.

Noto cómo la línea de la mandíbula se me tensa por la presión.

—Hola, Clara —me saluda con esa voz tan serena, templada y controlada que tengo grabada a fuego en el cerebro.

—Charlotte —le respondo, haciendo un esfuerzo titánico para que mi tono suene lo más neutro y maduro posible.

Ella le dedica un breve asentimiento de cabeza a Dani antes de volver a clavar sus ojos en mí.

—No me esperaba para nada encontrarte por este lado de la ciudad.

—Bueno, tampoco es que estemos en Nueva York, la ciudad es pequeña y todos acabamos moviéndonos por los mismos sitios —le contesto, forzando una media sonrisa que me resulta incómoda de sostener.

Una sombra muy sutil, parecida a una mueca de ironía, le cruza los labios. Dani, que siempre ha tenido alergia crónica a los silencios incómodos y a los dramas del pasado, se aclara la garganta ruidosamente mientras se levanta.

—Esto… voy a acercarme a la barra a pedir otro café y un bollo, que me rugen las tripas. Os dejo un momento a vuestras cosas.

Y desaparece del mapa con una discreción digna de elogio, dejándome a solas ante el peligro. Charlotte apoya su paraguas contra el lateral de la mesa y se sienta con elegancia justo en el borde de la silla que mi amigo acaba de desalojar.

—Me había llegado la noticia de tu dimisión en el Ravenhill FC —suelta a bocajarro, sin rodeos de cortesía.

Siento un pinchazo de lo más desagradable justo bajo las costillas.

—Vaya, veo que las noticias vuelan que da gusto —le respondo, cruzándome de brazos.

—Vuelan el doble de rápido cuando en la ecuación está metida una jugadora del calibre de Alicia Puertas.

Al escuchar el nombre de Alicia pronunciado por su boca, levanto la cabeza con un resorte y le clavo la mirada de golpe. Charlotte capta el gesto al vuelo, por supuesto. Siempre ha tenido una habilidad pasmosa para leerme los pensamientos.

—Así que es cierto lo que dicen las malas lenguas —añade en un tono extrañamente suave, casi reflexivo—. Estas con ella.

La tensión me recorre la espalda. Durante un par de segundos se me pasa por la cabeza la idea de negarlo todo, pero me doy cuenta de que a estas alturas ya no tiene ningún sentido seguir jugando al escondite.

—¿Cómo te has enterado? —le pregunto, entornando los ojos.

Charlotte arquea una ceja, visiblemente sorprendida por mi ignorancia.

—¿Me vas a decir que no has visto la entrevista que se ha publicado hace unas horas? A estas alturas, Clara, se ha enterado todo el mundo en este país.

El corazón me da un vuelco tremendo en el pecho, un vuelco que me deja sin respiración.

—¿Qué entrevista? ¿De qué me estás hablando, Charlotte?

Por primera vez desde que ha entrado por la puerta, una emoción real y sin filtros humanos cruza la cara de mi ex: es asombro absoluto.

—Madre mía… o sea, que de verdad no tienes ni la más remota idea de la que se ha liado —murmura, mirándome con fijeza—. Tu novia acaba de prender fuego a los cimientos del fútbol femenino, Clara.

Mi respiración se corta en seco. Charlotte mete la mano en el bolsillo de su abrigo oscuro, saca lentamente el teléfono móvil y me lo desliza por encima de la mesa.

—Anda, léela tú misma.

Cojo el aparato con las manos hechas un flan, tanto que casi se me escurre de los dedos. La portada digital de uno de los diarios deportivos con más tirada de Inglaterra se despliega ante mis ojos. Hay una fotografía enorme de Alicia que ocupa prácticamente toda la pantalla; sale espectacular, con esa mirada desafiante, felina y magnética que yo sé perfectamente que utiliza como escudo para tapar sus heridas de guerra. El titular, en letras gigantes y negrita, me impacta como un obús directo al corazón: *"Alicia Puertas rompe su silencio: 'No pienso volver a pedir perdón por amar libremente ni por defenderme de los de arriba'".*

Siento cómo todo mi sistema nervioso se pone en tensión. Pulso en el enlace y devoro las líneas. Cada maldita frase se me clava en el alma porque reconozco su voz, es ella hablando sin filtros, sin censuras. Habla abiertamente de la campaña de rumores, de cómo aprendió a base de palos a morderse la lengua para sobrevivir en un entorno que devora vivas a las futbolistas que se atreven a alzar la voz. Habla del fútbol femenino actual, criticando que a veces se busque más el espectáculo y el marketing que el deporte real. Habla claro sobre el abuso de poder, el miedo y la manipulación de los despachos. Y de pronto, llego al párrafo donde me menciona directamente a mí.

«No voy a consentir bajo ningún concepto que otra mujer vea destruida su carrera profesional por el simple hecho de quererme».

Tengo que parar de leer un segundo porque el pecho me arde como si hubiera tragado brasas. El bullicio de la cafetería, el tintineo de las tazas y el ruido de la lluvia se difuminan; el mundo entero se ha reducido a los píxeles de esa pantalla. Sigo bajando con el dedo.

«Clara Valle no ha cometido ninguna falta ni ha faltado a su ética profesional. Lo más cómodo y cobarde para las dos habría sido seguir escondiéndonos para proteger nuestra imagen. Pero estoy sumamente cansada de vivir en la sombra, como si amar a alguien de tu mismo sexo fuera un problema o algo de lo que avergonzarse».

Noto un nudo tremendo subiendo por mi garganta y los ojos se me llenan de lágrimas. Me tiemblan los dedos de una manera descontrolada alrededor del terminal. Charlotte me observa desde su sitio, guardando un silencio respetuoso.

—Hay que reconocer que tiene carácter —suelta ella tras unos instantes—. Muchísimo más del que yo tuve en su día contigo, desde luego.

No soy capaz de articular palabra. Estoy demasiado ocupada intentando que el corazón no se me salga por la boca ante semejante declaración de intenciones. Vuelvo a la pantalla. Alicia habla de lo nuestro con una honestidad tan cruda, tan limpia y tan real que resulta desgarradoramente hermosa. No pretende pintar nuestra relación como un cuento de hadas idílico o perfecto. Dice la verdad pura y dura, con todas sus letras.

«Las futbolistas en este entorno llevamos demasiados años programadas para aguantar el tirón, para callarnos la boca ante las injusticias y para sonreír en los photocalls mientras cuatro señores en un despacho deciden qué versión de nosotras les resulta más conveniente para el negocio. Yo me planto aquí. Ya no quiero seguir pasando por el aro. Quiero amar a quien me dé la gana con total libertad. Y quiero que Clara tenga el mismo derecho a hacerlo sin que le cueste su puesto de trabajo».

Las letras del artículo empiezan a bailarme y a borrarse por culpa de las lágrimas que ya no puedo contener. Parpadeo rápido, intentando limpiar mi visión.

Justo en ese momento, Dani regresa a la mesa, pero en cuanto me ve la cara, se le borra la sonrisa y frunce el ceño con alarma.

—¿Pero qué pasa?

Charlotte se levanta despacio de la silla con su móvil en la mano, estirándose el abrigo y agarrando su paraguas.

—Cuídala bien, Dani. Hazlo mejor de lo que yo supe hacerlo en su momento —le dice mirándole fijamente, para luego girarse hacia mí con una sinceridad en los ojos que me deja descolocada—. Y cuídala tú a ella, Clara. Esa chica se merece de sobra que alguien luche por ella con las mismas ganas.

Limpio una lágrima de mi mejilla con el dorso de la mano, conmovida por sus palabras.

—Charlotte… —intento balbucear.

Se detiene un segundo justo antes de enfilar la salida.

—Alicia tiene toda la razón en lo que ha dicho. Ya va siendo hora de que las normas del juego cambien. Y parece que ella ha decidido ser la primera en romper la baraja. No la dejes sola en esta batalla, Clara. Te está esperando.

Y sin añadir nada más, se da la vuelta, pide un café para llevar y se marcha. Me quedo inmóvil en el sitio, viendo a través del cristal cómo abre el paraguas y se pierde bajo el aguacero, sintiendo el eco de sus palabras retumbarme en el pecho con una fuerza arrolladora.

Dani se sienta muy despacio, mirándome.

—¿Qué narices ha pasado para que estés así? —me pregunta con una urgencia que le sale del alma.

—Dani… demasiadas cosas —le digo mientras me levanto de la silla, sujetando mi abrigo con ansia.

—¿Pero a dónde vas ahora? —me grita él, aunque por la cara que tengo ya sabe perfectamente cuál es la respuesta.

—A buscarla.



26

A bocajarro

Alicia

El gimnasio de la ciudad deportiva huele a lo de siempre: a caucho, a metal y a ese sudor acumulado que se queda impregnado en las paredes tras miles de horas de machaque. Siempre noto una energía casi violenta en este santuario: el golpe seco de los discos de hierro al chocar contra el suelo, los jadeos asfixiados de mis compañeras, el chirrido de las zapatillas pivotando sobre el suelo técnico y un reguetón estridente que alguien ha puesto a todo trapo desde el móvil para motivar al personal.

Llevo veinte minutos subida a la bicicleta estática, pedaleando como si me persiguiera el mismísimo demonio, intentando autoconvencerme de que el ardor insoportable de mi rodilla es pura sugestión. Aprieto los dedos con fuerza alrededor del manillar, manteniendo el ritmo mientras el sudor me resbala por la nuca y me empapa la espalda. El cuádriceps me empieza a gritar que pare, que se va a acalambrar, pero yo meto más intensidad. Es mi marca de la casa:

tirar hacia adelante. Aunque escueza. Aunque sienta que la articulación va a estallar en mil pedazos.

—Baja un poco la resistencia, Alicia, que te conozco y vas a terminar sin poder moverte —me suelta Iván, mi nuevo fisio, con una mezcla de firmeza profesional y buen rollo.

Su voz me saca de mi bucle mental de golpe. Iván está apoyado contra una de las columnas del gimnasio, con una tablet mientras me vigila de reojo con esa paciencia infinita que el cuerpo médico suele desarrollar conmigo a los dos días de aguantarme. Pero él no es Clara. Y por eso todo este proceso me resulta tan sumamente raro. Es demasiado aséptico. Demasiado correcto. Demasiado frío.

Suelto un bufido, bajo la intensidad de la bicicleta y voy frenando las piernas poco a poco hasta que me detengo.

—Tampoco exageres… —le digo, pasándome el reverso de la camiseta por la frente para secarme el sudor—. Además, todavía estoy decidiendo si me caes bien o si te pongo en mi lista negra.

Iván suelta una carcajada limpia, tomándoselo a guasa.

—Oye, viniendo de la gran Alicia Puertas, que no me hayas mandado a paseo ya es todo un triunfo. Me conformo con que me toleres.

Me bajo de la bici apoyando primero el pie derecho. En cuanto el izquierdo toca el suelo, la rodilla me protesta con un calambre afilado que me cruza la articulación de lado a lado. Recompongo la cara al milisegundo, un truco que tengo más que ensayado. Cualquier cosa antes de que sospechen que no estoy aún al cien por cien.

Saco el tapón de la botella de agua y le doy un trago largo, dejándome la garganta congelada mientras paseo la mirada por el gimnasio. A mi izquierda, las defensas del equipo se están matando a hacer sentadillas con barra. En las colchonetas del fondo, las extremas estiran mientras rajan en voz baja. La liga arranca ya mismo y los nervios se palpan en el aire. Aunque, para ser franca, el inicio de temporada me importa tres pimientos; yo solo tengo a Clara metida

entre ceja y ceja. Desde que mi entrevista fue publicada, las redes sociales y los medios de comunicación han estallado en un incendio incontrolable. Mi móvil está lleno de notificaciones de prensa, llamadas perdidas de números raros, tuits incendiarios y miles de personas opinando sobre mi vida privada y dictando sentencia sin tener ni idea de nada.

He tenido que leer auténticas burradas de cavernícolas, pero, contra todo pronóstico, la ola de apoyo está siendo brutal y en el club, ha sido bienvenido. Compañeras de otros clubes de la liga, periodistas que se están partiendo la cara por mí y leyendas del fútbol femenino que confiesan haber pasado por el mismo calvario. Pero en medio de este tsunami mediático, a mí solo me importa ella. Y no sé absolutamente nada de Clara.

Cierro el tapón de la botella con tanta mala leche que casi me cargo la rosca.

—Estás en la luna otra vez —me dice Iván, que se ha plantado a mi lado con sigilo—. Menudo revuelo se ha armado con la entrevista, ¿eh?

Suelto una risa seca, sin pizca de gracia.

—Ni te lo imaginas. He abierto la caja de Pandora.

Él me mira con comprensión y da unos golpecitos con el bolígrafo en la camilla de tratamiento.

—Venga, súbete aquí. Vamos a testar esa movilidad antes de que aparezca el míster por la puerta exigiendo saber si estás para jugar media hora el domingo.

Resoplo y me arrastro hacia la camilla, cojeando un pelín a pesar de mis esfuerzos por disimularlo.

—Los entrenadores son todos iguales. Solo les importa los tres puntos.

—Menos mal que yo soy fisio —se defiende Iván con una sonrisa de lado mientras me ayuda a acomodarme boca arriba.

—Ya, pero hablas igual que ellos y eso me da un miedo que te mueres.

Iván se ríe por lo bajo y empieza a manipular mi pierna con movimientos suaves. Sus manos son precisas, técnicas, profesionales. Pero no tienen nada que ver con el tacto de Clara. Las manos de Clara son pura dinamita; cálidas, reconfortantes y capaces de leer mi cuerpo con solo rozarme. Me convendría dejar de pensar en eso, pero es superior a mis fuerzas. Clara ya no es la fisio del club, esa etapa ha pasado a la historia. Pero todo me lleva a ella.

—Pues oye, la inflamación ha remitido bastante —comenta Iván, concentrado en palparme la articulación—. Tienes algo de sobrecarga en el tendón, pero está bastante bien a pesar de tus sensaciones.

—¿Tú estás seguro? Porque sigo sintiendo calambres cuando me sobrepaso un poco.

—Eso es la sobrecarga. Así que ve con ojo y no te esfuerces demasiado. Cabeza fría.

Estoy a punto de soltarle una réplica vacilona de las mías cuando, de repente, alguien se detiene justo al lado de la camilla. Reconocería ese aroma a mil kilómetros de distancia. Dormida, borracha o en el peor de los trances.

Levanto la cabeza muy despacio y cuando mis ojos chocan directamente con los de Clara, el aire se me queda atascado en la garganta y siento que me asfixio. Lleva unos vaqueros oscuros que le quedan de infarto, botas de cuero negras y un abrigo gris marengo que brilla por las gotitas de la lluvia exterior. Su pelo moreno, un poco alborotado por el viento, le enmarca la cara.

Me da un vuelco el corazón tan bestia que creo que me va a dar un síncope. Es una mezcla explosiva de alivio, ganas locas de besarla y un deseo salvaje que me deja temblando. A nuestro alrededor, las conversaciones del gimnasio se van apagando como si bajaran el volumen con un mando a distancia. Mis compañeras empiezan a mirar

de reojo. Algunas disimulan fatal, estirando el cuello sin vergüenza alguna. Pero a mí me da exactamente igual; solo tengo ojos para ella.

Clara avanza un par de pasos con una seguridad que me desarma.

—¿Cómo va esa rodilla? —pregunta, usando un tono profesional, pero con un punto aterciopelado que me vuelve loca.

Esa voz me recorre la espina dorsal como una descarga de alto voltaje, poniéndome la piel de gallina al instante. Intento articular una respuesta ingeniosa, una de mis típicas frases sobradas para camuflar el huracán que tengo en el pecho, pero la mente se me queda en blanco. Las palabras se han tomado unas vacaciones de verano.

Iván, que no se está enterando del drama romántico que tiene delante, es el primero en romper el hielo.

—Pues mira, evoluciona que da gusto —explica enseñándole la pantalla de la tablet—. La articulación responde genial y, si no hay recaídas en los entrenamientos de carga, igual la tenemos para disputar unos minutos en el debut liguero.

Veo cómo Clara asiente lentamente, sin apartar ni un milímetro sus ojos de los míos. Hay una luz nueva en su mirada, algo limpio, desnudo de miedos y sin filtros. Ha leído la maldita entrevista. Vaya si la ha leído. Se le nota en la postura, en la forma en que me recorre con la mirada, como si hubiera decidido tirar los tabúes por la ventana.

Iván sigue dándole la chapa con especificaciones técnicas sobre la pauta de recuperación y los ejercicios excéntricos, pero yo ya tengo el cerebro desconectado. Clara se acerca más. Despacio. Sin esconderse de nadie. Noto la tensión de todo el vestuario. El pulso me va a mil revoluciones; estoy por jurar que los latidos retumban en los altavoces del gimnasio. Sus ojos se deslizan hasta mi boca y, sin mediar una sola palabra más, se inclina y me besa. Así, a bocajarro, por las bravas y delante de todo el mundo.

El gimnasio entero se disuelve en la nada. Su mano me acuna la mandíbula con una ternura posesiva que me derrite, mientras sus

labios encuentran los míos con autoridad. No es un beso apresurado ni de película; es mucho mejor. Es real. Es Clara diciendo «aquí estoy yo», eligiendo dar el paso a la vista de todo el club. Se recrea en mis labios, saboreándome despacio, transmitiéndome en un segundo todo lo que siente y borrando el silencio de estos dos días de angustia.

Me llega el eco de algún grito ahogado de fondo, cuchicheos y el ruido de alguien soltando una mancuerna, pero me da lo mismo. Cuando se separa apenas unos milímetros, noto su respiración cálida combinándose con la mía. Me quedo mirándola con una cara de boba que no puedo con ella, con los labios hormigueando a más no poder, y ella brindándome con una sonrisa de esas suyas que sé que me va a robar la salud algún día.

—¿La… la has leído? —consigo balbucear, con una voz más grave y rota de lo habitual.

Clara ladea la cabeza, sin dejar de acariciarme el pómulo con el dedo pulgar.

—Bueno, ahora mismo el país entero sabe que estamos saliendo —responde en un susurro delicioso—. Y resulta curioso… porque no recuerdo que me lo hayas pedido oficialmente.

Suelto una risita nerviosa, con las tripas hechas un nudo de pura felicidad.

—A ver… técnicamente el calendario venía apretado y no había hueco para una cita formal. Me vine arriba con el periodista, para qué te voy a engañar.

Sus ojos negros brillan con una intensidad preciosa, con algo que se parece muchísimo a la felicidad sin aditivos.

—Alicia…

Hago el amago de hablar, pero ella me silencia poniéndome un dedo en los labios. Y entonces lo suelta. Sin anestesia. Delante de veintitantas jugadoras cotillas. Delante del cuerpo técnico y de quien haga falta.

—Supongo que, ya que se ha enterado todo el mundo… solo me queda decirte que te amo con locura, Alicia Puertas.

El corazón me da un vuelco tan tremendo que juro que se me para por un segundo. Siento un vacío en el estómago y luego una ola de calor tan bestia que tengo que tragar saliva para no echarme a llorar. Clara jamás me había confesado sus sentimientos de forma tan rotunda y abierta. Escucharla es como si me quitaran una mochila de cincuenta kilos de complejos, miedos y soledad que llevaba arrastrando media vida.

Ella sonríe de lado y me pasa los nudillos por la mejilla en un gesto que me derrite.

—Y más vale que esa rodilla esté para jugar los noventa minutos. Porque yo te quiero a pleno rendimiento. En el campo y fuera de él.

La carcajada que se me escapa sale entrecortada, emocionada y con un punto de ridiculez por lo rematadamente feliz que me siento. A nuestro alrededor, el gimnasio se ha quedado en silencio. Varias de mis compañeras sonríen de oreja a oreja. Otras disimulan mirando fijamente las poleas, aunque se nota a la legua que no se están perdiendo ni un detalle del culebrón.

Iván se aclara la garganta, con cara de haber asistido al estreno del año.

—Bueno… desde luego mi contrato no especificaba que tuviera que hacer de sujetavelas. Pero oye, me alegro por vosotras, chicas.

Me tapo la cara con las manos muerta de la vergüenza mientras suelto una risotada limpia. Siento el pecho tan lleno que casi me cuesta respirar. Pero es una sensación maravillosa, limpia y llena de luz.

Destapo los ojos justo a tiempo para ver cómo Clara me mira con esa mirada felina que siempre me desarma.

—Clara… —comienzo, totalmente entregada.

Ella niega con la cabeza, divertida, y me guiña un ojo.

—No digas nada más, o te beso otra vez y provocamos un colapso en el entrenamiento.

—¿Eso es una amenaza o una promesa de las buenas? —le lanzo, con una sonrisa canalla que ya no puedo camuflar.

Su sonrisa se ensancha, libre, radiante. No la recuerdo tan ligera y tan ella. Es espectacular.

—Te espero esta noche en mi casa.

Noto cómo un escalofrío de calor me recorre el cuerpo de arriba abajo. Clara me planta un pico rápido en los labios y da un paso atrás, clavándome los ojos.

—No te retrases.

Me guiña un ojo con total complicidad y se da la vuelta, enfilando la salida del gimnasio y dejando flotando en el aire una energía brutal.

En cuanto cruza la puerta, escucho un silbido cachondo a mis espaldas, seguido de otro y de un coro de risas y aplausos contenidos. Me incorporo en la camilla despacio, intentando recuperar lo que me queda de dignidad.

Un par de compañeras se me acercan junto con Alba, que luce una sonrisa que no le cabe en la cara.

—Joder, menudo par de ovarios tienes —me suelta Alba, dándome una colleja cariñosa en el hombro—. Me alegro una barbaridad por las dos, ya era hora.

La extremo izquierda añade con su típico tono guasón:

—Bueno, después de este subidón, el domingo tienes que clavar un *hat-trick* por lo menos. Motivación no te falta, desde luego.

Iván niega con la cabeza, apuntando unas cosas en la tablet sin perder la sonrisa.

—Venga, señoritas, circulen y dejen trabajar, que esto parece un capítulo de telenovela. Aunque reconozco que ha sido el mejor

momento de mi jornada laboral en años.

Me vuelvo a tumbar en la camilla con una sonrisa boba plantada en la cara, pero mi cabeza ya está volando muy lejos de la ciudad deportiva. Está en el piso de Clara, imaginando la charla que nos espera, los besos que nos vamos a dar y la forma tan salvaje en que nos vamos a comer después de tanta espera.



27

El último refugio

Clara

He dejado la lámpara del salón encendida con la luz muy baja, la justa para crear un ambiente íntimo y acogedor sin que parezca esto un interrogatorio policial. Afuera, la lluvia sigue castigando los cristales, regalándome un murmullo de fondo que me viene de perlas para calmar el ritmo de mis pensamientos mientras la espero.

No han pasado ni dos horas desde que me he marchado de la ciudad deportiva, y todavía me tiemblan las piernas de solo recordarlo. He cruzado la línea roja, ya no hay marcha atrás, y por primera vez en mi puñetera vida, no tengo ni un gramo de miedo. Solo siento una felicidad que me ensancha el pecho.

El rugido del ascensor me avisa de que Alicia ya está aquí. Segundos después, escucho unos golpes tímidos en la madera. Al abrir, me encuentro ella; trae el pelo chorreando, las mejillas encendidas y esa sonrisita de pilla que me da la vuelta al cuerpo en un segundo. Viene con una sudadera de chándal y unos pantalones deportivos, como

si hubiera salido corriendo del vestuario sin importarle un pimiento el estilo.

—Hola…

—Pasa, anda —le digo, haciéndome a un lado mientras cierro el paraguas que trae en la mano—. Madre mía, estás calada.

Cierro la puerta a sus espaldas y nos quedamos flotando en el recibidor, mirándonos como si estuviéramos procesando el tsunami de las últimas horas. La tensión acumulada de estos días se palpa en el aire, denso y eléctrico. Doy un paso al frente, acortando distancias, y le retiro con delicadeza un mechón húmedo que se le ha pegado a la frente.

—Clara… —empieza a decir con voz ronca, pero no la dejo seguir con el discurso.

La sujeto por la cintura y la atraigo hacia mí en un abrazo de los que te recolocan las ideas. Sus brazos me rodean el cuello al milisegundo, apretándome con unas ganas locas, como si temiera que me fuera a evaporar. Apoyo la barbilla en su coronilla e inspiro hondo, embriagándome de ese olor suyo.

—Te juro que no me he sentido tan viva en toda mi existencia —le confieso, hundiéndole los labios en el pelo—. No te imaginas lo que he disfrutado viéndoles la cara cuando te he besado.

—Pues lo mejor ha venido después de que te marcharas. Te has perdido el tercer tiempo del drama —comenta, separándose lo justo para buscarme la mirada con una chispa de guasa.

—¿Ah, sí? ¿Ya ha empezado el sector crítico a rajar? —pregunto, arqueando una ceja.

—Qué va. —Alicia desliza sus manos por mis brazos, erizándome la piel a su paso—. Pero creo que al club y a los de arriba les ha quedado claro que hay cosas que no se pueden comprar ni con todo el dinero del mundo.

Le sujeto de la mano, entrelazando nuestros dedos, y la guío de camino al salón. Nos dejamos caer en el sofá, ese bendito mueble que nos ha visto entregarnos y donde me he pasado las últimas noches pensando en ella.

—Leer lo que has declarado en la prensa ha sido como recibir un bofetón de realidad —admito, acariciándole el dorso de la mano con el pulgar—. Me has obligado a imaginar mi vida sin ti. Estaba cagada de miedo, pero la verdad es que me estaba negando mi propia felicidad. Y mira, por ahí ya no paso.

Alicia baja la cabeza un instante, asimilando mis palabras mientras dibuja círculos concéntricos en mi piel.

—Yo no quería que renunciaras a tu carrara por mi culpa, Clara —dice, levantando los ojos para regalarme una sonrisa tierna—. Pero entiendo que, en este puñetero mundo, diseñado por y para hombres, a la mínima que una mujer destaca o se sale del redil, van a por ella a saco. Tú ya habías sufrido bastante por apostar por quien no debías, y sé lo que es esperar que alguien dé la cara por ti. No iba a permitir que pasaras por lo mismo que pasaste en el pasado.

Niego con la cabeza, sonriendo con el pecho encendido, y le levanto la barbilla con dos dedos para obligarla a mirarme fijamente.

—Llevo años convenciéndome de que soy capaz de separar el trabajo del corazón. Pero contigo… contigo ha sido misión imposible desde el minuto uno. Cada vez que te subías a mi camilla, cada vez que te testaba la rodilla y sentía tu piel, cada conflicto contigo… todo me empujaba hacia ti. Se me ponía el corazón en la garganta cada vez que te veía. Y tú —le doy un toquecito juguetón en la nariz— has hecho todo lo posible para ponérmelo difícil y hacerme perder los estribos.

Me inclino hacia ella sin esperar más y la beso. Es un beso lento, de esos que saboreas con calma pero que van cargados de dinamita pura. Sus labios se abren al instante, invitándome a pasar, y mi lengua explora su boca con una parsimonia que me nubla el juicio. Sabe fresca, a menta y a esa dulzura salvaje que me vuelve loca. Cuando nos separamos un milímetro, apoyo mi frente contra la suya, respirando su mismo aire.

—Te amo como una loca… Alicia Puertas —le susurro, confesándose de nuevo ante ella—. Y va en serio. Estoy colgada de ti desde el primer día que apareciste por el Ravenhill FC tocándome las narices.

—Todavía no me entra en la cabeza que hayas hecho lo que has hecho hoy delante de todo el mundo… —admite ella, mordiéndose el labio inferior con una mezcla de timidez y deseo—. Dios, Clara, dime que no estoy soñando. ¿De verdad me quieres a mí? ¿Con mi vida caótica, la prensa persiguiéndome y todos mis problemas?

—Te quiero a ti y solo a ti —le aseguro, dándole un beso corto en la comisura de los labios—. Quiero celebrar tus goles, consolarte cuando falles un penalti, estar ahí cuando la rodilla te dé guerra y hacer esto en noches como hoy. Ya no soy tu fisio, Alicia. Ahora quiero ser la mujer que te alegre los días.

Nuestros labios se vuelven a buscar, pero esta vez la cosa escala de lo lindo. El beso se vuelve más hambriento, más urgente, de esos que te queman por dentro. Mis manos suben por sus brazos hasta enredarse en su nuca, atrayéndola más hacia mí, devorándola. Alicia suelta un gemido sutil contra mi boca, y ese sonido tan vulnerable me enciende la sangre.

La empujo con suavidad hasta que cae sobre los cojines del sofá. Me coloco encima de ella, encajando una de mis rodillas entre sus muslos para fijar posiciones. Mis dedos se cuelan con decisión por debajo de su sudadera, acariciando la piel ardiente de su vientre. Siento cómo se le contrae el abdomen al contacto y cómo su respiración se vuelve sónica.

—Clara… por favor —jadea cuando mis labios abandonan su boca para descender por su cuello, alternando besos húmedos con pequeños mordiscos justo en la zona sensible debajo de la oreja.

—Déjate querer…

Le quito la sudadera con movimientos firmes, dejando al descubierto esa piel dorada y esos músculos cincelados a base de entrenamientos profesionales. Mis manos le recorren los costados,

memorizando cada línea de su cuerpo. Alicia arquea la espalda de golpe en cuanto mis labios envuelven uno de sus pezones, succionando con una calma exasperante mientras mi mano libre baja directa hacia el elástico de su chándal. Le lamo la punta del pecho, trazando círculos con la lengua antes de apretar un poco más, disfrutando de cómo se retuerce debajo de mí.

—Te necesitaba tanto… —confiesa con el aire justo, tirando de mi camiseta hacia arriba para librarse de ella—. No solo esto… Quería sentirte sabiendo que eres mía.

Me deshago de la prenda y vuelvo a pegarme a ella, piel contra piel. El contacto es pura corriente eléctrica. Sus pechos se presionan contra los míos y sus uñas se clavan sutilmente en mi espalda cuando mi mano se desliza por fin dentro de su ropa interior. Está ardiendo, empapada y completamente lista para mí. Deslizo dos dedos entre sus pliegues despacio, abriéndola con delicadeza, y luego los hundo de golpe, sintiendo cómo sus paredes me reciben apretándome con fuerza.

—Dios, Clara… —gime, empezando a mover las caderas contra mis dedos en un ritmo desesperado—. Ahí… justo ahí, joder. No te imaginas las veces que he fantaseado estos días con tenerte de nuevo así...

La observo desde arriba mientras la disfruto como nunca antes me había atrevido. Tiene los ojos a medio cerrar, los labios entreabiertos por los que escapan jadeos constantes y un rubor precioso que le tiñe las mejillas y le baja por el escote. Está espectacular. Meto un tercer dedo y meto una marcha más al ritmo, usando el pulgar para presionar de forma constante sobre su clítoris hinchado. Alicia se aferra a mis hombros como si le fuera la vida en ello, escondiendo la cara en el hueco de mi cuello mientras todo su cuerpo empieza a vibrar.

—No pares, Clara… por favor… —suplica entre gemidos entrecortados.

—No pienso parar, mi amor —le respondo al oído, dándole un mordisquito en el lóbulo—. Quiero ver cómo te corres para mí. Quiero oír cómo gritas mi nombre.

Sus músculos vaginales se tensan a más no poder alrededor de mis dedos y, con un gemido largo y profundo que retumba en todo el salón, Alicia se vierte, alcanzando un orgasmo de campeonato. La abrazo con fuerza contra mi pecho mientras se estremece en pleno espasmo, susurrándole lo mucho que la amo al oído y besándole el pelo húmedo hasta que el temblor remite.

Cuando abre los ojos, su mirada de entrega absoluta me derrite el alma.

Me agarra de las solapas y me besa con una urgencia renovada. Antes de que me dé tiempo a procesar la jugada, aprovecha su potencia de atleta para voltearnos en el sofá, invirtiendo las posiciones. Ahora soy yo la que está abajo, atrapada bajo su cuerpo. Sus manos van directas a mi pantalón, bajándolo junto con las bragas de un solo tirón impaciente. Aquí no hay preámbulos que valgan. Alicia me separa los muslos con autoridad y baja la cabeza entre mis piernas con una determinación que me hace contener el aliento.

El primer lametazo de su lengua, caliente y firme sobre mi clítoris, me arranca un gemido ronco que ni yo misma reconozco. Se toma su tiempo, saboreándome con devoción y jugueteando con mis labios hinchados. Acto seguido, introduce dos dedos en mi interior con una facilidad pasmosa, sumando un tercero y arqueándolos justo en el punto exacto que me hace ver las estrellas del firmamento.

—Alicia… —jadeo, arqueando la pelvis hacia su boca mientras el placer se me acumula en el bajo vientre—. Joder… tu boca… no pares, por lo que más quieras.

—Disfrútalo —me murmura contra mi piel mojada, sin frenar el ritmo ni un segundo—. Quiero oírte gritar. Quiero que te corras en mi cara, Clara.

El orgasmo me pasa por encima como un tren de mercancías, dejándome temblando de pies a cabeza y sin un hilo de voz. Alicia va subiendo poco a poco por mi cuerpo, sembrando besos en cada centímetro que recorre —las caderas, el estómago, el pecho— hasta que sus labios encuentran los míos. Nos besamos con lentitud, saboreando el momento y compartiendo el gusto de mi propio fluido en

su lengua, con los cuerpos empapados en sudor y los corazones latiendo al unísono.

Nos quedamos bien pegadas en el sofá, desnudas y con las piernas hechas un nudo marinero. Mi mano le acaricia la espalda dibujando formas invisibles mientras su cabeza descansa sobre mi pecho, escuchando mis latidos.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Cómo se gestiona esto?

—Pues como lo hace la gente normal —le respondo al instante, plantándole un beso en la coronilla—. Ya lo hemos hecho oficial. No pienso esconderme e. Si los periódicos quieren hablar, que hablen y que inventen lo que les dé la gana; nosotras sabemos perfectamente lo que hay.

Alicia levanta la cabeza para mirarme y me encuentro con unos ojos cargados de amor y de una paz que no le veía desde hace meses.

—Te juro que nunca pensé que fichar por el Ravenhill FC me fuera a traer el mejor trofeo de mi carrera —confiesa, mordiéndose el labio—. Una relación de verdad, donde no sentirme un bicho raro ni estar sola. Me haces sentir cuidada, Clara.

—Estoy aquí… —le susurro, pasándole el dorso de los dedos por la mejilla—. Y de aquí no me mueve ni el presidente de la liga. Podemos ir al ritmo que quieras, despacio o quemando etapas. Pero juntas. Siempre juntas.

Nos volvemos a besar, esta vez con una ternura infinita que me llena los ojos de lágrimas. Esta noche, en mi salón, entre confidencias, sudor y caricias, lo nuestro se convierte en algo blindado, real y profundamente nuestro. Y es ahí cuando soy consciente de que nuestro futuro, por muy caótico que se presente, tiene un rumbo fijo: ella.



28

El pacto de la mudanza

Alicia

Despertarse con el murmullo de la lluvia golpeando suavemente contra el cristal del dormitorio es una delicia, no nos vamos a engañar. Pero que ese despertar incluya el cuerpo desnudo de Clara pegado al mío, con una de sus piernas enredada entre las mías y su respiración pausada acariciándome la clavícula, es directamente tocar el cielo con las manos.

Me quedo quieta durante unos minutos, conteniendo el aliento para no romper el hechizo. La luz grisácea de la mañana se cuela tímidamente por las rendijas de la persiana, dibujando líneas de luz sobre su espalda. Tiene el pelo alborotado, los labios ligeramente hinchados por los besos salvajes de anoche y esa expresión de paz que rara vez muestra cuando lleva puesto el uniforme de trabajo.

Intento moverme un poco para estirar la pierna izquierda, pero mi rodilla —la eterna maldita— protesta con un crujido sutil. Al instante, siento cómo Clara se remueve a mi lado. Arruga esa nariz perfecta que tiene, suelta un gruñido somnoliento que me derrite las

entrañas y, sin abrir los ojos, desliza una mano cálida por mi muslo hasta posarla exactamente sobre la articulación.

—Te ha crujido la rótula. Y el tendón está tenso —murmura con esa voz ronca de recién despertada que me pone los pelos de punta—. Como descubra que has estado haciendo la loca mientras dormías, te pongo un plan de elásticos que te vas a enterar.

—Buenos días a ti también… —le respondo, soltando una risotada limpia y rodeándole la cintura con el brazo para pegarla más a mí—. Qué manía tienes con analizarme físicamente nada más abrir los ojos. ¿Es que no puedes abrazarme como una persona normal y decirme lo irresistible que soy?

Clara entreabre un ojo y se apoya en mi pecho con una sonrisa de lado.

—Irresistible eres un rato, no te lo voy a negar —dice, dándome un mordisco juguetón en la barbilla—. Pero, aunque no sea ya tu fisio, sigo siendo la responsable de que esa pierna rinda, así que mi deformación profesional va incluida en el pack. Por cierto, te toca levantarte y hacer el café. Ayer ya hice bastante esfuerzo físico cargando contigo en el sofá.

—¡Oye! —protesto, indignada a más no poder mientras le hago cosquillas en los costados, provocando que se retuerza entre las sábanas soltando una carcajada deliciosa—. Te recuerdo que la que manejó la situación en el segundo asalto fui yo, que para algo soy la nueve del Ravenhill FC y tengo una potencia de arrancada envidiable.

—Potencia te sobra, fiera, pero de delicadeza andas justa —se burla ella, zafándose de mis manos con agilidad y sentándose en la cama, dejando al descubierto la silueta perfecta de su espalda—. Venga, anda, muévete. Que, si no espabilamos, llegarás tarde a las instalaciones y Hugo te va a colgar de un pino.

Al mencionar las instalaciones, el ambiente festivo del dormitorio experimenta un sutil cambio de ritmo. La realidad de lo que hicimos ayer en el gimnasio —ese beso a bocajarro delante de toda la plantilla y el cuerpo técnico— empieza a asentarse en el aire. No tengo

miedo, ni un ápice, pero sé perfectamente que los directivos no gestionan las cosas con la misma naturalidad que en el vestuario.

Me incorporo despacio, apoyando la espalda en el cabecero de la cama, y la observo mientras se pone algo de ropa.

—¿Crees que le habrán llegado la noticia a Julián? —pregunto, intentando mantener el tono ligero, pero sin poder ocultar la curiosidad.

Clara se gira, deteniéndose a mitad de recogerse el pelo en un moño improvisado. Su mirada se vuelve seria, profesional, analítica.

—Julián ya no puede hacer nada. Tú estabas en tu derecho de hacer esa entrevista, y yo… bueno, yo me salté a la torera que ya no pertenezco al club y por tanto no puedo entrar en la ciudad deportiva como me dé la gana —responde, acercándose a mi lado de la cama para plantarme un beso tierno en los labios—. Pero no te preocupes por eso. Tú concéntrate en recuperar esa rodilla y en marcar goles.

—Ni de coña —le espeto, agarrándola de la muñeca con suavidad, pero con una determinación indomable—. Si te dice algo, voy y le recuerdo que mi contrato tiene una cláusula de rescisión que a más de un patrocinador le daría un infarto si decido ejecutarla.

Clara sonríe, pasándome los nudillos por la mejilla en un gesto lleno de ternura.

—Anda, ve a la cocina antes de que me lance a por tu boca y te impida salir de aquí.

El proceso del desayuno es pura comedia doméstica. Su cocina es pequeña, de un diseño minimalista que no está pensado para que una delantera de casi un metro ochenta se mueva con soltura sin golpearse los codos contra los armarios. Termino quemando la primera tanda de tostadas porque me quedo embobada mirando cómo Clara intenta alcanzar los boles de la parte superior del estante, poniéndose de puntillas y mostrando una elasticidad que me hace perder los papeles.

—¡Alicia, que sale humo! —grita, señalando la tostadora con el ceño fruncido.

—Es una técnica de ahumado vanguardista que se lleva mucho en España, doctora, no entiendes de alta cocina —me defiendo, sacando los panes carbonizados a toda prisa con un cuchillo mientras suelto una carcajada.

—Lo que sé es que como dejes el fútbol, de camarera te vas a morir de hambre —se mofa ella, quitándome el utensilio de las manos y untando la mermelada con una parsimonia desesperante.

Nos sentamos en la pequeña mesa de la cocina, compartiendo el espacio con una complicidad que me llena el pecho de una paz desconocida. Es una sensación extraña pero maravillosa. Llevo años viviendo en hoteles, en apartamentos de alquiler asépticos, saltando de una concentración a otra, sintiéndome profundamente sola a pesar de estar rodeada de miles de aficionados que corean mi nombre cada fin de semana. Pero aquí, compartiendo unas tostadas quemadas y un café con leche, siento que he encontrado mi sitio en el mundo.

—Clara —digo de repente, dejando la taza sobre la mesa y mirándola fijamente a los ojos. Ella se detiene, con la tostada a mitad de camino, intuyendo la seriedad de mi tono—. Esto de tener que andar midiendo los tiempos, de venir yo aquí o tú ir a mi apartamento… me toca las narices.

Clara suspira profundamente, dejando la tostada sobre el plato y su mirada se vuelve profunda, cargada de esa madurez que siempre me fascina.

—A mí tampoco me hace gracia. Pero es lo que suelen hacer todas las parejas, ¿no? Además, ahora que saben que somos pareja, dudo mucho que la prensa no te persiga y haga una telenovela de lo nuestro.

—Pues que les den a los de la prensa —le espeto con esa vehemencia tan mía, inclinándome hacia ella sobre la mesa—. No importa cuánto nos persigan. Al final, mi vida… mi vida la quiero contigo. Quiero esto, Clara. Todos los días.

Ella me observa en silencio durante unos segundos que se me hacen eternos. Veo cómo la emoción se dibuja en sus ojos, cómo se le ablanda la expresión y cómo traga saliva, intentando asimilar el peso de mis palabras.

—¿Me estás proponiendo…? ¿O es la cafeína que me está dando tumbos en la cabeza? —pregunta con una sonrisa trémula, aunque sus dedos aprietan los míos con fuerza.

—Te estoy proponiendo que dejes de pagar el alquiler de este piso y te traigas todo a mi casa —le suelto a bocajarro, sin anestesia, con la misma determinación con la que encaro un mano a mano con la portera rival—. Mi piso está diez minutos de la ciudad deportiva, tiene una terraza enorme, una habitación donde podríamos poner todos tus trofeos y los míos y, lo más importante, tiene una cama muchísimo más grande que esta. ¿Qué me dices? ¿Te atreves a mudarte con la delantera más problemática de la liga?

Clara suelta una risotada entrecortada, con las mejillas teñidas de un rubor precioso, y niega con la cabeza como si no pudiera creerse mi audacia.

—Eres una presuntuosa de cuidado. ¿Desde cuándo se le pide a tu pareja que se mude contigo de esta manera?

—Desde que tengo claro lo que quiero. No pienso perder ni un solo segundo —le respondo, guiñándole un ojo con total chulería.

—Está bien, acepto —dice, estirando el brazo para regalarme un beso con sabor a café y mermelada—. Nos mudamos juntas. Pero con una condición: yo elijo como colocar todos los trofeos, porque tu gusto por la decoración es tan sutil como tus entradas al área.

—Hecho —rio de buena gana, sintiéndome la mujer más afortunada del planeta.

. . .

Dos horas más tarde, el ambiente idílico de la cocina se desvanece en cuanto cruzamos la verja de seguridad de la ciudad deportiva del

Ravenhill FC. La lluvia ha cesado, dejando el asfalto brillante y un olor a tierra mojada que satura el ambiente. Decidimos entrar por separado para evitar alimentar a las lenguas bífidas del club, pero el ambiente en el pasillo principal ya es un hervidero de cuchicheos.

Me cruzo con Alba en la entrada de los vestuarios. Me mira con una sonrisa de oreja a oreja y me da un codazo sutil en las costillas.

—Menudo golazo que marcaste ayer en el gimnasio. Las chicas todavía están comentando la jugada —me vacila en voz baja.

—Déjate de rollos, que hoy tenemos sesión de video y no tengo el cuerpo para bromas —le respondo, intentando poner cara de póker, aunque la sonrisa me delata.

Me dirijo a mi taquilla, me coloco a toda prisa la equipación de entrenamiento y salgo al pasillo con la intención de pasar por el box para hablar con Iván y preguntarle por los datos de los últimos test. Pero al aproximarme a la zona de las oficinas, veo a Julián saliendo de su despacho. Trae una carpeta bajo el brazo, la mandíbula rígida y esa expresión estricta que no avecina nada bueno. Justo cuando me ve, hace un gesto seco con la cabeza.

—Alicia. Justo a quien buscaba. Pasa a mi despacho, por favor. Y tú también, Clara —dice, elevando la voz hacia el final del pasillo, donde me encuentro a Clara de pie.

Siento cómo la adrenalina se me dispara en el acto. Me coloco en posición defensiva, apretando los puños dentro de los bolsillos de la sudadera del club. Clara, al mirarme, me transmite una serenidad absoluta con los ojos, un mensaje mudo que me exige tranquilidad y cabeza fría.

Entramos las dos en el despacho. Es un espacio amplio, con ventanales enormes que ofrecen una panorámica perfecta de los campos de entrenamiento. Julián se sitúa tras su imponente escritorio de madera, arroja la carpeta sobre la mesa con un golpe seco y se cruza de brazos, observándonos con una seriedad que resulta opresiva.

—Supongo que os imagináis el motivo de esta reunión —comienza a hablar, con una voz gélida que resuena en las paredes del despacho—. Lo que ocurrió ayer por la tarde en el gimnasio fue un espectáculo lamentable desde el punto de vista de la disciplina del club.

—De lamentable no tuvo nada, director —le corto en el acto, dando un paso al frente con una arrogancia indomable que me sale de las entrañas. Siento cómo Clara me da un leve toque con el pie para que me calle, pero me la suda—. Fue un gesto natural entre dos personas adultas. No estábamos rompiendo ninguna norma. Además, Clara ya no trabaja aquí.

—¡Alicia, cállate y déjame hablar! —me ordena Julián, elevando el tono mientras golpea la mesa con el dedo índice—. El club tiene unos contratos de patrocinio millonarios vinculados a la imagen pública de sus estrellas. La exclusividad que concediste a la prensa hace dos días ya levantó ampollas en la junta directiva, pero que Clara campe a sus anchas por aquí cuando ya no forma parte del club, es una vulneración flagrante de la privacidad. ¿Cómo voy a justificar ante el resto del equipo vuestra actitud? Es más. ¿Qué pensarán el resto de tus compañeras de todo esto? Debo mantener unas normas estrictas para todos.

Las palabras de Hugo caen como puñales en el despacho. Sé que, desde el punto de vista puramente empresarial, Julián tiene parte de razón, pero la forma corporativa y fría que tiene de exponer los problemas me revuelve las tripas. Voy a soltarle una réplica de las mías, de esas que me costarían una multa económica, cuando Clara da un paso al frente, situándose un palmo por delante de mí.

—Julián, tienes toda la razón en lo que respecta a mis visitas y mi actitud —dice Clara con una voz pausada, firme, desprovista de cualquier atisbo de rabia o miedo. El director deportivo la observa, sorprendido por su tranquilidad—. Me he tomado la libertad de usar mi veteranía en este club para llegar hasta ella, pero prometo que no volverá a pasar. No pienso consentir que nadie ponga en duda la seriedad del Ravenhill CF, ni voy a desestabilizar la carrera de Alicia o del resto de chicas. Soy la primera que quiere que este club esté en la cima de la liga.

Julián la observa detenidamente y después, me mira a mí.

—En cuanto a ti, espero que canalices toda esa energía y esa rabia en el césped. La mejor forma de honrar la decisión que tomó Clara y todo lo que dijiste en esa entrevista, es demostrando que eres la mejor delantera del país. No quiero ver ni una sola distracción en los entrenamientos de esta semana. ¿Ha quedado claro?

—Va a tener que contratar a un operario nuevo para que repare las redes de la portería del campo, director. Porque pienso reventar todas las porterías del campo —le aseguro con una voz que destila pura promesa de gol.

—Ya podéis iros. Y no llegues tarde a la sesión de vídeo, o Hugo se subirá por las paredes.

Cuando ambas salimos del despacho y yo acompaño a Clara de regreso al aparcamiento de la ciudad deportiva, se desarrolla en un silencio cargado de emotividad. Al llegar a su coche, se gira hacia mí, apoyándose en la carrocería. La lluvia empieza a amenazar de nuevo en el cielo, pero a mí me da exactamente igual. La sujeto por la cintura con una desesperación necesitada, hundiendo mi rostro en el hueco de su cuello, aspirando su olor con una fuerza que casi la hace perder el equilibrio.

—Escúchame bien —Clara me sujeta la cara con ambas manos, obligándome a mirarla fijamente. Su sonrisa es amplia, luminosa, desprovista de cualquier atisbo de arrepentimiento—. Que no esté presente por aquí, no quiere decir que no nos vayamos a ver más. Me has pedido que nos mudemos juntas, así que te prometo que, a partir de ahora, te vas a cansar de verme la cara y de escuchar cómo te reprocho cada vez que me digas que te duele la rodilla.

Miro sus ojos negros, tan limpios y llenos de luz, y siento que el corazón me da un vuelco de pura felicidad. El malestar se disuelve, dando paso a una sonrisa canalla que ya no puedo ni quiero camuflar.

—Sube ya al coche y ve a empaquetarlo todo. Tenemos una mudanza oficial que organizar y una liga entera que ganar. Porque si

crees que yéndote del club, vas a dejar de trabajar, estás loca. Quiero que sigamos haciéndolo juntas.

—Eso no lo dudes, porque yo no pienso dejarte nunca.



29

El blindaje del vestuario

Clara

—Si alguna de las presentes me vuelve a preguntar si utilizo mis conocimientos de anatomía para dar masajes que no estén contemplados en el manual de la federación, juro por mi título universitario que el lunes le digo a Iván que os ponga a todas a hacer series de sentadillas isométricas hasta que os tiemblen hasta las pestañas.

Mi amenaza, pronunciada con la mayor cara de póker que soy capaz de gesticular, es sepultada de inmediato por una ovación de carcajadas que hace retumbar las vigas de madera del pub.

Estamos resguardadas en la planta superior de *The White Raven*, un local de estética tradicional inglesa con las paredes saturadas de fotos en blanco y negro del club, bufandas históricas y un olor penetrante a madera vieja, cerveza de malta y pastel de carne. Es el refugio privado de la plantilla, el único lugar de la ciudad donde los directivos no entran y donde las jugadoras pueden quitarse la coraza de

deportistas de élite para ser, simplemente, un grupo de chicas de veintitantos años intentando digerir la presión del debut liguero.

A mi lado, Alicia casi se atraganta con su vaso de agua. Tiene las mejillas encendidas por la risa, el pelo alborotado y me echa un brazo por encima de los hombros con una confianza y una naturalidad que todavía me hacen dar un vuelco al corazón.

—No las amenaces, que estas son capaces de lesionarse a propósito solo para comprobar si Iván también sigue tus métodos —me secunda Alicia, dándome un beso rápido en la sien que desata un coro de burlas y silbidos entre las comensales.

—¡Por favor, Alicia, un respeto a las solteras del equipo! —brama Sonia, la extremo izquierda y la payasa oficial del vestuario, levantando su pinta de cerveza con un gesto dramático—. Que bastantes traumas tengo ya con aguantar tus cambios de humor en los entrenamientos como para tener que veros destilar amor empalagoso durante la cena. Bastó con el espectáculo del gimnasio de la semana pasada. ¡Casi me da una hiperglucemia del azúcar que desprendíais!

—Lo tuyo es envidia de la buena porque aquí, la señorita delantera, solo me hace caso a mí —le devuelvo el dardo con una sonrisa canalla, ganándome el aplauso del resto de la mesa.

Verlas así, bromeando y relajadas, me produce un alivio tan inmenso que noto cómo los hombros se me destensan. No voy a mentir: venía a esta cena con el estómago hecho un nudo. Era la prueba de fuego social. Tras mi dimisión y el revuelo mediático que la prensa sensacionalista intentó levantar tras la entrevista de Alicia, me aterraba que mi presencia aquí resultara incómoda. Me preocupaba que las jugadoras me vieran como una distracción, como la causa de un bache en el cuerpo técnico a una semana del comienzo de la temporada.

Pero el vestuario del Ravenhill FC está hecho de otra pasta.

—Bromas aparte, Clara —interviene Alba, la capitana, adoptando un tono más pausado y maduro mientras apoya los codos en la mesa—. Queríamos que vinieras hoy porque, aunque ya no tengas la tarjeta de acceso de la ciudad deportiva, sigues siendo de las nuestras.

Lo que hiciste... la forma en que plantaste cara a la directiva para que no utilizaran vuestra relación como un arma arrojadiza contra el equipo... nos ha dado una lección a todas.

Las jugadoras de la mesa asienten con solemnidad. La capitana me sostiene la mirada con un respeto que me emociona profundamente.

—Este vestuario lleva mucho tiempo tragando saliva con ciertos comentarios de la directiva y de la prensa —continúa, mirando de reojo a Alicia y luego a mí—. Siempre nos piden discreción, como si lo que somos fuera un problema. Ver que has preferido marcharte con la cabeza alta antes que someterte a sus estúpidas cláusulas morales nos ha unido más que cualquier charla táctica del míster. El domingo no vamos a jugar solo por los tres puntos. Vamos a jugar para demostrarles a esos viejos trajeados de los palcos que este equipo se blinda desde dentro. Quien se mete con una de nosotras, se mete con todas.

Noto cómo la garganta se me cierra por la emoción. Deslizo mi mano por debajo de la mesa y busco la de Alicia. Sus dedos, largos y fuertes, se entrelazan con los míos al instante, apretándolos con una firmeza que me transmite toda su fuerza. Miro a esas chicas —algunas de ellas apenas unas crías que han tenido que madurar a golpes en el fútbol de élite— y entiendo que mi dimisión no ha sido un final, sino el inicio de algo mucho más grande.

—Gracias, chicas —consigo decir, con la voz un poco ronca—. Solo os pido una cosa: no dejéis que el ruido exterior os saque del partido. La prensa es destructiva, van a buscar el morbo, van a intentar sacar fotos de cualquier cosa o buscar declaraciones polémicas. No les deis el gusto. Vuestra única respuesta tiene que ser el balón.

—A esos buitres les vamos a dar una respuesta que van a tener que redactar con un diccionario de sinónimos para no repetir la palabra "baño" —salta Sonia con su habitual chulería, arrancando una nueva ovación colectiva.

La cena transcurre entre anécdotas, platos compartidos y un ambiente de comedia ligera que me hace olvidar, por unas horas, el vértigo de mi nueva situación de desempleada. Hacia la medianoche,

nos despedimos en la puerta trasera del pub. El aire de la noche es fresco, cargado de esa humedad típica que limpia el ambiente. Las jugadoras van desfilando hacia sus coches en grupos, compartiendo risas, perfectamente unidas.

Alicia y yo nos quedamos las últimas, esperando a que el aparcamiento se vacíe. Ella me rodea la cintura con los brazos por la espalda, hundiendo la barbilla en mi hombro mientras contemplamos la calle solitaria.

—Te lo dije —me susurra al oído, con ese tono cálido que me eriza la piel—. Te quieren. Te respetan. Este vestuario tiene memoria y sabe perfectamente quién se ha partido la cara por ellas durante estos años.

—Lo sé —respondo, girándome entre sus brazos para quedar cara a cara, disfrutando de la cercanía de sus ojos oscuros—. Ha sido precioso. Pero ahora viene lo difícil. Mañana es el último entrenamiento antes del debut y la prensa va a estar agolpada en la verja de la ciudad deportiva. Tenéis que mantener la cabeza muy fría.

Alicia dibuja esa sonrisa confiada que tanto la caracteriza y me planta un beso rotundo justo en los labios.

—Deja que hablen, Clara. Mañana verás cómo trabaja una delantera de élite.

. . .

La mañana del sábado amanece con un cielo plomizo, de un gris espeso que amenaza con romperse de manera inminente. Es el día del último entrenamiento a puerta cerrada, la sesión preparatoria donde se ultiman las jugadas de estrategia a balón parado y se confirma el once titular.

Aunque ya no tengo obligaciones contractuales, he decidido acompañar a Alicia en el coche hasta las inmediaciones de las instalaciones; nos hemos mudado oficialmente a su piso hace apenas tres días y todavía estamos adaptando los horarios de nuestra nueva rutina doméstica. Además, Iván —mi segundo en el departamento

médico y ahora jefe en funciones— me ha pedido por favor que me acerque de manera informal para supervisar el vendaje neuromuscular definitivo que le va a aplicar a Alicia en la rodilla antes de saltar al césped.

En cuanto enfilamos la avenida principal que da acceso a la ciudad deportiva del Ravenhill FC, la realidad nos golpea de frente.

Es un auténtico circo mediático. Decenas de periodistas, fotógrafos con teleobjetivos gigantescos y unidades móviles de la televisión británica se agolpan contra las verjas metálicas, desafiando a la fina lluvia que empieza a caer. En cuanto reconocen el deportivo de Alicia, se genera un tumulto de flashes que estallan contra el parabrisas de forma agresiva. Los reporteros se abalanzan casi sobre el capó, estirando los micrófonos, buscando desesperadamente la imagen del morbo: la estrella del equipo y la fisioterapeuta dimisionaria juntas en el mismo vehículo.

Siento cómo la tensión se me dispara de golpe. Mis dedos se clavan en el salpicadero y noto que la respiración se me vuelve superficial.

—Tranquila, Clara. No mires a los lados, mírame a mí —me ordena Alicia con una voz de una frialdad y un control absolutos.

La observo de reojo. Está completamente imperturbable. Tiene las manos fijas en el volante, la mandíbula apretada y la mirada fija en la barrera de seguridad que los guardias del club intentan abrir a duras penas entre la multitud. No hay un solo destello de duda en sus ojos; es la misma expresión de concentración máxima que pone cuando encara los minutos de descuento de una final.

El coche cruza la verja, que se cierra de inmediato tras nosotras, dejando atrás el griterío de los reporteros que corean preguntas capciosas sobre "el escándalo del vestuario" o "la ética del equipo".

Alicia estaciona en su plaza reservada, apaga el motor y se gira hacia mí. Me coge de las manos, que me tiemblan ligeramente, y las besa con una parsimonia que me resulta casi milagrosa dada la tormenta que hay fuera.

—¿Estás bien? —me pregunta con una ternura infinita.

—Sí —asiento, tomando aire profundamente—. Es solo que... impresiona ver la agresividad con la que buscan la carnaza. Parece que se les va la vida en destruir algo bonito.

—A esos tipejos les importa una mierda el fútbol y les importamos una mierda nosotras, Clara. Solo buscan el morbo fácil —sentencia Alicia, soltando una pequeña risa despectiva—. Pero se han equivocado de rival. Ahora, acompáñame. Quiero que estés delante cuando Iván me ponga el vendaje. Tu criterio sigue siendo mi ley.

. . .

El interior de las instalaciones se siente como un búnker blindado. El personal de seguridad ha reforzado los accesos y el ambiente en los pasillos es de una concentración absoluta. Al entrar en el departamento médico, Iván nos recibe con una sonrisa de alivio que le ilumina la cara; el pobre chaval tiene unas ojeras considerables por la responsabilidad que le ha caído encima, pero mantiene las formas de manera impecable.

—¡Clara! Menos mal que estás aquí —me saluda, dándome un abrazo rápido—. Hugo ha estado presionando esta mañana para saber si los niveles de elasticidad del tendón de Alicia están al cien por cien. No me fío de mi propia lectura del ecógrafo, necesito que le eches un ojo.

—Tranquilo, Iván. Ya no soy tu jefa, pero sigo siendo tu colega —le sonrío, quitándome la chaqueta y remangándome la camisa con un gesto que me resulta sumamente familiar—. Sube a la camilla, Alicia. Vamos a ver cómo responde esa rótula.

Alicia se encarama a la camilla de exploración con un salto ágil, quedándose en pantalones cortos de entrenamiento. Me sitúo a su lado, aplicando un poco de gel conductor sobre la articulación. Al tacto de mis manos, noto que sus músculos se tensan por puro instinto, pero en cuanto mis dedos empiezan a palpar las fibras del tendón rotuliano con firmeza, ella se relaja, fijando sus ojos oscuros en los míos con una confianza ciega.

Examino la pantalla del ecógrafo con detenimiento, deslizando la sonda por la zona afectada. Iván observa por encima de mi hombro, conteniendo el aliento.

—Mira aquí, Iván —le indico, señalando la imagen granulada de la pantalla—. La regeneración del tejido es absoluta. No hay rastro de la inflamación crónica que presentaba hace dos meses. El grosor del tendón es óptimo y la vascularización ha vuelto a la normalidad. Has hecho un trabajo de mantenimiento soberbio.

—¿Segura? —pregunta Iván, respirando al fin—. ¿Soportará los noventa minutos de presión que quiere el míster?

—Los soportará y pedirá prórroga si hace falta —interviene Alicia con esa chulería tan suya, dándose una palmada en el muslo—. Os lo he dicho cien veces, panda de hipocondríacos: estoy perfecta.

—Cállate, anda, que los médicos aquí somos nosotros —le espeto con una sonrisa de lado, limpiándole el gel con una toalla—. Iván, ponle el vendaje neuromuscular con un anclaje en espiral alrededor de la meseta tibial. Eso le dará un extra de estabilidad y le quitará carga mecánica al tendón en los giros bruscos.

Observo cómo Iván ejecuta la técnica con precisión. Siento una punzada de nostalgia al darme cuenta de que este ya no es mi feudo, de que mi etapa entre estas paredes ha concluido de forma definitiva, pero al mirar a Alicia, que me observa con una devoción absoluta desde la camilla, cualquier asomo de arrepentimiento se evapora en la nada. He perdido un empleo, sí, pero he ganado la libertad de quererla sin condiciones.

Unos minutos después, el míster asoma la cabeza por la puerta de la clínica. Trae el silbato en la mano y la pizarra táctica bajo el brazo.

—Doctora Valle. Un placer verte por aquí, aunque sea de visita —me saluda con deferencia—. Alicia, al césped. El rondo de activación empieza en dos minutos y ya sabes que no tolero retrasos, ni siquiera de la estrella del equipo.

Alicia salta de la camilla, se calza las botas de tacos con energía y se ajusta las espinilleras. Antes de salir por la puerta, se detiene frente a mí, ignorando la presencia del míster y de Iván, me sujeta la nuca con una mano firme y me planta un beso sonoro en la mejilla que me hace sonreír.

—Quédate a ver el entreno desde la grada, Clara —me pide en un susurro cargado de entusiasmo.

—Allí estaré. Anda, corre, no hagas esperar al míster.

. . .

Me sitúo en la pequeña grada lateral del campo de entrenamiento número tres, protegida por una visera metálica de la lluvia intermitente que insiste en encharcar el césped. Desde aquí arriba, la panorámica es perfecta. El entrenamiento a puerta cerrada es una coreografía de una intensidad brutal. El míster dispone un partidillo de once contra once en espacio reducido para ensayar la presión tras pérdida.

Es un espectáculo ver a Alicia en acción cuando está libre de dolor. Se mueve por el campo con una ligereza que parece irreal. Su zancada es potente, simétrica, desprovista de esa rigidez defensiva que mostraba semanas atrás cuando temía que la rodilla le fallara. En un lance del juego, recibe un balón largo de Sonia, amortigua el esférico con el pecho orientando el control hacia su pierna izquierda, ejecuta un amago sutil de cadera que deja clavada a la defensa del equipo filial y saca un disparo seco, cruzado, que se cuela como un tiro por la escuadra de la portería.

—¡Sí, joder, así quiero la arrancada mañana! —brama el míster desde la banda, aplaudiendo con entusiasmo.

Alicia se gira hacia mi posición en la grada, levanta el dedo pulgar con un gesto de complicidad absoluta y me regala esa sonrisa radiante que me genera una sensación dulce en el pecho. Las compañeras se acercan a chocarle la mano, compartiendo bromas, integrándola en un bloque compacto que se siente indestructible.

Observo la escena y me doy cuenta de que el vestuario ha conseguido lo que la directiva tanto temía: blindarse frente a la tormenta exterior. Toda la agresividad de los fotógrafos de la entrada, todos los titulares capciosos que inundan las secciones de cotilleos de los diarios británicos, se estrellan contra la realidad de este campo de entrenamiento. Aquí no hay escándalo, no hay conflicto, no hay debilidad. Hay un equipo de mujeres unidas por un objetivo común, protegiendo a su estrella y validando el camino que hemos elegido.

Al finalizar la sesión, las jugadoras se retiran hacia los vestuarios entre risas y tirones de camiseta. Me quedo sentada unos minutos más en la grada, disfrutando del silencio que regresa al campo de fútbol, sintiendo que una paz inmensa me inunda el pecho. El debut liguero de mañana ya no me da miedo; las estructuras del club podrán ser arcaicas y los despachos podrán estar llenos de cobardes, pero mientras estas chicas sigan rodando el balón con esa libertad en las piernas, el futuro es completamente nuestro.

Me pongo en pie, recojo mi chaqueta y me dispongo a bajar las escaleras de la grada para encontrarme con Alicia en el aparcamiento. La mudanza nos espera, y no pienso perderme ni un solo segundo del partido más importante de nuestra existencia.



EPÍLOGO

La forma más hermosa de ser valiente

Clara

El ruido de un estadio lleno tiene algo profundamente adictivo. No importa cuántas veces lo haya escuchado a lo largo de mi carrera. No importa cuántos partidos haya vivido desde la banda, desde el banquillo o desde alguna grada perdida. Siempre hay algo en esa mezcla de expectación, nervios y esperanza colectiva que consigue acelerarme el pulso hasta sentirlo en la garganta.

Y esta tarde no es diferente. O quizá sí. Porque esta vez no estoy pendiente de un equipo entero. Estoy pendiente de una sola persona. De Alicia.

Desde mi asiento en el palco observo cómo las jugadoras terminan el calentamiento sobre el césped impecablemente cuidado del estadio. El sol de finales de verano baña las gradas repletas de aficionados que agitan bufandas, banderas y pancartas con una ilusión que es capaz de mover montañas. El aire vibra con cánticos lejanos y el olor a césped recién cortado se mezcla con el aroma de la cerveza y el perfume de las personas que me rodean.

Ha pasado poco más de una semana desde que mi vida diera un giro que jamás imaginé. Pero aquí estoy, observando a la mujer que amo prepararse para disputar el primer partido oficial de la temporada. La misma mujer que ha estado a punto de destruirse por una lesión. La misma mujer que ha pasado meses negando el dolor, fingiendo que todo estaba bien mientras su cuerpo gritaba lo contrario. La misma mujer que ahora sonríe mientras se coloca la cinta de capitana provisional en el brazo con esa determinación que tanto me enamora.

Mi pecho se llena de orgullo, pero también de un miedo sordo y persistente. Porque el miedo no desaparece cuando amas a alguien. Solo cambia de forma, se vuelve más astuto y profundo. Alicia, que ha ignorado las señales evidentes de su lesión durante mucho tiempo, convirtió una tendinopatía rotuliana, cuya recuperación era relativamente sencilla, en algo mucho más complejo por su carácter terco y orgulloso. Aún recuerdo la primera vez que la examiné en la consulta. Su arrogancia, aquellas discusiones acaloradas, los desafíos constantes en su mirada y la tensión eléctrica que crepitaba entre nosotras. Todo aquello parece pertenecer a otra vida.

Ahora conozco cada uno de sus silencios. Sé cuándo está nerviosa porque aprieta la mandíbula. Cuándo está enfadada porque cruza los brazos y desvía la mirada. Cuándo está insegura porque evita sostenerme la mirada, como si temiera que pudiera leer en sus ojos todo lo que intenta ocultar. Y precisamente por conocerla tan bien, esta tarde me cuesta respirar con normalidad. Sé cuánto significa para ella este partido. No es únicamente el inicio de temporada. Es una reivindicación. Una respuesta al mundo. Una victoria personal. La demostración de que sigue siendo capaz de hacer lo que mejor sabe hacer: jugar.

Unos minutos después aparece la alineación en las pantallas gigantes. Y cuando el nombre de Alicia Puertas se muestra entre las titulares, el público explota en un clamor ensordecedor.

—¡Alicia! ¡Alicia! ¡Alicia!

El cántico recorre las gradas como una ola gigantesca que lo envuelve todo. Sonrío con ternura. Porque, por mucho que ella finja que

la fama le resulta indiferente, yo sé cuánto necesita volver a sentirse futbolista. Volver a sentirse fuerte. Volver a sentirse libre.

Mi teléfono vibra en mi mano. Lo saco del bolsillo con una sonrisa ya formada en los labios. Un mensaje suyo.

Alicia: No me preguntes qué he pagado para que el míster me deje coger el teléfono. Deja de preocuparte. Percibo que estás tensa incluso desde aquí.

Río sola, sintiendo cómo el calor me sube por las mejillas. Levanto la vista hacia el césped. Alicia está junto al resto del equipo, a más de cincuenta metros, con el móvil en la mano, mirándome directamente como si hubiera sentido exactamente lo que estoy pensando. Le respondo a toda prisa sabiendo que no tiene mucho tiempo:

Clara: Imposible. Sabes que no puedo evitarlo cuando se trata de ti.

Su sonrisa aparece inmediatamente, amplia y luminosa, y durante unos segundos me olvido de dónde estoy. Olvido el estadio, la gente, los periodistas y los rumores que aún flotan en el aire. Solo existen esos ojos suyos, esa sonrisa que conozco de memoria y esa mujer que ha puesto mi mundo del revés.

El partido comienza poco después. Los primeros minutos son frenéticos. El rival sale presionando alto, las entradas son duras y la intensidad resulta abrumadora. Yo apenas puedo parpadear. Cada vez que Alicia cambia de dirección, mi corazón se detiene un segundo. Cada vez que acelera, siento una descarga de tensión que me recorre la espalda. Cada salto, cada sprint, cada giro, cada choque me parece peligroso, ridículo, exagerado. Pero inevitable. Porque amar a alguien significa convivir con el miedo de perderlo.

A los veinte minutos, Alicia recibe el balón cerca de la banda. Controla con maestría, gira sobre sí misma con esa elegancia marca de su juego y deja atrás a una rival. Después a otra. Y arranca. El estadio entero se pone en pie. Yo también.

La veo acelerar. Veo cómo su rodilla responde con solvencia. Cómo soporta la carga. Cómo su cuerpo vuelve a funcionar exactamente

como debe. Y algo dentro de mí se afloja por fin, como si hubiera estado conteniendo la respiración durante meses. Llevo mucho esperando este momento, aunque estoy segura que ella deseaba esto mucho más que yo.

La jugada termina con un disparo potente que sale rozando el poste. Las gradas estallan igualmente. Alicia levanta los brazos al cielo, sonríe con esa mezcla de alivio y euforia y sigue corriendo como si nunca hubiera estado lesionada. Como si el dolor jamás hubiera existido. Como si todos esos meses desde su tropezón con una rival durante la temporada pasada hubieran sido únicamente una pesadilla de la que por fin despierta.

La primera parte termina empatada. Y yo estoy agotada. No me he movido ni un metro del asiento, pero siento cada músculo rígido por la tensión acumulada. Me levanto para buscar un refresco y es entonces cuando escucho una voz conocida detrás de mí.

—Doctora Valle.

Me giro lentamente. Reconozco al instante al director deportivo. El mismo hombre que nos descubrió en el ascensor aquel día. El mismo que estuvo presente el día de mi dimisión. Durante un instante ninguno de los dos habla. Julián parece incómodo. Yo estoy sorprendida, pero decidida a mantener la postura.

—¿Puedo sentarme? —pregunta con voz grave.

Asiento con la cabeza. Toma asiento junto a mí, se acomoda la chaqueta del traje y suspira profundamente, como si llevara tiempo ensayando lo que va a decir.

—He cometido algunos errores, Clara.

Parpadeo por la sinceridad que transmiten sus palabras.

—Todos los cometemos —respondo con cautela.

—No. —Niega lentamente con la cabeza—. Yo hablo de errores importantes. De esos que pueden destruir carreras y personas. La situación con Alicia… con vosotras… me obligó a replantearme muchas

cosas. Durante años habíamos hablado de igualdad, de inclusión, de progreso. Pero cuando llegó el momento de demostrarlo, reaccionamos desde el miedo y la comodidad. El club os falló.

Miró hacia el césped, donde las jugadoras comienzan a regresar para disputar la segunda parte.

—No fue solo el club —murmuro.

—Quizá no. —Vuelve a suspirar—. Pero podemos hacerlo mejor. Mucho mejor.

—¿Qué estás intentando decirme exactamente? —pregunto, mirándolo directamente a los ojos.

—Que queremos que vuelvas. El equipo te necesita.

—El equipo ya tiene un buen grupo de fisioterapeutas —respondo con suavidad.

—No como tú. Nadie tiene tu empatía, tu conocimiento y, sobre todo, tu capacidad para conectar con las jugadoras.

Niego suavemente con la cabeza.

—No se trata solo de eso.

—Lo sé. —Por primera vez desde que comenzó la conversación, me sostiene la mirada sin vacilar—. Por eso estoy aquí. No quiero que esto sea un simple regreso. Quiero que sea un cambio real.

La segunda parte comienza. El balón vuelve a rodar sobre el césped. Durante unos segundos ambos permanecemos en silencio, observando el juego.

—Solo volveré con una condición —digo por fin.

—La que sea.

Lo miro directamente, sin rodeos.

—Las jugadoras necesitan sentirse seguras. No basta con políticas bonitas en un papel. Quiero que sepan que pueden ser quienes

son sin miedo a represalias. Sin miedo a nada. El equipo de comunicación debe hacer algo con todos esos bulos que salen en la prensa —le digo, apartando la mirada del campo por unos segundos—. No podemos permitir que alguien lance un rumor y se lapide a una futbolista como le ha pasado a Alicia desde que empezó su carrera.

Su expresión se vuelve seria.

—Lo sé.

—Es necesario —insisto—. No quiero volver a ver cómo una mujer tiene que justificar a quién ama. No quiero volver a escuchar rumores utilizados como arma para destruir carreras. Y, sobre todo, no quiero que ninguna futbolista sienta que debe esconderse para proteger su trabajo.

Él permanece callado unos segundos, procesando mis palabras. Después extiende la mano hacia mí.

—Tienes mi palabra, Clara. Y no solo la mía. El club entero está dispuesto a dar un paso adelante. Queremos aprender de los errores.

Observo su mano tendida y pienso en Alicia. Pienso en todas las conversaciones que hemos tenido en las últimas semanas. En todos los miedos que hemos compartido. En la valentía que ella ha demostrado al conceder aquella entrevista a espaldas del club. Tomo aire profundamente y estrecho su mano.

—Entonces acepto.

En ese mismo instante, como si el universo hubiera decidido intervenir y escribir el momento perfecto, un rugido ensordecedor sacude el estadio. Las gradas explotan en un grito unánime y miles de personas se ponen en pie al mismo tiempo. Me giro hacia el césped y veo a Alicia corriendo hacia la portería rival con esa determinación feroz que tanto amo. El balón ya ha cruzado la línea. Gol.

Durante un segundo me quedo inmóvil, observándola. Los brazos abiertos, la sonrisa enorme, la felicidad desbordándose por cada poro de su piel. Sus compañeras la rodean inmediatamente, abrazándola y saltando con ella. El estadio entero corea su nombre.

—¡Alicia! ¡Alicia! ¡Alicia!

Las lágrimas aparecen antes de que pueda impedirlo. Porque ese gol significa mucho más que un gol. Es una respuesta al dolor, a las dudas, a los que no creyeron en ella. Era una reivindicación. Una victoria. La prueba de que ha sobrevivido. De que sigue hí. De que nadie ha conseguido romperla.

En medio de la celebración, rodeada de compañeras y con cuarenta mil personas observándola, Alicia levanta la cabeza y busca el palco. Me encuentra y sonríe solo para mí. Siento que el corazón se me detiene. Porque entiendo perfectamente lo que esa sonrisa significa. No habla del gol. Ni del partido. Ni de la temporada. Habla de nosotras. De todo lo que hemos atravesado. De todo lo que hemos sobrevivido. Y de todo lo que aún nos queda por vivir.

Le devuelvo la sonrisa entre lágrimas y me olvido del miedo. Porque el futuro sigue siendo incierto. Porque la vida seguirá poniéndonos obstáculos. Porque amar nunca será sencillo. Pero mientras la veo correr bajo el rugido del estadio, comprendo que no he renunciado a mi trabajo por ella. No he luchado por ella. No he apostado por ella. He elegido compartir mi vida con la mujer que me enseñó que el amor no es una debilidad. Es la forma más hermosa de valentía.

Y mientras el marcador refleja la victoria, y el estadio sigue cantando el nombre de su reina, sé que este no es el final. Es solo el principio de nuestra historia.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Escribir es una de las cosas más maravillosas a las que una persona podría dedicarse, pero este sueño no sería real sin todas esas personas que acogen mis historias en su corazón y les insuflan vida. Cada sonrisa, cada suspiro, cada ceño fruncido y cada suspiro robado provoca que mis libros se alimenten de emociones, de historias que son vuestras, de magia. Es por eso que hoy os agradezco que sigáis ahí después de tanto tiempo, y que os quedéis conmigo mucho más.

Gracias por compartir conmigo vuestras horas muertas, vuestros días de descanso o esos pequeños tiempos libres entre tanta rutina. Os prometo que serán muchas las historias que lleguen de aquí en adelante, y muchas las emociones que llenarán vuestro corazón.

Descubre todas mis novelas en ***Amazon***. Y recuerda: una **reacción** y un **comentario** hará que esta historia llegue a más personas como tú.

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27

28
29
EPÍLOGO